

LA POSADA DE SUNSET HARBOR—LIBRO 2

POR
y para
SIEMPRE



SOPHIE LOVE

por y para siempre

(la posada de SUNSET HARBOR—libro 2)

SOPHIE LOVE

Sophie Love

Como apasionada de toda la vida del género romántico, Sophie Love se enorgullece de presentar su primera serie romántica: POR AHORA Y SIEMPRE (LA POSADA DE SUNSET HARBOR – LIBRO 1).

¡A Sophie le encantaría oír tu opinión, así que por favor visita www.sophieloveauthor.com para escribir un correo electrónico, para unirse a su lista de contactos, recibir ebooks gratis, enterarte de las últimas noticias y seguir en contacto!

Copyright © 2016 de Sophie Love. Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido bajo el Acta de Copyright de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida bajo ninguna forma o medio, ni almacenada en bases de datos o sistemas de recuperación, sin la autorización previa del autor. Este ebook sólo tiene licencia para tu disfrute personal. Este ebook no puede revenderse ni ser entregado a terceras personas. Si quieres compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado, o si no fue comprado únicamente para tu uso, por favor devuélvelo y adquiere tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro de este autor. Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son o bien producto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Copyright de la imagen de la portada NicoElNino, usada bajo licencia de Shutterstock.com.

NOVELAS DE SOPHIE LOVE

LA POSADA DE SUNSET HARBOR

POR AHORA Y SIEMPRE (Libro #1)

POR Y PARA SIEMPRE (Libro #2)

CONTIGO PARA SIEMPRE (Libro #3)

[CAPÍTULO UNO](#)
[CAPÍTULO DOS](#)
[CAPÍTULO TRES](#)
[CAPÍTULO CUATRO](#)
[CAPÍTULO CINCO](#)
[CAPÍTULO SEIS](#)
[CAPÍTULO SIETE](#)
[CAPÍTULO OCHO](#)
[CAPÍTULO NUEVE](#)
[CAPÍTULO DIEZ](#)
[CAPÍTULO ONCE](#)
[CAPÍTULO DOCE](#)
[CAPÍTULO TRECE](#)
[CAPÍTULO CATORCE](#)
[CAPÍTULO QUINCE](#)
[CAPÍTULO DECISÉIS](#)
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)
[CAPÍTULO VEINTE](#)
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)
[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)
[CAPÍTULO VEINTIRÉS](#)
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)
[CAPÍTULO TREINTA](#)

CAPÍTULO UNO

—Buenos días.

Emily se estiró y abrió los ojos. La imagen que le dio la bienvenida era la más hermosa que hubiese podido imaginar: Daniel, rodeado por las limpias sábanas blancas y con el halo de la luz matutina besándole el cabello revuelto. Inspiró una bocanada de aire profunda y satisfecha, preguntándose cómo había podido alinearse su vida de un modo tan perfecto. Parecía que el destino, tras tantos años de dificultades, por fin había decidido darle un respiro.

—Buenos días. —Le devolvió la sonrisa con un bostezo.

Volvió a acurrucarse bajo las sábanas, sintiéndose cómoda, abrigada y más relajada de lo que lo había estado nunca. La calma silenciosa de las mañanas en Sunset Harbor contrastaban drásticamente con el ajeteo de su antigua vida en Nueva York. Podría llegar a acostumbrarse a aquello: al sonido de las olas rompiendo a lo lejos, al olor del océano, a tener a un hombre atractivo tumbado junto a ella en la cama.

Se levantó y fue hacia las puertas cristaleras que daban al balcón, abriéndolas para poder sentir la calidez del sol en la piel. El océano destellaba en la distancia, y los rayos de luz iluminaron el dormitorio principal que tenía a la espalda. A su llegada, hacía seis meses, había sido un desastre lleno de polvo, pero ahora era una ensenada de tranquilidad de paredes y sábanas blancas, alfombra suave, una preciosa cama con dosel y mesitas de noche antiguas cuidadosamente restauradas. En aquel momento, con el sol dándole en la cara, Emily sintió que por una vez todo era perfecto.

—¿Estás lista para tu gran día? —dijo Daniel desde la cama.

Emily frunció el ceño, con la cabeza todavía demasiado embotada por el sueño como para comprenderle.

—¿Mi gran día?

Daniel sonrió con suficiencia.

—Tu primer cliente, ¿recuerdas?

A los pensamientos de Emily le hicieron falta un segundo para caer en la cuenta, pero enseguida recordó que tenía a su primer cliente, el señor Kapowski, durmiendo en la habitación al final del pasillo. La casa que se había pasado seis meses restaurando había pasado de ser un hogar a un negocio, y aquello significaba que tenía que preparar un desayuno.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las ocho —contestó Daniel.

Emily se quedó paralizada.

—¿Las ocho?

—Sí.

—¡No! ¡Me he quedado dormida! —exclamó, volviendo a entrar a la carrera al dormitorio desde el balcón. Cogió el reloj despertador y lo agitó con furia—. ¡Se suponía que tenías que despertarme a las seis, maldito cacharro!

Lo volvió a dejar con un golpe sobre la mesita de noche y después se apresuró hacia la cómoda en busca de algo de ropa, lanzando suéteres y pantalones por todas partes. Nada le parecía lo bastante profesional.; había tirado a la oficina toda la ropa que había tenido para la oficina de su antigua vida en Nueva York, y ahora todo lo que tenía era ropa práctica.

—Tranquila —rió Daniel entre dientes desde la cama—. No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? —gimoteó Emily, saltando a la pata coja mientras se ponía unos pantalones—. ¡El desayuno empezaba a las siete!

—Y sólo hacen falta cinco minutos para escalfar un huevo —añadió Daniel.

Emily se quedó paralizada allí donde estaba, medio vestida y con cara de haber visto a un fantasma.

—¿Crees que querrá huevos escalfados? ¡No tengo ni idea de cómo escalfar un huevo!

En lugar de tranquilizarla, las palabras de Daniel sólo sirvieron para hundirla todavía más en el pánico. Arrancó un arrugado suéter liliáceo del cajón y se lo pasó con la cabeza, consiguiendo que la electricidad estática le enrespase el cabello al instante.

—¿Dónde está mi máscara de pestañas? —preguntó, corriendo de un lado al otro—. ¿Y podrías dejar de reírte de mí? —añadió, dirigiendo una mirada enfurecida a Daniel—. Esto no es divertido. Tengo a un huésped. ¡A un huésped que paga! Y no tengo más que zapatillas de deporte que ponerme. ¿Por qué tiré todos los tacones?

Las risitas ahogadas de Daniel se convirtieron en carcajadas.

—No me río de ti —consiguió decir—. Me río porque soy feliz. Porque estar contigo me hace feliz.

Emily hizo una pausa; aquellas palabras tocaron algo en lo profundo de su ser. Lo miró, allí tumbado de manera lánguida como si fuera un Dios en su cama. Daniel tenía una cara con la que no se podía estar enfadada mucho tiempo.

Daniel apartó la vista. Aunque Emily ya estaba acostumbrada a que Daniel se encerrase en sí mismo cuando demostraba demasiado lo que sentía, aquello seguía poniéndola nerviosa. Los propios sentimientos de Emily eran tan evidentes que era como si fuera transparente. No le cabía duda de que siempre llevaba el corazón en la mano.

Pero a veces Daniel la hacía sentirse perdida. Con él nunca estaba segura, y aquello le recordaba de manera casi dolorosa a sus relaciones anteriores y a la falta de estabilidad que había sentido en ellas, como si estuviese de pie en la cubierta de un barco que se balancease sobre el mar y nunca fuese a acostumbrarse al balanceo. No quería que aquella historia se repitiese con Daniel, quería que con él fuese distinto. Pero la experiencia le había enseñado que en la vida es muy raro conseguir lo que se desea.

Volvió a girarse hacia la cómoda, ahora en silencio, y se puso unos pequeños pendientes de plata.

—Tendrá que servir —dijo, desviando la mirada del reflejo de Daniel en el espejo para mirarse a sí misma, y su expresión pasó de ser la de una chica llena de pánico a la de una mujer de negocios decidida.

Salió con paso firme del dormitorio y se lo encontró todo sumido en el silencio. El pasillo del segundo piso era ahora imponente, con unas preciosas lámparas de pared y una araña en el techo que atrapaba la luz del sol matutino y la reflejaba en todas partes. El suelo de madera se había pulido hasta la perfección, añadiendo un toque rústico pero glamuroso.

Emily miró hacia la puerta que había al final de dicho pasillo, la puerta de la habitación que previamente había pertenecido a Charlotte y a ella. Restaurar aquella habitación había sido lo más difícil de todo, puesto que para ella había sido como borrar a su hermana. Pero todas las cosas de Charlotte estaban ordenadas con cuidado en un rincón especial del ático, y Serena, amiga de Emily y artista local, había creado algunas obras de arte asombrosas con la ropa de su hermana. Aun así, seguía sintiendo un cosquilleo en el estómago al saber que había un desconocido durmiendo al otro lado de aquella puerta, un desconocido al que ahora tenía que servirle el desayuno. En sus fantasías de convertir la casa en un hostel nunca había llegado a imaginar cómo sería realmente, qué aspecto tendría ni cómo se sentiría al respecto. De repente le parecía que no estaba preparada en lo más mínimo, como si fuera una niña jugando a ser adulta.

Recorrió el pasillo hacia las escaleras asegurándose de hacer el mínimo ruido posible. La nueva alfombra color crema era esponjosa bajo sus pies, y no pudo evitar mirarla con adoración. La transformación de la casa había sido una auténtica maravilla que contemplar. Todavía quedaba trabajo por hacer: el tercer piso en concreto era un completo desastre, con habitaciones en las que todavía ni había entrado, y aquello sin mencionar los demás edificios de la propiedad que contenían una piscina abandonada y todo un ejército de cajas que organizar. Pero lo que había conseguido hasta el momento con una pequeña ayuda de la amable gente de Sunset Harbor todavía le sorprendía. La casa le parecía ahora una amiga, una que todavía tenía secretos que compartir. De hecho, había una llave en concreto que estaba demostrando ser todo un misterio; no importaba lo que intentase Emily, no conseguía encontrar qué era lo que abría. Lo había comprobado todo, desde los cajones de los escritorios hasta las puertas de los armarios, pero todavía no lo había encontrado.

Bajó la larga escalera que ahora contaba con unas barandillas pulidas y relucientes, la esponjosa alfombra de aspecto resplandeciente y los afianzadores de cobre que destacaban los colores a la perfección. Pero mientras bajaba admirándolo todo, se percató de que había una mancha en la alfombra: una huella de barro desdibujada. Era claramente la huella de la bota de un hombre.

Se detuvo en el último escalón. «Daniel debe tener más cuidado cuando vaya de aquí para allá», pensó.

Pero entonces notó que la huella se alejaba de ella, dirigiéndose hacia la puerta principal, lo que significaba que la persona había bajado las escaleras. Y si Daniel seguía en la cama, entonces aquella huella sólo podía pertenecer a su huésped, el señor Kapowski.

Emily se apresuró hacia la puerta y la abrió a toda prisa. El señor Kapowski había llegado con su coche el día anterior por el camino de entrada recién pavimentado y había aparcado justo allí. El coche ya no estaba.

Emily no se lo podía creer.

Se había ido.

CAPÍTULO DOS

Llena de pánico, volvió a entrar corriendo en la casa.

—¡Daniel! —gritó desde el pie de las escaleras—. ¡El señor Kapowski se ha ido! ¡Se ha ido porque no me he levantado a tiempo de prepararle el desayuno!

Daniel apareció en lo alto de las escaleras cubierto únicamente con unos pantalones de pijama, dejando al descubierto los hombros anchos y el pecho musculoso. Su cabello estaba enmarañado, lo que le daba el aspecto de un estudiante que se hubiese levantado con prisas.

—Seguramente tan solo haya ido a *Joe's* —repuso, bajando las escaleras hacia Emily al trote—. Mencionaste lo buenos que son sus gofres, ¿recuerdas?

—¡Pero se supone que *yo* le tengo que preparar el desayuno! —exclamó Emily—. El hostel es un *B&B*, de *bed and breakfast*, alojamiento y desayuno, no un B de *bed* a secas!

Daniel llegó al pie de los escalones y la tomó entre sus brazos, abrazándola suavemente por la cintura.

—Quizás no se haya dado cuenta de lo que significa la segunda B. Quizás creía que significaba «baño». O banana —bromeó. Le dio un beso en el cuello, pero Emily lo apartó agitando la mano y se escabulló de su abrazo.

—¡Daniel, deja de hacer el tonto! —espetó—. Esto es serio. Es mi primer huésped y no me he despertado a tiempo de hacerle el desayuno.

Daniel sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco con afecto.

—No es para tanto. Habrá bajado a desayunar junto al océano en lugar de eso. Está de vacaciones, ¿te acuerdas?

—Pero desde mi porche se ve el océano —tartamudeó Emily con una voz que empezaba a fallarle. Se dejó caer sentada en el último escalón sintiéndose pequeña, como una niña que hubieran castigado a sentarse allí, y dejó caer la cabeza entre las manos—. Soy una anfitriona horrible.

Daniel le frotó los hombros.

—Eso no es verdad. Simplemente todavía no le has cogido el ritmo. Todo es nuevo y extraño, pero lo estás haciendo bien. ¿Vale?

Dijo aquella última palabra con firmeza, casi con paternalismo, y Emily no pudo evitar sentirse reconfortada. Alzó la mirada hacia él.

—¿Quieres que te escalde *a ti* un huevo al menos? —preguntó.

—Eso sería un detalle —dijo Daniel con una sonrisa. Tomó el rostro de Emily entre las manos y le dio un beso en los labios.

Fueron juntos a la cocina y el sonido de la puerta abriéndose despertó a Mogsy y a su cachorro, Lluvia, de su duermevela en el lavadero que había justo al otro lado de la puerta tipo granero. Emily sabía que mantener a los perros fuera de la cocina y de cualquier otra parte de la casa que necesitase para el negocio del hostel era un deber absoluto si no quería que le cerrasen el negocio al instante por higiene y salubridad, pero se sentía mal por confinar a los perros a un espacio tan pequeño de la casa. Se recordó a sí misma que era una situación temporal; ya había conseguido que cuatro de los cinco cachorros de Mogsy fuesen adoptados por amigos del pueblo, pero Lluvia, el más pequeño de la camada, era más difícil de colocar, y nadie parecía ni remotamente interesado en aceptar a la madre. A fin de cuentas era, siendo amables, una perra callejera bastante fea.

Tras llevar a los perros fuera y darles de comer, Emily volvió a la cocina. Mientras tanto Daniel había logrado salir un momento al jardín para recoger los huevos que habían puesto

aquella mañana las gallinas Lola y Lolly, y había preparado una jarra de café. Emily aceptó una taza agradecida y aspiró el aroma antes de acercarse a los fogones Arga, otra de las reliquias de su padre que había restaurado, y se puso a practicar el arte de escalfar huevos.

De entre todas las habitaciones de la casa, la cocina era su preferida. Aquel pobre espacio había sido víctima del tiempo y el abandono a su llegada, y después los había asaltado una tormenta que había provocado más daños, y *después* la tostadora se había fundido y había provocado un incendio. El daño por el humo había sido más destructor que el fuego en sí: las llamas tan solo habían alcanzado un estante y consumido algunos libros de cocina, pero el humo había conseguido filtrarse por todos los huecos y resquicios, dejando tras de sí manchas negras y el olor de plástico quemado en todo lo que había tocado.

En tan solo seis meses, a aquella habitación le había pasado todo lo malo que podía pasarle. Pero tras algunas noches de trabajo duro, por fin había sido restaurada por tercera vez y tenía un aspecto encantador con su frigorífico retro y su original palangana blanca victoriana Belfast, además de sus encimeras de mármol negro.

—Resulta —dijo Emily, sirviendo su quinto intento de huevo escalfado en el plato de Daniel—, que no soy una cocinera tan mala después de todo.

—¿Ves? —dijo Daniel, cortando la clara del huevo y dejando que la yema dorada cayese sobre la tostada—. Ya te lo había dicho. Tienes que escucharme más a menudo.

Emily sonrió, disfrutando del humor amable de Daniel. Ben, su ex, nunca la había hecho reír como lo hacía Daniel, y tampoco había podido reconfortarla nunca en sus momentos de pánico. Con Daniel era como si nada fuera nunca demasiado complicado para hacerle frente. No importaba si se trataba de una tormenta o un incendio, Daniel siempre le hacía sentir que todo iba bien, que podía arreglarse. Su estabilidad era uno de sus rasgos más atractivos; podía calmarla y tranquilizarla del mismo modo en que la tranquilizaba el océano. Pero aun así Emily nunca estaba segura de qué opinaba Daniel, de si sentía lo mismo que ella. Tenía la impresión de que su relación era como la marea, y al igual que ésta, no podían controlarla por mucho que lo intentasen.

—Bueno —dijo Daniel, mordisqueando felizmente su desayuno—, después de comer deberíamos empezar a prepararnos.

—¿Prepararnos para qué? —preguntó Emily, dando un trago de su segunda taza de café solo.

—Hoy es el desfile del Día de los Caídos —repuso Daniel.

Emily recordaba vagamente haber asistido a un desfile de niña y de haber querido volver a verlo, pero ya había metido suficiente la pata aquel día como para poder permitirse una salida.

—Tengo muchas cosas de las que ocuparme por aquí. Tengo que preparar la habitación de invitados.

—Ya está hecho —contestó Daniel—. Lo he hecho mientras te encargabas de los perros.

—¿De verdad? —inquirió Emily con recelo—. ¿Has cambiado las toallas?

Daniel asintió.

—¿Y los mini champús?

—Ajá.

—¿Y los saquitos de café y azúcar?

Daniel arqueó una ceja.

—Todo lo que tenía que cambiarse se ha cambiado. He hecho la cama, y antes de que lo digas, sí, sé cómo hacer una cama. He vivido solo durante años. Todo está listo para cuando vuelva, así que, ¿vienes al desfile?

Emily sacudió la cabeza.

—Tengo que estar aquí cuando vuelva el señor Kapowski.

—No necesita que le hagas de canguro.

Emily se mordió el labio. Tener a su primer huésped le ponía nerviosa, y estaba desesperada por hacerlo todo bien. Si no conseguía que aquello funcionara, tendría que volver a Nueva York con la cola entre las patas y seguramente acabaría durmiendo en el sofá de Amy, o todavía peor, en la habitación libre de su madre.

—¿Pero y si necesita algo? Como más cojines, o...

—¿O más bananas? —la interrumpió Daniel con una sonrisa de satisfacción.

Emily suspiró, reconociendo la derrota. Daniel tenía razón; el señor Kapowski tampoco esperaría que estuviera esperándolo en todo momento. De hecho, lo más seguro era que prefiriese que Emily no interfiriera demasiado. Después de todo, estaba de vacaciones, y la mayoría de la gente lo que buscaba era paz y tranquilidad.

—Venga —la animó Daniel—. Será divertido.

—De acuerdo —accedió ella—. Iré.

*

Allá donde mirase, Emily veía banderas de Estados Unidos. Su visión se había convertido en un caleidoscopio de barras y estrellas que le arrancó un jadeo de sorpresa. Las banderas colgaban de los escaparates de todas las tiendas y entre cada par de lámparas había una cuerda de banderas anudadas, y aquello ni siquiera se podía comparar al número de banderas que agitaban los paseantes. Parecía que todo el mundo que circulaba por la acera tenía una.

—Papi —dijo Emily, alzando la vista hacia su padre—. ¿Puedo tener yo también una bandera?

El hombre le sonrió desde arriba.

—Desde luego que sí, Emily Jane.

—¡Y yo, y yo! —se sumó una vocecita.

Emily se giró para mirar a su hermana, Charlotte, vestida con una brillante bufanda púrpura alrededor del cuello que no encajaba para nada con sus botas de mariquitas. Era una niña pequeña a la que todavía le costaba mantener el equilibrio.

Las niñas siguieron a su padre, cada una de ellas aferrándose con fuerza a una de sus manos, y cruzaron con él la calle para entrar en una pequeña tienda que vendía encurtidos y salsas caseras en tarros.

—Vaya, hola, Roy. —La mujer de detrás del mostrador sonrió de oreja a oreja, y después les sonrió también a las dos pequeñas—. ¿Habéis subido durante estos días festivos?

—Nadie celebra el Día de los Caídos como Sunset Harbor —contestó su padre con amabilidad y simpatía—. Dame dos banderas para las niñas, por favor, Karen.

La mujer cogió las banderas de detrás del mostrador.

—¿Y por qué no tres? —dijo—. ¡No te olvides de ti!

—¿Qué tal cuatro? —dijo Emily—. Tampoco deberíamos olvidarnos de mamá.

Roy tensó la mandíbula y Emily supo al instante que había dicho algo que no debía. Mamá no querría una bandera, mamá ni siquiera había ido con ellos a Sunset Harbor para el viaje de fin de semana. Una vez más, sólo estaban ellos tres. Parecía que últimamente ocurría cada vez con más frecuencia.

—Dos serán más que suficientes —contestó su padre con algo de rigidez—. En realidad es por las niñas.

La mujer de detrás del mostrador le tendió una bandera a cada una de las pequeñas; su amabilidad se había visto sustituida por cierta incomodidad avergonzada al comprender que había cruzado sin querer una línea invisible.

Emily miró cómo su padre pagaba a la mujer y le daba las gracias, notando que ahora su sonrisa era forzada y su postura más fría. Deseó no haber mencionado a mamá. Miró la bandera que llevaba entre los dedos enguantados y de repente no le apeteció tanto celebrar nada.

Emily jadeó, volviendo a la calle principal de Sunset Harbor con Daniel. Sacudió la cabeza, sacudiéndose de encima el remolino de aquellos recuerdos. No era la primera vez que experimentaba el regreso repentino de un recuerdo perdido, pero cada vez que ocurría volvía a dejarla profundamente afectada.

—¿Estás bien? —dijo Daniel, tocándole ligeramente el brazo con expresión preocupada.

—Sí —contestó ella, pero su voz sonó aturdida. Intentó sonreír, pero sólo consiguió elevar débilmente las comisuras de los labios. No le había hablado a Daniel del modo en que sus recuerdos de infancia estaban volviendo poco a poco. No quería ahuyentarlo.

Decidida a no dejar que sus recuerdos intrusivos echaran a perder su día, Emily se lanzó de cabeza a las celebraciones. Habían pasado muchos años desde la última vez que había asistido, pero aun así seguía sintiéndose asombrada ante todo aquel espectáculo. La maravillaba el modo en que el pequeño pueblo lo daba todo en las celebraciones. Una de las cosas que estaba empezando a adorar de Sunset Harbor eran sus tradiciones, y tenía el presentimiento de que el Día de los Caídos se iba a convertir en otra festividad a la que adorar.

—¡Hola, Emily! —la llamó Raj Patel desde el otro lado de la calle. Iba caminando con su esposa, la doctora Sunita Patel. Emily los consideraba a ambos amigos.

Los saludó con la mano y se giró hacia Daniel.

—Oh, mira. Ahí están Birk y Bertha. ¿Y es ésa la pequeña Katy, en el cochecito que llevan Jason y Vanessa? —Señaló al dueño de la gasolinera y a su mujer minusválida. Junto a ellos estaba su hijo, el bombero que había salvado la cocina de Emily de acabar reducida a cenizas. Su esposa y él habían tenido a su primera hija, una pequeña llamada Katy, y se habían quedado a uno de los cachorritos de Emily como regalo para el bebé—. Deberíamos acercarnos a saludar —continuó, deseosa de hablar con sus amigos.

—En un segundo —dijo Daniel, dándole un empujoncito con el hombro—. Se acerca el desfile.

Emily miró calle abajo y vio a la banda del instituto local formando, listos para empezar la procesión. El tambor empezó a marcar el ritmo y se vio seguido rápidamente por los instrumentos de viento tocando «La Marcha de los Santos». Observó encantada mientras la banda pasaba frente a ellos, seguida de las animadoras vestidas con conjuntos a juego en rojo, blanco y azul, que recorrieron toda la calle dando volteretas hacia atrás y levantando las piernas.

Después desfiló un grupo de preescolares con las caras de mejillas redondeadas y angelicales pintadas. Emily sintió un pinchazo al verlos. Para ella tener niños nunca había sido una gran prioridad y no había tenido prisa alguna en convertirse en madre considerando la relación abismal que mantenía con la suya propia, pero ahora, al ver a aquellos niños en el desfile, comprendió que algo había cambiado en su interior. Ahora había un nuevo deseo, un pequeño anhelo que tiraba de ella. Miró a Daniel y se preguntó si él también lo sentía, si la imagen de aquellos niños adorables le hacía sentir lo mismo. Pero, como siempre, la expresión de Daniel era indescifrable.

El desfile continuó. Después les tocó a un grupo de mujeres de aspecto duro del equipo de roller derby local y pasaron saltando y corriendo sobre sus patines, seguidas de un par de

zancudos y de una gran carroza echa con papel maché de la estatua de Abraham Lincoln.

—Emily, Daniel —dijo una voz a sus espaldas. Era el alcalde Hansen junto a su ayudante Marcella, que parecía bastante agobiada—. ¿Estás disfrutando de la fiesta? —preguntó el alcalde—. Si no recuerdo mal no es tu primer año, pero quizás sí sea el primero que recuerdas.

Soltó una risita inocente, pero Emily se agitó incómoda. Intentó adoptar una postura tranquila y feliz.

—Tienes razón. Por desgracia no recuerdo haber venido de niña, pero desde luego ahora la estoy disfrutando. ¿Qué tal tú, Marcella? —añadió, intentando apartar la atención de sí misma—. ¿Es tu primer año?

Ésta asintió una vez de manera decidida y eficiente, y después volvió a centrarse en su portapapeles.

—No le hagas caso —dijo el alcalde Hansen con una risita—. Es adicta al trabajo.

Marcella alzó la mirada sólo un segundo, pero fue suficiente para que Emily leyera la frustración en sus ojos. Estaba claro que la actitud relajada del alcalde la frustraba. Emily podía simpatizar con ella; ella misma había estado en la misma posición hacia tan solo seis meses, mostrándose demasiado seria y estresada y movida principalmente por la cafeína y el miedo al fracaso. Mirar a Marcella era como asomarse a un espejo y ver un reflejo de su juventud. Sólo podía esperar que Marcella aprendiese a relajarse y que Sunset Harbor la ayudase a suavizar la tensión que se había adueñado de ella aunque fuera sólo un poco.

—Bueno —continuó el alcalde—, toca volver al trabajo. Tengo que dar unas medallas, ¿no, Marcella? La ceremonia de premios de la carrera de huevos con cuchara o algo así.

—Las Olimpiadas para Menores de Cinco —contestó Marcella con una exhalación.

—Eso es —repuso el alcalde Hansen, y los desaparecieron entre la multitud.

Daniel sonrió.

—Es imposible no enamorarse de este pueblo enloquecido —comentó, rodeando a Emily con el brazo.

Ésta se acurrucó contra él, sintiéndose a salvo y protegida. Juntos miraron cómo desfilaba la conga, saludando a sus amigos cuando pasaron frente a ellos: Cynthia, de la librería, con su cabello naranja chillón y la ropa que nunca iba a juego; Charles y Barbara Bradshaw, de la pescadería; Parker, de la tienda al por mayor de fruta y verduras orgánicas.

Y entonces Emily distinguió a alguien entre el público que le heló la sangre en las venas. Allí de pie, vestido con unos pantalones a cuadros de golf y un suéter verde lima que a duras penas le cubría la barriga cervecera, estaba Trevor Mann.

—No mires —susurró entre dientes, buscando la mano de Daniel para sentirse más segura—. Pero el señor Vecino Desdeñoso se ha unido a la fiesta.

Daniel, por supuesto, miró en su dirección al instante, y como si tuviera alguna clase de sexto sentido, Trevor lo notó. Los miró a ambos de reojo y sus ojos oscuros destellaron con malicia.

Emily hizo una mueca.

—¡Te he dicho que no mirases! —regañó a Daniel mientras Trevor se abría paso hasta ellos.

—Sabes, hay una norma no escrita —siseó Daniel en respuesta—, de que si le dices a alguien «no mires», lo primero que hará esa persona es mirar.

Era demasiado tarde para huir. Trevor Mann se echó sobre ellos, emergiendo de entre la multitud como alguna especie de horrible bestia con bigote.

—Oh, no —gimió Emily.

—Emily —la saludó Trevor con su falsa voz amistosa—, no te habrás olvidado de esos impuestos que debes, ¿verdad? Porque te aseguro que yo no.

—El alcalde me ha dado una prórroga —contestó Emily—. Estabas en la reunión, Trevor, me sorprende que te lo perdieses.

—No me importa si el alcalde Hansen ha dicho que no hay prisa en que los pagues, eso no depende de él, sino del banco. Y me he puesto en contacto con ellos para hablarles de tu ocupación *ilegal* de la casa y del negocio *ilegal* que llevas en ella.

—Eres un capullo —intervino Daniel, cuadrando los hombros de manera protectora frente a él.

—Déjalo —dijo Emily, poniéndole la mano en el brazo. Lo último que necesitaba era que Daniel perdiera el control.

Trevor sonrió con suficiencia.

—La prórroga del alcalde Hansen no durará eternamente, y desde luego no tiene ningún peso legal. Y voy a hacer todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que tu hostel se hunde y nunca vuelve a salir a flote.

CAPÍTULO TRES

Emily miró cómo Trevor se alejaba entre la gente.

En cuanto hubo desaparecido Daniel se giró hacia ella con un marcado ceño en el rostro.

—¿Estás bien?

Emily no pudo contenerse; se dejó caer contra su amplio pecho, apretando la cara contra su camisa.

—¿Qué voy a hacer? —jadeó—. Los impuestos me arruinarán el negocio antes incluso de empezar.

—Ni hablar —dijo Daniel—. Eso no pasará. Trevor Mann nunca ha mostrado interés alguno en tu propiedad hasta que apareciste y la convertiste en algo de deseable. Simplemente está celoso de que tu casa sea mucho mejor que la suya.

Emily intentó reírse de su broma, pero lo único que consiguió fue emitir un gorgoteo húmedo. La idea de dejarlo y volver a Nueva York como un fracaso pesaba en su mente.

—Pero tiene razón —repuso ella—. El hostel nunca funcionará.

—No hables así —la regañó Daniel—. Todo irá bien. Yo creo en ti.

—¿De verdad? —preguntó—. Porque yo casi no lo hago.

—Bueno, pues quizás sea el momento de empezar a hacerlo.

Emily alzó la vista para mirarlo a los ojos y su expresión decidida le hizo sentir que quizás sí que pudiera hacerlo.

—Ey —dijo Daniel, y sus ojos brillaron de repente llenos de travesuras—. Tengo algo que quiero enseñarte.

No parecía nada desanimado por la melancolía de Emily. La cogió de la mano y tiró de ella entre el público, llevándola en dirección al puerto deportivo. Se dirigieron juntos hacia la dársena.

—¡Tachán! —exclamó, haciendo un gesto hacia el precioso barco restaurado que se mecía sobre el agua.

La última vez que Emily había visto aquel barco, a duras penas estaba en condiciones para echarse a la mar, pero ahora brillaba como si fuese nuevo.

—No me lo puedo creer —tartamudeó—. ¿Has arreglado el barco?

Daniel asintió.

—Sí. Le he dedicado mucho tiempo y esfuerzo.

—Se nota.

Recordó cómo Daniel le había dicho que había chocado con alguna especie de barrera mental en su restauración del barco, que no sabía por qué pero no se sentía capaz de seguir trabajando en él. Verlo ahora hacía que se sintiera profundamente orgullosa, no sólo por la belleza que Daniel le había devuelto a la nave, sino porque había conseguido superar cualquiera que fuese el problema que lo había estado frenando. Le devolvió la sonrisa, sintiendo un cosquilleo de felicidad en su interior.

Pero al mismo tiempo sintió un atisbo de tristeza; allí había otro medio de transporte más que podía alejar a Daniel de ella. Daniel siempre estaba en movimiento, ya fuera con sus largos paseos en moto por los acantilados o con los viajes a las ciudades cercanas en su camioneta. Le resultaba tan evidente que quería ver mundo y explorar que ni siquiera le cabía duda alguna. Sabía que, tarde o temprano, Daniel necesitaría dejar Sunset Harbor. Si ella se iría con él cuando llegase el momento era algo que todavía no había decidido.

Daniel le dio un codazo juguetón.

—Debería darte las gracias.

—¿Por qué? —preguntó Emily.

—Por el motor.

Había sido ella quien le había comprado el motor nuevo a modo de gracias por toda la ayuda que Daniel le había ofrecido en la preparación del hostel, además de ser un intento para animarlo a restaurar el barco.

—No es nada —contestó, preguntándose si aquel regalo acabaría mordiéndole el trasero. Preguntándose si el hecho de restaurar el barco despertaría el anhelo de Daniel de ponerse en marcha.

—Así que —continuó Daniel, señalando el barco—, he pensado que, a modo de gracias, deberías acompañarme en el viaje inaugural.

—¡Oh! —dijo Emily, sorprendida por la propuesta—. ¿Quieres ir a dar una vuelta en barco? ¿Ahora? —No pretendía sonar tan estupefacta.

—A menos que no quieras —repuso Daniel, frotándose el cuello con aire incómodo—. Simplemente he pensado que podríamos tener una cita.

—Sí, desde luego —dijo Emily.

Daniel subió a bordo de un salto y le tendió la mano. Emily la aceptó y dejó que la guiase. El barco se mecía debajo de ella, haciendo que trastabillara.

Daniel encendió el motor y guió el barco fuera del puerto deportivo, saliendo al océano lleno de reflejos. Emily respiró profundamente el aire marino, mirando cómo Daniel marcaba el rumbo por el agua. Parecía tan en casa timoneando el barco, del mismo modo en que su moto parecía convertirse en una extensión de su propio cuerpo. Era la clase de hombre que disfrutaba del movimiento continuo, y al mirarlo ahora Emily podía ver la viveza y felicidad que se adueñaban de él cuando iba en busca de la aventura.

Aquel pensamiento aumentó su melancolía. El deseo de Daniel de explorar el mundo era algo más que un sueño; era una necesidad. Era imposible que pudiera quedarse en Sunset Harbor durante mucho más tiempo. Y Emily tampoco había decidido cuánto iba a quedarse ella. Quizás su relación estuviese condenada. Quizás sólo sería algo fugaz, un momento perfecto congelado en el tiempo. La idea le revolvió el estómago de pura desesperación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Daniel—. No te estarás mareando, ¿verdad?

—Puede que un poco —mintió Emily.

Alzó la vista y vio que se estaban dirigiendo hacia una pequeña isla en la que había poco más que un par de árboles y un faro abandonado. Se irguió, sorprendida.

—¡Oh, Dios! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel. Se podía oír el pánico en su voz.

—¡Mi padre tenía un cuadro de esa isla en nuestra casa de Nueva York!

—¿Estás segura?

—¡Al cien por cien! ¡No me lo puedo creer! Nunca me había dado cuenta de que fuera un cuadro de un lugar real.

Daniel abrió mucho los ojos. Parecía tan sorprendido por la coincidencia como Emily.

Sus preocupaciones se desvanecieron ante aquella inesperada sorpresa y Emily se apresuró en quitarse las deportivas y los calcetines. Saltó del barco casi antes de que éste llegase a tierra y las olas le lamieron las espinillas con un agua fría que a duras penas sintió. Salió corriendo del agua hasta llegar a la arena húmeda de la playa y un poco más allá antes de detenerse y levantar las manos, formando un rectángulo con los dedos y los pulgares y cerrando un ojo. Cambió un poco de posición para que el faro quedara a la derecha con el sol junto a él y el vasto océano

extendiéndose al otro lado. ¡Y sí! ¡Era exactamente el mismo ángulo del cuadro que había colgado en su hogar!

No le sorprendía que su padre hubiese tenido un cuadro como aquel, a fin de cuenta las antigüedades lo habían obsesionado, obras de arte incluidas; lo que la sorprendía era que aquel cuadro hubiese conseguido llegar hasta la casa familiar. A su madre siempre se le había dado muy bien mantener sus vidas de Sunset Harbor y de Nueva York estrictamente separadas, como si tan solo pudiera soportar los absurdos pasatiempos de su marido durante dos semanas al año, y aquello bajo la estricta condición de que fuese fuera de su vista y de que no invadiese bajo ningún concepto su casa limpia y ordenada. Así que, ¿cómo demonios había conseguido su padre que accediese a colgar un cuadro del faro en la casa? ¿Quizás porque estaba camuflado como un lugar imaginario y su madre nunca se había percatado de que en realidad era una imagen de Sunset Harbor? Emily sonrió para sí, preguntándose si su padre había sido realmente tan astuto.

—Ey —dijo Daniel, devolviéndola al presente. Emily se giró y lo vio cargando con una cesta y cruzando la arena húmeda en su dirección—. ¡Has salido corriendo!

—Perdona —contestó ella, apresurándose a echarle una mano—. ¿Qué hay dentro? Pesa una tonelada.

Cargaron juntos de la cesta hasta la playa y Daniel abrió los cierres que mantenían la tapa en su sitio, extrayendo una manta a cuadros y extendiéndola sobre la arena.

—Mi señora —dijo.

Emily se rió y se sentó en la manta. Daniel empezó entonces a sacar distintos platos de la cesta, incluyendo queso y fruta, y al final de todo una botella de champán de y dos copas.

—¡Champán! —exclamó Emily—. ¿Es una ocasión especial?

Daniel se encogió de hombros.

—En realidad no, pero se me ha ocurrido que debíamos celebrar que hayas recibido a tu primer huésped.

—No me lo recuerdes —pidió Emily con un gemido.

Daniel le quitó el corcho a la botella y le sirvió una copa a cada uno.

—Por el señor Kapowski.

Emily brindó con él, distendiendo los labios en una sonrisa.

—Por el señor Kapowski. —Tomó un sorbo, dejando que las burbujas le cosquillearan en la lengua.

—Todavía no tienes confianza en todo esto, ¿verdad? —dijo Daniel.

Se encogió de hombros, centrando la mirada en el líquido de su copa. Lo hizo girar y observó cómo cambiaba la trayectoria de las burbujas en su interior, agitadas por el gesto, antes de volver a la normalidad.

—Simplemente no tengo mucha fe en mí misma —respondió al fin con un profundo suspiro—. Nunca antes he logrado nada importante.

—¿Qué hay de tu trabajo en Nueva York?

—Me refiero a nada que haya deseado de verdad.

Daniel movió las cejas.

—¿Y qué hay de mí?

Emily no pudo contener una sonrisita.

—No me pareces un logro tan importante...

—Pues deberías —contestó él, jovial—. Un tipo tan estoico como yo. No soy precisamente el hombre más fácil de encandilar del mundo.

Emily se rió y después le plantó un beso largo y opulento en los labios.

—¿A qué ha venido eso? —dijo Daniel una vez que se hubo apartado.

—A modo de gracias. Por todo esto. —Señaló el pequeño pícnic que había extendido frente a ellos con la cabeza—. Por estar aquí.

Daniel pareció dudar por un segundo, y Emily supo por qué: era porque nunca podría comprometerse por completo a estar presente. Llevaba el deseo de viajar en las venas, y en algún momento tendría que darle rienda suelta.

¿Y qué había de Emily misma? Ella tampoco había planeado en firme lo de quedarse en Sunset Harbor. Ya llevaba allí seis meses, lo cual había sido mucho tiempo manteniéndose lejos de Nueva York, lejos de su casa y de sus amigos. Y, aun así, en aquel momento, con el sol poniéndose a lo lejos y lanzando rayos rosados y anaranjados por el cielo, no se le ocurría ningún otro lugar en el que prefiriese estar. Tenía la sensación de estar viviendo en el paraíso. Quizás sí que pudiera convertir Sunset Harbor en su hogar, y quizás Daniel querría asentarse con ella. Era imposible adivinar el futuro; tendría que hacer frente a los días según fuesen llegando. Lo mínimo que podía hacer era quedarse hasta que se le acabase el dinero, y si se esforzaba lo suficiente y conseguía que el hostel fuese sostenible, cabía la posibilidad de que aquel día tardase muchísimo en llegar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Daniel.

—En el futuro, supongo —contestó.

—Ah —dijo él, mirándose el regazo.

—¿No es un buen tema de conversación? —lo interrogó Emily.

Daniel se encogió de hombros.

—No siempre. ¿No es mejor disfrutar el momento sin más?

Emily no estuvo segura de cómo tomarse aquella frase. ¿Era una muestra del deseo de Daniel por marcharse de allí? Si el futuro no era un buen tema de conversación, ¿se debía a que ya había previsto los corazones rotos que los esperaban más adelante?

—Supongo —dijo Emily en voz baja—. Pero a veces es imposible no pensar en lo que habrá más adelante. No hay nada de malo en hacer planes, ¿no te parece? —Estaba intentando animarlo con suavidad, hacer que le ofreciera algo de información, cualquier cosa que la hiciera sentir más segura en su relación.

—En realidad no —fue la respuesta de Daniel—. Me esfuerzo mucho por mantener mi mente siempre en el presente, por no preocuparme por el futuro ni obsesionarme con el pasado.

A Emily no le gustaba la idea de que Daniel se preocupase por el futuro de ambos, y tuvo que contenerse para no exigir exactamente qué era lo que le preocupaba.

—¿Y hay mucho de lo que obsesionarse? —preguntó en su lugar.

Daniel no le había hablado mucho de su pasado. Emily sabía que había viajado bastante, que sus padres estaban divorciados, que su padre se había dado a la botella y que Daniel consideraba al padre de Emily responsable de otorgarle un futuro.

—Oh, sí —dijo éste—. Muchísimo.

Volvió a guardar silencio. Emily quería que continuase hablando, pero notó que aquello no era algo que Daniel pudiese hacer. Se preguntó si él sería consciente de lo mucho que ansiaba ser la persona ante la que se abriese.

Pero con Daniel, todo giraba alrededor de la paciencia. Hablaría cuando estuviese listo, si es que llegaba a estarlo algún día.

Y si aquel día llegaba, Emily esperaba seguir estando allí para escuchar.

CAPÍTULO CUATRO

A la mañana siguiente Emily se despertó temprano, decidida a no volver a fallar en la preparación del desayuno. Oyó cómo se abría la puerta del dormitorio de invitados a las siete en punto, cerrándose de nuevo con suavidad y seguido por el sonido de los pasos del señor Kapowski bajando la escalera. Emily salió de dónde había estado haciendo tiempo en el pasillo y esperó al pie de los escalones, mirándolo desde abajo.

—Buenos días, señor Kapowski —lo saludó con confianza y una sonrisa agradable en el rostro.

El señor Kapowski se sobresaltó.

—Oh. Buenos días. Estás despierta.

—Sí —dijo Emily, manteniendo el tono confiado a pesar de que no se sentía así ni por asomo—. Quería disculparme por lo de ayer, por no estar preparada para hacerle el desayuno. ¿Ha dormido bien? —Notó las ojeras que le rodeaban los ojos.

El señor Kapowski dudó un segundo y se metió las manos en los bolsillos del traje arrugado con aire nervioso.

—Um... en realidad no —contestó al fin.

—Oh, vaya —dijo Emily, preocupada—. Espero que no haya sido por la habitación.

El señor Kapowski se agitó incómodo y se frotó el cuello como si tuviera algo más que decir pero no supiera cómo hacerlo.

—De hecho —logró pronunciar—, la almohada tenía bastantes bultos.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Emily, frustrada consigo mismo por no haber probado la almohada de antemano.

—Y, um... las toallas son ásperas.

—¿De verdad? —dijo inquieta—. ¿Por qué no viene a sentarse en el comedor —le propuso, luchando para que el pánico no se le reflejase en la voz— y me dice qué no ha sido de su agrado?

Lo llevó hasta el gran comedor y recorrió las cortinas, dejando que la pálida luz de la mañana llenase la habitación e hiciera destacar los lirios de Raj, cuyo olor flotaba en la sala. La superficie de la larga mesa de caoba de estilo banquete reflejó la luz. A Emily le encantaba aquella habitación; era tan opulenta, tan sofisticada y ornamentada. Había sido la habitación perfecta en la que hacer lucir la vajilla antigua de su padre, y la había colocado en una vitrina tallada con la misma oscura madera caoba de la que estaba hecha la mesa.

—Así está mejor —comentó, manteniendo un tono animado y ligero—. Y ahora, ¿qué tal si me habla de su habitación para que podamos solucionar los problemas?

El señor Kapowski pareció incómodo, casi como si no quisiera hablar.

—En realidad no es nada. No son más que la almohada y las toallas. Y puede que el colchón sea muy duro y, eh... un poco demasiado fino.

Emily asintió, actuando como si aquellas palabras no le estuvieran llenando el corazón de angustia.

—Pero en realidad está muy bien —añadió el señor Kapowski—. Es que tengo el sueño ligero.

—Bien, de acuerdo —dijo Emily, comprendiendo que forzarlo a hablar era peor que dejarlo insatisfecho con su habitación—. Bueno, ¿qué puedo prepararle de desayuno?

—Huevos y beicon, si no es mucho pedir —solicitó él—. Fritos. Y unas tostadas. Con champiñones. Y tomates.

—Sin problemas —contestó Emily, preocupada por si no tenía todos los ingredientes que

había mencionado.

Se apresuró hacia la cocina, despertando al instante a Mogsy y Lluvia. Ambos perros empezaron a ladrar pidiendo su desayuno, pero Emily ignoró sus gimoteos y corrió hacia la nevera, comprobando lo que había dentro. Se sintió aliviada al ver que tenía beicon, aunque no había ni rastro ni de champiñones ni de tomates. Al menos tenía en la panera pan excedente del que Karen, la mujer de la tienda de ultramarinos, había traído el otro día y podía conseguir huevos gracias a Lola y Lolly.

Lamentando los zapatos que había elegido ponerse, Emily cruzó a toda prisa la puerta trasera hasta salir a la hierba húmeda de rocío y se acercó al gallinero. Lola y Lolly estaban paseándose por su jaula, y las dos ladearon la cabeza al oír cómo se acercaban sus pasos, seguramente esperando que les ofreciera maíz fresco.

—Todavía no, mis pichoncitos —les dijo Emily—. El señor Kapowski va primero.

Las gallinas la picotearon para mostrar su frustración mientras Emily iba a la caseta en la que ponían los huevos.

—Tienes que estar bromeando —musitó cuando miró dentro y no encontró nada. Se giró para mirar a las gallinas con las manos en las caderas—. De todos los días en los que podíais no poner huevos, ¡tenía que ser hoy!

Entonces recordó todos los huevos escalfados con los que había practicado el día anterior. ¡Debía de haber usado al menos cinco! Alzó las manos con impotencia. «¿Por qué hizo Daniel que me pusiera a escalfar huevos?», pensó frustrada.

Volvió dentro, decepcionada ante la perspectiva de no ir a poder ofrecer tampoco hoy el desayuno que quería el señor Kapowski, y empezó a freír el beicon. Parecía ser incapaz de llevar a cabo incluso las tareas más sencillas, bien fuera por su ansiedad o por la falta de experiencia: derramó el café sobre la encimera y después dejó el beicon al fuego demasiado tiempo, por lo que los bordes quedaron demasiado hechos y ennegrecidos. La tostadora nueva, que sustituía a la que había explotado y había dejado la cocina hecha un asco, parecía tener unos ajustes mucho más sensibles que la anterior, y Emily hasta consiguió quemar las tostadas.

Cuando miró el producto de su trabajo, por fin colocado todo en un plato, no se sintió nada satisfecha. No podía servir aquel desastre, así que fue al lavadero y echó todo el plato en los cuencos de los perros. Al menos al darles de comer se ocupaba de una de sus tareas pendientes.

De nuevo en la cocina, intentó una vez más preparar el plato que había pedido el señor Kapowski. Aquella vez el resultado fue mejor: el beicon no estaba demasiado hecho y la tostada no se había quemado. Sólo esperaba que su huésped perdonase los ingredientes que faltaban.

Miró el reloj y vio con un sobresalto que habían pasado casi treinta minutos.

Volvió corriendo al comedor.

—Aquí está, señor Kapowski —dijo, entrando con la bandeja del desayuno—. Lamento mucho la espera.

Al acercarse a la mesa se dio cuenta de que el señor Kapowski se había quedado dormido. Sin saber muy bien si sentirse aliviada o molesta, Emily dejó la bandeja en la mesa e hizo el gesto de salir en silencio.

El señor Kapowski levantó bruscamente la cabeza.

—Ah —dijo, mirando la bandeja—. El desayuno. Gracias.

—Me temo que no tengo huevos, tomates ni champiñones hoy.

El señor Kapowski pareció decepcionado.

Emily salió al pasillo y respiró profundamente. La mañana había resultado estar llena de trabajo considerando el dinero que acabaría sacando de todos sus esfuerzos. Tendría que volverse

algo más eficiente si quería que el negocio se mantuviera, y necesitaba un plan alternativo en caso de que Lola y Lolly volvieran a no poner huevos de nuevo.

Justo entonces su huésped salió del comedor; había pasado menos de un minuto desde que Emily le había servido la comida.

—¿Va todo bien? —preguntó—. ¿Necesita algo?

Una vez más, el señor Kapowski pareció reacio a hablar.

—Um... La comida está algo fría.

—Oh —dijo Emily, entrando en pánico—. Deje que se la caliente.

—En realidad no pasa nada —repuso el señor Kapowski—. De hecho tengo que ponerme en marcha.

—De acuerdo —accedió Emily, sintiéndose desanimada—. ¿Tiene algún plan para hoy?

—Estaba intentando sonar como la anfitriona de un hostel en un lugar de como una mujer invadida por los nervios, aunque ella misma encajaba más en la segunda descripción.

—Oh, no, quiero decir que vuelvo a casa —la corrigió él.

—¿Quiere decir que se va? —Emily estaba sorprendida. Sintió cómo la recorría un escalofrío—. Pero tiene reservadas tres noches.

El señor Kapowski pareció incómodo.

—Yo, eh, tengo que volver. Pero pagaré toda la reserva.

Parecía tener prisa por marcharse, y cuando Emily sugirió no cobrarle el precio de los dos desayunos que no había comido, él insistió en pagarlo todo y marcharse en aquel preciso momento. Emily se quedó de pie en la puerta, mirando cómo se alejaba su coche y sintiéndose como una fracasada.

No supo cuánto tiempo estuvo frente a la puerta lamentándose por el desastre que había sido su primer huésped, pero al cabo de un rato oyó cómo sonaba su teléfono dentro de la casa. Gracias a la mala señal que recibía la vieja casa, el único sitio en el que tenía cobertura era junto a la puerta principal. De hecho tenía una mesita especialmente para el teléfono, una preciosa antigüedad que había rescatado de uno de los dormitorios que todavía estaban cerrados. Se acercó a ella, preparándose mentalmente para quién podría ser.

No había muchas opciones agradables. Su madre no había vuelto a ponerse en contacto desde aquella emotiva llamada bien entrada la noche en la que habían hablado sobre la verdad de la muerte de Charlotte y, más concretamente, sobre el papel o la falta del mismo que había interpretado Emily en su muerte. Amy también había mantenido las distancias desde su caballeroso intento de «rescatarla» de su nueva vida, aunque ya habían hecho las paces. Ben, su exnovio, la había llamado muchas veces desde que Emily se había marchado, pero ella no había respondido a ninguna de sus llamadas y parecía que la frecuencia de las mismas iba disminuyendo.

Se mentalizó mientras miraba la pantalla. El nombre que apareció parpadeando fue toda una sorpresa; era Jayne, una antigua amiga de la escuela de Nueva York. Conocía a Jayne desde niña, y a lo largo de los años habían ido desarrollando la clase de amistad en la que a veces pasaban meses antes de que volvieran a hablar, pero que en cuanto volvían a reunirse era como si no hubiese pasado nada de tiempo. Jayne seguramente se había enterado de su nueva vida de labios de Amy o por algún cotilleo y estaba llamando para interrogarla sobre aquel cambio tan repentino.

Contestó a la llamada.

—¿Em? —dijo Jayne con voz agitada y la respiración alterada—. Me acabo de encontrar a Amy cuando he salido a correr. ¡Me ha dicho que *te has ido* de Nueva York!

Emily parpadeó; su mente ya no estaba acostumbrada al ritmo rápido que compartían todas sus amistades de Nueva York al hablar. La idea de correr mientras se mantenía una conversación teléfono le resultaba ahora de lo más rara.

—Sí, de hecho fue hace algún tiempo —contestó.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Jane. El ruido de sus pasos era audible desde el otro lado de la línea.

La voz de Emily se volvió débil y adoptó un tono de disculpa.

—Um, bueno, unos seis meses.

—¡Dios, tengo que llamarte más a menudo! —jadeó Jayne.

Emily podía oír el tráfico de fondo, los cláxones de los coches y el sonido sordo de las zapatillas de deporte de Jayne mientras ésta corría por la acera. Aquello dibujó una imagen muy familiar en su mente; ella misma había sido aquella persona hacia tan solo unos meses. Siempre ocupada, sin descansar nunca, con el teléfono siempre pegado a la oreja.

—¿Y qué tienes que contar? —dijo Jayne—. Cuéntamelo todo. Supongo que Ben ha desaparecido de escena.

A Jayne, al igual que al resto de sus amistades y familia, Ben nunca le había gustado. Habían podido ver algo frente a lo que Emily había estado ciega durante siete años: que no era el adecuado para ella.

—Completamente desaparecido —contestó.

—¿Y ha entrado alguien nuevo? —le preguntó Jayne.

—Puede —repuso Emily con falsa modestia—. Pero todavía es algo nuevo y no muy seguro, así que prefiero no gafarme hablando de ello.

—¡Pero yo quiero saberlo todo! —exclamó Jayne—. Oh, espera. Me están llamando.

Emily esperó mientras la línea permanecía en silencio. Tras un momento los ruidos de la ciudad de Nueva York por la mañana volvieron a llenarle los oídos cuando Jayne reconectó su llamada.

—Lo siento, cariño —se disculpó—. Tenía que contestar. Cosas del trabajo. Bueno, mira, ¿Amy me ha dicho que has abierto un hostel por allí?

—Ajá —respondió Emily. Se sintió un poco tensa hablando del hostel, especialmente cuando Amy había mostrado tan abiertamente que le parecía una idea estúpida tanto aquello como el cambio total que había hecho Emily en su vida.

—¿Tienes alguna habitación disponible ahora mismo? —preguntó Jayne.

Emily se quedó sorprendida. No se había esperado una pregunta como aquella.

—Sí —dijo, pensando en la habitación ahora vacía del señor Kapowski—. ¿Por qué?

—¡Porque quiero ir! —exclamó su amiga—. Después de todo, es el fin de semana del Día de los Caídos, y necesito desesperadamente salir de la ciudad. ¿Puedo reservarla?

Emily dudó.

—Sabes, eso no es necesario. Puedes venir y visitarnos.

—Ni hablar —fue la respuesta de Jayne—. Quiero experimentarlo todo: las toallas limpias cada mañana, el desayuno con huevos y beicon. Quiero verte en acción.

Emily se rió. De entre toda la gente con la que había hablado sobre su nueva aventura, Jayne estaba siendo la que más le estaba apoyando.

—Bueno, entonces deja que haga la reserva de manera oficial —pidió—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—No sé, ¿una semana?

—Perfecto —repuso, sintiendo cómo algo se agitaba en su estómago—. ¿Y cuándo llegarás?

—Mañana por la mañana —dijo Jayne—. Alrededor de las diez.

La felicidad de su estómago creció.

—De acuerdo, dame un momento mientras te introduzco en el sistema.

Algo mareada por el entusiasmo, Emily puso el teléfono en espera y fue corriendo hacia el ordenador que había en la mesa de la recepción, donde abrió el programa de reservas e introdujo la información de Jayne. Se sintió orgullosa por haber llenado técnicamente el hostel todos los días desde su inauguración, incluso si no tenía más que una habitación y había abierto el negocio hacía dos días...

Se apresuró de vuelta al teléfono y recuperó la llamada.

—De acuerdo, tienes una reserva durante una semana.

—Muy bien —dijo Jayne—. Has sonado muy profesional.

—Gracias —contestó Emily con timidez—. Todavía me estoy acostumbrando a todo. Mi último huésped ha sido un desastre.

—Me lo puedes contar todo mañana —dijo Jayne—. Será mejor que cuelgue; voy a llegar a mi décima milla y será mejor que ahorre el aliento. ¿Te veo mañana?

—Me muero de ganas —repuso Emily.

La llamada se cortó y Emily sonrió para sí. No se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a su vieja amiga hasta que había hablado con ella. Ver a Jayne sería un antídoto magnífico para el desastre que había resultado ser el señor Kapowski.

CAPÍTULO CINCO

Agotada por su larga y desastrosa mañana, Emily se encontró cada vez más sumida en la tristeza. Allí donde mirase veía problemas y errores; una pared mal pintada, una lámpara mal fijada, un mueble que no encajaba. Antes todo le había parecido una peculiaridad, pero ahora aquellos detalles la molestaban.

Sabía que necesitaba ayuda y consejos profesionales. No había sido nada realista al pensar que podía llevar ella sola un hostel.

Decidió llamar a Cynthia, la dueña de la librería y una persona que había gestionado un hostel en su juventud, y pedirle consejo.

—Emily —la saludó Cynthia al descolgar—. ¿Cómo estás, querida?

—Fatal —fue su respuesta—. Estoy teniendo un día horrible.

—¡Pero si sólo son las siete y media! —exclamó Cynthia—. ¿Cómo puede ser tan malo?

—Es completamente horrible —repuso—. Mi primer huésped acaba de irse. El primer día no llegué a tiempo de prepararle el desayuno, y el segundo no tenía suficientes ingredientes y ha dicho que la comida estaba fría. No le han gustado ni la almohada ni las toallas. No sé qué hacer. ¿Puedes ayudarme?

—Voy ahora mismo —dijo Cynthia, sonando encantada ante la perspectiva de repartir algo de sabiduría.

Emily salió para esperarla y se sentó en el porche, esperando que la luz del sol, o al menos la vitamina D, la animase un poco. La cabeza le pesaba tanto; la dejó caer entre las manos.

Alzó la vista al oír el crujido de la grava y vio a Cynthia acercándose en su bicicleta.

Aquella bicicleta oxidada era tanto una imagen de lo más común y bastante inolvidable en Sunset Harbor, principalmente porque la mujer que iba sentada al sillín tenía el cabello encrespado y teñido de naranja y vestía conjuntos llamativos y nada coordinados. Y, para volverlo todo todavía más raro, Cynthia había fijado hacia poco una cesta de mimbre a la parte frontal de la bicicleta y en ella llevaba a Tormenta, el cachorro de Mogsy que había adoptado. Cynthia Jones era, en muchos sentidos, una atracción turística por sí misma.

Emily se alegró de verla, aunque el gran sombrero de verano de puntos rojos que llevaba la mujer hacía que le doliesen un poco los ojos. Saludó a su amiga con la mano y esperó a que llegase hasta ella.

Entraron dentro y Cynthia no perdió ni un segundo; empezó a acribillar a Emily a preguntas mientras subían las escaleras, buscando información desde la presión del agua hasta saber si estaba sirviendo comida orgánica y a quién se la estaba comprando. Para cuando llegaron a la habitación libre, a Emily ya le daba vueltas la cabeza.

Hizo pasar a Cynthia. La habitación, en su opinión, era preciosa. Había un pequeño entresuelo en un extremo en el que había puesto un cómodo sofá de cuero para que los huéspedes pudieran sentarse y admirar la imagen del océano y la habitación estaba decorada principalmente en blanco con acentos azules, incluyendo una alfombra de piel de oveja y muebles de madera de pino desgastada.

—La cama es demasiado pequeña —dijo Cynthia al instante—. ¿Una doble estándar? ¿Estás loca? Necesitas algo enorme y opulento. Algo de lujo, algo que no puedan permitirse habitualmente. Has hecho que la habitación parezca un dormitorio de exposición.

—Creía que ése era el objetivo —se defendió Emily débilmente.

—¡Para nada! —exclamó Cynthia—. ¡Necesitas que parezca un palacio! —Se paseó por el dormitorio, tanteando las sábanas—. Demasiado ásperas —continuó—. Tus huéspedes se

merecen dormir en una cama que parezca de seda. —Se acercó a la ventana—. Las cortinas son demasiado oscuras.

—Oh —dijo Emily—. ¿Algo más?

—¿Cuántas habitaciones tienes?

—Bueno, ésta es la que más lista está. Hay otras dos que sólo necesitan algunos muebles más, y muchísimas que todavía no he conseguido ni limpiar. Todo el tercer piso podría convertirse.

Cynthia asintió y se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo. Parecía estar planificando algunas ideas, pensó Emily, puede que incluso algún gran plan para el hostel que a ella le resultaría imposible llevar a cabo.

—Enséñame el comedor —ordenó Cynthia.

—Um... vale...

Volvieron al primer piso y, a cada paso que daba, el pavor de Emily crecía. Empezaba a lamentar su decisión de pedirle ayuda a Cynthia. Si el señor Kapowski había hecho mella en su frágil ego, Cynthia lo estaba haciendo añicos con una maza.

—No, no, no, no, no —dijo Cynthia mientras analizaba el comedor.

—Creía que te encantaba la sala —argumentó Emily, perturbada. La última vez que había estado allí desde luego había disfrutado de la comida de cinco platos y de los cócteles que Emily misma había preparado, ni más ni menos.

—Y me encanta. ¡Para celebrar cenas! —exclamó ésta—. Pero ahora tienes que convertirlo en el comedor de un hostel, con mesas pequeñas para que los invitados puedan comer solos. ¡No puedes sentarlos a todos en una gran mesa como ésta!

—Había pensado en crear una sensación de comunidad —tartamudeó Emily a la defensiva—. Intentaba hacer algo distinto.

—Cariño —dijo Cynthia—, ni lo intentes. Ahora no. Quizás cuando el negocio lleve diez años abierto y te hayas establecido y tengas buenos ingresos, podrás empezar a experimentar. Pero ahora no te queda más elección que hacerlo tal y como esperan tus huéspedes. ¿Lo comprendes?

Emily asintió de mala gana. No sabía si llegaría a cumplir esos diez años. Sólo había considerado el hostel a corto plazo, y ahora parecía que Cynthia quería que invirtiera de verdad en él, que lo convirtiese en algo a largo plazo y sostenible. Empezaba a sonar caro, y Emily no podía permitirse nada caro. Aun así la escuchó con paciencia mientras Cynthia continuaba con las críticas.

—No pongas lirios; hacen pensar a la gente en funerales. Y oh, por Dios, eso tendrá que ir en otro sitio. —Estaba mirando el gallinero por la ventana—. A todo el mundo le gustan los huevos de granja, ¡pero no ver a esos sucios bichos que los ponen!

Para cuando se fue, Emily se sentía peor que antes. Volvió a sentarse en el porche, examinando la lista de cosas que Cynthia le había dejado para que hiciese. En aquel momento Daniel llegó a casa, subiendo por el camino de grava hacia ella.

—No tienes ni idea de lo mucho que me alegro de verte —dijo Emily alzando la vista—. Mi día ha empezado a ser un asco nada más salir de la cama.

Daniel se sentó junto a ella en el porche.

—¿Y eso?

Emily le relató la historia con el señor Kapowski, cómo Lola y Lolly habían fracasado en lo único que se suponía que debían hacer, le habló de los bonitos zapatos que había echado a perder corriendo entre los excrementos de gallina y del beicon quemado, y terminó con la marcha del señor Kapowski y con las críticas de Cynthia.

—Y ahora respira —le dijo Daniel con una sonrisita cuando hubo acabado.

—No te rías de mí. —Emily hizo un mohín—. Ha sido un día muy difícil y me vendría bien tu apoyo.

Daniel se rió entre dientes.

—Algún día recordarás todo esto y verás el lado divertido. Me refiero a en cuanto todo esto haya pasado y manejes el hostel con más éxito de todo Maine.

—Dudo que eso llegue a pasar —dijo Emily, abandonándose todavía más a su humor sombrío. Ni siquiera lograba imaginar que su hostel se convirtiera en un éxito, y no estaba ni segura de ir a poder mantenerlo abierto a corto plazo—. Lo peor es que sé que los dos tienen razón —añadió—. Esto no se me da lo bastante bien. Y tengo que hacer todos los cambios que ha sugerido Cynthia. El hostel que manejó de joven era el mejor de Maine; sería una idiota de no aceptar sus consejos.

—¿Cuánto habría que hacer? —preguntó Daniel.

—Mucho. Cynthia dice que debo tener listas otras dos habitaciones cuanto antes mejor y que tienen que estar decoradas en otros colores y tener precios distintos para que los huéspedes sientan que pueden elegir, sentir que tienen el control. Dice que lo más seguro es que la gente se decida por la habitación que tenga el precio medio; no querrán parecer tacaños frente a sus parejas, pero siempre habrá alguien que elegirá siempre lo más barato y otros que elegirán siempre lo más caro.

—Guau —dijo Daniel—. No me había dado cuenta de que hubiese que planificarlo todo tanto.

—Yo tampoco —repuso Emily—. Me he metido en todo esto a ciegas. Pero quiero hacer que funcione.

—¿Y qué tienes que cambiar? ¿Cuánto tiempo llevará?

—Pues casi todo —contestó de mal humor—. Y tengo que hacerlo tan pronto como sea posible. Esto me costará el resto de mis ahorros. He hecho cálculos y sólo me quedará suficiente para mantener el hostel abierto hasta el cuatro de julio. Así que un mes.

Notó al instante el cambio en el lenguaje corporal de Daniel, el modo en que se apartaba casi de manera imperceptible de ella. Era muy consciente de que acababa de poner un límite temporal a su romance además de a su negocio, y parecía que Daniel ya empezaba a poner espacio entre ellos, aunque no fueran más que unos centímetros.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó.

—Voy a ir a por todas —contestó ella con decisión.

Daniel sonrió y asintió.

—¿Por qué hacerlo sólo a medias?

La rodeó con el brazo y Emily se apoyó contra él, aliviada de que hubiese vuelto a hacer desaparecer una vez más la distancia entre ellos. Pero no iba a olvidar fácilmente cómo se había apartado.

Había puesto en marcha la cuenta atrás en su relación, y el tiempo corría.

CAPÍTULO SEIS

—Esta cómoda sería perfecta para la habitación pequeña —dijo Emily, pasando los dedos sobre la cómoda de pino mientras miraba a Daniel.

El corazón se le aceleró al enamorarse, como siempre hacía, de los tesoros que se ocultaban en la tienda de antigüedades de Rico. Notó cómo Daniel también se entusiasmaba mientras miraba el mueble; el que aquel fuera su lugar favorito para tener citas era todo un extra.

Ambos disfrutaban de la excitación de descubrir objetos raros y exóticos para el hostel, pero también les encantaba la infinita fuente de entretenimiento que era el anciano olvidadizo. Aunque la memoria a corto plazo de Rico no era de fiar, su capacidad para recordar el pasado no tenía parangón, y a menudo se lanzaba a explicar anécdotas inesperadas sobre la gente del pueblo, o daba lecciones de historia sobre Sunset Harbor mismo. A menudo a todo aquello también se sumaba Serena, quien, a pesar de ser quince años más joven que Emily, ésta consideraba una buena amiga.

En aquel momento Emily alzó la vista y vio un exquisito espejo de tocador con marco dorado.

—Oh, y eso también iría a la perfección.

Se abrió paso por la tienda, con Daniel siguiéndola mientras saltaba de un guardarropa al siguiente. Emily iba apuntando los precios y los números de las etiquetas de todo aquello que le interesaba, así al final podría darle la lista a Rico. Después de todo estaba haciendo bastantes compras, y lo mejor sería no confundir al pobre hombre.

—¿Qué tal esto? —le preguntó a Daniel, mirando una gran cama con dosel—. Cynthia dijo que las camas tienen que ser más grandes. Que tengo que conseguir que mis huéspedes se sientan como de la realeza.

Daniel cruzó la tienda desde donde había estado examinando algunos bebederos de piedra para pájaros y se detuvo junto a ella.

—Guau. Quiero decir, sí, desde luego tus huéspedes se sentirán como de la realeza si duermen en eso. Es gigantesca. ¿Ya cabrá?

Emily sacó la cinta de medir y empezó a tomar notas de las dimensiones de la cama, consultando después el diagrama que llevaba en el bolsillo. Había escrito el tamaño de todo para asegurarse de que sólo compraba muebles que encajarían a la perfección en las habitaciones. Su plan era ceñirse inicialmente a la renovación de las otras dos habitaciones, invirtiendo todo el dinero que le quedaba en conseguir que fueran todo lo perfectas posible, y después pasaría rápidamente a ocuparse de las otras veinte habitaciones en cuanto el dinero de las primeras tres empezase a fluir, con lo que cubriría el lado más barato del mercado.

—¡Sí, encajaría en la suite nupcial! —Sonrió de oreja a oreja. Aquella preciosa cama la estaba entusiasmado. La sencilla idea de poseerla y ponerla en una de sus habitaciones provocaba toda una avalancha de emociones.

Daniel miró la etiqueta con el precio.

—¿Has visto lo cara que es?

Emily se inclinó y leyó la etiqueta.

—En el siglo quince perteneció a un noble noruego —leyó en voz alta—. Claro que va a ser cara.

Daniel le dirigió una mirada perpleja.

—¿Y por qué no te preocupa? La Emily que conozco ya estaría hiperventilando.

—Ja, ja —repuso ella con sequedad, aunque sabía que Daniel estaba diciendo la verdad. Era una de esas personas que siempre estaban preocupándose, pero en aquella ocasión algo había

cambiado. Quizás fuera el tiempo que corría en su contra, el modo en que se avecinaba la campana que marcaría el final o cómo la arena caía en el reloj de su relación, pero había algo en aquella finalidad que le había hecho deshacerse de las precauciones—. Hay que gastar dinero para ganar dinero, ¿no? —dijo con audacia—. Si me pongo a escatimar ahora, acabaré pagándolo más adelante. El hostel implosionará.

—Eso es un poco dramático —dijo Daniel riéndose—. Pero entiendo a lo que te refieres. Tienes que hacer ahora la inversión, sentar las bases.

Emily respiró profundamente.

—Vale, de acuerdo. Estoy lista ahora que te tengo de mi lado.

La idea de gastar todo el dinero de sus ahorros y de acabar haciendo equilibrios tan cerca de la bancarrota no era algo que le apeteciera hacer. Ella nunca había sido así, nunca había sido impulsiva; normalmente era cuidadosa y lo consideraba todo, midiendo los pros y los contras de todas las situaciones antes de comprometerse, o al menos así había sido antes de que dejase dramáticamente su trabajo, su apartamento y su novio en Nueva York y saliera huyendo a Maine. Quizás fuera más impulsiva de lo que había creído. O quizás fuera un rasgo que empezaba a salir a la luz a medida que envejecía. ¿Era así como Cynthia había acabado siendo tan excéntrica? ¿Había añadido más colores luminosos a su guardarropa con cada año que pasaba y se había ido tiñendo el pelo de tonos cada vez más extraños? A pesar de lo mucho que quería a su amiga, Emily no pudo evitar estremecerse ante la idea de convertirse en ella.

Obligó a su mente a dejar de buscar comparaciones entre sí misma y la anciana y volvió a centrarse en la tarea que tenía entre manos.

—Supongo que voy a comprarla —le dijo a Daniel, casi deseando en silencio que él le dijera que no, que le diese una excusa para no hacerlo.

—Genial —fue toda la respuesta de éste.

En aquel momento se acercó Rico.

—Ellie —la saludó con una gran sonrisa—. Qué placer verte. —Al anciano siempre le costaba recordar su nombre.

—Hola, Rico —contestó Emily—. ¿Tienes más camas con dosel como ésta? —Recordó la habitación oculta que Rico le había enseñado, el lugar en el que guardaba las piezas más grandes y a menudo más caras que no le resultaba fácil mover. Aquella sala contenía tesoros en abundancia, incluso más de los que había habido en la enorme mansión de su padre.

—Por supuesto —dijo Rico, dándole una palmadita en el brazo con una mano marchita—. Están atrás. ¿Sabes dónde es?

Emily asintió. Rico les había enseñado a Daniel y a ella el pasillo secreto varios días antes.

—En ese caso, ves a echar un vistazo —la invitó el anciano—. Confío en ti.

Emily sonrió para sí, preguntándose cómo podía confiar en ella cuando ni siquiera recordaba su nombre. Daniel y ella se adentraron en el pasillo sinuoso y mal iluminado y entraron en la enorme habitación trasera. Al igual que la última vez que había estado allí, Emily se quedó casi sin aliento por el frío y se vio superada por el puro tamaño de la sala. Era como entrar en una cueva o una caverna. Tembló y se abrazó a sí misma. Daniel se percató del gesto y la acercó más a él, y su calidez le resultó reconfortante.

Se adentraron en la sala, pasando junto a armarios y aparadores, escritorios y guardarropas.

—Narnia, allá voy —bromeó Emily, abriendo las puertas de un guardarropa de madera especialmente ornamentada antes de apuntar el precio y el número en su lista.

Por fin llegaron al rincón donde se acumulaban todas las camas.

—Mira —dijo Emily, mirando una gran cama con dosel de madera oscura. Habían tallado

cada uno de los postes para que pareciesen los árboles originales, y el efecto era casi sobrenatural—. Esto es exactamente lo que necesito. Una más así y las habitaciones más caras serán puro lujo, ¿no te parece?

Daniel parecía particularmente interesado en aquella cama.

—Está muy bien hecha. Quiero decir, se nota por lo bien que ha soportado el paso del tiempo, pero también por el acabado y por cómo usaron un barniz que mejor encajaba con el efecto de madera natural. —Parecía enamorado, aunque nada más pronunciar aquellas palabras se distrajo al instante con otra de las camas—. ¡Emily, deprisa, mira ésta!

Emily se rió cuando Daniel le tiró de la mano para enseñarle otra cama ricamente decorada. Aquella tenía un barniz más pálido y casi parecía salida de una cabaña de troncos de Islandia. Había patrones tallados en el cabecero y en los postes; era toda una belleza.

—Mírala, ¡es una pieza entre un millón, Emily! —dijo Daniel con entusiasmo—. Tallada a mano. Una carpintería magnífica. ¡Si la compras ya habrás conseguido que el hostel aparezca en el mapa!

Emily sintió cómo una sensación de calidez se extendía por su interior. Era verdad; las camas que había encontrado en la tienda de Rico eran sorprendentes y únicas. Ahora comprendía lo que Cynthia había estado intentando decirle con lo de tratar a sus huéspedes como si fuesen de la realeza. Desde luego *ella* se sentiría como una princesa si durmiese en una de ellas.

—Sabes —comentó, pasando los dedos por la madera de uno de los postes—. Si compramos las camas, habrá una condición.

—¿Oh? —preguntó Daniel, frunciendo el ceño.

Emily apretó los labios y arqueó una ceja.

—Tendremos que probarlas todas. Para comprobar su calidad, por supuesto.

—Quieres decir... ¡Oh! —Daniel captó lo que Emily estaba sugiriendo implícitamente y movió las cejas en un gesto travieso. De repente la perspectiva de comprarlas era mucho más tentadora—. Oh, bueno, por supuesto... —musitó, rodeando a Emily con los brazos y acercándola a sí—. No podría descansar por las noches si no experimentase de primera mano aquello por lo que pagan tus huéspedes.

La besó en el cuello de manera seductora y Emily se rió.

—Voy a ir a darle a Rico la lista —dijo ésta, apartándose de su abrazo—. Y a despedirme de todo mi dinero.

Daniel silbó entre dientes.

—Vas a hacerlo muy feliz. ¡Seguramente le hagas ganar todo un mes de ingresos en una sola venta!

—Me niego a pensar en eso —dijo Emily, haciendo ver que se tapaba los ojos con las manos para evitar mirar las etiquetas con los precios.

Dejó a Daniel en la gran sala trasera y fue en busca de Rico.

—Evie —dijo éste cuando volvió a la tienda—. ¿Has encontrado lo que querías?

—Así es —contestó Emily—. Me gustaría comprar tres guardarropas, un tocador, dos escritorios, seis mesitas de noche, una cómoda alta, dos cajoneras, tres alfombras y tres camas antiguas.

—Oh —musitó Rico, algo sorprendido cuando le tendió la lista de los objetos y sus precios—. Eso es bastante. —Empezó a sumar las cantidades lentamente en la reliquia que era la caja registradora.

—Estoy amueblando otras dos habitaciones del hostel y rediseñando la otra.

—Ah, sí, eres la chica del hostel —comentó Rico, asintiendo con la cabeza—. Tu padre

estaría tan orgulloso de lo que has conseguido, sabes.

Emily no puedo evitar removerse de pura incomodidad. Aunque apreciaba las palabras amables del anciano, pensar en su padre siempre la hacía sentir incómoda.

—Gracias —repuso en voz baja.

—Bueno —continuó Rico con voz gastada—, puesto que eres una clienta tan valiosa y estás haciendo algo que beneficiará a todo el pueblo, voy a hacerte un descuento. —Presionó algunos botones más, haciendo aparecer un número sobre la polvorienta pantalla.

Emily lo miró entrecerrando los ojos, sin estar segura de estar viéndolo bien.

—Rico, eso es un descuento del cincuenta por ciento. —No sabía si el anciano había introducido aquella cantidad por error. Lo último que quería era robarle por accidente.

—Así es. Has recibido el descuento especial por el Día de los Caídos en Sunset Harbor.

—Rico le guiñó el ojo.

Emily tartamudeó, todavía con la sobre su tarjeta. No se podía creer su generosidad.

—¿Estás seguro?

Rico agitó la mano para hacerla callar. Procesó la venta y Emily se quedó allí de pie, algo aturdida.

—Gracias, Rico —dijo sin respiración, y le dio un beso al anciano en la mejilla arrugada—. No sé cómo agradecértelo.

Rico sonrió de oreja a oreja con una sonrisa que lo decía todo.

Emily se sintió como una niña mientras se apresuraba a la parte trasera de la tienda de antigüedades en busca de Daniel.

—¡Rico me ha dado un descuento de la mitad del precio! —exclamó en cuanto llegó hasta él. Daniel pareció asombrado.

—Eso es genial —dijo.

—Venga —continuó Emily, impaciente de golpe—. Vamos a sacar todo esto de aquí y a empezar a arreglar el hostel.

Daniel se rió.

—Nunca había visto a nadie tan ansioso por poner punto final a una cita.

—Lo siento —se disculpó Emily, sonrojándose—. Es sólo que hay tantas cosas que hacer y preparar para cuando llegue Jayne.

—¿Quién es Jayne? —preguntó Daniel—. No me habías dicho que tenías otra reserva. —Pareció entusiasmado por ella, aunque algo sorprendido.

Emily se rió.

—Oh, no es eso. Jayne es una vieja amiga de Nueva York.

Daniel se vio súbitamente incómodo. Ya se había sentido juzgado cuando Amy se había pasado de visita, y se sentía bastante reacio a conocer a más de sus amistades.

—Vale —dijo en un susurro apagado.

—Es muy agradable —lo tranquilizó Emily—. Y le caerás genial. —Lo besó en la mejilla.

—Eso no puedes saberlo —argumentó Daniel—. Nunca se sabe; la gente se cae mal por nada todo el tiempo. Y tampoco es que yo sea el tipo más amigable del mundo.

Emily le abrazó el cuello y frotó la nariz contra la suya.

—Te prometo que te amaré, y lo sé porque yo te amo. Así es como son las cosas con las mejores amigas.

No se dio cuenta hasta que acabó de hablar de que había dicho la palabra clave. Le había dicho a Daniel que lo amaba. Se le había escapado sin más, pero no se sintió incómoda ni nerviosa por haberlo dicho. De hecho, le había parecido lo más natural del mundo, pero fue muy

consciente de que Daniel no le contestó del mismo modo y se preguntó si se había apresurado demasiado.

Siguieron en aquella posición un rato más, abrazándose en silencio en la penumbra de la tienda de antigüedades mientras Emily reflexionaba sobre el silencio de Daniel.

*

El cielo empezaba a oscurecerse para cuando descargaron las pesadas camas con dosel nuevas de la camioneta de Daniel y las cargaron hasta las habitaciones. Dedicaron las siguientes horas a montarlas y a organizar las habitaciones sin que ninguno de ellos comentase las palabras que se habían intercambiado en la tienda de Rico.

A medida que el cielo iba volviéndose negro, Emily empezó a sentir que la casa se convertía en un hostel de verdad, como si ahora estuviese más comprometida con la idea. En muchos sentidos había alcanzado un punto de no retorno, y no era sólo con el hostel, sino también en cuanto a sus sentimientos con Daniel. Lo amaba, amaba el hostel, y en su mente no cabía la más mínima duda sobre ninguna de aquellas cosas.

—Creo que deberíamos pasar la noche en mi casa —anunció Daniel cuando el reloj anunció la medianoche.

—Claro —accedió Emily, algo sorprendida. Nunca había pasado la noche en la casa cochera de Daniel, y se preguntó si se trataba de un intento por parte de éste de mostrar su compromiso con ella después de haber fallado en decirle que la quería.

Cerraron el hostel con llave y cruzaron el jardín hacia la pequeña cochera de Daniel, que se erguía entre las sombras. Daniel abrió la puerta e invitó a Emily a entrar.

Emily siempre se sentía mucho más joven cuando estaba dentro de aquella casa; había algo en la extensa colección de vinilos y libros que la intimidaba. Aprovechó el momento para analizar las estanterías, observando todos los textos académicos que poseía Daniel. De psicología, de fotografía; tenía libros sobre tantos temas. Y, para gran diversión de Emily, todos aquellos libros académicos de aspecto tan intimidatorio aparecían rodeados de novelas negras baratas.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¿Lees a Agatha Christie?

Daniel simplemente se encogió de hombros.

—Leer de vez en cuando a Agatha no tiene nada de malo. Se le da muy bien contar historias.

—¿Pero sus libros no están enfocados a mujeres de mediana edad?

—¿Por qué no lees uno y me cuentas? —le repuso Daniel con descaro.

Emily lo golpeó con uno de los cojines.

—Cómo te atreves. ¡Tener treinta y cinco años no es ser de mediana edad!

Se rieron mientras Daniel forcejeaba con Emily hasta tumbarla en el sofá, haciéndole cosquillas sin misericordia y consiguiendo que Emily chillase y lo golpease con los puños. Ambos cayeron agotados en una amalgama de extremidades mientras las risitas de Emily iban apagándose. Jadeó, recuperando el aliento y rodeando a Daniel con los brazos antes de pasarle los dedos por el pelo. La actitud juguetona de los dos desapareció, volviéndose más seria.

Daniel se apartó para mirarla a la cara.

—Eres preciosa, sabes —dijo—. No estoy seguro de si te lo digo lo suficiente.

Emily podía leer entre líneas. Daniel se refería a lo que había pasado antes, al hecho de que no le había respondido que la amaba, y ahora estaba intentando arreglarlo haciéndole cumplidos. No era lo mismo, pero se alegró de oírlo de todos modos.

—Gracias —musitó—. Tú tampoco estás nada mal.

Daniel sonrió con suficiencia, dedicándole aquella sonrisa torcida que Emily tanto apreciaba.

—Me alegro tanto de haberte conocido —continuó Daniel—. Mi vida resulta casi incomprensible en comparación con la que llevaba antes de ti. Le has dado la vuelta a todo.

—Espero que eso sea en el buen sentido.

—En el mejor de los sentidos —la tranquilizó Daniel.

Emily notó cómo se le sonrojaban las mejillas. A pesar de lo mucho que disfrutaba oír decir a Daniel aquellas palabras seguía sintiéndose algo tímida, y todavía dudaba un poco de cómo encajaban y de lo mucho que podía permitirse acercarse a él considerando lo mucho que pendía en el aire todo lo relacionado con el hostel.

A Daniel pareció costarle pronunciar lo siguiente que quería decir. Emily lo observó con paciencia, animándolo con una mirada.

—No sé qué haría si te fueras —dijo al fin—. No, sí que lo sé. Conduciría hasta Nueva York para volver a estar contigo. —La cogió de la mano—. Lo que intento decir es que te quedas conmigo. ¿Vale? Sea donde sea, haz que sea conmigo.

Sus palabras emocionaron a Emily profundamente. Estaban cargadas de tanta sinceridad, de tanta ternura. No era amor lo que comunicaban, sino otra cosa, algo parecido o al mismo significativo. Era un deseo de estar con ella sin importar lo que ocurriese con el hostel. Daniel estaba haciendo desaparecer la cuenta atrás y diciendo que no le importaba si Emily no conseguía que el negocio despegase para el cuatro de julio. Él seguiría con ella.

—Lo haré —contestó, mirándolo con adoración—. Podemos seguir juntos sin importar lo que pase.

Daniel se inclinó y la besó con fuerza. Emily sintió cómo su cuerpo se caldeaba en respuesta a él y el calor entre ellos se intensificó. Entonces Daniel se puso en pie y le tendió la mano, y Emily se mordió el labio antes de aceptarla, siguiéndolo con una ansiosa anticipación mientras la llevaba hacia el dormitorio.

CAPÍTULO SIETE

Aquella cita había sido exactamente lo que necesitaban tanto Emily como Daniel. A veces los dos se veían completamente engullidos por el trabajo en el hostel que resultaba fácil dejar escapar aquellas cosas, así que a ninguno les sorprendió cuando no se despertaron con la alarma de las ocho de sus despertadores. Emily en concreto tenía mucho sueño que recuperar.

Cuando por fin se despertaron a las nueve, una hora que ahora les parecía absurdamente tardía, decidieron que lo mejor sería disfrutar de un rato más en la cama, especialmente teniendo en cuenta lo bien que se lo habían pasado la noche anterior entre las sábanas.

Acabaron levantándose alrededor de las diez, e incluso entonces se regalaron un largo y relajado desayuno antes de admitir por fin que tenían que volver a la casa para continuar trabajando en las habitaciones nuevas.

—Ey, mira —dijo Daniel mientras cerraba la puerta de la casa cochera y echaba la llave cuando salieron—. Hay un coche en la entrada.

—¿Otro huésped? —preguntó Emily.

Echaron a andar juntos y cogidos de la mano por el camino de grava. Emily echó un vistazo a la casa y distinguió a una mujer de cabello negro brillante de pie en el porche, rodeada de varias maletas y llamando una y otra vez al timbre.

—Creo que tienes razón —dijo Daniel.

Emily jadeó, comprendiendo de repente quién era.

—¡Oh, no, me he olvidado de Jayne! —exclamó. Se miró el reloj; eran las once. Jayne había dicho que llegaría a las diez. Esperaba que su pobre amiga no llevase allí de pie una hora llamando al timbre.

—¡Jayne! —la llamó, corriendo por el camino—. ¡Lo siento muchísimo! ¡Estoy aquí!

Jayne se dio la vuelta al oír su nombre.

—¡Em! —gritó, saludándola con la mano. Entonces vio a Daniel acercándose unos pasos más atrás y arqueó las cejas como diciendo: «¿Y ése quién es?».

Emily la alcanzó y las dos mujeres se abrazaron.

—¿Llevas aquí de pie una hora? —preguntó Emily, preocupada.

—Oh, venga ya, Emily. ¿Acaso no me conoces? Claro que no he llegado a tiempo; ¡he llegado como cuarenta y cinco minutos tarde!

—Aun así —se disculpó Emily—. Quince minutos es mucho tiempo para pasarlos de pie en un porche.

Jayne dio una pequeña patada sobre el suelo de madera con el tacón de la bota.

—Es un porche sólido y recio. Ha hecho un buen trabajo.

Emily se rió, y en aquel momento Daniel las alcanzó a ambas.

—Jayne, éste es Daniel —se apresuró Emily, a sabiendas de que no le quedaba más elección que presentarlos.

Daniel le dio la mano con cortesía a Jayne aun cuando ésta lo miraba como si fuera un buen corte de carne.

—Un placer conocerte —la saludó—. Emily me ha hablado mucho de ti.

—¿Ah, sí? —preguntó Jayne, arqueando todavía más las cejas—. Porque a ti no te ha mencionado. Eres un secreto muy bien guardado, Daniel.

Emily no pudo evitar sonrojarse; Jayne no era una persona dada a las sutilezas, ni tampoco a mantener la boca cerrada cuando tendría que hacerlo. Esperó que Daniel no buscase un significado oculto a sus palabras ni llegase a conclusiones erróneas.

—¿Quieres que te ayude con las maletas? —se ofreció éste.

—Sí, por favor —contestó Jayne.

En cuanto Daniel se inclinó para recoger los bultos, Jayne estiró el cuello para verle mejor el culo. Cruzó una mirada con Emily y asintió con aprobación. Emily hizo una mueca.

—Deja que me ocupe de eso —se apresuró a decir, apartando a Daniel y recogiendo las maletas—. ¡Guau, Jayne, esto pesa! ¿Qué has metido dentro?

—Oh, ya sabes —dijo su amiga—. Dos conjuntos por día, uno para las horas de sol y otro para la noche, además de algo más formal, por si acaso. Y lencería, por supuesto. Mascarillas faciales e hidratantes, la bolsa del maquillaje y las brochas, la laca de uñas, la plancha para el pelo, el rizador...

—¿De verdad necesitas traer tanto la plancha como *el rizador*? —la interrogó Emily, cruzando la puerta con las maletas y entrando al pasillo.

—Además de la plancha para ondular —añadió Jayne—. Nunca sabes qué te puede apetecer. —Le dirigió una sonrisa traviesa a Emily.

—Emily —intervino Daniel—, parece demasiado peso para ti. ¿Qué tal si dejas que lleve todo eso a la habitación de Jayne?

—Gracias, Daniel —dijo Emily, asegurándose de situarse estratégicamente para que Jayne no pudiese mirarle el culo a Daniel cuando éste se inclinó—. ¿Podrías llevarlas a la Habitación Uno?

La habitación de huéspedes original, la Habitación Uno, había sido bautizada de manera afectuosa como «la del señor Kapowski» por Daniel y ella, pero ahora mismo no le apetecía contar esa historia en concreto. Sabía que había sonado extrañamente rígida y formal al pedirle a Daniel que llevase las maletas a la Habitación Uno, pero en aquel momento no le importaba; su único objetivo era alejar a Daniel de Jayne lo más rápido posible, preferentemente sin que ésta se le quedase mirando el culo cuando Daniel subiese las escaleras. La habitación más alejada de la casa parecía ser distancia suficiente.

Se giró hacia Jayne.

—Deja que te enseñe la casa. —Y con aquello llevó a su amiga hacia el salón.

—¡Oh, Dios! —chilló ésta antes incluso de que la puerta se cerrase a sus espaldas—. ¿Ése es el nuevo hombre en tu vida? ¡Dime que no! ¿En serio? ¿Cómo has podido mantenerlo tan en secreto? ¿Cómo logras no ponerte a llamar a todo el mundo que has conocido en tu vida, incluidos a tu profesora de guardería y al cartero, para decirles que estás saliendo con un leñador que está para mojar pan?

Jayne hablaba increíblemente deprisa y muy alto; era algo que podía hacerte sufrir dolor de cabeza después de estar cinco minutos en su compañía.

—No es un leñador —susurró Emily, sintiéndose avergonzada. ¿Cómo había podido olvidarse de lo brusca que llegaba a ser Jayne? ¿Qué demonios le había hecho pensar que sería buena idea invitar a su vieja amiga para que fuera al hostel cuando al hacerlo se sometería al escrutinio de su relación? No quería que ahuyentara a Daniel; de aquello ya se había ocupado ella personalmente al soltarle el día anterior que lo amaba.

—Pero amiga mía —continuó Jayne—, sí que está para mojar pan. Eso lo ves, ¿verdad? Quiero decir, sabía que tus gustos se habían vuelto locos en los últimos meses, pero al menos todavía reconoces a un hombre atractivo cuando lo tienes delante, ¿no?

—Sí —susurró Emily con los ojos en blanco—. Por favor, actúa normal con él. Lo nuestro es nuevo, bastante nuevo.

—¿Qué quieres decir con que actúe normal?

—Quiero decir que no te pongas a hablar de bebés ni de casarse. Y no menciones a Ben, ni a ninguno de mis exnovios. Ni a mi madre. Por favor, Dios, no digas nada de lo loca que está mi madre.

Jayne se rió.

—Te gusta de verdad, ¿no? No te había visto tan nerviosa en mucho tiempo.

Emily se retorció.

—Pues sí, me gusta. Creo que estoy enamorada.

—¡No me digas! —chilló Jayne, alzando la voz varias octavas—. ¿Estás enamorada?

Justo en aquel momento Daniel entró en el salón. Emily se quedó paralizada y Jayne abrió los ojos de par en par antes de apretar los labios con fuerza.

—Ups —dijo en voz alta, mirando de un rostro mortificado al otro—. Bueno, Daniel —añadió, rompiendo la tensión que había empezado a llenar la habitación como un globo—, cuéntamelo todo sobre ti.

Daniel miró de Emily a Jayne y tragó saliva.

—Eh, en realidad creo que os dejaré con vuestras cosas. Tengo que pasear a los perros. —Y salió del salón a toda prisa.

Emily suspiró, notando cómo se deshinchaba. Le dolía que Daniel actuara de manera tan incómoda con todo el tema de que estuviese enamorada de él. Se giró hacia Jayne.

—¿Podemos salir de aquí un rato? Podría enseñarte un poco Sunset Harbor. No has venido nunca, y de niña pasaba gran parte de los veranos en el pueblo. Estaría bien enseñarte los lugares más interesantes.

—Cariño, dime qué tipo de zapatos necesito y me apunto. ¿Algo tipo botas de montaña? ¿Zapatillas de deporte?

Desde luego que Jayne había traído consigo toda clase de zapatos.

—En realidad, no he salido a correr desde que me fui de Nueva York —contestó Emily—. Podría ser divertido. Hace un día demasiado bonito como para pasarlo en el coche, y desde luego cubriríamos más terreno que si vamos andando. Podemos ir por el camino que pasa junto al océano.

—Me parece genial —dijo Jayne—. Ayer, después de acabar de hablar contigo, recibí tantas llamadas que tuve que dejar el entrenamiento durante la milla doce. Me iría bien correr como es debido.

Emily tragó saliva. Para ella correr como es debido nunca se había prolongado más de cinco millas, y ahora mismo, tras seis meses de indolencia, se sentiría satisfecha si llegaba a cubrir dos.

—Voy a cambiarme —dijo.

Se apresuró escaleras arriba, dejando el hostel a merced de Jayne. Al llegar al dormitorio se encontró a Daniel tumbado en la cama y con la vista fija en el pecho.

—¿Estás bien? —le preguntó indecisa—. Creía que ibas a sacar a los perros.

—Tenía que salir de esa habitación —contestó Daniel.

—Oh —dijo Emily con tristeza. ¿Es que la idea de que lo amase era tan repulsiva que había tenido que salir huyendo?

Daniel se sentó en el colchón con aspecto aturdido.

—Quiero decir, ¿por qué tiene que hablar tan rápido? ¿Y tan alto? ¿Y por qué tiene que usar cinco palabras cuando podría usar sólo una?

Emily comprendió que la razón por la que Daniel se había marchado a toda prisa no era por ella, sino por Jayne y por el ritmo acelerado con el que hablaban los neoyorquinos. Se rió, liberando algo de la tensión que se había estado acumulando en su interior.

—Sabes, yo antes solía ser como ella.

Daniel sacudió la cabeza.

—Imposible. No me lo creo.

—Te lo aseguro —insistió Emily—. Espera y verás; para cuando lleve cinco días aquí ni siquiera podrás distinguírnos.

—Santo Dios —se lamentó Daniel, volviendo a dejarse caer en la cama.

CAPÍTULO OCHO

Jayne parecía una supermodelo mientras corría junto al destello de las olas, con el cabello flotando tras ella y las piernas largas y esbeltas. Y, a diferencia de Emily, casi ni sudaba. Todo el mundo con el que se cruzaban se quedaba mirándola, hechizados por su belleza y sorprendidos al ver a alguien tan increíblemente atractivo en su pueblo tranquilo y soñoliento.

—Ni siquiera recuerdo la última vez que vi el océano —dijo Jayne—. Quiero decir, aparte de cuando estaba viniendo. A veces Nueva York consigue que te olvides de que ahí fuera hay algo más aparte de carreteras y edificios.

—Eso es verdad —concordó Emily, jadeando. Le constaba incluso formar las frases más cortas.

Raj estaba colocando algunas macetas en la parte exterior de la tienda cuando pasaron por allí.

—¡Hola, Emily! —la saludó.

Emily lo saludó con la mano, guardándose el aliento, y entonces vio a Parker Black con su furgoneta de venta al por mayor. Parker era joven, de unos veintitrés o veinticuatro años, y tenía el cabello rubio y rizado. Había heredado la tienda tras la muerte de su padre con sólo dieciséis años, y había hecho un trabajo magnífico manteniéndola abierta. Tras inaugurar el hostel, Emily había sabido enseguida que quería que él fuese su proveedor.

Parker tocó el claxon y la saludó.

—¡Piérdete, asqueroso! —gritó Jayne.

—No, no, no toca el claxon por eso —jadeó Emily, sacudiendo la cabeza—. Es Parker, mi mayorista. Nos está saludando. —Lo saludó a su vez con la mano.

—Oh —musitó Jayne—. ¿Es que por aquí se conoce todo el mundo?

Había una pizca de desdén en su voz; Emily la reconocía porque ella había compartido aquel mismo punto de vista a su llegada. Le había parecido que Sunset Harbor era un pueblo pequeño y aburrido lleno de cotillas que no dejaban de meter la nariz en los asuntos de los demás.

—Básicamente —resolló, aunque lo hizo con una amplia sonrisa. Ahora aquello le parecía lo mejor del pueblo; había hecho tantas amistades desde su llegada y había cambiado su opinión sobre tantas cosas que le parecía casi incomprensible.

Llegaron al puente que conectaba la isla con el continente.

—Aquí es donde se me averió el coche —dijo, recordando el momento en que se había quedado tirada en el puente de camino a Sunset Harbor al mismo tiempo que llegaba una nevada. Birk la había rescatado aquella noche, y aunque en su momento había sido horrible, Emily ahora lo rememoraba todo con cariño.

—Ajá —comentó Jayne sin parecer nada interesada. Su entusiasmo por el océano también parecía haberse apagado ya—. Oh, Dios —dijo, repentinamente animada de nuevo—. ¿Has visto la última temporada de *Singing Sensations*?

—No —contestó—. Ya no tengo televisión.

Jayne pareció horrorizada.

—Oh. Vale. Bueno, resulta que había un concursante que debía de ser literalmente el ser humano más atractivo de todo el universo.

Emily la escuchó con paciencia mientras hablaba de cosas que ahora consideraba carentes de importancia. ¿Había sonado ella tan aburrida en el pasado? ¿De verdad le habían importado aquellas cosas tan triviales? Lo único bueno de que Jayne llevase la conversación era que ella podía concentrarse en su respiración, algo que se iba volviendo cada vez más difícil a medida que seguían corriendo.

—¿Y cómo te va la vida? —preguntó tan pronto como se hizo un momento de silencio. Quería oír cosas importantes de verdad, no todos aquellos cotilleos televisivos.

—Va bien —dijo Jayne—. Rompí con Harry. Lo sabías, ¿verdad? Y durante un tiempo salí con Brandon. Todavía estoy con él, más o menos. Tenemos algo informal.

Emily asintió y se centró en poner un pie delante del otro.

—¿Y en el trabajo? —continuó al comprender que Jayne no iba a decir más.

—Es un flujo continuo de gilipolleces sin fin —fue su respuesta—. Te tengo tanta envidia. Me encantaría pasarme el día sin hacer nada.

Emily frunció el ceño.

—Sí que trabajo —dijo, aunque la falta de aire no le permitió profundizar en su afirmación.

—Oh, venga ya. No se puede comparar, ¿no? ¡Doce horas diarias en una oficina de Nueva York contra holgazanear en un hostel junto al océano!

—Sí que trabajo —repitió Emily con más énfasis—. Y no holgazaneo.

Jayne miró a su amiga.

—¿Estás roja porque estás enfadada conmigo o por lo de correr?

—Las dos cosas —tartamudeó Emily.

Jayne frenó en seco. Emily se detuvo junto a ella y se dobló en dos, apoyando las manos en las rodillas y respirando profundamente.

—No quería decir que no trabajaras —dijo Jayne; casi se podía oír cómo ponía los ojos en blanco en su tono—. A lo que me refería es que está claro que aquí la vida es más lenta. Digo que te tengo envidia. ¡Eso es bueno!

Emily se enderezó. ¿Era así como solían expresarse ella y sus amigas, diciendo que tenían envidia las unas de las otras? ¿Qué había de malo en simplemente apoyar las decisiones de los demás, en lugar de compararse constantemente con ellos para ver quién iba en cabeza?

—Quizás deberíamos volver —dijo.

—¿Porque estás enfadada conmigo? —insistió Jayne, y esta vez sí que puso los ojos en blanco.

Emily sacudió la cabeza, aunque sí que se debía a ello al menos en la mitad—. Porque estoy agotada.

Jayne no parecía convencida. Miró su reloj.

—Sólo hemos hecho tres millas, Em —comentó—. Hagamos dos más y entonces volvemos.

Emily volvió a negar con la cabeza.

—No puedo correr diez millas, Jayne; eso me mataría. Estoy más que satisfecha con haber llegado hasta aquí.

Jayne puso cara de ofendida al ver su ejercicio interrumpido.

—De acuerdo. Volvamos. ¿Nos pasamos por una cafetería para comer?

Emily pensó en el restaurante de Joe, uno de los pocos lugares en el pueblo en el que se podía comer de día.

—Claro —accedió, incómoda al pensar en llevar a Jayne a un sitio que sabía que odiaría y que solidificaría su idea de que Sunset Harbor era un pueblucho aburrido.

Jayne se pasó todo el camino de vuelta hablando sin cesar: sobre la última sesión de fotos de la revista *Vogue*, sobre un nuevo thriller que había visto en el cine, sobre la nueva colección de verano de su diseñador favorito...

Emily la dejó hablar. Acababa de notar que, de todas formas, no hacía falta que contestase a nada.

*

Aquella misma tarde ambas mujeres estaban sentadas juntas en el salón bebiendo vino, Jayne con aspecto inquieto. Había pedido unos gofres y café en el restaurante de Joe, aunque Jayne inicialmente había pedido un cortado, para gran confusión del anciano, y después se habían parado para comprar una gran cesta de verduras de hoja verdes en la tienda de Karen para poder triturarlas en casa, ya que en ningún lugar del pueblo se vendían zumos de verduras.

—¡Deberías abrir un bar de zumos! —había exclamado Jayne—. ¡Triunfarías! —Emily no se había molestado en explicar que en un pueblo como Sunset Harbor no había demanda de nada parecido.

Después Emily había preparado tortilla española para cenar usando huevos frescos de Lola y Lolly y percatándose al mismo tiempo que Cynthia había vuelto a dar en el clavo al decir que a la gente le encantaba la idea de los huevos orgánicos, pero no el ver a los bichos que los ponían.

Jayne se había cambiado dos veces de ropa a lo largo del día, una vez para quitarse la ropa deportiva y otra para la cena. Ahora iba vestida con un precioso vestido negro que a Emily le recordaba demasiado al que había llevado puesto la noche en que había roto con Ben. Ella misma iba vestida de manera informal con unos tejanos y un suéter; ni siquiera se le había ocurrido cambiarse para la cena.

—¿Y qué puedo hacer mientras esté aquí? —preguntó Jayne en cuanto se hubieron puesto cómodas en el salón con una botella de vino—. ¿Dónde están los mejores clubs? ¿Hay lounges? ¿Conciertos?

Emily se echó a reír.

—Está el pub del pueblo, pero cierra a las ocho de la tarde.

Jayne se quedó con la boca abierta de la sorpresa.

—¿Me estás diciendo en serio que no por aquí no hay nada que hacer por las noches?

—Hay muchas cosas que hacer —fue la respuesta de Emily—. Pero no de esa clase. Se puede ir de senderismo o salir en barco, esas cosas.

—¿Senderismo? ¿Ir en barco? ¿Eso es lo que te interesa ahora?

Emily se tensó. Jayne empezaba a sonar como Amy.

—¿Qué importa lo que me interese ahora? —dijo a la defensiva—. Soy feliz. ¿Eso no cuenta?

Jayne puso la mano sobre la rodilla de su amiga.

—No es que intente ser mala —repuso—. Es sólo que has cambiado tanto que no puedo evitar pensar que es por tu nuevo hombre. Te conozco desde que empezaste a tener citas y tienes que admitir que tienes la costumbre de cambiar de hábitos por los hombres...

—¡No se trata de eso! —espetó Emily—. No he cambiado por Daniel. Puede que haya cambiado gracias a él, pero es completamente distinto. Y si hay algo que me haya cambiado de verdad, ha sido el hostel. ¿Es que no ves que mi vida ahora tiene mucho más sentido ahora que tengo un objetivo?

Jayne se echó hacia atrás en su asiento.

—Sí que lo veo —admitió—. Se te ve bien. Sana. Pero desde nuestra perspectiva, ya sabes, desde la de las amistades a las que has abandonado, lo que parece es que estás huyendo de tus problemas.

Emily hizo un mohín. No podía negar que así era como había empezado todo; había huido del apartamento que compartía con Ben y había soportado unos primeros días terribles en una casa medio en ruinas durante la peor parte del invierno, y todo para no tener que hacerles frente a sus problemas. Pero desde entonces todo había cambiado. La casa ya no era un lugar al que escapar,

sino su futuro, y no había nada que deseara más en el mundo que ver cómo triunfaba.

—¿Por qué no vuelves a Nueva York durante una temporada? —le preguntó Jayne con suavidad—. Pasa algo de tiempo en la ciudad, a ver cómo te sientes.

Emily se cruzó de brazos.

—¿Te ha pedido mi madre que hagas todo esto?

—¡No! —Jayne suspiró—. Sólo quiero que mi amiga vuelva, Em. ¿Tan difícil es de entender?

No lo era, pero lo que Jayne no parecía comprender era que su vieja amiga había desaparecido. La vieja Emily se había transformado, mutando hasta ser la mujer nueva que se sentaba frente a ella.

—Mira —dijo con un suspiro—. Aquí soy feliz. Tengo un objetivo, una pasión, al menos. Estoy decidida a conseguir que funcione.

—Lo noto —replicó Jayne—. Pero nunca has llevado un hostel. No tienes experiencia, y...

—Oh, allá vamos —la interrumpió Emily—. Creía que habías venido para apoyarme, pero estás dudando de mí del mismo modo en que lleva haciéndolo todo el mundo durante toda mi vida.

—Em —dijo Jayne con tono insistente—. Me preocupo por ti, eso es todo. ¿De verdad crees que esto funcionará?

Algo en sus palabras hizo que Emily dudase. Hasta ahora sólo había podido expresarle sus dudas a Daniel; frente a todos los demás no dejaba de mostrarse entusiasmada, proyectando la imagen de una mujer imparable y decidida.

—Si tengo que ser sincera, no, no creo que pueda hacer que funcione. El mundo está en mi contra y no tengo ni el talento ni la fuerza de convicción necesarios, pero no pienso rendirme sin luchar, Jayne. Si hay aunque sólo sea un uno por ciento de posibilidades de lograrlo, me arriesgaré. Necesito saber que he hecho absolutamente todo lo que estaba a mi alcance para triunfar. Sólo así podré irme con la cabeza bien alta.

Jayne arqueó las cejas.

—Guau —dijo—. Nunca te había visto tan implicada en nada. Ni siquiera con Ben, y eso que estabas de lo más decidida a que se casara contigo.

Emily simplemente se encogió de hombros.

—Tal y como he dicho, he encontrado mi pasión.

—Ya se ve —contestó Jayne. Pareció vencida por un segundo, o al menos como si sus miedos se hubiesen visto algo apaciguados.

—Venga —continuó Emily—. Deberíamos disfrutar de la noche, no pasarla discutiendo. Preparemos unos cócteles; podemos salir al porche a ver cómo se pone el sol. ¿Qué dices?

—¿Quieres decir que no me hace falta irme de fiesta para divertirme? —bromeó Jayne.

Emily se rió, aliviada de que aquella conversación tan incómoda por fin hubiese terminado. Preparó una jarra de mojitos y las dos mujeres fueron a sentarse en el porche. Hablaron de temas más alegres a medida que avanzaba la noche, con la jarra de mojitos entre ellas cada vez más vacía y sus risas cada vez más ruidosas.

Emily estaba doblada en dos, riéndose histéricamente de la anécdota que Jayne acababa de contarle cuando sintió la mano de su amiga sobre la suya de repente. Alzó la vista; el rostro de Jayne se había vuelto pálido.

—¿Qué? —preguntó Emily—. ¿Qué ocurre?

Jayne señaló el camino de entrada. Emily siguió el dedo con la mirada y distinguió las luces parpadeantes que iluminaban la grava, y al instante siguiente sus ojos se posaron en el coche de policía y en los dos agentes que se acercaban lentamente.

CAPÍTULO NUEVE

Una oleada de náuseas le subió por la garganta. Lo primero en lo que pensó fue en Daniel, en que debía de haber tenido un accidente en una de sus escapadas por los acantilados. Intentó dejar la copa, notando cómo le temblaba la mano.

Pero entonces vio que los policías no estaban solos. Alguien caminaba junto a ellos, alguien a quien Emily conocía bien. Trevor Mann.

Soltó un fuerte gemido.

—No es más que mi vecino —le dijo a Jayne, soltando un gigantesco suspiro de alivio—. Seguramente se haya quejado por el ruido.

Jayne arqueó una ceja.

—¿Estás de broma? ¿Y la policía acude porque a un cascarrabias no le gusta el ruido que hacen dos mujeres riéndose?

Emily se rió, sintiendo cómo se desvanecía su ansiedad.

—Nos limitaremos a sonreír con dulzura, a disculparnos y a acabarnos las copas dentro.

Jayne sacudió la cabeza.

—¡Sunset Harbor es un lugar de lo más raro! ¿Se espera siempre que obedezcas los caprichos de tus vecinos?

—Ahora mismo —le explicó Emily—, no tengo la energía suficiente para pelearme con Trevor además de mantener el hostel a flote. Tiene demasiados contactos; lo mejor será aplacarlo.

Observó cómo se acercaban las tres figuras a la casa, y frunció el ceño al distinguir a otro coche aparcando en la entrada, un coche que le resultaba muy familiar. Se trataba del coche del alcalde, y en cuanto el motor se detuvo de él emergieron el alcalde Hansen y Marcella.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Emily en voz alta al ver reunirse a las cinco personas.

Todos ellos avanzaron como un grupo con Trevor en cabeza con aspecto orgulloso y pedante. Las expresiones de los demás sólo podían describirse como avergonzadas.

—¿Qué está pasando? —volvió a preguntar Emily, poniéndose en pie y dirigiendo su pregunta más allá de Trevor y hacia el alcalde Hansen.

Por supuesto, a quién se dirigiera no importó en lo más mínimo. Fue Trevor quien contestó.

—Lo que está pasando, señorita Mitchell, es que está violando la normativa del pueblo sobre carteles.

Jayne estalló en carcajadas a su espalda y Emily se giró y le siseó con fiereza para que callase.

Trevor continuó con una voz todavía más brusca y pomposa que antes gracias a la burla de Jayne.

—Tiene que quitar el cartel ahora mismo o se le multará con cien dólares diarios mientras continúe ahí.

Los dos policías avanzaron como si fuesen a quitar el cartel.

—Un segundo —dijo Emily, alzando la mano para detenerlos—. ¿De qué estás hablando? ¿Alcalde Hansen?

El alcalde se encogió de hombros con aire arrepentido.

—Me temo que tiene razón, Emily. Necesitas un permiso especial para el cartel, y a menos que lo quites, recibirás una multa.

Marcella sacó rápidamente un papel de su portapapeles y se lo tendió a Emily.

—Ésta es su orden de cese y desista —dijo, y añadió rápidamente—: Y también te he traído un formulario para solicitar el permiso.

—Gracias —repuso Emily, anonadada y aceptando ambas hojas. Revisó rápidamente el formulario—. Aquí dice que la aprobación tarda un mes. ¿Quieres decir que me vais a hacer quitar el cartel durante treinta días?

—O se te multará con tres mil dólares —intervino Trevor, engraido—. Deberías haber hecho bien los deberes antes decidir abrir este sitio.

—Oh, así que de eso se trata —le espetó Emily—. Te has pasado todo el fin de semana buscando maneras de joderme y esto es lo único que has encontrado, ¿verdad? Eres un hombre triste y mezquino, Trevor. Un desastre de lo más patético.

—¡Toma ya! —gritó Jayne riéndose—. ¡A por él, Em!

Trevor pareció haber mordido algo amargo, pero se puso las manos en las caderas y se mantuvo firme. Emily miró al alcalde Hansen en busca de ayuda.

—No vas a dejar que haga esto, ¿verdad? —le suplicó.

Pero en lugar del alcalde, fue Marcella quien le contestó.

—No puede romper la ley por ti, Emily. Lo siento, pero las normas son las normas.

—¡Vaya! —chilló Jayne desde el porche—. Tienes que sacarte el palo del culo, señoritinga. Ten, sírvete un mojito. —Tendió su vaso hacia Marcella, derramando la mayoría del contenido al hacerlo. Marcella pareció asqueada y ni siquiera se molestó en responder.

En aquel momento Emily vio cómo se encendían las luces en la casa de la cochera; debían de haber despertado a Daniel con tanto ruido. Los dos policías se pusieron manos a la obra retirando el cartel y Emily observó, dividiendo su atención entre ellos y la figura cada vez más cercana de Daniel.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió Daniel al alcanzarlos. Su expresión era tormentosa.

—Están quitando mi cartel —repuso Emily con un suspiro—. He cometido una infracción de algo.

—De la normativa del pueblo sobre carteles —resopló Trevor Mann.

Daniel le dirigió al hombre una mirada heladora y después se centró, al igual que había hecho Emily, en el desafortunado alcalde.

—¿Por qué le estás dejando hacer esto, Derek? —demandó.

El alcalde Hansen se removió incómodo.

—No puede romper la ley por ella —dijo Marcella, repitiendo sus palabras anteriores.

—No te lo he preguntado a ti —le ladró Daniel—. Sino a él. —Volvió a fulminar a Derek Hansen con la mirada.

—¿Le importaría dar un paso atrás, señor? —intervino uno de los agentes, acercándose.

—Daniel —le advirtió Emily. Notaba por su postura que transmitía un aura de amenaza, y tenía que ir con cuidado teniendo en cuenta sus antecedentes. Amenazar al alcalde no sería buena idea.

Daniel retrocedió, aunque siguió echando humo.

—Y tú, maldito sapo —dijo, señalando a Trevor—. Cómo te atreves. Vienes aquí durante, ¿cuánto? ¿Dos meses al año? Y has decidido usar ese tiempo para destrozar a otra persona. ¡Espero que te sientas orgulloso!

—En realidad, he decidido mudarme aquí —contestó Trevor cruzándose de brazos—. Me he dado cuenta de que este querido pueblo necesita una vigilancia más constante para asegurarnos de que se mantengan las normativas y regulaciones como ésta.

Incluso la policía parecía empezar a irritarse con él, pero seguían teniendo un deber que cumplir y mantuvieron una distancia de seguridad entre Trevor y Daniel.

La ira de Daniel estaba llegando a su punto de ebullición. Emily empezaba a preocuparse

bastante de que la policía llegase a las manos con él; aquello era lo último que quería.

—Venga —le dijo en voz baja—. Vamos dentro. —Le puso una mano en la espalda y lo guió para que subiera las escaleras del porche.

—No me lo puedo creer —espetó Daniel por encima del hombro—. Eres un cobarde, Derek. ¿Lo sabías?

—Calla —le dijo Emily—. Jayne —añadió, dirigiéndose a su amiga—, continuemos dentro.

Jayne recogió la jarra de los mojitos y las copas y siguió a Emily y Daniel al interior, tambaleándose al hacerlo.

Tan pronto como estuvieron dentro Emily se giró hacia Daniel, necesitando más que nunca su confort. Daniel sabía exactamente qué hacer; la rodeó con sus brazos fuertes y la sostuvo entre ellos, y Emily apretó el rostro contra su pecho y le abrazó el torso. Sentía cómo latía el corazón de Daniel, alimentado por la furia, y notaba el calor que desprendía.

—No me lo puedo creer —musitó—. ¿Cómo voy a conseguir clientes sin un cartel? Nadie conseguirá encontrarme.

Daniel apretó los labios contra su coronilla en un beso duro y protector.

—No es más que un mes; lo superarás.

—No, no lo superaré —tartamudeó Emily—. Un mes sin ninguna manera de publicitar el hostel es mucho tiempo.

—Tendrás que ser creativa. Pon anuncios online, escribe unas indicaciones para llegar muy claras. Todo irá bien, confía en mí.

—Quizás sería mejor que me fuera —intervino Jayne de golpe. Estaba allí de pie con aspecto incómodo—. Parece que tenéis muchas cosas de las que ocuparos.

—No —dijo Emily, poniendo la mano sobre el brazo de su amiga, repentinamente consciente de que Jayne se sentía excluida—. No pasa nada. Sólo estoy algo molesta por el vecino. En un minuto me tranquilizaré y prepararé otra jarra de mojitos.

Jayne le dirigió una pequeña sonrisa.

—De verdad, Em, no pasa nada si no tienes tiempo que dedicarme con todo este drama del cartel entre manos. Puedo volver a Nueva York.

Esta vez fue el turno de Daniel de parecer incómodo.

—No es un «drama» —dijo Emily—. Es mi negocio. Mi medio de vida.

—Claro, claro —contestó Jayne, sonando más desinteresada que nunca—. Lo que quiero decir es que está claro que estorbo, y tampoco tengo ningún bar o club al que escapar.

—¿Quieres escapar?

—No lo digo en ese sentido —suspiró Jayne—. Me refiero a que tengo la sensación de que necesitas espacio para ocuparte de las cosas del hostel. No tengo por qué irme, podría quedarme por aquí y mirar la televisión, pero no hay televisión, así que no sé muy bien cómo mantenerme ocupada mientras manejas tus cosas.

—Ahora no te echas atrás —dijo Emily—. Puedo leer entre líneas, aunque no es que hayas disimulado mucho tu opinión para empezar. Esto no tiene nada que ver con que quieras darme espacio; lo que pasa es que te aburres.

—Eso no es lo que he dicho —empezó a protestar Jayne.

—Pero es lo que querías decir —le espetó Emily.

Jayne se quedó allí de pie, sin saber qué hacer.

—Me voy a la cama —dijo al fin—. No te preocupes por el desayuno; me marcharé a primera hora.

Subió las escaleras y Emily se quedó mirando cómo desaparecía, sintiendo un vacío en el

estómago.

Daniel se le acercó por la espalda y le tocó ligeramente el hombro. Emily se apoyó contra su mano; necesitaba que la mantuviera en pie más que nunca.

—¿Estás bien? —le preguntó Daniel en voz baja al oído.

Negó con la cabeza, sin apartar la mirada de las escaleras.

—En realidad no —contestó con otro susurro.

—Todo irá bien —añadió Daniel con la misma calma de siempre, como si fuera la tranquilizadora voz de la razón en la tormenta de pensamientos y emociones que invadían su mente.

—¿Tú crees? —susurró Emily con una voz tan baja que fue casi inaudible.

Deseaba creerle más que nada en el mundo, pero aquella vez todo tenía peor pinta. Lo notaba en los huesos, y era la sensación de que todo estaba llegando a su fin, como si se estuviera derrumbando sobre ella. Había entregado todo lo que tenía al hostel, y ni siquiera lograba que su amiga más antigua se quedase más de una noche. Comprendió, con el corazón encogido, que estaba al borde del fracaso. El sueño que había creído que se había hecho realidad se estaba convirtiendo en una pesadilla.

CAPÍTULO DIEZ

TRES SEMANAS MÁS TARDE

Emily estaba sentada en la cocina con Mogsy y Lluvia cuando oyó cómo llamaban al timbre. Los perros alzaron las orejas y Emily se puso en pie de un salto. No había tenido ni un solo cliente desde la retirada del cartel; al parecer la gente no confiaba en un hostel que no tuviera cartel, y Emily lo entendía. Su casa no destacaba entre las demás de la calle. Ella tampoco se hubiese fiado.

Era la primera vez que llamaban al timbre desde que no había cartel. Corrió entusiasmada hacia la puerta y la abrió, encontrándose a dos hombres jóvenes vestidos con unas immaculadas camisas blancas al otro lado. Ambos le sonrieron de oreja a oreja.

—Hola —dijo Emily—. ¿Estáis buscando una habitación?

Las sonrisas de los jóvenes crecieron un poco más.

—En realidad —dijo uno de ellos con acento canadiense—, hemos venido a hablar sobre su fe.

—Oh —repuso Emily. Se dio cuenta de los trípticos que llevaban en las manos—. Yo, eh, bueno, estoy bastante satisfecha con mis... creencias actuales. —Quería ser educada, pero estaba profundamente decepcionada de que aquellos dos jóvenes no hubiesen acudido para hacer una reserva. Quería que se marchasen cuanto antes—. Quiero decir, no me interesa... cambiar a un... ser superior distinto. ¿Sí?

Los jóvenes parecieron confundidos. Intercambiaron una mirada.

—¿Le interesa quedarse con algunos panfletos?

—Claro —dijo Emily. Aceptó las coloridas hojas de papel ilustradas que le tendieron.

—¿Podríamos volver otro día? —añadió el otro joven.

—Um... no. —No había querido ser tan brusca, pero no podía tener gente presentándose frente a su puerta todo el tiempo. Aquello afectaría al negocio—. Lo siento.

Los jóvenes siguieron sonriendo incluso mientras les cerraba la puerta.

Se sintió mal al dejarlos allí plantados y subió al segundo piso, donde Daniel estaba añadiendo los últimos toques a la última habitación renovada. Se veía genial; ojalá tuviera algunos huéspedes con los que llenarla.

—¿Quién era? —preguntó Daniel, ahuecando las almohadas.

—Un discurso religioso —contestó Emily de mal humor mientras apoyaba el hombro contra el marco de la puerta.

—Oh —dijo Daniel—. Creía que quizás fuera el fotógrafo.

—Viene mañana.

El hostel contaba ahora con tres habitaciones de alta gama y siete en el rango medio. Cynthia les había explicado que necesitaban una fotografía de cada una de ellas para la página web y una descripción de lo que ofrecían. Emily se había sentido reticente frente a la idea de diseñar una página y pagar a un fotógrafo para que hiciese fotografías profesionales cuando no estaba teniendo ingresos, pero se había recordado a sí misma que tenía que hacer el esfuerzo ahora si quería recibir una recompensa a largo plazo. Aun así, el cuatro de julio se acercaba cada vez más y seguía sin haber señales de los huéspedes con los que necesitaría llenar la casa para mantener el negocio a flote.

—Supongo que en cuanto acabemos con éstas, tendremos que empezar con el resto de las

habitaciones —dijo.

—¿El tercer piso? —preguntó Daniel.

—El tercer piso —concordó con decisión.

Casi no había pasado nada de tiempo en el tercer piso de la casa. Nadie lo había hecho, ni siquiera cuando su familia había acudido a pasar las vacaciones. Emily lo había estado evitando porque sabía que se lo encontraría en el mismo estado en el que había estado la casa a su llegada: deteriorado, lleno de telarañas y atestado de recuerdos.

—¿Quieres que te eche una mano? —se ofreció Daniel.

—Por supuesto. —Daniel era para ella una ayuda inestimable. No estaba segura de que hubiese logrado llegar tan lejos de no ser por él y su continuo optimismo, y eso sin mencionar su capacidad de ponerla en pie cada vez que Emily caía derribada—. Excepto que creo que va a haber muchas cosas que clasificar. Cosas familiares, ¿sabes?

Daniel asintió. El proceso de ordenar el primer piso había sido largo, y se había ido prolongando todavía más según Emily iba descubriendo de repente una fotografía, un documento o una vieja reliquia familiar. Ambos dudaban de que fueran a encontrar tesoros como aquellos en el tercer piso.

Daniel le dio un largo beso.

—¿Nos vemos esta noche?

—Puedes apostar que sí —contestó Emily.

Lo único bueno de no tener huéspedes era que Daniel y ella habían podido pasar una temporada en cada una de las habitaciones. De algún modo habían logrado encontrar tiempo suficiente entre todo el trabajo para citas nocturnas y mañanas relajadas, y a pesar de su cuenta bancaria cada vez más vacía y de la sensación cada vez mayor de que el tiempo en el hostel se agotaba, su relación parecía no dejar de fortalecerse día tras día.

Daniel se marchó y Emily se dirigió al tercer piso para empezar con la laboriosa tarea de organizar las antigüedades y separarlas de los trastos que no hacían más que acumular polvo, separando lo sentimental de la basura.

Las habitaciones de la parte alta de la casa debían de haberse diseñado en sus inicios como alojamiento para los sirvientes y tenían el tamaño perfecto para ser convertidas en unos dormitorios pintorescos, cómodos y más baratos, tal y como Cynthia había exigido para el hostel. Barry haría una visita más entrada la semana para empezar a trabajar en las cañerías de los baños de las suites, así que era esencial que para entonces ya tuviese las habitaciones organizadas y vacías.

El dormitorio al que echó un vistazo estaba vacío a excepción de un escritorio junto a la ventana y una silla. Los postigos estaban rotos, el papel de papel se había despegado y se había convertido en el hogar de toda una colonia de arañas. Emily se estremeció y volvió a cerrar la puerta. La siguiente habitación estaba en un estado parecido de abandono y no contenía nada más que un sillón de cuero rasgado girado hacia la ventana, un reposapiés frente a él y una mesita del café a un lado. A Emily no le costó imaginarse a alguien subiendo hasta allí para leer el periódico. La mancha amarilla que había en el techo justo sobre el sillón le informó de que la persona que había acudido a leer su periódico también había sido claramente fumadora.

Descubrió una caja llena de documentos de su padre en la tercera habitación. Su padre, iba comprendiendo cuanto más exploraba la casa, había sido un hombre increíblemente desorganizado. Parecía haber guardado hasta el último pedazo de papel, carta y documento y haberlos dejado por todas partes. Y lo que era peor, las cosas realmente valiosas o apreciadas en cualquier sentido habían acabado guardadas bajo llave en los cajones. El intentar abrir un cajón y

encontrárselo cerrado con llave se había vuelto algo habitual, seguido del hallazgo de que ninguna de las numerosas llaves que había en el llavero que había encontrado en la caja fuerte del estudio encajaba en dicha cerradura. Debía de haber otra caja fuerte en algún sitio, pensó Emily, con otro llavero y otro centenar de llaves que no abrían nada en absoluto.

Mientras rebuscaba en la caja llena de extractos bancarios con varias décadas de antigüedad iba pensando en cómo no se había dado cuenta de aquella costumbre de su padre. Nunca había notado que fuese reservado cuando todavía andaba por allí, pero cuando más exploraba la casa e investigaba entre sus numerosas pertenencias, más crecía en su mente la imagen de una persona que lo guardaba todo. Su padre había parecido lúcido en la nota que Emily había encontrado meses atrás, pero empezaba a preguntarse si había tenido dificultades con su salud mental y si quizás aquella fuese la razón por la que había desaparecido. Después de todo, había encontrado una receta para antidepresivos entre sus cosas.

Apartó aquellos pensamientos de su mente. Pensar así en su padre la hacía sentir incómoda; era como si, de algún modo, le estuviera faltando al respeto a su memoria. Y, de todos modos, al hacerlo no lograba nada. Él no estaba allí, y así era imposible saber qué le había estado pasando por la cabeza. No conseguiría nada dándole vueltas.

Dejó la caja de extractos bancarios en la montaña de cosas que tirar a la basura y continuó con el cuarto dormitorio.

Allí había más cajas de su padre. Algunas estaban etiquetadas con cuidado con cosas como *Libros de Roy*, *Juegos de mesa* o *Periódicos 1997-1998*, pero otras no eran más que una amalgama de objetos al azar. Una de ellas contenía toda clase de cosas, desde una cadena de bicicleta hasta pinzas de la ropa, pasando por un candelabro ornamental y un montón de cables de ordenador. Pero entonces Emily vio algo entre la basura que despertó su curiosidad.

En aquella habitación no había lámparas, pero aun así distinguió algo al otro lado de la sala que le resultó familiar. Se puso en pie y se acercó, ladeando la cabeza para verlo con más claridad. Supo en cuanto estuvo delante que tenía razón: lo que estaba mirando era otro cuadro del faro.

Levantó el cuadro enmarcado, resoplando por el esfuerzo, y lo apoyó contra la pared tras enderezarlo para poder verlo mejor. El artista lo había pintado aquella ocasión desde el otro lado de la isla, de tal modo que se podía ver Sunset Harbor a lo lejos, reducido a una ristra de luces y tejados. Emily volvió al rincón en el que lo había encontrado y buscó entre los diversos marcos, y allí, en el fondo, encontró un cuadro más. Era el mismo faro, pero esta vez de noche y la única fuente de luz era el faro mismo.

Se preguntó quién había sentido tanto aprecio por aquella pequeña isla como para pintarla de tantas maneras distintas. La firma parecía ser *R. Wetherby*. ¿O era *A. Westerly*? No lograba verlo.

Dejó ambos cuadros junto a las cosas que iba a quedarse, sin dejar de preguntarse todo el tiempo por qué habría comprado su padre tantos de ellos. ¿Era una prueba más de una mente perturbada, o simplemente parte de su comportamiento acaparador y del razonamiento de que por qué iba a limitarse a un cuadro cuando podía tener seis? ¿O quizás fuese otra cosa? El artista debía de haber sido alguien de la zona. ¿Quizás un amigo? ¿Puede que una amante?

En aquel momento Emily oyó cómo llamaban al timbre. Miró su reloj, sorprendida al ver todo el tiempo que había pasado. ¡Se suponía que iba a hacer la cena!

Bajó corriendo los dos tramos de escalera y le abrió la puerta a Daniel con brusquedad.

—¡Hola! —Le sonrió de oreja a oreja y le besó la mejilla—. Tengo que confesarte una cosa. Daniel sostuvo en alto dos bolsas de comida para llevar.

—¿Que te has quedado ensimismada organizando el tercer piso y has perdido de vista la hora?

—preguntó éste riéndose.

—Me conoces tan bien.

Se apartó para dejarlo entrar. Daniel todavía iba vestido con las prendas de cuero tras haber ido en moto al pueblo aledaño a buscar la comida, y se la quitó mientras Emily lo emplataba todo. Después se llevaron los platos al salón y se sentaron en la mesa oval que había junto a la ventana.

—¿Conoces a alguien llamado R. Wehterby? —le preguntó Emily mientras usaba los palillos para coger algunos fideos de su cuenco—. ¿O A. Westerly?

—Nunca he oído hablas de ellos —contestó Daniel—. ¿Debería?

Emily se encogió de hombros.

—No. Es sólo que he encontrado más cuadros del faro. Me he imaginado que debía de ser un artista de la zona, teniendo en cuenta que pintó lo mismo tantas veces, y he pensado que si era de por aquí quizás lo conocieras.

—No, lo siento —dijo Daniel, frunciendo el ceño—. Si hay alguien que lo conozco, ése será Rico.

—Eso es verdad —coincidió Emily—. Se lo preguntaré la próxima vez que lo vea, aunque si te tengo que ser sincera, espero que sea dentro de bastante tiempo. Creo que ya le he dado dinero más que de sobra.

Daniel se rió.

—¿Y cómo van las cosas por allí arriba?

—Por ahora me he ocupado de tres habitaciones al completo. Una de ellas tiene cosas que vender, la otra cosas que guardar, y en la última están todas las antigüedades que hemos comprado.

—Eso suena muy organizado.

Justo en aquel momento Emily se vio distraída por un brillante destello de luz proveniente del otro lado de la ventana. Los perros empezaron a ladrar enloquecidos.

—¿Lo has visto? —le preguntó a Daniel, poniéndose en pie a toda prisa para asomarse al cielo oscuro.

Un segundo más tarde se oyó el rugido de un trueno.

—Una tormenta de verano —comentó Daniel—. Son mis favoritas. ¿Qué tal si salimos al porche a verla?

—Qué idea más romántica —dijo Emily con una sonrisa.

Salieron fuera, con Mogsy y Lluvia siguiéndolos de cerca en busca de confort, y se sentaron en la mesa del porche para acabar la cena. Cada vez que se oía un trueno, Mogsy se ponía a aullar.

—No eres un lobo —la regañó Emily.

Lluvia era todavía más patético; se subió al regazo de Emily y se quedó allí sentado, temblando.

—Naciste en una tormenta como ésta —le dijo Emily con ternura al cachorro—. Te rescataron una preciosa dama y un hombre fuerte y valiente.

Daniel hizo ver que flexionaba los brazos, haciendo reír a Emily.

Otro rayo cruzó el cielo y la lluvia empezó a caer con más fuerza. El perrito Lluvia empezó a temblar todavía más.

—Deberíamos llevarlos dentro —mencionó Emily—. Una de las habitaciones de arriba tiene una vista preciosa del océano; podríamos ver la tormenta desde allí.

Dejaron a los perros en sus cestos en el lavadero y subieron al tercer piso, con Emily llevando

a Daniel hasta la habitación con el techo manchado, el sillón de cuero y el reposapiés. Daniel se puso cómodo en el sillón y atrajo a Emily hacia su regazo, y miraron juntos por la gran ventana llena de gotas de lluvia mientras los relámpagos explotaban por el cielo.

—Esto me dan ganas de haber seguido con la fotografía —dijo Daniel.

—Quizás deberías —contestó Emily.

—No; eso está en el pasado. Ni siquiera creo tener ya una cámara decente. Y además, ahora tengo cosas más importantes en las que pensar. —La besó suavemente.

Otro destello de luz irrumpió sobre el mar; la lluvia seguía azotando la ventana con fuerza.

—Sí que cae con fuerza —musitó Emily, enderezándose repentinamente preocupada—. No se convertirá en una tormenta como la que destruyó el edificio anexo, ¿no?

Daniel le dio un beso en la nariz.

—Estoy bastante seguro de que alguien del pueblo me habría mencionado si se avecinase una tormenta así. Ya sabes cómo son.

Emily volvió a ponerse cómoda, apoyándose contra su pecho, pero no consiguió dejar de pensar en ello. Volvió a erguirse y se giró hacia Daniel con gesto preocupado.

—¿Lo oyes? —preguntó, esforzándose por escuchar por encima de la lluvia.

—Seguramente no sean más que los perros arañando la puerta —dijo Daniel.

—No; es demasiado estable, demasiado rítmico —repuso Emily. Escuchó con atención, intentando volver a oír aquel sonido leve y rítmico—. Parecen gotas.

Se escabulló de entre los brazos de Daniel y se puso en pie, saliendo al largo pasillo a oscuras. El sonido se hizo más fuerte en cuanto salió de la habitación; provenía del final del pasillo.

Daniel la siguió cuando echó a andar hacia el ruido, y según avanzaba se fue haciendo más claro hasta ser completamente distinguible.

—¡Mierda! —gritó Emily, abriendo la puerta de la habitación en la que había guardado infinidad de antigüedades de golpe. El agua caía en cascada por la pared de la esquina—. ¡Hay una gotera!

Tanto Daniel como ella entraron enseguida en acción, entrando corriendo y sacando cosas del dormitorio. Todo lo que tocaban estaba empapado. Emily intentó no pensar demasiado en lo dañado que estaba todo, pero sentía en lo más profundo de los huesos que la mayoría de las cosas se habían echado a perder por completo. Tanto dinero malgastado. Y lo que era aún peor, había una gotera. No podría hacer ni una sola reserva hasta que la casa no fuera hermética.

Nada más sacarlo todo de la habitación, Daniel no perdió ni un segundo en subir al ático para hacer un apaño rápido. Mientras tanto Emily fue a comprobar la habitación que había directamente debajo de la afectada: ahora había una horrible mancha entre amarilla y marrón en el techo y se extendía por la esquina del nuevo papel de la pared. Sintió cómo se le saltaban las lágrimas.

Daniel la encontró en el dormitorio del segundo piso, una de las de gama alta en la que había invertido muchísimo dinero.

—He hecho un arreglo temporal —le dijo al entrar—. Así que por hoy aguantará; eso te dará tiempo suficiente para llamar a un techador.

Pero su voz sonó débil y baja, consciente de la devastación de Emily.

La tormenta había arruinado su noche romántica, y con ella sus esperanzas de futuro.

CAPÍTULO ONCE

La mañana siguiente poseía la belleza típica de una mañana posterior a la tormenta. Era tan serena, como si el caos y la destrucción de la noche anterior nunca hubiesen tenido lugar, y de hecho la única prueba de que había habido una tormenta era el techador con su precio de cincuenta dólares la hora, que estaba subido en una escalera mientras comprobaba los daños.

—El parche serán cinco mil dólares —dijo éste en cuanto estuvo de nuevo en el suelo—. Pero eso no durará mucho; las vigas de debajo están debilitadas y algunas están podridas. Lo que recomiendo es cambiar todo el tejado.

—Oh, Dios —murmuró Emily—. ¿Y eso cuánto sería?

—Cincuenta mil por todo el tejado, pero tiene treinta años de garantía.

—Treinta años de garantía —se repitió Emily—. Menos mal. —Volvió a dirigirse al techador—. ¿Puedes ofrecerme algo? ¿Alguna oferta o descuento?

El hombre torció los labios.

—Bueno, siempre puedes poner el material y así sólo tendrías que pagar la mano de obra. Verás, lo más caro son las tejas de pizarra; no es fácil conseguirlas. Y siempre podrías usar otra clase de material, pero entonces no iría a juego con el estilo del edificio.

—¿Qué clase de material?

—Podríamos usar tejas o asfalto; sería mucho más barato. Ten. —Le tendió un panfleto—. Aquí tienes todas las opciones y los precios. —Le dio la vuelta al papel—. Y aquí está mi teléfono. Llámame en cuanto estés lista para hacerlo.

Emily aceptó el panfleto con tristeza.

—Gracias por tu tiempo —murmuró—. Ya te llamaré.

Lo acompañó de vuelta a su furgoneta y, mientras se alejaba, Emily vio a Trevor Mann en su jardín, observándola con una sonrisa siniestra en los labios.

Volvió rápidamente dentro, nada dispuesta a lidiar en aquel momento con ninguna de sus preguntas. En cuanto hubo cerrado la puerta soltó la tensa respiración que había estado conteniendo. Su máscara de profesionalidad desapareció y sus sentimientos de pavor y depresión se intensificaron.

En aquel preciso momento llamaron a la puerta. Emily apretó los dientes; no estaba de humor para Trevor.

Volvieron a llamar.

—¿Emily? —oyó que la llamaba Daniel desde el otro lado—. ¿Estás ahí?

Se giró para abrirle.

—Lo siento, pensaba que eras Trevor.

—No te preguntaré por qué —dijo Daniel, frunciendo el ceño—. ¿Era el techador a quien he visto irse? —Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Ajá —dijo Emily, mordiéndose el labio cuando éste empezó a temblarle.

—Entiendo que no ha traído buenas noticias.

—No —fue todo lo que consiguió decir. Notó cómo las lágrimas cálidas le anegaban los ojos, amenazando con derramarse.

—Ven y siéntate —la guió Daniel, llevándola hacia el sofá.

Hacía tan solo tres semanas había estado tan esperanzada con su futuro, con el hostal. ¡Y pensar que había habido un momento en que su mayor preocupación había sido que su huésped se había marchado antes del desayuno! Daría cualquier cosa por tener al señor Kapowski de vuelta si aquello significaba algunos ingresos.

—¿Cuál es la perspectiva? —preguntó Daniel con suavidad sin soltarle la mano.

—Cinco mil por arreglarlo; cincuenta mil para renovarlo todo, vigas incluidas.

Daniel silbó.

—Guau. Vale. ¿Tan mal está?

Emily apretó los labios y asintió. El día era cálido, pero ella estaba helada.

—¿Por qué ha tenido que pasar después de que me lo gastara todo en todos esos muebles antiguos? —gimoteó.

—Bueno —dijo Daniel—, porque el destino es cruel y, de lo contrario, la vida sería demasiado sencilla. —Su broma cayó en oídos sordos; Emily estaba demasiado deprimida como para reírse—. Podemos afrontarlo —continuó—. ¿Y si vendemos la cochera?

—No podemos hacer eso —se negó Emily al instante—. Es tu casa.

—Me mudaré contigo.

Emily sacudió la cabeza. No era que no quisiera vivir con Daniel, desde luego que quería, pero también quería que fuera bajo unas circunstancias más felices. Que fuera por elección propia, y no por necesidad.

—Es un detalle —le dijo—. De verdad que lo es. Sería un enorme sacrificio por tu parte. Pero tengo que negarme.

Daniel no insistió.

—Bueno, ¿entonces qué tal si busco un trabajo extra? Podría usar el dinero para pagar los arreglos.

Emily se sintió profundamente emocionada por sus sugerencias, pero no quería que Daniel se sacrificase tanto en su beneficio. Él tenía que seguir viviendo su vida tal y como quería vivirla, no como ella necesitaba que la viviese; de lo contrario lo que obtendrían con toda seguridad sería resentimiento, y no quería arriesgarse a algo así, no cuando todo entre ellos parecía tan perfecto.

Aunque estaba más preocupada que nunca por su negocio, rechazó la idea.

—Encontraremos otro modo —le dijo, apretándole la mano.

Aunque no tenía ni idea de cuál podría ser ese otro modo.

Y entonces sonó el timbre.

—Vale, esta vez seguro que es Trevor —dijo con un gruñido, poniéndose en pie.

Fue a la puerta, pero al abrirla no fue a Trevor a quien encontró de pie en el porche.

Se encontró a su madre.

CAPÍTULO DOCE

Emily se vio cara a cara con su madre por primera vez en casi un año. Parpadeó, anonadada, como si estuviese viendo un fantasma. Emily quería a su madre, aun a pesar de las dificultades en su relación, y se sintió complacida de verla. Le sonrió con calidez.

—Así que es verdad —dijo su madre, sin molestarse en saludarla de ningún modo—. He tenido que enterarme de labios de uno de esos pueblerinos de que mi hija estaba aquí. Sabía que te habías ido de Nueva York, ¡pero que hayas venido aquí de entre todas las opciones!

Emily sintió cómo se desinflaba. Su madre estaba a la ofensiva. Emily había huido a la casa que pertenecía a su padre, al hombre que había abandonado a la familia sin una palabra; debería haber adivinado que su madre se pondría furiosa al enterarse y que aquella visita sorpresa no era por placer.

—Lo... Lo siento por no llegar a decírtelo —empezó a disculparse, intentando ser diplomática.

—¿Por no llegar a decírmelo? —Su madre chasqueó la lengua incrédula—. Dime, Emily, ¿cuándo esperabas hacerlo? ¿El año que viene? ¿El otro?

—Mamá... —musitó Emily con una larga exhalación, logrando controlar la voz aun a pesar del modo en que sus entrañas se estaban retorciendo—. Puedo explicarlo si me das la oportunidad.

—Me encantaría que lo explicaras —replicó su madre con brusquedad—. Nada me gustaría más que el que me dijeras qué demonios haces aquí.

Emily podía sentir cómo iba enfadándose y frustrándose cada vez más. Se quedó frente a la puerta, creando una barrera entre la casa y su madre.

Oyó a Daniel hablando a su espalda.

—¿Quién es?

—Nadie —respondió—. Puedo ocuparme. —Pero cuando volvió a mirar a su madre, se encontró con que esta parecía más furiosa que nunca.

—Desde luego que soy alguien —escupió ésta—. ¡Soy su madre!

La última parte la gritó hacia la casa. Emily se agitó, nerviosa.

—¿Quién tienes ahí dentro? —añadió su madre, intentando sonsacarle información.

—No es asunto tuyo, mamá —dijo Emily ya casi sin paciencia—. Mira, no quiero ser maleducada ni nada parecido, pero es tarde y quiero irme a dormir. Lamento no haberme mantenido en contacto, pero te llamaré mañana a primera hora y te lo explicaré todo, ¿de acuerdo?

—Oh, no —respondió su madre—. No pienso tragarme eso. Quiero que me dejes entrar; hace casi un año desde la última vez que nos vimos y parece que te has creado toda una vida en secreto en este horrible lugar que tu padre tanto quería. ¡Si me despisto lo siguiente que me dirás es que él también está viviendo aquí!

Emily sacudió la cabeza, dolorida ante la idea de que su madre pudiera ser tan descarada como para echar sal en esa herida en concreto.

—Curiosamente —dijo—, papá sigue siendo considerado una persona desaparecida.

Su madre apretó los labios.

—¿Vas a dejarme entrar o no?

Emily dudó, sintiendo que no le quedaba elección. No quería dejar entrar a su madre enfurecida y caótica en el mundo cálido y feliz que había creado. No quería que Daniel resultase mancillado en modo alguno al conocerla. Pero era su madre, y era tarde, y no podía dejarla de

pie frente a su puerta.

—De acuerdo —accedió al fin—. Pasa. Supongo que tenemos cosas de las que hablar.

La llevó hasta el salón. Daniel se puso en pie en cuanto entraron y se secó las manos en los pantalones en un gesto incómodo.

—Daniel —dijo Emily—, te presento a mi madre.

—Patricia —dijo ésta a modo de saludo, extendiendo la mano—. ¿Y tú eres?

—Soy... eh... —Daniel miró suplicante a Emily, sin saber qué se suponía que debía decir.

—Es mi novio, mamá —dijo Emily finalmente. Era la primera vez que se refería a él como tal. Esperaba que aquello no lo asustase; desde luego no era tan importante como decirlo que lo amaba, y esa parte no lo había hecho salir corriendo. Y, de todas formas, si algo acababa haciéndolo huir, desde luego sería conocer a su madre.

—¿Debería marcharme? —le preguntó Daniel en voz baja.

—Puedo oírte —interrumpió Patricia de mal humor—. Y no, no te vas. Vas a quedarte y decirme qué demonios está pasando en la vida de mi hija, ya que al parecer ella no es capaz de decírmelo por sí misma. Emily Jane, ve a buscar algo de tónica y ginebra, ¿te parece?

Emily se paró, indecisa y nada dispuesta a dejar a Daniel en una habitación a solas con su madre y su psicología frágil, pero éste le dirigió una mirada tranquilizadora que parecía decir «puedo arreglármelas».

Fue corriendo y preparó las copas, sorprendiéndose al comprobar que le temblaban las manos. Había creído que todo aquel tiempo en Sunset Harbor la estaba cambiando, pero allí estaba, todavía temblando como una niña simplemente por la lengua afilada de su madre. Intentó no regañarse demasiado mientras llevaba la bandeja con los vasos de vuelta al salón; lo más seguro es que su madre fuese a encargarse de aquello por las dos.

—Así que ahora tienes perros, ¿no? —dijo ésta tan pronto como volvió.

Emily cruzó una mirada con Daniel desde la puerta. Éste articuló un *lo siento*.

Dejó la bandeja en la mesa.

—Sí —contestó, intentando sonar como si nada—. Dos. Mogsy estaba en la calle preñada cuando la encontramos, y Lluvia es el más pequeño de la camada. ¿Te gustaría conocerlos?

—Desde luego que no —dijo su madre, alcanzando un vaso—. Ya sabes que odio a los perros, esas pequeñas y sucias criaturas.

Emily se sentó junto a Daniel y eligió la copa más cargada de ginebra, bebiéndosela casi de un trago. Iba a necesitar algo de coraje líquido para superar las siguientes horas.

—Bueno —empezó su madre, inclinándose hacia delante—, por lo que he oído de Daniel, ahora te crees toda una mujer de negocios. Has convertido mi casa en un hostel.

Emily tragó.

—Tachán —repuso, extendiendo los brazos.

—Por lo que parece no tienes muchos huéspedes —continuó su madre sin perder un segundo.

Emily sintió cómo se le tensaba el abdomen. El familiar deseo de darle una bofetada a su madre floreció en su interior, pero luchó contra él del mismo modo en que lo había hecho durante todos los años que hacía que conocía a aquella desagradable mujer.

—Deduzco por tu silencio —añadió ésta—, que no está yendo muy bien.

—Simplemente es una época lenta para el negocio —fue su respuesta. Intentó mantener un tono tranquilo, aunque la voz parecía habersele vuelto más aguda—. He tenido que solicitar un permiso para colgar un cartel, y no me cabe duda de que, tan pronto como me lo concedan, todo volverá a remontar.

Su madre se encogió de hombros sin más, al parecer tan poco complacida como siempre.

Tomó otro buen trago de su copa.

—Sabes que la casa es mía, no tuya.

Lo dijo como si nada y Emily se quedó completamente anonadada.

—No, no lo es —consiguió tartamudear por fin—. Mamá, siempre has odiado esta casa.

Nunca venías, ni siquiera con nosotros durante las vacaciones, ¿pero ahora que está restaurada te interesa?

—Nada de todo eso importa —replicó Patricia con voz heladora—. Tu padre me la dejó a mí.

—Te equivocas —argumentó Emily—. La casa pertenecía antes a su familia y la heredó él.

Después de vuestro divorcio pasó a ser mía, no tuya. Papá dejó aquí los papeles en los que me la concedía. —Los había encontrado en una de las cajas fuertes, y ahora rezó para que hubiesen sobrevivido al baño más reciente que se había dado la casa.

—¿Ah, sí? —dijo su madre riéndose—. ¿Puedo ver esos papeles?

—Sí —dijo Emily—. Tan pronto como dé con ellos.

Su madre arqueó una ceja.

—¿Has perdido esos documentos legales en los que se dice que la casa es tuya?

—No los he perdido —replicó Emily, tropezando—, simplemente los he cambiado de sitio; ha habido muchas reorganizaciones por aquí, pero sé que están en un lugar seguro. —Casi podía sentir cómo le asomaban las lágrimas a los ojos. No quería perder el control, especialmente no delante de Daniel, pero estaba furiosa.

—Ya —dijo su madre, poniéndose en pie—. Creo que me voy a ir a dormir.

—¿Irte a dormir? —repitió Emily—. ¿Quieres decir...?

—Bueno, no he conducido ocho horas desde Nueva York para un escueto saludo y un poco de charla, ¿no te parece? —contestó su madre con osadía.

—¡Pero estamos en plena renovación de las habitaciones para el hostel! ¡Todo está patas arriba!

Su madre resopló despectiva.

—No vas a meterme en una de tus estúpidas habitaciones de hostel. Dormiré en el dormitorio principal, muchas gracias.

—No puedes —se negó Emily—. Ahora es mi dormitorio.

Su madre la miró con frialdad.

—¿Te has quedado mi habitación?

—¡No era tuya! —espetó Emily en respuesta. La ira no hacía más que crecer en su interior; estaba a punto de perder los nervios—. Te divorciaste, ¿recuerdas? La habitación era de papá y él ya no está aquí, así que ahora es mía. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo?

Notó la mano de Daniel posándose sobre su brazo, conteniéndola del mismo modo en que ella había hecho con él en varias ocasiones.

—Dormiremos en la cochera —dijo con diplomacia—. Deja que tu madre se quede con el dormitorio principal si es lo que quiere.

—Gracias, Daniel —intervino su madre hábilmente—. Me alegro de ver que hay alguien por aquí que respeta a sus mayores. —Y tras aquello subió las escaleras, dejando a Emily mareada.

Ésta se tapó la boca para ahogar el grito que pugnaba por salir. Por suerte, Daniel la sujetó antes de que le fallasen las rodillas y la abrazó con fuerza entre sus brazos mientras jadeaba en busca de aire, hiperventilando.

—Mírame —le dijo, cogiéndole la cara entre las manos—. Emily, mírame.

Ésta a duras penas lograba centrar la vista. Su mente era un torbellino y su respiración había quedado reducida a una serie de jadeos agitados.

—Mi vida... —tartamudeó—. Se está haciendo añicos.

—No —contestó Daniel con dureza—. No, no es así. Emily. Quédate conmigo. No voy a dejar que vuelvas a tener una de tus lagunas.

Aquellas palabras la cogieron desprevenida.

—¿Qué? —consiguió preguntar. Tenía la vista tan nublada por las lágrimas que ni siquiera lograba distinguir los rasgos de Daniel.

—Las lagunas. Cuando te pierdes en el pasado y te quedas callada y quieta. Tuviste una durante el desfile del Día de los Caídos, y tuviste otro antes, durante la tormenta. Me asustaste. No quiero que desaparezcas así; no quiero que te aisles de la realidad.

Lo sabía. Daniel sabía su secreto.

—Tengo flashbacks —contestó con lengua torpe—. Del pasado. De cosas que había bloqueado en mi mente.

Todavía tenía la cara entre las manos de Daniel, y los pulgares de éste no dejaban de secarle las lágrimas de las mejillas a medida que iban cayendo.

—Has reprimido tu pasado y ahora lo estás recuperando —dijo él con voz suave.

Emily recordó los libros sobre psicología que Daniel tenía en las estanterías, junto a los de fotografía y a las novelas negras.

—¿Freud? —preguntó, consiguiendo dibujar una sonrisa.

—Ajá —dijo Daniel con amabilidad—. Y ahora que tu madre está aquí, su presencia es otro detonante. Pero no pasa nada; tú quédate conmigo.

Emily colocó las manos sobre las suyas.

—Lo haré —respondió, esta vez en voz baja y ya sin lágrimas—. Me quedaré.

CAPÍTULO TRECE

Emily no estaba segura de haber conseguido dormir ni siquiera una hora entera aquella noche. La cabeza no dejaba de darle vueltas, pensando sin cesar. Se sentía hiperactiva y en guardia y saltaba al más mínimo ruido.

Se levantó al instante de la cama en cuanto sonó su despertador a las seis; lo último que quería era que su madre se paseara por la casa sin nadie que la vigilase. Si insistía en quedarse allí, Emily tendría como mínimo que tenerla siempre a la vista.

Se vistió a toda prisa y en silencio, sin querer despertar a Daniel, aunque éste acabó abriendo los ojos de todos modos.

—¿Te vas? —le preguntó soñoliento.

—Debería dar de comer a los perros —contestó ella mientras se abotonaba la blusa—. Y a las gallinas. Y al dragón.

Daniel sonrió divertido.

—¿Quieres que te acompañe a modo de refuerzos?

—¿Sabes qué? —dijo Emily—. En realidad sería una gran ayuda que mantuvieras las distancias. No me gusta que veas esta parte de mi vida.

—Puedo con ello —contestó Daniel—. Yo también tengo una familia enloquecida.

—Lo sé. Y seguramente intentarás evitar presentármela durante todo el tiempo que sea posible.

—Ahí tienes razón —reconoció.

—Venga —dijo Emily, volviendo a arroparlo—. Vuelve a dormir. —Lo besó con ternura.

Salió de la casa cochera y cruzó el camino del jardín con los brazos alrededor de su propio cuerpo. El saber que su madre estaba allí parecía contaminarlo todo: las flores silvestres parecían descoloridas, la línea plateada del océano que había al fondo no le hacía sentir nada, e incluso las canciones de los pájaros consiguieron que pusiera una mueca.

Llegó a la casa y entró, recorriendo el pasillo hasta la cocina para preparar un poco de café.

—¡Oh, vaya! —exclamó al entrar en la habitación y encontrarse a su madre allí de pie—. ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

Su madre tenía una taza de café entre las manos.

—Bastante —contestó—. ¿Café?

Emily la miró con recelo, pero aceptó la taza. Se dejó caer sentada a la mesa de la cocina, retorciéndose el cerebro en busca de algo que decir.

—No quiero quedarme la casa, Emily —dijo su madre de repente.

Levantó la vista de la mesa.

—¿No?

—No. Estaba dolida, muy dolida de que hubieses venido aquí de entre todos los lugares.

Emily tragó saliva con dificultad.

—Lo sé. Pero no lo hice para hacerte daño.

—No —concordó su madre—. Estoy segura de que no, pero me lo hizo. Y no debería haberme sorprendido de que vinieras; debería haberlo pensado hace siglos. Siempre idolatraste a tu padre.

Emily sujetó la taza con fuerza. No sabía hacia dónde se dirigía aquella conversación, pero rezó para que no se convirtiera en una de aquellas en las que su madre se dedicaba a amonestar a su padre en un prolongado sermón lleno de ira.

—Siempre dejé que yo fuera la mala —continuó su madre—. No recuerdas esas cosas,

¿verdad? Lo único que recuerdas es a él en su casa veraniega y los regalos que te daba. No recuerdas las semanas durante las que desaparecía en Barcelona.

Tenía razón; Emily no guardaba ningún recuerdo de aquello, aunque sospechaba que no era algo que hubiese bloqueado, sino simplemente algo de lo que su madre la había protegido.

—Y yo aquí pensando que papá sólo tenía ojos para Sunset Harbor —bromeó con voz cautelosa, sin saber cómo reaccionaría su madre.

Para su sorpresa, ésta se rió entre dientes. Emily se arriesgó a mirarla; la furia que había visto la noche anterior en sus ojos había desaparecido.

—Me preocupa que vayas a convertirte en él —dijo Patricia con un suspiro—. Que desaparezcas. Que salgas huyendo.

—¡Jamás lo haría! —protestó Emily.

—¡Pero ya lo has hecho! —le discutió su madre—. Saliste corriendo sin decirme nada. Soy tu madre; necesito saber dónde estás, incluso si no quieres que venga a verte.

—Lo sé. —Emily bajó la vista hacia su taza—. Lo siento.

Patricia se acercó y se sentó en la mesa delante de ella.

—Me imagino que desde que has venido aquí has descubierto muchas cosas que se te ocultaron por tu bien de niña. Al mirar las cosas de tu padre.

—Algunas, sí —concordó Emily con voz débil. Sonaba tan infantil como su madre le hacía sentir—. Sé que tomaba antidepresivos.

—De acuerdo —dijo su madre—. Entonces sabes que lo heredaste de ambos.

Emily alzó la vista y frunció el ceño.

—¿Crees que estoy deprimida?

—Creo que tienes una fuerte predisposición hacia los problemas mentales. No los ignores como hizo tu padre. —Tomó la mano de Emily entre las suyas.

Emily se las sostuvo, luchando contra el instinto de apartarse. Hacerlo era para ella increíblemente incómodo; no lograba recordar la última vez que se habían tocado de aquella manera. No quería hablar de todo aquello, sino continuar adelante con su vida. Era feliz, o al menos lo había sido hasta que su madre había aparecido y lo había echado todo por tierra.

—Me marcho hoy —continuó ésta—. Vuelvo a Nueva York.

Emily levantó bruscamente la cabeza, centrando en ella toda su atención.

—¿De verdad?

Su madre asintió.

—No había planeado quedarme; sólo necesitaba verte. Y cuando se me ocurrió dónde podías estar rebusqué el teléfono de una de las personas del pueblo, Karen, creo que se llama. De camino aquí empecé a enfadarme cada vez más, y cuando llegué y te vi, exploté.

Aquello, comprendió Emily, era su madre intentando disculparse. Las posibilidades de que llegara a decir realmente «lo siento» eran mínimas, pero se estaba explicando a su manera y, al hacerlo, se estaba disculpando por su comportamiento.

—Ya sabes lo difícil que me resulta controlar mis estados de ánimo —continuó—. He empezado a probar una medicación nueva, y siempre estoy más inestable cuando me cambian la dosis o las pastillas.

Emily se agitó en su silla, incómoda. Su madre había amontonado años de responsabilidad sobre sus hombros y siempre había justificado así su comportamiento. Siempre era culpa de la medicación, o porque no se lo había tomado, o porque la dosis había cambiado, o porque las pastillas eran distintas. Era siempre la misma historia, y Emily no tenía fuerzas suficientes para volver a oírla.

—Tengo que ponerme a hacer cosas —dijo en lugar de eso, poniéndose en pie—. Tengo que dar de comer a las gallinas y pasear a los perros.

Su madre asintió y dejó que las manos de Emily se deslizaran de entre las suyas.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó cuando Emily empezó a alejarse—. Antes de irme.

—En realidad —dijo ésta, sintiendo una repentina inspiración—, espera un minuto. —Corrió al segundo piso y rebuscó en la cajonera de su habitación en busca de la llave que no parecía abrir nada. La encontró, sintiendo el hierro bajo su palma, y volvió corriendo hasta su madre—. ¿Sabes de dónde es esta llave? —Abrió la mano, mostrándosela.

Patricia entrecerró los ojos.

—Tu padre tenía muchas llaves.

—Lo sé —dijo Emily—. He conseguido averiguar de dónde son la mayoría, pero no ésta.

Patricia la examinó más de cerca.

—Parece unas de las llaves de las cajas fuertes. Eran largas y plateadas como ésta.

—¿Cajas fuertes? —la interrogó Emily.

Su madre asintió.

—Sí; en la bodega del sótano hay algunas cajas fuertes. Tu padre las usaba para guardar documentos y algo de joyería, creo.

Emily pensó en el collar de perlas y en la carta que había encontrado en la caja fuerte del estudio. Quizás hubiese más cosas de ese estilo en las cajas de las que hablaba su madre.

Patricia alzó la vista.

—Yo de ti probaría suerte en la bodega, si no lo has hecho ya.

Emily no quería admitir ante su madre que ni siquiera había sabido que existiese una bodega en el sótano, ni tampoco que, en los seis meses que había pasado en la casa, sólo había bajado allí abajo para poner la caldera en marcha.

—Gracias, mamá. Eso haré.

La acompañó a la puerta y, ya allí, su madre se detuvo un momento.

—Estoy orgullosa de ti, Emily Jane —dijo al fin.

—Gracias, mamá —tartamudeó Emily.

Nunca había creído que fuese a llegar oír aquellas palabras de sus labios. El oírlas ahora, en su momento más bajo, era un regalo que atesoraría durante el resto de su vida.

Cerró la boca y le dio la espalda, respirando de manera agitada. Ver a su madre había sido toda una prueba, pero puede que al venir le hubiese dado otra pista en el misterio que era su padre. La llave parecía estar quemándole en el bolsillo de los tejanos.

No perdió ni un segundo antes de bajar corriendo al sótano frío y húmedo. Siguió los pasillos, buscando la bodega, y la encontró casi al fondo del todo, casi tan escondida como había estado el salón de baile.

Había varias filas de polvorientas botellas de vino dentro, pero Emily se sintió más interesada por las pequeñas y oxidadas cajas fuertes que había debajo. Se sentó en el suelo de cemento y sacó la llave del bolsillo, probándola en la primera caja de todas, y, para su enorme felicidad, encajó a la perfección.

La puerta de la caja se abrió con un crujido y Emily miró dentro. Al igual que con la caja fuerte del piso de arriba, vio algo brillante y otra cosa que parecía un trozo de papel. Sacó el papel, con el corazón latiéndole salvajemente ante la perspectiva de que pudiese ser otra nota de su padre, pero no lo era. Se trataba de un esbozo del faro.

—Otra vez ese maldito faro no —musitó. Empezaba a cansarse de verlo.

Volvió a guardar el esbozo y alcanzó el objeto brillante. Al sacar la mano de la caja fuerte

descubrió que tenía entre los dedos un gran diamante. Jadeó, sabiendo al instante que era de verdad, que era un pedazo del tesoro que había ocultado su padre. ¿Lo había hecho por ella? ¿Para mantenerlo a salvo de las garras de su madre durante el divorcio? ¿O el que pusiera un diamante claramente valioso en una caja fuerte, la cerrase y se olvidase de él era otra muestra de una mente aturdida?

Sostuvo el diamante bajo la luz con una mano mientras que con la otra se tapó la boca, incrédula. Sabía que lo que tenía allí era valioso, pero ni siquiera quería intentar adivinar por cuánto podría venderse.

Subió las escaleras a la carrera y se sentó frente a su ordenador para buscar tasadores de diamantes y de la zona. El corazón le dio un salto en el pecho al ver que el precio podía variar entre tres mil y veintisiete mil dólares por quilate.

Quiso llamar a alguien al instante para que tasar el diamante, entusiasmada, pero era demasiado temprano para encontrar a nadie. Empezó a investigar, leyendo toda clase de información sobre calidades y cortes y sobre cómo el color afectaba al precio. Después empezó a leer sobre certificados de diamantes y se puso en pie de un salto.

Volvió al sótano, todavía poco familiarizada con la distribución de las habitaciones y la ubicación de la bodega. Entró a toda prisa en cuanto la encontró. La caja fuerte seguía abierta y Emily tanteó dentro, sacando el esbozo del faro. Allí, en el dorso, estaba la información del certificado del diamante.

Regresó arriba y empezó a introducir la información en el buscador. Le dio a buscar y la figura que apareció frente a sus ojos le hizo chillar encantada: el diamante valía diez mil dólares, suficiente para arreglar en parte el tejado, aunque no para sustituirlo por completo, y todavía sobraría un poco para reemplazar los objetos que la tormenta había echado a perder.

Se recostó en su asiento, asombrada. Era como si su padre se estuviese comunicando con ella desde donde fuera que estuviese, ya fuera Barcelona, el cielo o cualquier otro sitio. Le había dejado aquel regalo y lo había escondido para que lo encontrase cuando más lo necesitara.

—Gracias —le susurró al aire.

CAPÍTULO CATORCE

El diamante brillaba sobre las sábanas blancas de la cama de Emily, con la luz de la lámpara que tenía junto al colchón haciéndolo destellar. Junto a él estaba el certificado de autenticación con el faro todavía visible a través del papel.

Emily estaba sentada en la cama con el teléfono apoyado en el hombro, escuchando la voz monótona del comerciante de diamantes que había al otro lado. Mientras escuchaba su atención se vio capturada por el diamante. No conseguía apartar los ojos de él. Lo hizo rodar suavemente en círculos con un dedo, escuchando la conversación telefónica sólo a medias.

Se percató de que al otro lado del teléfono se había hecho el silencio.

—De acuerdo, gracias —dijo a toda prisa—. Ya le llamaré.

Colgó y se recostó contra el cabezal de la cama, reflexionando sobre el misterio que era aquel diamante. ¿Por qué iba a tener su padre algo así? A pesar de lo mucho que quería creer que había sido una inversión que había realizado para asegurarse de que a Emily le quedase algo que heredar cuando llegase la hora, tampoco podía evitar preguntarse si acaso habría alguna conexión entre el diamante y el dibujo del faro que había en el certificado. Desde luego significaba que su padre había conocido en persona al artista, puesto que debían de haber estado juntos cuando éste esbozó el dibujo. Sólo se le ocurrían otras dos posibles explicaciones: la primera era que el diamante y los cuadros del faro no tenían nada que ver con su padre, sino que eran reliquias que habían dejado sus abuelos al haber sido los dueños anteriores de la casa, y la otra explicación era que tanto el diamante como el certificado habían pertenecido originariamente al artista y su padre había comprado el diamante con el único objetivo de hacerse con el dibujo del faro. La primera idea le parecía poco probable, y la segunda menos plausible que el hecho de que el artista y su padre estuvieran unidos por una relación personal.

Notó el mismo dolor en el estómago que a menudo la invadía cuando intentaba desentrañar el enigma que era su padre. Detestaba especular sobre él, aun a pesar de hacerlo a menudo; cada posible escenario que se le ocurría para explicar su desaparición la hacía sentir fatal, y aquel último, la opción de que había huido con una amante artista, la hacía sentir todavía peor.

Intentó concentrarse en lo positivo en lugar de en lo negativo. Encontrar el diamante había sido un increíble golpe de suerte; desde su descubrimiento se había dedicado a llamar a tantos comerciantes de diamantes y subastadores en Maine como había conseguido encontrar en un intento de reunir información sobre la venta de diamantes. Era un tema que no creía conocer en absoluto, y lo último que quería era apresurarse en venderlo y acabar timada por alguien que hubiese notado desde lejos que era novata y que la dejase con menos dinero de lo que valía realmente el diamante. Esperaba que Daniel tuviese razón y que al ser verano no fueran a haber más tormentas fuertes; si el tejado aguantaba el tiempo suficiente quizás podría dedicarle algo de tiempo a la venta del diamante antes de solicitar que parchearan el tejado.

Recogió el diamante, todavía demasiado asombrada por su belleza y grandeza como para aceptar que era realmente suyo. En un mundo distinto, uno en el que era rica y el hostel era un enorme éxito, no le haría falta vender aquella preciosidad. En su lugar la habría convertido en un par de diamantes y en un collar a juego, o quizás incluso lo habría guardado para un futuro anillo de bodas. Sería un modo de sentirse de nuevo más cerca de su padre y de que la acompañase hasta el altar, puesto que no estaría allí en persona. Pero no estaba en un mundo perfecto, sino en uno que tenía tejas de pizarra rotas y vigas podridas que había que sustituir.

Su teléfono sonó, sacándola de golpe de sus reflexiones.

—Soy Anne Maroney, de Maroney & Stone —dijo la voz al otro lado cuando descolgó.

Emily había tenido la esperanza de que fuera un cliente y sus esperanzas se vieron aplastadas al comprender que no era más que otro comerciante de diamantes.

La mujer al teléfono siguió hablando.

—¡Debo decir que su mensaje de voz ha sido de lo más emocionante! Un diamante perdido y recuperado veinte años más tarde. La narrativa me ha llamado mucho la atención.

Emily sintió cómo se animaba un poco. De toda la gente con la que había hablado hasta ahora, Anne Maroney era la que le estaba dejando mejor impresión. Parecía amable, como si no buscara únicamente dinero, y aquello era muy importante para ella. Si iba a entregar algo tan valioso que había pertenecido a su padre, quería hacerlo bien y con la persona correcta.

—He pensado que quizás podría reunirse conmigo —dijo Anne—. Podríamos hacerlo en mi oficina en Maine, o podría ir yo a verla. Debo confesar que le he echado un vistazo a su página web y su hostel me ha parecido asombroso. Así que preferiría ir yo a verla.

—¡Oh! —dijo Emily, encantada—. Bueno, eso sería magnífico si no le importa conducir hasta aquí. Sería un placer reunirme con usted.

—¡Maravilloso! —contestó Anne.

Planearon una reunión para dentro de unos días, justo después del límite que era para Emily el cuatro de julio. La agenda de Anne no permitía hacerlo antes y, aunque Emily sabía que la espera le resultaría una auténtica agonía, había sentido tanta calidez en Anne que estaba segura de que aquel era el mejor curso de acción. Aun así, posponerlo tanto era arriesgado; sería un desastre si durante el fin de semana se producía otra tormenta y había más goteras, no sólo desde la perspectiva financiera sino también emocional. No estaba segura de cuántos contratiempos más iba a poder soportar.

Eligió una pequeña caja de caoba, otra de las chucherías de su padre, y guardó el diamante dentro antes de dejarla en la mesita de noche. A pesar del alivio de saber que obtendría un ingreso con la venta del diamante en un futuro no muy lejano, también sabía que la cantidad que conseguiría sólo sería suficiente para parchear el tejado. Sustituir las vigas podridas iba a costar bastante más, y conseguir el dinero suficiente para hacerlo sería bastante más difícil. Emily estaba empezando a aceptar, con cada día que la acercaba más al cuatro de julio con el hostel vacío, que había una posibilidad muy real y sobrecogedora de que tuviera que dejar todo aquello atrás. El hostel, Sunset Harbor, las amistades que había hecho... y a Daniel.

Así que había empezado la tarea de prepararse mentalmente. Se puso en pie y sacó una de las maletas vacías que había guardado debajo de la cama; ya había llenado una en secreto con sus cosas, y ahora estaba pasando a la segunda. Esperaba que, si estaba preparada para lo peor, el destino interviniese y le lanzase un hueso, alguna clase de salvación, tal y como había hecho con el diamante. No era una persona supersticiosa, pero en aquel caso en concreto no quería arriesgarse a tentar al destino. Así que allí estaba, preparando las maletas para despistarlos.

Dobló algunos jerséis y los metió en la maleta, riéndose de sí misma al comprender la falta de lógica de sus pensamientos. Pero la risa se convirtió rápidamente en lágrimas al pensar en marcharse de allí. Le había cogido cariño a la casa, al pueblo, a la gente. Ahora ningún otro sitio la haría sentir en casa.

No pudo evitarlo; había pasado por tantas pruebas y dificultades últimamente. Casi no había tenido tiempo de procesar la visita de su madre el día anterior y toda la polvareda emocional que había levantado. Empezó a llorar con amargura, incapaz de contenerse.

Justo entonces oyó a Daniel subiendo las escaleras. Maldijo rápidamente a las lágrimas y metió de una patada la maleta medio llena de nuevo en el guardarropa. Daniel pensaría que estaba loca si le decía que estaba guardando sus cosas en un intento de confundir al destino y lo

más seguro era que asumiese que estaba huyendo.

Oyó cómo llamaba a la puerta y se subió a toda prisa a los pies de la cama con aire inocente.

—Adelante —dijo, intentando mantener la voz firme.

Daniel cruzó la puerta con los brazos llenos de rollos de papel de pared para cubrir la mancha amarilla que había dejado el agua de la gotera en la Habitación Dos.

—¿Qué pasa? —preguntó enseguida.

Emily se dio cuenta de que todavía tenía la cara húmeda por las lágrimas y que seguramente el llorar le había dejado los ojos enrojecidos e hinchados. Se secó las mejillas con rapidez mientras Daniel dejaba los rollos contra la pared y se sentaba a su lado, rodeándole los hombros con un brazo.

—Lo siento —gimoteó Emily, notando cómo las lágrimas volvían a hacer acto de presencia ante la sensación del contacto y afecto humanos.

—No lo sientas —la tranquilizó Daniel—. Puedes llorar si lo necesitas. ¿Es por tu madre?

Emily negó con la cabeza.

—No. Es el hostel. Sólo me quedan unos días para conseguir huéspedes que paguen o todo se habrá acabado.

Daniel le tomó las mejillas húmedas entre las manos.

—Eres muy melodramática, ¿lo sabes, Emily Mitchell? —dijo—. Nada se ha acabado.

¿Tengo que recordarte que acabas de descubrir un diamante de diez mil dólares en el sótano?

Emily tuvo que reírse.

—Aun así, no creo que haya nada melodramático en la perspectiva más que real de perder tu negocio.

—No perderás el negocio —insistió Daniel—. Todo irá bien.

—Pero no he tenido ninguna reserva desde hace semanas —replicó ella—. Y el cuatro de julio está a la vuelta de la esquina. El dinero del diamante sólo cubrirá arreglar el tejano, no el mantener el hostel abierto. ¿Y de qué sirve arreglar el tejado si no hay huéspedes que disfruten de la casa? —No puedo evitar fruncir el ceño—. Así que no estoy segura de cómo puedes tener tanta confianza en que irá bien.

Daniel exhaló y la pegó más a él.

—Porque así es la vida: no deja de ponerte baches para que siga siendo interesante. A veces estás hundido, y a veces tienes a una novia preciosa. —Le guiñó el ojo—. Simplemente creo que llegará algo bueno. Tu espera y verás.

Emily se tapó corriendo las orejas.

—¡No tienes al destino! —gritó.

Daniel se rió y sacudió la cabeza. Le apartó con suavidad las manos de las orejas.

—Creo que necesitas salir por una noche —comentó—. Llevas encerrada aquí hablando con subastadores por teléfono todo el día.

Emily se animó al instante.

—¿Quieres tener una cita?

Daniel asintió.

—Ya va siendo hora, ¿no te parece?

Emily estaba más que de acuerdo.

—¿Tienes algo en mente?

Pero Daniel no dijo nada. En lugar de eso sus ojos chispearon con travesura cuando se puso en pie y le tendió la mano.

—Puede —dijo—. Quizás si vienes conmigo, descubras qué es.

—Qué misterioso —bromeó Emily, aceptando su mano.

Daniel la llevó de vuelta a la planta principal. Fuera el cielo estaba oscuro y la luna no era más que un fino gajo. Cruzaron el jardín cogidos de la mano; con tan poca luz, las plantas a su alrededor no eran más que sombras y oscuridad.

—¿A dónde vamos? —preguntó Emily estremeciéndose. Se sentía un poco asustada por el silencio y la oscuridad.

—Espera y verás —dijo Daniel.

—No habrás restaurado otro barco, ¿no? —preguntó con recelo.

Daniel se rió.

—No. Pero sigue intentando adivinarlo; es divertido.

Cruzaron la calle en lugar de seguir caminando por la acera en dirección al pueblo y pasaron por un hueco creado por el paso de la gente entre la vegetación que hacía las veces de atajo hasta la playa.

—Intrigante —comentó Emily, retorciéndose el cerebro en busca de cualquier pista que pudiera estar esperándola—. ¿Otro jardín de rosas? —dijo, recordando la ocasión en que Daniel le había enseñado su jardín secreto.

—No. Vuelve a intentarlo.

Emily consideró la posibilidad de que la esperase otro pícnic con su cesta, pero cuando llegaron a la playa vio que no había ninguna cesta cerca. Se preguntó si acaso la cita iba a ser un paseo romántico junto al océano a la luz de la luna. El agua parecía tranquila y tan oscura que a duras penas lograba distinguir donde acababa el océano y empezaba el cielo. Las olas rompían suavemente en la orilla, creando un ligero ruido como trasfondo al de sus pisadas sobre la arena.

—¡Frena un poco! —se rió cuando Daniel empezó a echar a andar por la arena—. Se supone que los paseos a la luz de la luna son lentos.

Daniel negó con la cabeza.

—Vuelves a equivocarte. Vuelve a intentarlo, señorita Mitchell.

No se le ocurrió nada más. Dejó que Daniel la guiase al oeste por la playa. El centro del pueblo estaba al este, por lo que nunca antes habían recorrido aquella ruta. Aquella parte de la playa era donde la carretera que pasaba junto a ella ascendía por los acantilados; Daniel había llevado a Emily en su moto por éstos en algunas ocasiones tan emocionantes como aterradoras en el pasado, pero nunca habían caminado por la playa que había debajo.

Y ahora que lo hacían, Emily se preguntó por qué no lo habían hecho antes. Los acantilados eran sobrecogedores desde aquel ángulo, y sonrió para sí al pensar en cómo Sunset Harbor todavía tenía secretos que descubrir, incluso después de siete meses. Seguía habiendo lugares que explorar; sólo cabía esperar que pudiera seguir allí el tiempo suficiente para explorarlos todos.

—¿A dónde vamos, Daniel? —preguntó con un suspiro de exasperación.

—¡Si no quieres seguir adivinándolo, tendrás que ser paciente! —fue su respuesta.

Emily distinguió algunas luces parpadeantes a lo lejos. Parecían provenir de lo que sabía que era el club náutico. Era un edificio bastante elegante junto al agua, seguramente sólo para miembros exclusivos y la clase de lugar que la gente del comité de zonificación como Trevor Mann y el alcalde Hansen visitaban a menudo. Desde luego no era sitio para gente como Daniel y ella.

—No me estarás llevando al club náutico, ¿verdad? —preguntó frunciendo el ceño.

Daniel simplemente se encogió de hombros.

—Oh, Dios mío —tartamudeó ella—. Sí que me estás llevando, ¿no?

No sabía si Daniel le estaba tomando el pelo al hacer ver que la estaba llevando al sitio más elegante de Sunset Harbor, pero siguieron acercándose cada vez más. La música proveniente del club empezó a oírse cada vez más fuerte.

—Vale, Daniel —se rió Emily al ver a dos porteros vestidos con trajes negros que los observaban mientras se acercaban—. Se acabó la broma.

Daniel sonrió de oreja a oreja.

—No es una broma, Emily.

Se quedó con la boca abierta.

—¿De verdad vamos a entrar?

—Sí. Están celebrando una fiesta gratuita para la gente de la zona. Asiste todo el pueblo.

—¡Deberías habérmelo dicho! —exclamó Emily golpeándolo en el pecho—. ¡No estoy vestida para algo así!

—Vas bien.

—Oh vaya, gracias —replicó Emily con un sarcasmo abatido—. Si tú dices que «voy bien».

Daniel la detuvo y le puso las manos en los hombros.

—Quiero decir que eres preciosa bajo cualquier circunstancia.

Emily sonrió con timidez y aceptó el beso suave que Daniel le depositó en los labios. Entraron en el edificio.

El club contaba con vistas al océano gracias a unas enormes ventanas de cuerpo entero que ofrecían una imagen panorámica. El techo era de aguja con aleros de madera que le otorgaba casi el aire de una iglesia. Unas lámparas con forma de globo colgaban de unos largos cables, emitiendo una suave luz amarilla que le recordó a Emily a las luciérnagas, y el suelo era de madera barnizada con el mismo acabado caoba que tenía el suelo del hostel. Uno de los lados estaba ocupado por el bar con su barra de mármol iluminada con la cálida luz amarilla de las velas de marca Yankee.

Al otro lado había un entresuelo, y frente a él una gran chimenea de ladrillo. La decoración consistía en objetos náuticos como por ejemplo pequeñas réplicas de botes, barcos dentro de botellas y compases de aspecto antiguo.

Emily jadeó ligeramente al entrar. Todo era tan precioso que no pudo evitar sentirse incómoda al instante. El ambiente le recordaba a los restaurantes a los que Ben la llevaba, sitios de lujo para los que siempre tenía que arreglarse. Cuando vivía en Nueva York le había encantado ir a lugares así, pero ahora sentía que desentonaba, como si resultase evidente que aquel ya no era su lugar.

Miró a los invitados que la rodeaban, vestidos con sus elegantes vestidos de cóctel y sus trajes. La ropa de Daniel y ella era horriblemente inadecuada, pero a Daniel no parecía importarle en lo más mínimo. Iba vestido con sus vaqueros y camisa a cuadros de siempre, y había arqueado una ceja al ver el esplendor de la sala. El hecho de que se mostrase tan tranquilo y confiado consiguió que Emily se relajase un poco. Al menos eran los dos los que desentonaban.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Daniel.

—Eh, no creo que sea la clase de sitio donde se sirve cerveza —repuso ella, viendo las copas de champán y vino que sostenía la gente a su alrededor y los vasos de líquido ambas con hielo.

—Oh, cierto —dijo Daniel sin parecer en ningún momento inquieto—. Supongo que hoy toca pedir whisky solo. ¿Qué te apetece?

A Emily no le apeteecía especialmente ni beber, ni bailar, ni *divertirse*, pero cuando miró a su alrededor y vio a tantos amigos de Sunset Harbor entre los asistentes comprendió que podría usar

la noche como otra oportunidad para ahuyentar al destino. Actuaría como si fuera su último adiós, como una despedida de todo lo que había llegado a amar de aquel lugar. De todos modos estaba tan cerca del fin que no perdía nada por soltarse el pelo una noche.

—Vino —dijo al fin—. Blanco. En una copa bien grande.

—Marchando —contestó Daniel, mirando hacia el bar y los platos de canapés que se alineaban en la barra—. ¿Crees que serán gratis? —añadió.

—Lo dudo.

—Traeré tantos como me pueda permitir.

Emily se rió y se quedó mirando cómo se abría paso entre la gente.

—¡Emily! —la llamó una voz animada, y Emily se giró para ver cómo se acercaba Karen, la dueña de la tienda de comestibles. Ambas mujeres habían empezado con mal pie a la llegada de Emily a Sunset Harbor gracias a la actitud hostil y poco amistosa de ésta, pero ahora tenían una gran relación. Karen estaba fabulosa con su largo vestido de seda roja, y el modo en que se había recogido el cabello hacía que pareciese diez años más joven.

—¡Bueno, pero mírate! —dijo Emily, dándole a su amiga dos besos.

—Oh —musitó Karen, sonrojándose y agitando la mano para quitarle importancia al cumplido—. Hacía siglos que no te veía. ¿Cómo va todo en el hostel?

—Bueno —empezó a decir Emily sin contenerse—, Trevor ha conseguido que me quiten el cartel, así que hace semanas que no tengo clientes. Y para ser te sincera, si no lleno la casa durante el puente todo se habrá acabado.

—Oh —repitió Karen, esta vez con expresión entristecida—. No tenía ni idea. No estarás pensando en irte de Sunset Harbor, ¿no?

—No me quedaría mucha elección —contestó Emily—. Ha habido muchos gastos imprevistos y todavía tengo que arreglar lo de los impuestos atrasados.

Karen sacudió ligeramente la cabeza y arrugó la nariz.

—Yo de ti no me preocuparía por eso; el alcalde Hansen te concedió una prórroga.

Al igual que muchos otros amigos de Emily en Sunset Harbor, Karen la había apoyado durante la reunión del ayuntamiento y había sido testigo de la generosa oferta del alcalde de ofrecerle una prórroga para que pudiera establecerse primero. Emily tragó el nudo que tenía en la garganta, percatándose de que el fracaso de su negocio no sería únicamente suyo; también estaría fallándole a la gente que la había apoyado, incluido el alcalde que había forzado las normas a su favor. Sólo lo había hecho porque el hostel sería beneficioso para el pueblo, pero si el negocio se hundía Emily decepcionaría a todo el pueblo.

—Así es —concordó—. Pero Trevor ha clavado las garras en Marcella y a ella parece dársele bastante bien guiar al alcalde. Vinieron todos cuando retiraron el cartel. Creo que el alcalde Hansen me ha concedido más favores de los que me merezco.

—Lamento mucho oír eso, Emily. De verdad. Trevor es una plaga; el resto del comité de zonificación estamos de lo más frustrados con él. —Karen también pertenecía al comité, aunque nunca se había puesto del lado de Trevor en sus absurdas exigencias sobre el aspecto que debería tener el pueblo ni, en concreto, con su obsesión con el hostel de Emily—. ¡Y ahora se va a mudar al pueblo! —exclamó Karen con sequedad—. Bueno, sé que hablo en nombre de todos los demás en Sunset Harbor cuando digo que nos encanta tenerte aquí. Ahora eres parte de la familia, y no voy a permitir que Trevor Mann amenace a tu negocio. Deja que hable con los demás miembros del comité. Veré si logro una reunión para que te devuelvan el cartel.

Era una oferta generosa, y Emily se sintió emocionada.

—¿Lo harías?

—Por supuesto —exclamó Karen.

—¿Y crees que una reunión ayudaría? Quiero decir, ya he presentado todo el papeleo necesario y decía que la aprobación y el permiso pueden llevar hasta treinta días. Ya han pasado veintiuno.

Karen le dio una palmadita en el brazo.

—Es hasta treinta días siempre y cuando nadie presente ninguna queja.

—Deja que lo adivine —siseó Emily entre dientes—. Trevor ha presentado una queja.

Karen asintió con solemnidad.

—Mira, tú déjame a mí. Convocaré una reunión para mover todo el tema. ¿Vale?

Emily asintió, aunque la noticia de que Trevor había retrasado el permiso para el cartel hacía que no guardase muchas esperanzas. Quizás tuviese que abandonar Sunset Harbor antes de que se llegase a una resolución.

—Mientras tanto —añadió Karen—, si hay algo que pueda hacer, sólo tienes que decírmelo.

—Me podrías enviar a veinte señores Kapowski —musitó Emily con timidez.

Karen le dio otra palmadita.

—Te enviaré a tanta gente como pueda.

Emily le dio las gracias, pero en el fondo sabía que no sería suficiente y llegaría demasiado tarde. Karen le había enviado a su primer huésped y sabía que, si hubiese habido más gente interesada en una habitación, las habría enviado a su puerta al instante. La realidad era que nadie quería reservar una habitación en el hostel, y ahora el cartel también se retrasaría. Sintió un peso en el corazón.

En aquel momento apareció Daniel cargando con toda una bandeja de plata de bocaditos de salmón.

—Sí que son gratis. —Sonrió de oreja a oreja, tendiéndole a Emily su vino.

Ésta tomó un trago, aunque ya no le apetecía demasiado pasar la noche fuera.

—¿Te has cruzado con alguien interesante en el bar? —le preguntó—. Yo acabo de ver a Karen. Dice que Trevor está intentando retrasar la devolución de mi cartel.

—Oh —dijo Daniel—. Eso explicaría por qué el alcalde Hansen y Marcella me estaban evitando en la barra. —Le frotó el hombro—. Lo siento mucho, Emily. ¿Estás bien?

Emily asintió, aunque en realidad estaba muy lejos de estar bien.

—Creo que necesito tomar un poco el aire.

—Claro —contestó Daniel—. Hay una terraza que vale la pena ver. Sólo tienes que subir por la escalera de espiral para llegar. —Señaló la escalera de hierro forjado que había al fondo, junto a la barra—. ¿Quieres que te acompañe?

Emily negó con la cabeza.

—Quiero estar un rato a solas, si no te molesta.

Daniel asintió y volvió a centrar su atención en la bandeja de canapés.

—De todos modos, tengo aquí mucho con lo que entretenerme.

Emily sonrió.

—Diviértete. Vuelvo dentro de un rato.

Lo dejó mordisqueando sus tentempiés y se alejó entre los invitados, saludando a los conocidos que vio, antes de subir la escalera. Era magnífica; casi podía visualizar lo genial que quedaría algo así en el hostel. Sintió una puñalada de tristeza al pensar que quizás nunca tuviera la oportunidad de instalar algo así ni de tener a ningún huésped que disfrutara de ella.

Ya en la terraza, la brisa marina le revolvió el pelo. Emily respiró profundamente el olor reconfortante y familiar de la sal. La idea de volver al humo de los coches y la contaminación de

Nueva York le resultaba ahora profundamente repelente.

Se acercó a la barandilla de cristal de la terraza y apoyó los brazos en ella, mirando el océano y las olas negras y tranquilas mientras se abandonaba a la melancolía.

Entonces se percató de la presencia de un anciano de cabello blanco sentado solo en una de las mesas, con el rostro entristecido y girado hacia el océano de un modo muy parecido al suyo. Decidió que, si no lograba animarse a sí misma aquella noche, al menos podría animar a otra persona, así que se acercó.

—Hola —lo saludó—. Lamento interrumpir, pero me ha parecido que quizás apreciarías un poco de compañía.

Los ojos del hombre destellaron cuando alzó la vista hacia ella. Parecía tener unos setenta años, iba bien vestido con un traje color crema y tenía un bastón apoyado contra la pierna.

—Bueno, eso sería espléndido. Por favor, siéntate, querida. Soy Gus Havenshaw. ¿Y tú eres? Hablaba con el acento de los privilegiados, y Emily sospechó al instante que debía de haber estudiado en una de las universidades de la costa este de la Ivy League.

—Me llamo Emily —se presentó.

Se dieron la mano y Emily se sentó.

—¿Qué te trae esta noche a esta institución, Emily? —dijo Gus—. ¿Eres de Sunset Harbor?

—Así es —contestó ella, y comprendió que aquella afirmación era más cierta de lo que lo había sido nunca. Sí que se sentía de allí, como si fuera parte de la familia—. ¿Y tú? ¿Eres de por aquí?

Gus asintió.

—Crecí aquí. Asistí aquí a la escuela, a St. Matthew, la escuela católica. ¿La conoces?

—Así es —asintió Emily. El hijo de Cynthia, Jeremy, había estudiado en la misma exclusiva escuela privada, y el alcalde Hansen había hecho otro tanto en su juventud.

—Me gusta volver cada pocos años —continuó Gus—. Sunset Harbor es la clase de sitio que se te mete dentro. Uno no puede permanecer lejos durante demasiado tiempo.

Emily sonrió para sí, notando lo mucho que estaba de acuerdo con él, pero pudo ver la tristeza en los ojos de Gus mientras hablaba. Se preguntó si sus visitas a Sunset Harbor eran siempre en solitario, o si tenía familia que traer consigo. No parecía adecuado que estuviese solo.

—¿Y qué te trae a esta fiesta? —preguntó Gus—. ¿Eres miembro del club?

Emily señaló sus vaqueros y blusa.

—¿Lo parezco? —bromeó.

Gus soltó una carcajada.

—Bueno, no, supongo que no. Pero hay miembros de todo tipo.

Emily arqueó una ceja.

—Para nada. Si hoy no fuera gratis, sería imposible que estuviese aquí. Éste lugar es sólo para la élite. ¿Tú eres miembro?

Gus asintió.

—Podría decirse así. —Sus ojos chispearon—. Soy uno de los inversores originales, y todavía soy uno de los propietarios.

—¡Oh! —exclamó Emily, súbitamente avergonzada por su comentario.

Gus simplemente se rió. Aquello parecía haberlo divertido más que otra cosa, y Emily se alegró de no haberlo ofendido.

—Sabes, has sido muy amable haciéndole compañía a un anciano —dijo—, pero estoy seguro de que debes de querer volver a la fiesta y divertirte. No te sientas obligada a quedarte aquí sentada; voy a acabarme mi vaso de oporto y me marcharé.

—En realidad —dijo Emily—, entre tú y yo, Gus, tengo que confesarte algo. En realidad no me estoy divirtiendo.

Gus pareció sorprendido.

—¿Y eso a qué se debe? Una mujer joven como tú debería estar en la pista de baile hasta medianoche. ¡Desde luego era lo que yo hacía a tu edad!

Emily suspiró. Gus estaba diciendo más o menos lo mismo que pensaban sus amistades de Nueva York: que al ir a vivir en aquel lugar tan tranquilo sólo lograba volverse vieja antes de tiempo. Quizás sí que debería estar en la pista de baile noche tras noche.

—El tema es —continuó, jugueteando con su pulsera—, que estoy teniendo algunos problemas con uno de mis sueños. Todo el mundo me ha dicho que, para empezar, es una idea estúpida. Durante un momento pareció que iba a poder demostrar que se equivocaban, pareció que el sueño se estaba haciendo realidad, pero ahora creo que todo se está derrumbando.

Gus pareció interesado.

—¿Cuál era ese sueño, señorita Emily, si no te importa que pregunte?

Emily sonrió ante la imagen del hostel que apareció en su mente. Podía ver el enorme porche con su gran mesa y bancos tipo pícnic, el largo pasillo con su suelo de madera pulida y la preciosa alfombra color crema, el salón con la gigantesca chimenea y las estanterías de madera oscura, el comedor que llevaba al asombroso salón de baile oculto, con sus vidrieras que hacían que franjas de luz del color del arcoíris bailaran en las paredes, y la cocina con sus electrodomésticos retro. Le había dedicado cuerpo y alma a la restauración de la casa que su padre tanto había amado, y se percató de que ella misma la adoraba más de lo que había creído posible.

—Mi sueño —dijo sonriente— era restaurar una preciosa casa antigua de que había caído en el abandono y devolverla a la vida.

Gus mostró su interés.

—Veo en tus ojos que ese sueño significa mucho para ti. ¿Has avanzado mucho en hacerlo realidad?

—Bastante —admitió Emily—. Conseguí la casa, la limpié, salvé todo lo que pude y restauré lo que se podía restaurar. —Volvió a sonreír ante todos aquellos recuerdos—. Pero entonces... bueno... es una larga historia.

Gus soltó una risita.

—Si tú no te vas, yo tampoco.

Emily estaba disfrutando tanto de la compañía del anciano que decidió continuar. Contarle todo aquello a alguien ajeno era agradable.

—Ha habido algunos golpes de mala suerte —dijo.

—¿Algunos?

—Muchos.

Gus asintió.

—Ah.

—Sí —siguió Emily—. La propiedad tiene muchos impuestos atrasados que hay que pagar. Y entonces hubo un incendio. Y una tormenta. Y una gotera. Hasta ahora he invertido hasta el último centavo de mis ahorros en la casa, y todavía necesito más dinero para arreglarlo todo.

Acabó su historia y se vio rodeada por el silencio. Miró a Gus y se encontró con que era un oyente de lo más activo; tenía los ojos como platos y la boca entreabierta.

—No me habías dicho —musitó al fin—, que estabas convirtiendo la casa en un hostel.

Emily se encogió de hombros.

—¿Me he olvidado? —dijo—. Bueno, supongo que no es muy relevante para la historia. Gus sacudió la cabeza.

—No te vas a creer lo que te voy a decir.

Emily empezaba a sentir curiosidad. Se preguntó qué demonios iba a decirle.

—Has venido y te has sentado conmigo porque parecía triste, ¿verdad? —empezó Gus. Ella asintió.

—Bueno, ¿te gustaría saber por qué estaba tan afligido? Me asombra toda esta casualidad. La razón por la que estaba melancólico es porque un evento que estaba planificando se ha hundido —explicó—. Se trata de la quincuagésima reunión anual de estudiantes de St. Matthew.

—Vale... —dijo Emily, confundida.

—¿No lo ves? —exclamó Gus—. ¡Lo que ha fallado ha sido la reserva en el hotel! Habían hecho una reserva doble con una boda, así que, como es natural, han cancelado la nuestra. He estado yendo por todo el pueblo buscando un hostel que pudiera acoger al menos a algunos de nosotros, pero no he encontrado nada. ¡Así que he pensado en hacer una breve parada para tomar una copa en mi club náutico y así reunir el coraje suficiente para llamar a mis amigos y decirles que la reunión quedaba cancelada!

Emily abrió mucho los ojos al comprender lo que estaba pasando.

—Quieres decir...

Gus se dio una palmada en la pierna y se rió con fuerza.

—¡Sí, así es! ¡Tu sueño ha respondido a mis deseos! ¡Quiero reservar tu hostel!

Emily estaba tan sobrecogida que no sabía qué decir. De repente tenía la garganta reseca. No logró formular palabra alguna, así que en lugar de eso se echó a reír con Gus.

Los dos se quedaron allí sentados, aullando de risa y con las lágrimas corriéndoles por la cara ante una coincidencia tan poco probable y ante el hecho de que un encuentro casual fuese la respuesta a los problemas de ambos.

—No me puedo creer que esto esté pasando —consiguió decir Emily entre risas.

«¡Gracias, destino!», pensó.

La sonrisa de Gus era contagiosa, y no pudo evitar sonreír como una tonta junto a él. Si alguien los veía, pensaría que eran la mar de raros.

—Bueno, Emily, entonces creo que tenemos que hablar de negocios —dijo Gus. Tosió, tapándose la boca con el puño, y cambió de expresión para adoptar un tono severo y profesional—. Me gustaría reservar su negocio para veinte personas.

Emily tuvo la impresión de que iba a desmayarse en cualquier momento. ¡El grupo de Gus llenaría por completo el hostel! Y justo a tiempo.

Consiguió unirse a la obra de teatro a pesar de su enorme sorpresa y puso su mejor voz de recepcionista.

—Será un placer, señor Havenshaw. ¿Durante cuánto tiempo se alojarán con nosotros?

—Cuatro noches, durante todo el puente.

La noticia fue como música para sus oídos. Saber que el hostel estaría lleno durante todo el puente del cuatro de julio era más que felicidad; era un sueño hecho realidad.

—Eso es maravilloso —contestó, manteniendo la voz tan firme como le fue posible—. Sólo necesito tomar nota de algunos detalles.

Puesto que no tenía a mano el programa de ordenador que usaba para guardar la información, recurrió a apuntarlo todo en una servilleta arrugada que había sobre la mesa. Alzó la vista hacia Gus, algo avergonzada, y abandonó su papel por un momento.

—Las matemáticas no son mi punto fuerte, así que no puedo darte el precio definitivo.

¿Podríamos cerrarlo cuando lleguéis? —Se mordió el labio, esperando y preguntándose de repente si se había adelantado demasiado a los acontecimientos al celebrarlo.

Gus no parecía nada preocupado.

—Tenemos un presupuesto de doscientos cincuenta la noche; eso es lo que íbamos a pagar en el hotel. Así que, ¿qué tal si lo redondeamos a veinte mil dólares?

A Emily se le secó tanto la garganta que casi no podía ni tragar. Quizás para un hombre como Gus gastar veinte mil dólares en una única transacción fuese de lo más normal, pero para Emily era una cantidad de dinero fenomenal. ¡Le costaba creer que estuviese pasando de estar arruinada el día anterior a tener de repente treinta mil dólares provenientes de los negocios y los diamantes! Daniel tenía razón; sí que la vida se dedicaba a ponerte baches por diversión.

—Veinte mil dólares suena perfecto —consiguió murmurar al fin.

—¡Genial! —dijo Gus, tendiéndole la mano para apretársela—. Creo que tenemos un trato.

Y ahí Emily perdió por completo la capacidad de hablar. Le apretó la mano con fuerza, sonriendo de oreja a oreja y emitiendo sonidos de felicidad.

—Bueno, de acuerdo entonces —continuó Gus. Retiró la mano, aunque Emily continuó apretándosela durante un segundo de más, casi como si no estuviera dispuesta a soltar el salvavidas que acababa de lanzarle—. Creo que ésta es la parte en la que intercambiamos nuestras tarjetas.

¡Tarjetas! Otra de las cosas que Cynthia había incluido en su lista de exigencias y que Emily todavía no había hecho.

—Oh, no llevo ninguna encima —confesó—. Pero ten —añadió, rebuscando en su bolso a la caza del bolígrafo que acababa de guardar—. ¿Qué tal si te doy mi número de móvil?

—El toque personal —comentó Gus, pareciendo impresionado.

Emily sonrió débilmente, aunque intentó hacer que pareciese algo intencional ya que Gus parecía creer que así era. Tras tenderle el pedazo de papel con su número la eterna preocupación que siempre flotaba en su interior le hizo desear preguntarle si estaba seguro, si estaba completamente seguro de que quería alojarse en su hostel y de que quería pagarle veinte mil dólares por ese privilegio. Tuvo que morderse la lengua para evitar soltar que ella sólo hacía ver que una anfitriona y que su hostel en realidad no era más que una fantasía. Que en el fondo no era más que una chica tonta de Nueva York que había puesto en marcha algo que ahora se le escapaba de entre las manos.

Pero no dijo nada de todo eso. Mantuvo la calma.

—Me muero de ganas de darte la bienvenida a ti y a tus amigos a la posada de Sunset Harbor mañana por la tarde —consiguió decir con voz cordial.

—Muchísimas gracias —repuso Gus—. Me has salvado la vida.

«Y tú la mía», pensó Emily.

—No puedo esperar a llamar a los demás —continuó Gus, usando el bastón para ponerse en pie.

—¿Necesitas una mano? —se ofreció Emily, levantándose para ayudarlo.

—No, gracias —contestó él—. En realidad ni siquiera necesito bastón; no es más que un accesorio. Creo que me da cierta dignidad, ¿no te parece?

—Supongo que sí —dijo Emily. Gus parecía bastante excéntrico. Se preguntó si el resto de antiguos alumnos de St. Matthew también lo serían.

—¡Te veré mañana! —se despidió Gus.

Emily miró cómo cruzaba la terraza con paso animado antes de bajar por la escalera de espiral y desaparecer de su vista. En cuanto se hubo ido se dejó caer de nuevo en la silla y dejó que la

boca se le abriese sola. ¿De verdad acababa de pasar todo aquello? Ya empezaba a parecer un sueño.

De repente recordó que había dejado a Daniel solo durante más tiempo de lo que había pretendido. Se puso en pie de un salto y bajó las escaleras corriendo en su busca.

—Ahí éstas —dijo Daniel cuando Emily cruzó a toda prisa la pista de baile en su dirección—. Empezaba a preocuparme que algún soltero atractivo te hubiese llevado consigo hacia la puesta de sol.

—Pues casi —dijo Emily con una gran sonrisa—. Excepto que tenía setenta años. —Le cogió la mano—. ¡No te vas a creer lo que acaba de pasar!

Daniel frunció el ceño.

—¿Un *viejo* te va a llevar con él hacia la puesta de sol?

Emily negó con la cabeza; no podía seguir conteniendo el secreto.

—¡Todavía mejor! Va a alojarse en el hostel durante todo el puente del cuatro de julio. ¡Él y diecinueve de sus viejos amigos de la escuela!

A Daniel casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Me estás tomando el pelo?

Emily sacudió la cabeza con un entusiasmo que era imposible de controlar.

—Eso es increíble —jadeó Daniel—. ¡Ven aquí! —La tomó en brazos y la hizo girar en círculos mientras Emily chillaba—. Me alegro tanto por ti. Es genial, Emily. Sabía que al final todo iría bien.

—Vale, ahora suéltame —exclamó Emily—. ¡Tenemos mucho trabajo que hacer!

Daniel la volvió a dejar en el suelo y se dirigieron una última sonrisa de entusiasmo antes de salir corriendo del club y cruzar la playa a todo correr, levantando nubes de arena en su prisa por llegar a la casa.

«El sueño sigue vivo», pensó Emily mientras corría. Y, por ahora, aquello era lo único que importaba.

CAPÍTULO QUINCE

El plan era que Gus y sus amigos llegasen a las ocho de la tarde del día siguiente, lo que significaba que Emily tenía menos de veinticuatro horas para preparar el hostel. Sabía que el único modo de conseguir hacerlo todo sería pedir todos los favores que pudiese, así que a primera hora del día siguiente e incentivados por la idea de comida gratis, sus amigos de Sunset Harbor empezaron a cruzar su puerta como una colonia de abejas obreras.

El primero en llegar fue George, el amigo de Daniel que había restaurado la vidriera. Lo hizo vestido para un día de trabajo duro y con un mono manchado de pintura. Birk lo siguió al cabo de poco, y tras él apareció Karen.

—Estoy tan feliz de que todo te haya ido bien —dijo ésta, sonriendo jovialmente a Emily—. ¡No me puedo creer que hayas conseguido llenar el hostel menos de una hora después de decirme que quizás tendrías que cerrarlo!

—Lo sé —contestó Emily—. Durante un momento todo ha estado en el aire. Aunque, sin el cartel, todavía lo están.

Karen asintió.

—Hablando de eso —dijo—. He hablado por teléfono con algunos de los demás miembros del comité de zonificación. La queja de Trevor retrasará el permiso al menos un mes.

—¿Un mes? —exclamó Emily exasperada. Aquello era lo último que quería oír. Ya había tenido que apurarse para superar tres semanas sin el cartel; no estaba segura de contar con la fuerza ni la voluntad necesarias para soportar otro mes. No era como si el mundo estuviese lleno de ancianos ricos como Gus esperando reservar su hostel.

—Lo sé —dijo Karen, mordiéndose el labio—. El hecho de que Derek tenga a Marcella de su lado tampoco ayuda. Esa mujer lo hace todo al pie de la letra. No creo que Trevor le caiga bien siquiera, pero aun así siempre se asegura de que todo se haga a la perfección. —Le apretó el brazo a Emily—. Todo irá bien. Estoy haciendo todo lo posible.

Emily asintió, pero aunque creía de verdad que Karen se esforzaría en ayudarla, también sabía que Trevor Mann era un oponente formidable. Y si tenía a Marcella de su lado asegurándose de que todo se hacía al pie de la letra, podían pasar semanas hasta que le otorgasen el permiso.

Karen entró en la casa y Emily decidió que iba a tener que dejar todo aquello a un lado y centrarse en las necesidades actuales: es decir, preparar el hostel y asegurarse de que todo fuera perfecto para Gus y sus amigos. Estaba decidida a disfrutar de aquel fin de semana y a lograr que fuera magnífico para todo el mundo. Al menos así si todo acababa hundiéndose le quedaría el recuerdo de esos días.

En aquel momento distinguió a Cynthia recorriendo el camino de entrada en su bicicleta. Era la última mano amiga que había acudido. La mujer se bajó de un salto de la bicicleta y subió los escalones del porche hasta donde la esperaba Emily.

—Creía que todo eso de madrugar se había quedado en el pasado —refunfuñó—. Han pasado bastantes años desde que tuve que levantarme a estas horas de la mañana por culpa de un hostel.

Emily se rió y la llevó a la cocina, donde se habían congregado los demás. Daniel les sirvió a todos café recién hecho y bagels.

—De acuerdo —dijo Emily, dirigiéndose a todos—. Tenemos hasta las ocho de la tarde para prepararlo todo. ¡Sólo doce horas! Daniel, ¿puedes supervisar todo lo del tercer piso? Van a traer lijadoras profesionales para el suelo. George, tú estás a cargo de cambiar los marcos y los cristales de las ventanas de tres de las habitaciones de arriba. Karen y Birk, si pudierais colocar todos los muebles en los dormitorios del segundo piso podríamos colocar los muebles, alfombras

y camas en el tercero en cuanto acaben con el suelo. —Después se giró hacia Cynthia—. ¡Espero que todavía mantengas algunos contactos de tus días en el hostel, porque no he conseguido encontrar a ningún fontanero dispuesto a instalar lavabos, duchas y retretes en los veinte baños de las suites!

—Parece que más bien necesitas un ejército de fontaneros —comentó Cynthia. Después sonrió ampliamente—. Déjame a mí. Conozco a los hombres perfectos.

Una vez asignadas las tareas, todo el mundo desapareció en los pisos superiores del hostel para ponerse manos a la obra. Muy pronto aquello se convirtió en una colmena de ruido y actividad con los gruñidos y gemidos de Karen y Birk mientras luchaban por subir los guardarropas y cómodas por las escaleras, el sonido de fondo constante de las lijadoras mientras los profesionales se dedicaban a lo suyo, los golpes de martillo de George al cambiar algunos de los marcos de las ventanas y el parloteo de Cynthia, que estaba al teléfono llamando a todos los contactos que podía para ocuparse de la fontanería.

A pesar del caos, Emily se sentía entusiasmada y llena de energía al ver cómo todo avanzaba tan rápido. Barry y su ejército de fontaneros llegaron a las diez y el limpiar ventanas lo hizo media hora más tarde. ¡Para las once había más gente yendo de un lado al otro de la casa de la que Emily podía contar! ¡Era tan caótico que casi no tuvo ni tiempo para hacerse a la idea de que a las ocho tendría veinte habitaciones y baños funcionales y que todas y cada una de ellas alojaría a un huésped!

A mediodía anunció un descanso y todos sus amigos se congregaron en la cocina para unos sándwiches y unas patatas de bolsa, dejando a los profesionales para que continuasen con su trabajo.

—¿Cómo van los suelos? —le preguntó a Daniel mientras preparaba otra tanda de café.

—Ya casi están —contestó Daniel, mordisqueando un sándwich de queso—. Me alegro de que hayas contratado a profesionales para esa parte; les está llevando la mitad de tiempo que dedicamos nosotros al salón de baile.

Emily sonrió al recordar el tiempo que Daniel y ella habían pasado trabajando juntos arreglando la casa. De haber tenido más tiempo habría preferido que lo hicieran ellos mismos. Era más romántico, ¡y desde luego también más barato!

Terminó de preparar el café y repartió las tazas, pero ni siquiera tuvo oportunidad de sentarse; Raj Patel, de la floristería, apareció justo en aquel momento con dos ramos de flores enormes en los brazos.

—Oh, Dios mío —exclamó Emily, saliendo corriendo al pasillo—. ¡Son preciosas! —Aceptó las maravillosas y coloridas flores que le tendió Raj—. ¿Pero cómo sabías que iban a hacerme falta? Hace semanas que no hago ningún pedido. —Con todo lo demás que había tenido que organizar, se le había olvidado por completo pedir las flores.

—Es un pueblo pequeño —dijo Raj a modo de explicación—. Todo el mundo sabe que el hostel va a estar lleno este fin de semana. ¿Cuánto tiempo falta hasta que lleguen?

Emily se miró el reloj y tragó saliva.

—¡Ocho horas!

Raj sonrió.

—Puedes hacerlo —la animó—. Éstas son para el vestíbulo —explicó, señalando el ramo veraniego formado por girasoles y narcisos—, y éstas para el comedor —e indicó el ramo más elegante de petunias blancas, jazmín y magnolias—. Si alguien parece interesado díles que también trabajo con bodas, bautizos, funerales y todo lo demás. Ten, he traído algunas tarjetas de visita para que las expongas si no es molestia.

A Emily desde luego no le molestaba. Si Raj iba a ofrecerle flores gratis, lo mínimo que podía hacer era conseguirle tantas ventas como fuese posible.

—Oh, tengo que pedir algunas tarjetas en algún momento —comentó mordiéndose el labio y recordando la vergüenza de no tener nada que darle a Gus la noche anterior. No todo el mundo sería tan empático con su desorganización. Además, ¡no quería perder clientes simplemente porque no había llegado a imprimir su teléfono y la dirección en una tarjetita reluciente! Pero había demasiadas cosas que también necesitaban ser una prioridad, como por ejemplo asegurarse de que todos los invitados tenían una cama en la que dormir y de que la cadena funcionaba en todos los retretes.

Raj salió por la puerta y se cruzó con Serena, quien entró corriendo al pasillo cargada con varias bolsas de papel marrón que parecían pesar.

—¿Qué haces aquí? —jadeó Emily. No había llamado a Serena pidiéndole ayuda porque su joven amiga universitaria vivía a unas buenas dos horas en coche.

—Bueno, he ido a esa tienda —le contestó Serena entusiasmada—, y he comprado todo lo que querías. —Empezó a enumerar con los dedos mientras hablaba—. Edredones, juegos de almohadas azul marino, verde oscuro, carmesí y amarillo mostaza, y hasta he conseguido dar con mantas a juego.

Emily se lo había pedido hacía mucho por si cabía la posibilidad de que Serena llegase a pasar por delante de la pequeña y muy específica tienda independiente que había en la ciudad universitaria en la que estudiaba y pudiese traerle algo de ropa de cama de lujo y hecha a medida la siguiente vez que pasase por Sunset Harbor. Aunque Emily ya tenía suficiente ropa de cama para veinte huéspedes, aquellas sábanas y edredones eran exactamente lo que Cynthia le había aconsejado que usara. Lo que no había esperado era que la joven fuese tan rápida, y mucho menos que lo hiciera específicamente para ayudarla. Comprendió que era una amiga de verdad y se sintió terriblemente agradecida por su apoyo y su ayuda.

—¡No me extraña que las bolsas pesen tanto! —exclamó, revisando su contenido con asombro ante la belleza de los colores y la tela—. Pero no esperaba que fuese a propósito por mí. Eres genial. De verdad.

—No es nada —contestó Serena, frotándose el dolor que debía de sentir en los hombros doloridos tras cargar con las bolsas. Le tendió a Emily la factura—. La mujer que me ha atendido estaba encantada, por cierto. Ha dicho que no había recibido un pedido tan grande en años. Creo que quizás quiera venir y hospedarse en algún momento del verano.

—Guau —comentó Emily sorprendida—. No sólo has conseguido comprar toda la ropa de cama que necesito, ¿sino que también me has conseguido a una cliente potencial? Debería enviarte siempre a comprar las cosas. ¿Quieres buscarme unos calcetines la próxima vez que estés en la ciudad?

Serena se rió.

—Oh, antes de que me olvide —dijo, rebuscando en el bolso y sacando un pequeño bulto que había asegurado con una goma elástica—. ¡Tarjetas de visita!

—¡Oh, Dios! —exclamó Emily, aceptando el paquete—. ¿Las has diseñado tú? —Eran de un delicado azul pálido y la fuente iba a juego con el cartel del hostel, todavía desaparecido, y con el logo de la página web.

Serena se encogió de hombros.

—No es para tanto. Sólo las he preparado con uno de los programas de la universidad y un amigo que trabaja en una copistería ha impreso un puñado. Me he imaginado que querría tener algunas en la recepción por si la gente quería llevarse alguna.

—Y así es. ¡Son magníficas! Gracias. —Le dio un abrazo a su amiga, superada por la gratitud y emocionada por aquel detalle tan dulce, incluso si Serena estaba intentando que no pareciese gran cosa.

—Bueno, ¿qué más tiene que hacerse? —preguntó ésta, adoptando un tono más serio.

—Para ti, nada. En serio. Ya has hecho muchísimo yendo a por la ropa de cama y las tarjetas. Ve a la cocina, tómate un café y come patatas fritas.

En aquel preciso instante un hombre apareció en la puerta.

—Tengo una entrega para la señorita Mitchell. Salmón fresco.

Emily empezó a dirigirse a la puerta, pero entonces empezó a sonar el teléfono de la recepción.

—Yo contesto —dijo Serena, animada.

Emily corrió hacia la puerta y firmó aceptando la entrega proveniente de la compañía de pesca de la zona, que estaba ubicada dos pueblos más allá.

—¿Las patatas fritas son para todos? —preguntó el vendedor de salmón con una pequeña sonrisa.

Emily soltó una risita, sorprendida.

—Si guardas el salmón en el congelador, puedes servirte lo que quieras.

Sonrió de oreja a oreja y el vendedor pareció encantado, cruzando la puerta en busca de la comida. En cuanto pasó Emily vio la furgoneta de Parker Black acercándose por el camino de entrada y aparcando junto al camión del vendedor de salmón. Parker tenía una expresión desconfiada en la cara cuando apareció tras su furgoneta cargado con varias cajas de frutas y verduras que Emily había pedido. Subió al porche.

—Espero que no le hayas comprado salmón a alguien que no sea yo —dijo con tono de advertencia—. Creía que yo era tu mayorista.

Emily cogió una de las cajas.

—Eres mi hombre en cuanto a fruta y verdura, no en cuanto a salmón recién pescado.

—¿Por qué no puedo ser ambas cosas? —preguntó sonando dolido.

Emily le dio el dinero por la entrega.

—Bueno, no sales a pescar salmón cada día, ¿verdad? Porque ya sabes que en mi hostel sólo puedo ofrecer lo mejor de lo mejor, y si no es una pesca recién hecha entonces no me interesa. Pero estoy muy complacida con todas las preciosas zanahorias y patatas deformes que me vendes, ¡así que no tienes por qué sentir celos del hombre del salmón!

Emily creía que habían estado bromeando como solían hacer, pero Parker parecía abatido allí frente a su puerta.

—Parker, ¿estás bien? —le preguntó preocupada.

El joven alzó los ojos azules hacia ella.

—En realidad ahora mismo tengo algunos problemas de dinero.

—Oh. No lo sabía. Lo siento. —Conocía de primera mano cómo era pelearse con el dinero y el efecto desmoralizador que tenía algo así en la confianza de uno. Se sintió avergonzada por haberle tomado el pelo con tan poco tacto—. Te prometo que la próxima vez que compre salmón, te lo pediré a ti. ¿Qué tal?

Parker se mordió el labio. De repente pareció muy joven, mucho más joven que sus veintitrés años.

—De hecho me preguntaba si necesitabas ayuda en la casa.

—Necesito toda la ayuda que pueda conseguir en la casa —contestó ella. Oyó a su espalda los pasos de los trabajadores subiendo y bajando por las escaleras mientras Daniel los dirigía de un

sitio a otro—. Pero sólo puedo pagar con café.

—Me refiero a algo más permanente.

Emily frunció el ceño.

—Parker, ¿me estás pidiendo un trabajo?

Parker se metió las manos en los bolsillos.

—Creía que quizás necesitases un cocinero —dijo, tímido de repente—. Pasé un par de años en la escuela de cocina. Mi sueño antes de que pasase todo con la tienda era ser chef.

Su habitual arrogancia había desaparecido por completo, y Emily se quedó asombrada ante aquel giro inesperado. No hacía mucho había admirado a aquel joven por llevar un negocio exitoso mientras ella se estaba hundiendo, y ahora de repente se habían cambiado los papeles. Estaba al otro lado de la línea divisoria, en la cima del éxito, lo que significaba que contaba con la oportunidad de ayudar a los demás.

—Sabes qué —dijo con amabilidad—, seguramente me vendría bien algo de ayuda durante el desayuno. Quiero decir, no seré capaz de manejar veinte desayunos a la vez, ¿no te crees?

A Parker se le iluminó el rostro al instante.

—¿De verdad? ¿Estás segura? ¿Me contratarás?

—Si dices que sabes cocinar —contestó ella—, entonces estoy dispuesta a darte una oportunidad.

Parker volvió a mostrar su habitual sonrisa insolente, transformándose de nuevo en el chico confiado que ella conocía.

—Emily, eres mi salvadora.

—Necesito que vengas a las seis en punto de la mañana —le dijo Emily, alzando un dedo admonitorio como para decir: «No metas la pata».

El joven sonrió de oreja a oreja.

—Desde luego, jefa. ¡Nos vemos mañana!

Emily se quedó mirando cómo se alejaba con paso relajado y se subía a su furgoneta, preguntándose si acaso acababa de cometer un terrible error. El hecho de que de repente fuera la jefa de alguien era otro aspecto sobre el que debía mentalizarse.

Al volver al vestíbulo se encontró con que Serena seguía al teléfono, hablando con educación con lo que parecía un vendedor muy persistente. Emily hizo una mueca, pero Serena siguió sonriendo tan marcadamente como antes, haciendo que Emily cobrase conciencia de lo buena que era con la gente gracias a su carisma natural y a su sonrisa cegadora.

—Eh —dijo en cuanto Serena colgó el teléfono—, ¿crees que podrías echar una mano en el hostel este fin de semana? Cubrir la recepción cuando esté ocupada, ayudar a dar la bienvenida a los huéspedes y acompañarlos a sus habitaciones, servir el desayuno y esa clase de cosas. Te pagaría.

Parecía que, si iba a otorgarle a Parker Black un puesto de responsabilidad, bien podía al menos hacer que alguien en quien confiaba más lo supervisara cuando ella no pudiese. Además, Serena era una estudiante y siempre estaba desesperada por conseguir un poco de dinero extra.

—¿De verdad? —contestó Serena con una sonrisa de oreja a oreja—. Eso sería fenomenal. ¿Pero podría quedarme adormir? No sería capaz de conducir hasta casa por las noches.

Todas las habitaciones disponibles en el hostel iban a estar ocupadas por los huéspedes. Había más habitaciones en el segundo piso que todavía no habían sido renovadas, como por ejemplo el despacho de su padre; sólo tendría que prepararle a Serena una cama.

—Sí, puedo prepararte una habitación sin problemas —respondió.

—En ese caso, de acuerdo —dijo Serena—. Cuenta conmigo.

Emily sonrió. Estaba empezando a reunir un equipo. Le sorprendía lo rápido que había cambiado la perspectiva en su mente; empezaba a disfrutar de verdad de todo aquello.

El día continuó y Emily no dejó de mirar constantemente el reloj. ¡Parecía estar avanzando más rápido de lo normal! Acabaron con los suelos a las dos de la tarde, lo que dejaba la titánica tarea de quitar el polvo y pasar la aspiradora. Para las tres y media ya se habían colocado todos los muebles en los dormitorios del tercer piso y todo el mundo fue directo a hacer las camas. A las cinco Emily anunció otro descanso y todo el mundo se reunió en la cocina para algo más de café y comida, pero Cynthia había desaparecido. Emily fue al salón y la encontró sentada al piano tocando algunas de las notas desafinadas.

—Estaba pensando que deberías finarlo —comentó Cynthia—, teniendo en cuenta que Gus y sus amigos son antiguos alumnos de St. Matthew. Ya saben lo mucho que les gusta cantar en St. Matthew.

Emily se acercó al viejo piano de su padre. Ni siquiera se le había ocurrido comprobar si todavía funcionaba; sencillamente lo había limpiado y no había vuelto a pensar en él como nada que no fuera pura decoración.

—¿Conoces a alguien que pueda hacerlo hoy? —le preguntó a Cynthia. Después miró el reloj—. ¿En menos de tres horas?

—¡Por supuesto! —Cynthia sonrió ampliamente, recogiendo el teléfono inalámbrico que había dejado en el sofá.

—Espera —le pidió Emily antes de que tuviera oportunidad de marcar ningún número—. ¿Será muy caro arreglarlo? No sé cuánto dinero más me puedo permitir.

Emily le dirigió una mirada.

—No más de doscientos dólares. Y estás a punto de ganas miles de ellos, cariño, así que lo mínimo que puedes hacer es dejar esta preciosa reliquia lista para ser tocada. Jeremy recibe clases de piano con un hombre encantador llamado Owen; estoy segura de que conseguiré que venga esta misma tarde a afinarlo.

Emily oyó cómo llamaban a la puerta, así que cedió y dejó a Cynthia para que se encargara del tema del piano y fui a abrir. Era Jason, el bombero al que había conocido la noche en que había explotado la tostadora.

—Has venido a por los perros —dijo Emily, sintiendo un ramalazo de tristeza. Jason había aceptado cuidar de Mogsy y Lluvia durante el fin de semana, puesto que la casa iba a estar llena de gente y de ruido—. Voy a buscarlos.

Mogsy debía de haber presentido sus emociones, porque en cuanto Emily entró en el lavadero la perra la miró con ojos tristes y empezó a lloriquear, lo que a su vez hizo que Lluvia hiciese otro tanto.

—No me lo pongáis más difícil de lo que ya es —les pidió Emily, notando cómo le fallaba la voz.

Les puso las correas y los llevó hasta el coche de Jason, donde la pequeña Katy dormía felizmente en su asiento infantil. Bien fuera por la emoción que Emily ya estaba sintiendo al despedirse de los perros o por cualquier otra cosa, el hecho fue que de repente la invadió un anhelo sobrecogedor. La pequeña Katy parecía tan perfecta, tan en paz e inocente. Emily sintió cómo se intensificaba su deseo de tener niños, tal y como ya había pasado al ver a los niños durante el desfile.

Animó a Lluvia a subir a la parte trasera del coche con una chuche para perros, pero Mogsy se mostró más reticente y demostró ser también más cabezota. Clavó las patas traseras en el suelo mientras Emily tiraba de la correa.

—No será para siempre —le dijo a la madre canina, acuclillándose y acariciándole el pelaje áspero—. Sólo durante unos días. Te prometo que no te estoy abandonado.

Mogsy dejó caer la cabeza con pesadez sobre su rodilla, haciendo que el corazón le doliese todavía más.

—En cuanto vea a Trueno volverá a animarse —dijo Jason con suavidad.

Emily asintió, entristecida. Jason tenía razón; se lo pasarían genial pasando el rato con el otro cachorro de Mogsy, pero aun así despedirse le rompía el corazón. A lo largo de las últimas semanas les había cogido más cariño de lo que había pretendido. En cierto sentido eran sus pequeños, una parte de la pequeña y extraña familia que había creado junto a Daniel.

Por fin consiguió que Mogsy entrase en el coche y se quedó mirando cómo Jason encendía el motor y se despedía agitando la mano. Se quedó mirando hasta que el coche desapareció por completo de la vista, aunque el sonido de los lloriqueos de Mogsy siguió siendo audible hasta que salió a la carretera.

Se giró hacia el hostel, con un nudo en la garganta fruto de la emoción; desde allí podía ver a través de la puerta abierta cómo la gente se apresuraba de un lado al otro. Distinguió a Cynthia al otro lado de la ventana del salón, hablando por teléfono con el pianista y convenciéndolo para que fuera hasta allí y afinase el piano. Varias de las ventanas de los dormitorios del tercer piso estaban abiertas para airear las habitaciones, y podía oír los taladros y martillos que se estaban usando dentro. Todavía quedaban muchas cosas que hacer antes de que Gus y sus amigos llegasen a las ocho.

Volvió a entrar corriendo para ayudar con los últimos detalles. El último retrete quedó instalado a las siete y media y Emily despidió apresuradamente al ejército de fontaneros. Después tocó limpiar un poco más el polvo y pasar la aspiradora, al igual que encender velas perfumadas en todos los dormitorios para hacer desaparecer los olores a barniz y pegamento. Uno a uno, sus amigos empezaron a marcharse. Birk fue el primero, seguido de Karen, Cynthia y George, y todos y cada uno de ellos le desearon buena suerte.

El reloj iba acercándose a las ocho y ya sólo quedaban Emily, Daniel y Serena. Emily fue consciente de golpe de que la entrega especial de licor todavía no había llegado. Gus había solicitado ciertas marcas concretas de vino y oporto para que los esperaran en el salón a su llegada, y aunque reembolsaría el coste completo, había sido tarea de Emily el pedirlo y pagarlo por adelantado. Separarse de aquellos mil dólares no era algo que estuviese ansiosa por hacer.

Oyó el sonido de unos neumáticos en la entrada.

—¡Esto es apurar mucho! —exclamó, corriendo hacia la furgoneta del licor.

Le tendió un gran puñado de billetes al repartidor mientras Daniel y Serena descargaban las cajas.

—Rápido, chicos, servid el vino —ordenó Emily, volviendo a entrar a la carrera al salón.

La última gota de vino acababa de caer en la copa número veinte cuando el reloj de cuco dio las ocho.

CAPÍTULO DECISÉIS

Emily estaba de pie en los escalones del porche con un nudo de anticipación en el estómago. No sabía si se debía al entusiasmo o a la aprensión, aunque seguramente fuesen ambos. Nunca había estado tan nerviosa.

El sol estaba empezando a ponerse, así que encendió rápidamente las velas que subían por los escalones del porche y hasta la puerta principal.

—Tranquila —le dijo Serena—. Tienes que relajarte.

Emily alzó la mirada hacia la joven; tenía todo el aspecto de una auténtica anfitriona con su reluciente blusa azul y la falda de tubo. Llevaba puesto su pintalabios característico rojo, lo que resaltaba sus rasgos y complementaba el largo cabello negro.

Asintió con la cabeza.

—Es sólo que necesito que esto salga bien.

—Y lo hará —contestó Serena—. No te preocupes.

Emily trató de relajarse, pero Serena no sabía todo lo que dependía de aquel fin de semana. No pudo evitar repasar la lista mentalmente, llena de pánico ante la posibilidad de que se hubiese olvidado de algo. Tenía la cabeza llena con cosas como el salmón al horno, las fundas azul marino de las almohadas, los geles de ducha en miniatura o la vajilla Denby. Estaba segura de haberlo hecho todo, de que había cubierto todos los ángulos, pero aquello no evitaba que reflexionase sobre todas las posibilidades mentalmente.

En aquel momento un Rolls Royce color crema giró por el camino de entrada y Emily se tensó.

—Es él. Ha llegado.

Serena le dio un codazo con suavidad.

—Sonríe, ¿quieres? ¡Pareces la directora de una funeraria!

Emily transformó su expresión en una sonrisa de bienvenida a pesar de la súbita angustia que la invadió por haber elegido ropa negra.

El coche se detuvo y Gus salió de su interior. Tenía casi el mismo aspecto que cuando Emily lo había conocido la noche anterior, con unos pantalones de vestir color crema y un suéter de cricket a juego y el bastón en la mano. Emily se preguntó si todo lo que poseía aquel hombre era del mismo color crema y si debería haber decorado uno de los dormitorios con aquel color en concreto para él específicamente.

—Ahí estás —dijo Gus con una sonrisa, subiendo al porche en dirección a Emily—. Mi ángel enviado por los Cielos. —Emily le cogió las manos y Gus le besó en ambas mejillas—. ¿Y quién es esta criatura divina? —preguntó, mirando a Serena y dándole también dos besos.

—Te presento a Serena —dijo Emily—. Será la otra anfitriona durante el fin de semana aparte de mí.

Gus pareció completamente encantado y Emily se sintió complacida al haber elegido tan bien contratando a Serena para aquellos días.

—Bueno, los demás están en camino —dijo Gus—. Debo decir que estamos todos muy entusiasmados. Nos reunimos tan a menudo como es posible, pero desde luego ésta es la que recibe más asistencia. Me temo que quizás os mantengamos despiertas con todas nuestras canciones; a los de St. Matthew nos encanta una buena canción. Ah, ahí vienen.

La familiar sensación de angustia volvió a hacer presa de Emily al ver cómo varios coches de aspecto caro llegaban desde la carretera y empezaban a aparcar. El corazón empezó a latirle todavía más rápido.

—¡Georgia! —exclamó Gus, saludando a la primera mujer que llegó a los escalones del porche—. Ven a conocer a Emily. Emily, ésta es Georgia Walters. ¡Oh, y ahí está Hank! Hank Lloyd, éstas son Emily y Serena.

Más y más gente empezó a salir de sus coches, saludándose los unos a los otros en voz alta. Gus se aseguró de presentar a Emily y a Serena a cada uno de ellos, y Emily recitó sus nombres mentalmente una y otra vez, decidida a acordarse de todos.

—Por favor, por aquí —dijo, mostrándoles a los huéspedes que habían llegado el salón para que se tomaran su copa de bienvenida mientras Serena se quedaba en el porche para recibir al resto.

—¡Oh, vaya, qué habitación más preciosa! —exclamó una mujer llamada Sally—. Y los cuadros son preciosos. ¿Eso es un Turner?

—Así es —contestó Emily.

—¡Oh, Georgia, ven a ver esta chimenea! —continuó Sally—. ¿Es mármol de verdad? Emily asintió mientras Georgia Walters se unía a su amiga.

—Me encanta esta lámpara —añadió ésta, señalando la lámpara de latón victoriana.

Las dos mujeres continuaron comentando con entusiasmo los muebles mientras Emily repartía copas de vino a los hombres, quienes ya parecían estar sumidos en una conversación hilarante. La casa nunca había estado tan llena de ruido. Por alguna razón Emily había esperado que los ancianos fuesen tímidos y callados, pero nada más lejos de la realidad. Eran completamente escandalosos.

El salón se llenó de más gente y, tras quince minutos, los veinte huéspedes ya se habían congregado y todos tenían una copa de vino en la mano. Todos menos Gus, que había elegido en su lugar un vaso de oporto.

—¿Dónde está tu copa, Emily? —le preguntó éste al acercarse enarbolando el oporto.

—No beberé esta noche —repuso ella—. Después de todo, estoy trabajando.

—¿Trabajando? —exclamó Gus—. Nada de eso. Quiero que disfrutes. Relájate. ¡Únete a nosotros!

—Eso es muy amable —dijo Emily—, pero de verdad, tengo que mantenerme alerta.

Gus chasqueó la lengua y sacudió la cabeza, pero todo de buen humor.

—Bueno, debo decir que hasta ahora has hecho un trabajo magnífico —la felicitó con una sonrisa—. Nunca los había visto tan animados. Tengo el presentimiento que va a ser la mejor reunión que hayamos celebrado nunca.

Emily se hinchó de orgullo, aunque por dentro todavía se sentía tensa y aprensiva.

—Eso es genial. Me alegro mucho de que hasta ahora todo sea de vuestro agrado.

Gus se distrajo rápidamente con otro de sus amigos y se alejó para charlar con él.

Serena ocupó su lugar.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó a Emily en voz baja.

—Hasta ahora bien.

—Parecen agradables.

—Parecen ruidosos —añadió Emily—. Será mejor que empecemos a enseñarles a cada uno su habitación. Tengo la sensación de que nos llevará bastante tiempo encargarnos de todos.

—Creo que tienes razón —dijo Serena—. Pero no hay prisa; hagámoslo de uno en uno o de dos en dos. Tan pronto como alguien se acabe la copa, nos acercamos.

—Es un sistema tan bueno como cualquier otro —coincidió Emily con una carcajada.

Examinó al grupo y vio a un hombre con pantalones a cuadros y una camiseta negra sin mangas bajo una camisa de vestir amarilla que ya tenía la copa vacía. Se acercó al anciano de

mejillas enrojecidas.

—¿Boris? —preguntó, esperando haber recordado correctamente su nombre.

—Sí, querida —dijo éste.

—¿Le gustaría que le enseñe su habitación?

—¡Oh sí, sí! Eso sería maravilloso.

Boris dejó la copa de vino vacía en el aparador y Emily intentó no hacer una mueca al ver que no había usado posavasos. Tendría que acostumbrarse a aquello, a tener a gente en su casa y a que trataran el edificio de maneras que ella personalmente nunca haría.

Se inclinó y recogió la pesada maleta de Boris, quien la siguió fuera del salón en cuanto echó a andar. Serena también se había acercado a una huésped a quien Gus había presentado como Camel y estaba forcejeando con una maleta que parecía pesar tanto como la de Boris.

Intercambiaron una sonrisa mientras pasaban por el pasillo en dirección a la escalera, con los músculos tensos.

—Oh, vaya —dijo Boris en cuanto Emily le hizo entrar en la segunda habitación del tercer piso, la misma desde la que Daniel y ella habían mirado la tormenta—. Qué habitación más encantadora.

—Gracias —contestó Emily. A ella también le encantaba, y no podía creer que la pequeña cáscara que había sido aquel dormitorio se hubiese transformado en tan solo un día. Ahora contaba con una cama tamaño King de madera oscura cubierta con un juego de sábanas verde oscuro y una manta a juego. A modo de muebles tenía un guardarropa antiguo de nogal sólido salido de la tienda de Rico, mesitas de noche en las que se posaban unas preciosas lámparas, y una cómoda con un espejo de tocador. Las demás habitaciones del tercer piso, que eran más pequeñas que las del segundo, estaban decoradas más o menos igual.

Boris se inclinó frente a la amplia ventana y miró las nubes rosadas que moteaban el cielo pintado de naranja.

—Uno nunca se cansa de las puestas de sol de Sunset Harbor —dijo con melancolía.

Tenía razón, y Emily no pudo evitar que sus palabras se repitieran una y otra vez en su mente. Podía ver el amor que sentía Boris hacia Sunset Harbor en sus ojos mientras miraba con adoración por la ventana, y reconoció la misma emoción en su interior. Era algo que sentía a menudo y con intensidad: Sunset Harbor no era un lugar del que uno pudieses cansarse, y tenía belleza y sabiduría que impartirle y lecciones que enseñarle. Emily deseaba, más que nada en el mundo, que su hostel triunfara para así poder quedarse allí. No quería volver a convertirse jamás en alguien que ansiara las puestas de sol de Sunset Harbor de un modo tan melancólico.

En cuanto Boris estuvo asentado Emily volvió abajo y continuó con el proceso de enseñarle al resto de huéspedes sus habitaciones. Serena había tenido razón en cuanto a lo de tomárselo con calma; nadie parecía tener nada de prisa por ver las camas, y vagaban libremente entre el porche y el salón. Aunque acabó siendo lo mejor a medida que Emily y Serena iban cansándose de cargar con tanta maleta por las escaleras. Les llevó una hora ubicarlos a todos en sus respectivas habitaciones, pero por fin todas las maletas estuvieron guardadas y todos los huéspedes tenían las llaves de sus dormitorios en los bolsillos.

Nadie se mostró tímido con los cumplidos, alabando desde la lujosa ropa de cama hasta los preciosos muebles antiguos, y Emily se sintió aliviada de haber conseguido que el hostel estuviese a la altura y de que nadie hubiese descubierto que aquella mañana la casa todavía había estado en fase de restauración. Hasta ahora nadie se había quejado ni había exigido un reembolso.

El grupo volvió a reunirse en el salón para repasar la agenda del fin de semana y disfrutar de

la velada.

Emily se unió a Serena, que estaba de pie en la puerta mirando lo que pasaba dentro.

—Tan pronto como estén en la cama —comentó Emily—, nosotras deberíamos hacer otro tanto. Tendremos que madrugar mucho.

—Tengo el presentimiento de que no se irán a dormir precisamente pronto —dijo Serena.

Asintió con la cabeza hacia donde Boris se estaba poniendo cómodo al piano.

—Gus ya me ha advertido de que les gusta cantar —repuso Emily.

—Bueno, pues prepárate —continuó Serena—. Porque allá vamos.

Boris tocó algunos acordes y en cuestión de segundos toda la sala se echó a cantar, con todos los huéspedes entonando la letra felizmente, balanceándose de un lado al otro y entrelazando los brazos cantaban una tonada desenfadada sobre St. Matthew.

—Quizás debería haberme servido un oporto después de todo —le dijo Emily a Serena.

*

La fiesta seguía llena de fuerza a las diez de la noche, y a las once seguía sin mostrar señales de estar decayendo. A las once y media el grupo empezó a migrar escaleras arriba y el salón empezó a vaciarse, pero no fue hasta casi medianoche que Serena y Emily por fin pudieron dejar de trabajar.

—No te preocupes por el desorden —le dijo Emily al ver cómo Serena empezaba a recoger las copas—. Vanessa vendrá mañana por la mañana a limpiar. Dice que se está volviendo en casa al pasar todo el día en casa con Katy, y quería ganar algo de dinero extra. —Sacó la llave del salón del bolsillo y la agitó en el aire—. Éste es un pequeño truco que me ha enseñado Cynthia. —Y con aquello sacó a Serena del salón al pasillo, se giró y cerró la puerta con llave tras ellas—. ¿Ves? Así no hay ninguna posibilidad de que los huéspedes entren por accidente en un salón hecho un asco. Lo único que verán mañana será un salón limpio y reluciente.

—Muy inteligente —contestó Serena.

Empezaron a subir las escaleras para meterse en la cama.

—¿Estarás cómoda en el despacho? —le volvió a preguntar Emily—. Siempre puedes quedarte con mi cama y yo podría irme a la cochera.

—¿Me estás tomando el pelo? —exclamó Serena—. ¡Ni de broma me vas a dejar aquí sola con todos estos!

Emily se quedó mirando cómo la mujer más joven subía hasta el recién renovado tercer piso, volviendo a maravillarse de lo rápido que se había organizado todo. Le llevaría un tiempo hacerse a la idea de que el tercer piso ya no estaba lleno de las polvorientas pertenencias de su padre. Después de tantos meses, la tarea de organizar sus cosas que tan insalvable le había parecido ya se acercaba a su fin.

Se detuvo delante de la puerta de su dormitorio. Le resultaba tan extraño que de la madera colgase ahora un pequeño cartel con las palabras «Sólo personal» y que la puerta estuviese siempre cerrada con llave. La casa le parecía menos su hogar y, a pesar de lo mucho que estaba disfrutando de la experiencia de ser la anfitriona del hostel, también echaba de menos la sensación de pertenencia que había despertado en ella al empezar a restaurar la casa.

Cerró la puerta a su espalda con llave y se sumió en la oscuridad. Respiró profundamente, dejando que todo el frenesí del día fuese desvaneciéndose de su interior. Aquella mañana se había despertado con una enorme labor de restauración entre manos, y aquella noche se iba a la cama con el hostel lleno de huéspedes.

Se cambió en silencio para meterse en la cama y miró por la ventana, hacia la cochera del jardín en la que estaba durmiendo Daniel. Casi no había tenido oportunidad de hablar con él aparte de dirigirlo para que tostara más bagels y cargase con algunos muebles escaleras arriba. Y la noche anterior había interrumpido en seco su cita al recibir la noticia sobre el hostel. Y después había tenido que rechazar su compañía durante la primera noche de los huéspedes en el hostel con el comentario de que le parecía inapropiado que se quedase en la casa. Se percató de que iba a tener que encontrar el modo de hacer encajar a Daniel en su apretada agenda porque, si no lo lograba, la distancia emocional que ya existía en ocasiones entre ellos bien podría convertirse en todo un abismo.

Se subió por fin a la cama, agotada, pero no había hecho más que apoyar la cabeza en la almohada cuando un sonido agudo proveniente de encima de ella volvió a ponerla en alerta. Alguien estaba gritando.

CAPÍTULO DIECISIETE

Emily salió de un salto de la cama y se cubrió con la bata mientras salía corriendo al descansillo de las escaleras. Las luces del tercer piso ya estaban encendidas, y cuando subió a toda prisa se encontró a un pequeño grupo reunido en el pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, acercándose.

En el centro de grupo estaba Sally, vestida únicamente con un camisón de seda rosa y con rizos en el pelo. Miró a Emily y se abrió paso entre el grupo.

—¡Oh, es horrible, horrible! —gimoteó.

Cogió la mano de Emily y la llevó hacia su habitación. Emily tuvo una arcada al instante; toda la habitación olía fatal.

—¿Qué es eso? —exclamó, cubriéndose la boca con la mano.

—Es ahí —dijo Sally, señalando hacia el baño de la habitación.

Emily se acercó y abrió la puerta de un empujón. El suelo estaba empapado, y Emily jadeó al comprender que uno de los retretes recién instalados se había atascado por completo y estaba inundando la habitación.

—¡Oh, no! —gritó.

Su primer impulso fue entrar en pánico, pero sabía que aquello no le haría ningún bien a nadie. Tenía que ser una gerente, una anfitriona, lo que significaba que debía mantener la calma. Se puso la máscara y volvió a salir al dormitorio. Sally estaba sentada en la cama con las manos sobre el regazo.

—Llamaré al fontanero ahora mismo —dijo—. Mientras tanto, me gustaría que por esta noche usaras mi habitación.

—Oh, no podría —contestó Sally.

—Por favor —recalcó Emily—. Insisto. Yo puedo dormir en una las habitaciones libres; estaré bien.

Llevó a Sally al pasillo.

—No es más que un problema en las cañerías —tranquilizó a los demás huéspedes—. No hay nada de qué preocuparse.

Poco a poco, todos volvieron a sus habitaciones.

Emily acompañó a Sally hasta el segundo piso y la hizo entrar en el dormitorio principal.

—Espera, haré que Serena te ponga sábanas limpias —dijo.

Salió corriendo en busca de Serena y, una vez que estuvo satisfecha de que su huésped iba a ser atendida, bajó al primer piso y buscó el número de Barry, el fontanero. Era bien pasada la medianoche, pero Barry descolgó rápidamente.

—Tengo una emergencia —le explicó Emily—. Un retrete atascado. ¿Puedes ayudarme?

—Por supuesto —respondió Barry—. Yo mismo los he instalado. Lo siento muchísimo; lo arreglaré gratis.

Emily colgó y respiró profundamente. No podía creerse su suerte. Si hubiese sido cualquier otra noche, habría podido meter a Sally en otro dormitorio, ¡pero que el retrete se atascase la única noche en que todos los dormitorios de huéspedes estaban ocupados era que el destino estaba jugando con ella!

Se sentó en el salón a oscuras, temblando bajo su fino camisón, e intentó averiguar dónde dormiría aquella noche. Siempre quedaba el sofá del salón, pero éste había quedado hecho un caos y no podría cerrar la puerta con llave y dejar que Vanessa se ocupase de limpiar mañana. También estaba la opción de llamar a Daniel, pero no quería presentarse en su casa en mitad de

la noche como una dama en apuros. Además, hacerlo no habría sido justo para Serena. ¿Y si ocurría otro desastre durante la noche?

Oyó unos neumáticos pisando el camino de grava y salió corriendo fuera para ver cómo Barry aparcaba su furgoneta. Éste salió del vehículo se acercó a paso vivo.

—Lo siento muchísimo, Emily, no sé qué puede haber pasado —tartamudeó mientras ella lo acompañaba dentro.

—Eso no importa ahora —repuso ésta—. Por favor, sólo dime que puedes arreglarlo.

—Desde luego —dijo Barry—. Desde luego.

Le mostró la habitación afectada en el tercer piso, donde Serena estaba intentando desesperadamente secar el agua con un trapo viejo. La inundación había empeorado en la media hora que había tardado Emily en hacer venir a Barry y el olor era insoportable.

—Oh, Señor —musitó Barry sacudiendo la cabeza—. Ya veo cuál es el problema.

Abrió su caja de herramientas, sacó una llave y se puso a trabajar. Emily hizo una mueca ante cada ruido que hacía, a sabiendas de que debía de estar molestando a los huéspedes.

Serena se acercó y le frotó el brazo.

—¿Estás perdiendo los nervios?

Emily asintió.

—¿Y si todos exigen un reembolso?

—No lo harán —la tranquilizó Serena—. No es más que un retrete. ¡Por cómo ha chillado esa mujer parecía que hubiese visto un fantasma o algo parecido!

A pesar de su agotamiento y angustia, Emily no pudo evitar sonreír. Se alegraba tanto de que Serena estuviese allí para ayudarla y hacer que todo pareciese menos dramático de lo que era en realidad. Porque si los huéspedes llegaban a marcharse y exigir el reembolso, bueno, aquello le pondría fin a todo. ¡Emily prácticamente ya se había gastado el dinero!

—Serena, por favor, vuelve a la cama —dijo—. Ya me quedo yo supervisándolo todo; has hecho más que suficiente.

Serena asintió y volvió al estudio para dormir.

El retrete quedó por fin arreglado a la una y Emily acompañó a Barry de vuelta a la salida en silencio, asegurándose de que no había más molestias de las necesarias para sus clientes.

Y entonces, sin más elección que aquella, quitó el cerrojo al salón lleno de copas y preparó una cama provisional en el sofá para sí misma.

*

Parecía que no hacía ni un minuto que había puesto la cabeza en el cojín cuando su despertador empezó a gritarle que tenía que levantarse. Abrió los ojos de golpe, desorientada en un primer momento al ver que en la habitación no entraba más que un poco de luz, y lo primero en lo que pensó fue que el despertador se había estropeado otra vez. Pero cuando lo recogió y miró la hora, vio que sí que eran las cinco y media de la mañana y que tenía que levantarse.

Desperezarle aquella mañana le resultó casi tan difícil como lo había sido hacía meses, cuando la casa había estado medio en ruinas y helada. Emily se sentía completamente agotada. Cuatro horas de sueño no eran suficientes para ser funcional, mucho menos tras pasarlas en un sofá lleno de bultos y tras un largo día de renovaciones y de ejercer de anfitriona, y vestirse le resultó todavía más difícil de lo que había anticipado. Se notó las manos torpes mientras se abrochaba los pantalones, y después se puso el suéter del revés. Trastabilló por el salón, intentando no hacer mucho ruido.

Cuando por fin estuvo lista salió al pasillo y se dirigió a la puerta principal justo a tiempo de ver cómo se acercaba el coche de Vanessa. La esposa de Jason salió del vehículo y la saludó llena de energía, y Emily tuvo que preguntarse cómo podía parecer la madre de un bebé mucho más despierta que ella.

Besó a su amiga en la mejilla.

—¿Cómo puedes estar tan animada a estas horas?

—Oh, por favor, para mí esto es levantarse tarde —contestó Vanessa—. Te aconsejo que, si Daniel y tú tenéis niños algún día, os repartáis los turnos para darles de comer.

—Lo tendré en mente —dijo Emily. Intentó sonreír, pero sintió un pinchazo en el pecho ante la posibilidad de que nunca pudiera tener niños con Daniel, no con el modo en que no dejaban de sufrir un desastre tan otro con el hostel. A aquel ritmo siempre tendrían que ir vigilando el dinero o al final acabarían por hundirse y tendrían que rendirse en todo. No pudo evitar preguntarse si alguna vez contarían con la clase de estabilidad necesaria para traer a un niño al mundo.

Le mostró a Vanessa el salón.

—Oh, vaya —dijo ésta—. Parece que haya estallado una bomba aquí dentro. Creía que habías dicho que sólo iban a venir un grupo de veinte abuelos.

—Resulta que son bastante más alborotadores de lo que me esperaba —contestó Emily, mirando las copas vacías que había por todas partes.

—¡Por suerte estoy aquí! —dijo Vanessa.

Emily le dio las gracias y la dejó para que se pusiera manos a la obra con el salón. Salió al pasillo y vio a Daniel entrando justo en aquel momento por la puerta con dos huevos en las manos.

—Regalos de Lola y Lolly —dijo, sosteniéndolos en alto. Después le dio un beso en la mejilla—. Y esto de mi parte.

Emily le sonrió.

—Buenos días —dijo mientras se dirigían juntos en la cocina—. ¿Dormiste bien anoche?

—Mejor que tú, según parece.

—Ey —dijo Emily—. Se supone que tienes que decirme que estoy encantadora.

Daniel puso los ojos en blanco.

—Ya sabes que me pareces encantadora. A lo que me refiero es que pareces cansada *además* de encantadora. ¿Te mantuvieron despierta hasta tarde? Las luces seguían encendidas cuando llegué a casa.

Llegaron a la cocina y Emily fue directa a la cafetera para preparar una jarra recién hecha, sin poder evitar sentir desconfianza por lo que había dicho Daniel.

—Sí, estuvieron en pie hasta después de medianoche. ¿Estuviste fuera hasta tan tarde?

—Intentó que su pregunta pareciera inocente, pero pudo oír la sombra de la preocupación en su propia voz.

—Fui a dar una vuelta con la moto por los acantilados —dijo Daniel.

—¿Hasta medianoche?

—Ajá.

Emily siguió concentrada en la cafetera, pero su mente iba a mil por hora ante la idea de que Daniel necesitase moverse y estar siempre en movimiento sin llegar a asentarse jamás. Si hubiese sido ella quien hubiese tenido una noche libre la habría dedicado a relajarse en casa y a disfrutar del esplendor del hogar que había creado, pero Daniel había usado aquella oportunidad para salir a explorar. Nada lo entusiasmaba más que viajar y, no por primera vez, Emily se sintió preocupada de que su relación no llegase a echar raíces jamás.

Acabó de preparar el café.

—Será mejor que abra las cortinas —dijo, saliendo a toda prisa de la cocina para tener algo de espacio.

—Te ayudo —dijo Daniel, animado.

Emily no dijo nada mientras él la seguía de un lado al otro, descorriendo las cortinas de las habitaciones de la planta baja para que todo estuviese iluminado y diese una cálida bienvenida a sus huéspedes cuando se despertaran para desayunar.

—¿Y cómo fue entonces anoche? —preguntó Daniel cuando volvieron a la cocina a por una taza de café—. No has llegado a decírmelo.

—Fue bien —contestó Emily, sonando algo irritada—. Todos parecieron bastante felices. Bebieron vino y cantaron; básicamente eso fue todo.

—Oh —musitó Daniel, tendiéndole una taza de café—. Vale.

—Lo siento, casi no he dormido —se disculpó Emily, intentando sacudirse el mal humor de encima—. Uno de los retretes tuvo un problema y tuve que hacer que Barry viniera para hacer una reparación de emergencia, y después tuve que poner a uno de los huéspedes en mi habitación y he dormido en el sofá.

Sí que era verdad que estaba demasiado cansada como para mantener una conversación, pero también empezaba a sentirse afectada por la ansiedad sobre su relación con Daniel. Se dijo a sí misma que era el estrés de los últimos días lo que la estaba dejando gruñona y exacerbaba su ansiedad. Prácticamente se dejó caer en una silla y se inclinó sobre su café.

En aquel momento Serena entró en la cocina con aspecto tan fresco como siempre, y sonrió de oreja a oreja mientras se servía una taza de café.

—Bueno, ayer me quedé despierta hasta tarde echando un vistazo a los cuadros que tienes guardados en el despacho —dijo—. Deberías considerar colgar algunos. Hay uno de un faro de noche que es de lo más evocador.

«Esos malditos retratos del faro», pensó Emily para sí. No había querido tirarlos, puesto que estaba claro que para su padre habían tenido cierto significado y quizás contuvieran alguna pista sobre su desaparición, así que los había guardado todos en el despacho, pero lo último que quería ahora era pensar en la posibilidad de que su padre se hubiese fugado con la artista.

—Puede —contestó encogiéndose de hombros—. Quiero decir, tú eres la artista. Si crees que las paredes se verían mejor con algunos cuadros, adelante.

—Genial —dijo Serena con una gran sonrisa, claramente sin notar el tono afilado en la voz de Emily—. Lo pondré en el comedor.

Emily oyó cómo se abría la puerta trasera y Parker Black entró por ella. Emily consultó el reloj con unos ojos doloridos por el sueño y vio que eran las seis en punto. No pudo evitar sentirse sorprendida; estaba segura de que Parker llegaría al menos cinco minutos tarde.

—¿Parker? —dijo sin conseguir ocultar su sorpresa.

—En persona —repuso este con la confianza que Emily esperaba de él—. Y no hay por qué parecer tan sorprendida; ¿acaso te he dado alguna vez razones para tener tan poca fe en mí?

Parker se adentró en la cocina antes de que Emily pudiese decir nada y se sirvió un poco de café, sentándose después en la encima con un pequeño salto y pareciendo como si estuviese en su casa, como si fuese parte del equipo. Emily miró de Serena a Daniel y después a Parker, preguntándose cómo había llegado a reunir a un grupo tan surtido.

Y entonces, por debajo del sonido de la aspiradora que estaba pasando Vanessa en el salón, oyó un ruido sobre ella parecido al del cerrojo de la puerta de un dormitorio siendo descorrido.

—Alguien está bajando a desayunar —dijo.

Todo el mundo se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Daniel.

—Oigo a alguien moviéndose arriba —respondió Emily, afinando el oído.

—Yo no oigo nada —intervino Parker.

—Quizás haya desarrollado ese superpoder que tienen las madres —dijo Serena, dibujando una enorme sonrisa—, ése de despertarse si su pequeño tose ni que sea un poco por la noche, pero que les permite seguir durmiendo aunque empiece a sonar la alarma antiincendios.

Parker se echó a reír.

—Deberías preguntárselo a Vanessa —dijo Daniel.

—¡Shh! —exclamó Emily—. Poned el oído, ¿queréis? —Entonces oyó un crujido de los tablones del suelo proveniente del segundo piso—. Es uno de los huéspedes del segundo piso. Podría ser Gus. —Había alojado a Gus en el dormitorio principal, en la que había sido la habitación del señor Kapowski, puesto que, de no haber sido por él, no tendría a ningún cliente en la casa—. Será mejor que nos preparemos —añadió.

—¿Prepararnos cómo? —preguntó Daniel, arqueando una ceja.

—No lo sé. Alisaos la ropa. Poneos derechos. —Le hizo un gesto a Parker, que seguía sentado de manera relajada sobre la encimera.

Éste se bajó encogiéndose de hombros y Serena ahogó una risita.

A pesar del éxito de la noche anterior, Emily seguía sintiendo mariposas en el estómago. Preparar el desayuno para tanta gente era otra cosa completamente nueva para ella, y cuando había intentado servirle el suyo al señor Kapowski había sido un completo desastre. Volvió a tener la sensación de que era completamente inadecuada, de que no estaba preparada en lo más mínimo.

Daniel debió de sentir su pánico, porque se acercó y le puso las manos en los hombros.

—¿Estás bien, Emily? —le preguntó con suavidad—. Esta mañana pareces un poco descentrada.

Emily asintió e intentó hacer desaparecer algo de la preocupación que la carcomía. Respiró profundamente.

—Sólo quiero que todo sea perfecto.

Daniel le dio un beso en la frente.

—Y lo es. Estás haciendo un trabajo magnífico.

Se sintió aliviada al recibir algo de afecto físico de su parte. Sabía que no debería dudar tanto de él, pero el divorcio de sus padres y la posterior desaparición de su padre, sin mencionar todas las relaciones fallidas de Emily misma, a veces lograban que esperase lo peor de la gente. El que Daniel quisiese ir en moto por los acantilados durante toda la noche no significaba que estuviese a punto de marcharse y abandonarla sin previo aviso.

Oyó el crujido del suelo de madera y supo que el huésped estaba bajando ya las escaleras, así que adoptó su papel y salió al pasillo para darles los buenos días.

Era Sally, la mujer a la que había despertado el retrete que perdía agua.

—Oh —dijo Emily—. Te has levantado temprano. ¿Has dormido bien después del cambio de habitación?

—Oh, sí —dijo Sally—. La cama es terriblemente cómoda. No creo haber dormido tan bien en años.

—Eso es lo que me gusta oír —contestó Emily, aliviada de que la anciana no pareciese nada malhumorada por todo aquel debacle—. El retrete ya está arreglado, así que esta noche podrás volver a tu habitación.

—Eso suena perfecto, querida —dijo Sally.

Emily la llevó hacia el comedor para prepararle algo de café mientras esperaba a los demás. A pesar del consejo de Cynthia de que debía quitar la mesa y colocar en su lugar otras más pequeñas tipo cafetería para que los huéspedes pudieran comer solos, Emily había mantenido la distribución original. Su esperanza era convertir algún día uno de los edificios anexos en una terraza interior, derribar una de las paredes divisorias y expandir el comedor. Pero por ahora lo había dejado todo tal cual, con una mesa larga como la que podría encontrarse en una casa señorial.

—¡Vaya, qué habitación más bonita! —exclamó Sally—. Y cuánta luz —añadió, girándose hacia las grandes ventanas abiertas por las que ya no se veía el cercado de las gallinas, sino los preciosos lechos de flores que Daniel había creado en su antigua ubicación.

—Gracias —dijo Emily—. Es una de mis habitaciones preferidas. En realidad —continuó pensativa—, no puedo escoger una por encima de las otras. Todas son mis favoritas.

Sally se rió, ocupando una de las sillas. Emily salió para irle a buscar el café y se encontró a Gus en el pasillo.

—Gus —lo saludó con voz preocupada—. Lamento mucho lo que pasó anoche.

—Tonterías —contestó éste con jovialidad—. No fue más que un problema menor que solucionaste rápidamente. No hay de qué preocuparse.

Emily se sintió profundamente agradecida ante lo relajado que estaba siendo con todo aquello.

Por alguna razón, Gus siempre conseguía hacerla sonreír; quizás fuera su actitud optimista y el hecho de que sonriese con facilidad y todo le hiciese reír. Emily a menudo sentía un vínculo con la gente como él que hacían chistes y bromas y que lograban entretener a toda una habitación con sus historias. Ella misma tendía a quedarse al fondo del todo, limitándose a ser una observadora de la situación en lugar de liderarla junto a gente como él. No era un rasgo que le gustase especialmente de su personalidad, especialmente puesto que era una de las razones por las que había tenido relaciones tan horribles al permitir que los deseos de otra persona gobernasen sobre los suyos.

Gus se puso cómodo junto a Sally y Emily fue a buscarles ambas tazas de café. Al entrar en la cocina se encontró a Serena y a Parker haciendo el tonto.

—Eh —dijo—. Serena, ¿puedes salir al pasillo, por favor? Lleva a los huéspedes al comedor. Parker, ya deberías estar lavado y con el delantal puesto.

Los dos jóvenes intercambiaron una mirada antes de ponerse firmes de un salto. Era la primera vez que Emily había tenido que *mandar* a alguien de verdad; se le hacía de lo más extraño, pero al mismo tiempo no resultaba del todo desagradable. Se preguntó si de verdad podría acostumbrarse a llevar un hostel.

En cuanto todos los huéspedes estuvieron despiertos y sentados en el comedor, Serena y ella se ocuparon de tomar nota de lo que querían comer. El grupo armó tanto alboroto a las siete como lo habían hecho a las once de la noche, y les llevó un rato hablar con todos. Por fin, ambas mujeres pudieron volver a la cocina.

—Vale —dijo Emily, leyendo lo que había apuntado en su libreta—. Necesitamos diez servicios de huevos escalfados con salmón horneado y tostadas, cinco salmones ahumados con huevos revueltos y tostadas, dos huevos benedictinos, uno con espinadas y el otro con beicon, y tres huevos fritos con beicon y tostadas. —Respiró profundamente—. Y para beber serán diez cafés, cinco zumos de naranja, cuatro té helados y un vaso de leche para Gus. Venga.

Se pusieron manos a la obra, hirviendo el agua para los huevos, tostando y añadiendo mantequilla al pan y horneando el salmón.

—¿Qué tal si nos lo dejas a nosotros? —le dijo Daniel cuando ya lo tuvieron todo encauzado—. Deberías ir con los huéspedes y hacer de anfitriona.

—Buena idea —concordó Emily. Cogió una jarra de café—. Ya que estoy, les volveré a llenar los vasos. Aunque para serte sincera, no creo que necesiten más estimulantes; ¡nunca había visto a nadie con tanta energía!

Daniel se rió y Emily salió al pasillo. Vanessa estaba saliendo en aquel momento del comedor.

—¿Has acabado? —le preguntó Emily.

—No del todo, sólo quería preguntarte si quieres que me quede para ayudar a limpiar también la cocina después del desayuno y con las habitaciones cuando los huéspedes salgan a pasar el día fuera. No me importa quedarme hasta las once o así.

—¡Guau, ser madre tiene que ser muy duro si prefieres estar aquí limpiando en lugar de en casa! —bromeó Emily.

—No tienes ni idea —contestó Emily—. Pero ya lo verás cuando tengas niños.

Emily intentó sonreír, aunque la angustia que ondulaba en su interior cada vez que Vanessa hacía alguna referencia a la maternidad.

—Bueno, si de verdad no tienes prisa por volver —dijo—, desde luego me vendría bien un par de manos más.

Vanessa sacudió la cabeza.

—Jason ha llevado a Katy y a los perros a dar un largo paseo en Acadia Park de todas formas. De volver, lo haría a una casa vacía.

—De acuerdo —accedió Emily—. Sería genial que te quedases. Siéntete libre de servirte café y algo de desayuno si tienes hambre.

Vanessa volvió al salón para acabar de pasar la aspiradora y Emily fue al comedor con la jarra de café entre las manos.

—¡Y ahí está la energía negra líquida! —exclamó Gus. Golpeó la mesa con el puño—. ¡Hasta arriba, por favor Emily!

Emily seguía sin comprender cómo el anciano podía ser tan exuberante a aquella hora de la mañana, y aquello sin tener en cuenta su edad, pero le llenó la taza de todos modos.

—Disculpa, joven —la llamó una de las huéspedes cuando le llenó también la taza.

—Sí. Georgia, ¿verdad? —dijo Emily.

—Sí, qué memoria más espléndida —comentó Georgia, rodeada por el vaho que se levantaba de su taza—. Puede que te parezca una pregunta extraña, pero no he podido evitar preguntarme si quizás estás emparentada con Roy Mitchell.

—Sí —jadeó Emily, sorprendida al oír el nombre de su padre—. Soy su hija. ¿Lo conocías? La mujer pareció encantada al haber establecido aquella conexión.

—¡Oh, sí! Bueno, viví en Sunset Harbor durante muchos años antes de mudarme fuera de Maine hace, bueno, debió de ser hace ya treinta años. Verás, estábamos en el mismo grupo de senderismo. Yo era mucho más entusiasta, mientras que tu padre era más bien de los que les gustaba hacer una excursión de vez en cuando. —Se rió.

Emily interiorizó aquel nuevo pedazo de información sobre la vida de su padre y trató de hacerlo encajar junto a todo lo demás que estaba descubriendo.

—A tu padre le encantaba este sitio —continuó Georgia—. Bueno, y Barcelona, por supuesto.

Soltó una risita, pero Emily sintió como si se le helase la sangre en las venas. Aquella era la segunda persona que mencionaba que su padre había adorado Barcelona, y hasta hacía unas semanas ni siquiera había sido consciente de que su padre albergase aquel interés en concreto.

¡Ni siquiera había encontrado una prueba después de examinar todos sus papeles!

No quería perderse en pensamientos especulativos, pero no pudo evitarlo. Había encontrado tantas cosas que habían pertenecido a su padre, desde extractos bancarios hasta facturas de la tarjeta de crédito, desde antiguas libretas de direcciones hasta notas de compra de semillas para el jardín. ¿Cómo podía no haber encontrado nada tan importante como su amor por Barcelona? Debía de haber sido una parte importante de su vida para que una conocida de su grupo de senderismo lo supiera, así que, ¿cómo podía no haber quedado ninguna prueba entre sus cosas? No había nada, ni la tarjeta de embarque de un avión, ni la reserva de un hotel, ni siquiera un imán para la nevera. ¿Sería posible que no hubiese ninguna prueba porque su padre se había deshecho de ellas a propósito? ¿Era porque veinte años había estado planeando huir a Barcelona y no quería que nadie, ni siquiera ella, diese con su rastro?

Emily fue súbitamente consciente de que Georgia todavía estaba hablando.

—¿Puedes saludarlo de parte de Georgia Walters la próxima vez que lo veas? —estaba diciendo—. Dime, ¿a dónde se mudó al final? Siempre asumí que se cambió de casa cuando dejó de venir a nuestras excursiones.

Emily sacudió la cabeza.

—Yo... eh...

—Oh —musitó Georgia, mirándole la cara pálida—. ¿He dicho algo fuera de lugar? —Tocó ligeramente la mano de Emily con sus manos suaves y frías.

Emily intentó controlarse, pero su cabeza se había convertido en un torbellino. Tenía la impresión de que el misterio que era la desaparición de su padre había adquirido una faceta completamente nueva en las últimas semanas, y había estado intentando hacerse a la idea de que había otro lugar en el que su padre solía desaparecer aparte de Sunset Harbor. ¿Era realmente posible que un día simplemente hubiese decidido que quería vivir su vida en la playa y bajo el sol y hubiese dejado atrás a su hija?

—Discúlpame, por favor —dijo sin aire, apartando la mano de debajo de las de la mujer y marchándose corriendo.

Fue a la cocina, abriendo la puerta de un empujón. El interior era un caos de ruido y actividad; el vapor permeaba el aire y el olor del salmón cocinándose le llenó la nariz. El calor era casi asfixiante.

—Ey —dijo Daniel, girándose cuando entró—. Creía que ibas a hacer de anfitriona.

—Serena —dijo Emily ignorándolo—, ¿puedes ocuparte tú, por favor?

Serena la miró preocupada.

—Claro —dijo, secándose las manos en el delantal antes de quitárselo por la cabeza y tendérselo a Emily.

Daniel se acercó, todavía con la espátula en la mano y manchando las baldosas de aceite.

—¿Qué pasa?

Emily sacudió la cabeza y le cogió la espátula de la mano.

—Nada. Es sólo que... Estoy perdiendo un poco los nervios.

—Lo estás haciendo bien —la tranquilizó.

Emily cogió un poco de papel de cocina de la encimera y empezó a limpiar las manchas de aceite

—No es eso —dijo mientras trabajaba.

—A mí me lo parece —replicó Daniel, inclinándose y quitándole el papel de las manos para limpiarlo él mismo—. Parece que te estás exigiendo demasiado.

—Uno de los huéspedes conocía a mi padre, ¿vale? —espetó Emily—. Acaba de decir algo

que me ha dejado un poco desencajada. Sólo necesito un poco de aire.

Se puso en pie a toda prisa, dejando a Daniel acuclillado en el suelo con aspecto perplejo. Pudo sentir cómo la seguía con una mirada de preocupación mientras salía de la cocina recalentada. Emily sabía que le preocupaba que fuera a hiperventilar de nuevo como había hecho cuando la había visitado su madre o a perder conciencia de la realidad y a perderse en uno de sus extraños flashbacks, y detestó sentirse tan frágil. Odiaba saber que su pasado podía afectar tan profundamente a su presente.

Salió al exterior y apoyó la cabeza contra la pared de la casa, respirando el aire marino.

—¿Has salido a fumar? —dijo alguien, y Emily dio un salto. Miró a un lado y vio a Boris, quien le estaba ofreciendo un cigarrillo.

—No, gracias —contestó. Y añadió con tono de broma—. He salido a tomar el aire *fresco*.

Boris dibujó una sonrisita.

—¿Ya hemos conseguido que te duela la cabeza?

Emily sonrió y lo negó.

—En absoluto. Es un placer teneros aquí.

Boris tomó una última bocanada de humo antes de tirar el cigarrillo al suelo y pisarlo.

—Bueno, debo decir que, de todos los hoteles y hostales en los que nos hemos alojado a lo largo de los años, éste está entre los mejores. Se nota el amor y la atención que le has dedicado. En cierto sentido parece más un hogar familiar que un hostel.

—Era un hogar familiar —le dijo Emily—. El de mi padre, en realidad. Yo venía a pasar los veranos.

—Qué afortunada —comentó Boris. Sonrió y volvió dentro.

Emily recogió rápidamente la colilla y se recordó que tendría que poner ceniceros. La tiró a la basura y volvió dentro para ayudar a servir el desayuno.

—¿Estás bien? —preguntó Daniel a su vuelta.

—Lo estaré. Deja de preocuparte por mí. —Cogió los dos primeros platos de comida—. Esto tiene muy buena pinta; mucho mejor que el desayuno que le serví al señor Kapowski. Buen trabajo.

Volvió al comedor, donde se encontró a Serena haciéndoles fotografías a los huéspedes mientras le gritaban instrucciones.

—¡Y ahora una con Carmel! ¡Esta vez con el jardín de fondo!

—El desayuno está listo —anunció Emily.

Todo el mundo aplaudió y volvieron a sentarse. Emily les sirvió los dos primeros platos a Georgia y Gus.

—Siento muchísimo si he dicho algo que te haya molestado —le dijo Georgia mientras aceptaba el plato.

Emily sacudió la cabeza.

—Sólo me ha sorprendido que conocieras a mi padre. Por desgracia ya no está con nosotros, pero me encantaría oír cualquier historia que sepas de él en algún momento.

Georgia asintió y Emily se marchó en busca del resto de los platos.

En cuanto todo el mundo tuvo su comida, Vanessa se unió a los demás en la cocina para poder llenar el depósito con café y tostadas. Emily a duras penas lograba comprender el desorden que habían creado. Al principio no había pensado que fuese a necesitar otro par de manos para limpiar teniendo ya a cuatro personas, pero ahora veía que había subestimado la suciedad que podía llegar a generar un hostel repleto.

Miró el reloj y descubrió que ya habían dado las nueve y la hora del desayuno se había

acabado.

—Vamos a recoger los platos —le dijo a Serena—. A ver si eso los anima a ponerse en marcha.

Volvieron al comedor y empezaron a reunir la vajilla. Al hacerlo, Gus se dirigió en voz alta al grupo con la agenda del día.

—Una excursión al parque y un pícnic para comer. Después volveremos aquí para que aquellos que lo necesitamos podamos echarnos una siesta, y sí, te estoy mirando a ti, Boris, antes de ir a cenar al club náutico. Y para acabar bajaremos a la playa para encender una hoguera y ver los fuegos artificiales del cuatro de julio.

Todo el mundo soltó una ovación de entusiasmo y Emily fue repentinamente consciente del día que era. Había estado tan centrada en su trabajo que se había olvidado de su necesidad de llenar el hostel antes del cuatro de julio. ¡Y aun así lo había logrado!

Su propio entusiasmo la recorrió al darse cuenta de lo cerca que estaba de conseguir su objetivo de tener el hostel lleno para el cuatro de julio.

Serena y ella acabaron de llevar los platos de vuelta a la cocina mientras Gus y su grupo iban a ponerse las botas de caminar con su ruido característico. Emily empezó a sentirse como si estuviese guiando a un rebaño de ovejas al verlos intentando organizarse caóticamente para la salida del día.

Al cabo de poco los despidió desde el porche delantero, oyendo cómo su animada cháchara iba alejándose hasta que volvió a hacerse el silencio. Volvió a entrar en el hostel, sobrecogida al instante por la repentina tranquilidad que se había posado sobre el edificio como un manto de nieve. El silencio le hizo percatarse de que le pitaban los oídos.

Entró en la cocina y se encontró a todo el mundo casi tirado sobre la mesa de la habitación. Dio una palmada y todos dieron un salto.

—Bien, tenemos veinte habitaciones que limpiar, veinte camas que hacer y veinte productos de baño, rollos de papel higiénico y toallas que cambiar. Tenemos que pasar la aspiradora y quitar el polvo de veinte dormitorios, fregar veinte baños y limpiar veinte retretes. Y sólo tenemos tiempo hasta la hora de la comida.

—Cuando volverán para volver a ensuciarlo todo —añadió Serena con sarcasmo.

—Bueno, al menos el servicio de habitaciones sólo es una vez al día —intervino Emily—. Venga, vamos. Podremos descansar una vez que esté todo hecho. Excepto tú, Vanessa —le dijo—. Puedes irte cuando quieras.

—Eso no es justo —dijo Parker—. ¿Por qué no puedo irme yo cuando quiera?

—Sí que puedes —le dijo Emily—. Puedes trabajar todas las horas que quieras cobrar. Ése es el trato.

Parker cerró la boca y todo el mundo fue a ocuparse de las tareas que se le habían asignado. Es decir, todos excepto Daniel.

—Emily —dijo en cuanto se quedaron solos. Emily pudo oír la advertencia en su voz.

—¿Sí?

—¿Necesitas frenar un poco? Quizás tomarte un momento para descansar.

Emily negó con la cabeza.

—No; en realidad creo que necesito hacer justo lo contrario. Trabajar mucho y después desmadrarme por completo.

Daniel le dirigió una mirada de preocupación, pero Emily no pensaba ceder, no aquel fin de semana. Salió de la cocina, dejando a Daniel tras de sí.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Emily miró cómo la segunda manecilla del reloj se acercaba cada vez más y más a la medianoche.

—Tres... dos... uno... ¡Feliz cuatro de julio!

Daniel la cogió en brazos y le plantó un beso en los labios.

—Lo has conseguido. —Sonrió de oreja a oreja—. La Posada de Sunset Harbor sigue abierta. —Volvió a dejarla en el suelo—. ¿Y ahora podría *por favor* tenerte para mí un rato?

—Perdona por haber estado tan ocupada —contestó Emily—. Pero te prometo que soy toda tuya. Hasta las seis de la mañana, claro.

—Bien —dijo Daniel, cogiéndola de la mano—. Entonces será mejor que vengas conmigo.

Emily le dirigió una sonrisa llena de curiosidad mientras él la sacaba al porche. Era una noche cálida y el cielo estaba lleno de los fuegos artificiales que se estaban tirando por todo el pueblo. Emily se detuvo, alzando la vista, y se sintió transportada a otra época.

—Feliz cuatro de julio, Emily Jane —dijo su padre. La cogió en brazos y se la colocó contra la cadera—. Vamos arriba; hay algo asombroso que quiero que veas.

La llevó escaleras arriba hasta el segundo piso, y continuó hasta el tercero. Nunca subían allí arriba, y a Emily le resultaba poco familiar con sus telas de araña y los muebles viejos. Su padre cargó con ella por el pasillo hasta una pequeña puerta que había al final, que abrió con un crujido. Tras ella había una escalera de espiral. Emily se sujetó con fuerza a su padre cuando éste empezó a subir por la escalera a oscuras, y de repente sintió un soplo de aire en la cara y soltó un jadeo.

—Son las mejores vistas que vas a tener en todo Sunset Harbor —dijo su padre.

Estaban de pie en el tejado, en una plataforma con una barandilla metálica. Emily se aferró al cuello de su padre todavía más fuerte al bajar la vista hacia el océano que se extendía más abajo. Podía ver a toda la gente reunida en la playa y el brillo de las pequeñas hogueras que ardían en la arena. En ese momento se oyó un fuerte silbido; Emily gritó cuando el silbido se convirtió en una fuerte explosión y escondió la cara contra su padre.

—Sh —dijo éste, meciéndola suavemente—. No haya nada de lo que tener miedo, Emily Jane. —Intentó que se quitara las manos de los ojos, pero Emily se negó con cabezonería—. Venga, cariño. Mira. Hay ruido, pero es muy bonito.

Por fin consiguió que dejara de tener tanto miedo. La siguiente explosión hizo que se encogiera, pero esta vez no se tapó los ojos, sino que jadeó cuando los colores llenaron el cielo.

—Fuegos artificiales —dijo su padre, haciéndola saltar contra su cadera—. Son bonitos, ¿no te parece?

Lo único que pudo hacer Emily fue jadear maravillada a medida que las bonitas luces de colores chasqueaban y chispeaban contra el cielo negro, reflejando su belleza sobre el agua oscura del océano. Se acurrucó contra su padre, riendo felizmente y dando palmas con cada estallido de color.

—Son bonitos, ¿verdad? —dijo una voz a su espalda.

Ya no se trataba de su padre, sino de Daniel. Volvía a estar en el presente y su recuerdo infantil empezó a desvanecerse.

Daniel la abrazó por la espalda.

—Acabas de tener otra laguna —le dijo. El tono de su voz casi parecía decir: «te lo dije».

Pero a Emily no le importaba. Era el primer flashback feliz que había tenido, el primero que la había hecho sentir calor y amor y que no había sido provocado por una angustia o estrés

extremos. Era la clase de recuerdo a los que daba la bienvenida; los que le recordaban al hombre maravilloso que había sido su padre. Era como un antídoto para todos los pensamientos preocupantes que había estado teniendo sobre él.

—He vuelto a la primera vez que vi fuegos artificiales —dijo, aferrándose al recuerdo en su mente con suavidad, como si fuera un regalo frágil. Tomó nota de que debía comprobar si había una puerta oculta en el ático que llevase a un balcón.

—No pareces tan afectada como siempre —resaltó Daniel.

—No lo estoy —concordó Emily—. Ha sido un buen recuerdo. Uno feliz.

Notó cómo Daniel la abrazaba más fuerte y se percató de lo mucho que había echado de menos sus caricias. A lo largo de los últimos meses se habían acostumbrado a estar juntos todo el tiempo, cada uno con su propia rutina. Nunca, desde el inicio de su relación, había habido entre ellos una barrera tan grande. Parecía haber pasado demasiado tiempo desde que se habían tocado, incluso si en realidad habían sido sólo dos días.

—Ven conmigo —dijo Daniel de repente, cogiéndole de la mano.

—¿A dónde vamos? —se rió Emily.

Pero Daniel no dijo nada mientras tiraba de ella por el camino del jardín. Los tonos liliáceos y azules estallaron en el cielo, iluminándolo todo y otorgándole a las flores colores extraños.

—Ahora espera aquí un momento —dijo Daniel cuando llegaron al final del camino de entrada.

Desapareció en dirección a la casa de la cochera y volvió un momento más tarde cargado con una mochila.

—¿Y qué es eso? —preguntó Emily, cada vez con más curiosidad.

—Lo descubrirás muy pronto. —Daniel sonrió de oreja a oreja.

Después sacó a Emily de la entrada, cruzaron la calle y echaron a andar por el sendero que llevaba a la playa.

En cuanto llegaron a la arena Daniel entrelazó los dedos con los de ella. Caminaron juntos y cogidos de la mano mientras los fuegos artificiales estallaban en el cielo que se extendía sobre ellos. Emily tomó una profunda bocanada de aire, satisfecha y sintiéndose feliz a pesar del agotamiento.

—Creo que este sitio será tan bueno como cualquier otro —dijo Daniel, señalando un pequeño círculo de rocas.

Se quitó la mochila de la espalda y la dejó en la arena. Emily por fin vio un retazo de lo que había dentro: chocolate, nubes de azúcar y yesca para hacer fuego.

—Oh, Daniel —jadeó, conmovida por su gesto romántico.

Daniel encendió una fogata y ambos se pusieron cómodos junto a las rocas.

—¿Y cómo se siente tener la casa llena de huéspedes? —le preguntó a Emily un momento más tarde mientras le tendía una nube de azúcar crujiente y tostada.

—Raro —admitió ésta—. Pero me gusta. Aunque la parte de tener que dormir en el sofá no me guste tanto —añadió con una sonrisa.

—Quizás la próxima vez deberías quedarte en la cochera —contestó Daniel.

Emily le dio un mordisco a la nube de azúcar.

—No querría entrometerme en tus escapadas de medianoche a los acantilados —dijo, luchando por ocultar su desconfianza.

Daniel le dirigió una mirada.

—No te estarías entrometiendo. Simplemente a veces necesito un poco de espacio. Espacio para ir en moto o salir al mar; necesito mucho tiempo para aclararme las ideas, eso es todo.

Emily asintió. Comprendía que Daniel tuviera esas necesidades, pero ella también tenía necesidades propias, como por ejemplo saber dónde se iba.

—¿Crees que podrías mantenerme informada? —dijo—. Enviarme un mensaje, por ejemplo.

Daniel se rió.

—¿Con qué teléfono?

—Oh, sí —contestó Emily, recordando el odio de Daniel hacia toda clase de aparatos electrónicos—. Bueno, entonces déjame una nota o algo de ese estilo. No soporto que desaparezcas de golpe, no con mi pasado y con lo de mi padre. Especialmente después de la última vez.

Daniel guardó silencio.

—Lo siento —dijo con seriedad—. De verdad. No volveré a desaparecer de ese modo, pero necesito que confíes en mí. —La cogió de la mano—. Porque lo que estamos haciendo juntos me parece perfecto.

—A mí también —repuso Emily con una voz débil y tímida—. Por eso me resulta tan duro cuando desapareces así.

Daniel asintió, pareciendo comprenderlo.

—Entonces —dijo, redirigiendo la conversación—, la próxima vez que tengas el hostel lleno, ¿te quedarás en mi casa en lugar de dormir en el sofá? —La empujó de manera traviesa con el hombro—. Porque no puedes esperar dormir ahí todas las noches cuando el hostel despege. Tienes permiso para seguir teniendo vida propia.

Emily sonrió para sí. Siempre le resultaba acogedor cuando Daniel hablaba del futuro, porque significaba que se veía a sí mismo en su vida durante al menos el futuro cercano. Y, con Daniel, aquel era todo el compromiso que podía esperar.

—Intentaré equilibrar mejor mi trabajo y mi vida personal la próxima vez.

—¿La próxima vez o esta vez? —bromeó Daniel.

—¡Vale, vale! —se rió Emily, cediendo—. Puedes dormir en la casa.

—Bien —dijo Daniel con satisfacción. La besó profundamente en los labios—. Porque no quiero tener que pelearme con Gus por ti.

Y, con eso, ambos estallaron en risitas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Al día siguiente todo el mundo estaba cansado, tanto el personal como los huéspedes. Todo el mundo parecía haberse quedado despierto celebrando y disfrutando del cuatro de julio pero, aun a pesar de eso, el desayuno fue otro éxito absoluto. De hecho, a Gus y a su grupo todo parecía encantarles, desde los huevos benedictinos de Parker hasta las tazas de café de vajilla Denby. Emily se alegraba de ver a sus huéspedes tan felices, y aceptaba todos sus cumplidos de buen gusto.

Se despidió de ellos cuando se fueron para las festividades que tenían planeadas aquel día, sintiéndose como un padre que estuviera intentando sacar a sus hijos de la casa para que pasaran el día fuera.

Subió rápidamente las escaleras en cuanto todo el mundo se hubo marchado, más que lista para volver a meterse entre las sábanas y acurrucarse con Daniel, pero por el camino le echó una ojeada al teléfono que siempre dejaba junto a la puerta y vio que tenía una notificación. Lo cogió, repasando las numerosas llamadas perdidas de Ben, quien había vuelto al ataque hacía poco, y vio que le había llegado un aviso de eBay. Lo leyó a toda prisa y soltó un grito de entusiasmo antes de reanudar su ascenso de las escaleras a toda velocidad.

—Daniel, he recibido un aviso de eBay sobre las tejas que necesitamos —dijo a toda prisa—. Hay un sitio en Portland que las está vendiendo por una fracción del precio que me dijo el techador. ¡Si nos hacemos con ella, podríamos pagarle tan sólo por las vigas y la mano de obra! Podría cambiar todo el tejado con el dinero del diamante y de los huéspedes. —Se subió de un salto a la cama junto a él, tan excitada como una niña el día de Navidad—. Sé que no es muy romántico —añadió, dirigiéndole una mirada de disculpa—, pero podemos convertirlo en una cita.

Notó la reticencia de Daniel, pero el poder reparar el tejado por una quinta parte del precio que se había calculado no era precisamente algo que pudiese ignorar.

—Deja que adivine —dijo Daniel al fin con un bostezo—. Yo conduzco.

—Bueno —dijo ella—, tendremos que coger tu camioneta, y yo no sé conducir con marchas manuales, así que...

—Por supuesto —contestó Daniel—. Yo conduzco y tú irás dormida.

—¡Cómo te atreves! —se rió Emily.

Ambos se vistieron y salieron de la casa, recorriendo el camino de entrada hasta donde esperaba aparcada la camioneta de Daniel frente a la cochera. Emily sintió cómo se aferraba el cansancio a ella como un peso muerto cuando se subió de un salto al asiento del copiloto. Daniel giró la llave en ignición y la camioneta cobró vida.

Tomaron la ruta de la costa hacia Portland. A pesar de su agotamiento, Emily no pudo resistirse y se quedó mirando cómo destellaba el agua, admirando los bonitos pueblos que rodeaban Portland.

—Esta zona es realmente preciosa —dijo.

—Sí —coincidió Daniel—. Pero está a punto de no ser tan preciosa en cuanto giremos en este aparcamiento.

Salió de la bonita carretera costera, entrando en una interestatal con bastante tráfico. Unos minutos más tarde estaban en el centro de la ciudad, rodeados por el ruido del tráfico que pasaba a toda velocidad y que logró que Emily hiciera una mueca al recordar su estilo de vida frenético en Nueva York. Daniel aparcó y los dos salieron de la camioneta y se acercaron a la puerta de un edificio de apartamentos. Emily se estremeció cuando la sombra que lanzaba sobre el asfalto la

cubrió.

Daniel llamó al timbre y le dijo a la voz del interfono que habían ido a recoger las tejas de pizarra. Un momento más tarde se abrió la puerta del edificio y salió un hombre vestido con una camiseta sin mangas blanca que se distendía sobre su barriga cervecera.

—Las encontré en un mercadillo de segunda mano —dijo, llevándolos hasta el garaje de la parte trasera del edificio, donde una lona negra cubría un montón de tejas de pizarra—. Me imaginé que debían de valer algo para alguien, y supongo que esos sois vosotros, ¿verdad? —Sonrió de oreja a oreja.

Emily no pudo evitar que todo aquel encuentro la hiciese sentir algo incómoda, y deseó que finalizase lo más rápido posible. Estaba claro que el hombre había tenido suerte con el hallazgo, y ellos también la habían tenido de que éste no fuera consciente del verdadero valor de las tejas.

Había suficientes tejas de pizarra para sustituir todo el tejado. Daniel empezó a cargarlas en la parte trasera de la furgoneta mientras Emily pagaba al hombre.

—¿Podéis con la carga? —preguntó éste, repasando los billetes que tenía entre las manos y claramente nada dispuesto a echarles una mano.

—Sí —contestó Daniel con una mueca ante el esfuerzo de levantar otra pesada tanda de tejas y llevarlas a la camioneta.

—Estaremos bien —replicó Emily, recogiendo algunas más con un gruñido.

El hombre volvió a desaparecer en el interior del apartamento, dejando a Emily y a Daniel con la ardua tarea del trabajo duro.

—¿Y cuándo empieza la parte de la cita? —Emily hizo una mueca, secándose el sudor de la frente.

Daniel cargó las últimas tejas en la camioneta y soltó un largo suspiro.

—¿Qué tal ahora?

Emily sonrió, feliz de que el cargar cosas se hubiese acabado.

—Genial.

Volvieron a subirse al vehículo y Daniel encendió el motor.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó.

—¿Qué tal si me enseñas dónde creciste? —dijo Emily.

—¿En serio? —Su tono sugería que no sabía si Emily estaba hablando en serio—. Quiero decir, ya has visto ese bloque de apartamentos. Donde crecí no era un sitio mucho mejor.

Emily frunció el ceño.

—Quiero ver dónde creciste. ¡Por favor!

Daniel parecía bastante indeciso.

—Por favor, por favor, por favor —insistió ella—. Quiero saber más sobre tu infancia. Has conocido a mis amigas y a mi madre y has visto mis crisis emocionales, pero yo no sé casi nada de ti.

Daniel arqueó una ceja.

—¿Quieres ver dónde crecí? De acuerdo, vamos.

Revolucionó el motor y salieron del aparcamiento, recorriendo las atestadas calles de la ciudad. Después un rato Daniel giró hacia una pequeña calle llena de casas de aspecto deprimente. Todo estaba completamente descuidado; era la clase de lugar donde los niños jugaban descalzos en la calle y había rottweilers encadenados y ladrando enfurecidos .

—De hecho tiene mejor aspecto que cuando yo era niño —comentó Daniel al ver la cara de Emily.

—No tenía ni idea —jadeó ella, observando las señales de la pobreza, como por ejemplo un

cubo de basura tirado en el suelo y el viento esparciendo la basura—. ¿Durante cuánto tiempo viviste aquí? —Habló con suavidad, percibiendo el humor sombrío de Daniel y sintiéndose culpable por ser la responsable.

—No mucho. Mis padres se divorciaron cuando era muy pequeño. Debía de tener cinco años, creo. Así que más o menos hasta entonces. Después de eso nos movimos por todo Maine. Mi padre se mudó a Sunset Harbor y empecé a verlo como una especie de refugio, aunque él estaba casi siempre borracho. Pero no parecía importarle mucho a qué me dedicase yo, y cuando eres adolescente eso te parece genial. Pero mi pobre madre... Y pensar en todo lo que le hice pasar durante aquella época.

Emily escuchó con paciencia. Sabía muy poco del pasado de Daniel; normalmente era tan estoico y reservado. El hecho de que se estuviese abriendo con ella casi parecía un pequeño milagro.

Daniel señaló a través del parabrisas a un árbol solitario que crecía en la acera. Era un abedul, y su tronco desnudo y plateado estaba marcado con espirales oscuras.

—Ahí donde estaba yo cuando mi padre se fue —dijo en voz baja, con el dolor reverberándole en la garganta—. Cuando se fue por fin, de una vez por todas. Ya se había marchado antes, y amenazaba con hacerlo casi cada día. —Una sonrisa triste destelló en sus labios—. Pero aquella vez parecía distinto. Yo no era más que un crío, pero sabía que era el final. Me quedé mirando cómo se metía en su coche y se alejaba por la calle hasta desaparecer, y después simplemente me quedé allí, mirando, como si creyera que, si me quedaba el tiempo suficiente, acabaría dándose la vuelta y volviendo. Mi madre no logró hacerme entrar; me quedé ahí abrazando ese maldito árbol toda la noche.

Emily lo miró mientras él bajaba la vista hacia su regazo con los hombros hundidos. Nunca lo había visto tan resignado, tan lleno de dolor.

—Perdona por haberte hecho venir —dijo—. No debería haber insistido tanto.

Daniel le dio una palmadita en el brazo.

—En realidad creo que ha sido algo buena. Ha sido catártico. —La miró con seriedad—. Nunca le había contado eso a nadie.

Emily notaba que estaba siendo sincero. Ver su hogar y compartir aquella parte de sí mismo con ella le había resultado realmente beneficioso; casi pudo distinguir el momento en que su mirada volvía a nublarse, como si se escondiera del dolor del pasado, bloqueándolo para que no se acercase demasiado. Lo comprendía bien; ella misma había pasado años huyendo del trauma de su propia infancia.

—¿Qué tal si volvemos a casa? —sugirió—. Tengamos una cita como es debido. Podríamos volver a salir con el barco; no hemos tenido oportunidad de hacerlo desde el Día de los Caídos.

Daniel le sonrió.

—De acuerdo —dijo, sonando conmovido de que se estuviera esforzando tanto por recompensarle—. Suena genial.

—Entonces tenemos una cita —contestó Emily.

Y, aquella vez, esperaba que así fuera.

*

Tan pronto como volvieron a casa, Emily subió al segundo piso para prepararse para su cita con Daniel. Se sentía mal por cómo había ido la mañana, y aquello sin mencionar los últimos días, y quería recuperar el tiempo perdido.

Se arregló, eligiendo uno de sus vestidos más bonitos y peinándose.

En cuanto estuvo lista volvió a bajar al primer piso y abrió la puerta, y chocó contra una mujer que estaba de pie en el porche. Era joven y llevaba el cabello, reseco y teñido de un rubio platino, largo hasta debajo de los hombros. Iba vestida con una ajustada chaqueta de cuero y unos vaqueros azul pálido que acentuaban sus largas y esbeltas piernas.

—Lo siento mucho —dijo Emily, disculpándose por el choque—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Ah, sí —dijo la mujer, sonando algo indecisa. Parecía tensa, notó Emily—. Me preguntaba si Daniel estaba en casa.

Emily se detuvo al oír aquel nombre. A su cerebro le hizo falta un segundo para encajar las piezas; en el pueblo había habido rumores de que Daniel tenía cierto pasado con las mujeres, algo que Daniel mismo le había asegurado que había quedado todo en el pasado.

—¿Daniel? —repitió con cautela, notando el temblor del miedo que empezaba a vibrarle en el estómago.

La mujer se rascó el cuello y cambió el peso de una pierna a la otra.

—¿Es esta dirección? —dijo, jugueteando con un trozo de papel en el que se veía la dirección de la cochera escrito con letra desgarrada.

Esta vez Emily notó el acento dulce y sureño con el que hablaba. Sabía que Daniel había pasado algo de tiempo en Tennessee en su juventud; era allí donde se había metido en problemas con la ley por defender a una de sus novias de la pareja abusiva de ésta.

—Sí, es la dirección correcta —dijo.

Sintió cómo de repente se quedaba helada. Quizás el sol brillase con fuerza, pero ella bien podría haber estado de pie en mitad de una montaña nevada. Empezó a comprender que la mujer que estaba en su porche debía de ser alguien del pasado de Daniel.

—Lo siento —dijo con una voz que empezaba a fallarle—, ¿pero tú eres?

—Me llamo Sheila —dijo al fin la joven—. Soy su novia.

CAPÍTULO VEINTE

Fue como si acabase de abrirse un abismo en su interior. Emily se quedó de pie en el porche, sin palabras, sintiéndose repentinamente ridícula tras haberse arreglado para una cita nocturna.

—¿Novia? —repitió en apenas un susurro.

En aquel momento vio a Daniel acercándose por el camino del jardín. Él también se había esforzado en arreglarse, algo que nunca hacía, y estaba más guapo que nunca con la cálida luz amarilla que surgía del interior del hostel bailando sobre sus rasgos. Verlo hizo que una oleada de dolor recurriese a Emily.

Sus miradas se cruzaron durante un segundo y Daniel sonrió, pero Emily vio cómo esa sonrisa empezaba a desaparecer de sus ojos antes de borrarse por completo a medida que Daniel comprendía quién estaba de pie en el porche con ella. Se acercó a las dos y su rostro adoptó una expresión de furia. Para cuando las alcanzó ya estaba completamente pálido.

—Hola, cariño —dijo Sheila con su edulcorado acento sureño.

Emily sintió cómo hervía por dentro.

—¿Qué haces aquí? —exigió Daniel con un tono helador.

—He venido a verte, tonto —contestó Sheila.

Emily por fin recuperó la capacidad de hablar.

—Os dejo para que habléis —dijo con una mofa tensa, y después se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

—Emily, espera —saltó Daniel. Su voz sonaba más desesperada de lo que Emily había oído nunca—. Puedo explicarlo.

Emily se detuvo y lo miró por encima del hombro. Daniel la estaba mirando suplicante con una emoción entre la angustia y la pena en la cara. Normalmente su rostro era capaz de ablandarla y nunca conseguía seguir enfadada con él, pero aquella vez era distinto. Aquella vez Daniel había cogido su confianza y la había pisoteada hasta hacerla pedazos.

—Oh, apuesto a que sí —le espetó en respuesta con voz ácida—. Apuesto a que puedes librarte de ésta del mismo modo en que te has deshecho de todos mis demás miedos y preocupaciones. ¡Pero ahora me entero de que sí que tenía una razón legítima para estar preocupada! ¿Es a ella a quien ibas a ver cuándo salías a «montar en moto» hasta medianoche? ¡Soy tan idiota por habérmelo creído! Todos esos silencios y esa introversión y yo creyendo que tenía que ser paciente.

Notaba calor en las mejillas y la furia siguió creciendo en su interior. Furia hacia sí misma por haberse enamorado de Daniel, por obligarse a confiar en él e ir en contra de su instinto. Había sido vulnerable tras su ruptura con Ben y había permitido entrar a otro hombre en su vida para que la usase de alfombra.

Giró una vez más sobre los talones para entrar en la casa, pero esta vez Daniel la sujetó por el brazo y la hizo frenar en seco.

—¡Emily! ¡Por favor!

—¡Suéltame! —le gritó, iracunda.

Se soltó con brusquedad y, al hacerlo, vio de reojo a Sheila, allí de pie con una expresión de petulancia en los labios. Era casi como si se estuviese divirtiendo, como si el mal rato de Emily la entusiasmara.

—¡Qué tal si te vas con tu golfa, Daniel! —gritó.

Sheila adoptó un falso aire de insulto.

—¡Disculpa! Daniel, ¿vas a dejar que le hable así a la madre de tu hija?

Todo pareció quedarse congelado. Se hizo el silencio, un silencio tan denso que Emily casi podía tocarlo. Era como si alguien acabase de darle un puñetazo en el estómago.

—¿Tienes una hija? —tartamudeó.

—No —protestó Daniel—. ¡Eso no es verdad!

—¡Sí que lo es! —exclamó Sheila—. Tenemos una hija, Daniel. —Y entonces su voz se suavizó—. Eres padre. Sorpresa. —Sonrió débilmente.

Emily miró a Daniel, quien se quedó allí de pie anonadado. Su mente era un torbellino de confusión; no lograba darle sentido a lo que estaba oyendo. Lo único que sabía era que no quería seguir allí. Ya había oído más que suficiente.

—Parece que tenéis muchas cosas de las que hablar —dijo en un susurro sombrío.

Y con aquello abrió la puerta y entró en la casa, dejando a Daniel trastabillando en el porche. En cuanto estuvo dentro y fuera de la vista de ambos, se echó a llorar.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Emily no sabía qué hacer, con quién hablar o a quién recurrir. Oyó el murmullo de las conversaciones de sus huéspedes en el salón cuando pasó por delante, y esperó que ninguno de ellos hubiese oído nada de la escena que acababa de tener lugar. Desde la cocina llegaban los ruidos de Serena y Parker hablan y el repiqueo de las copas y la vajilla mientras lo guardaban todo. Aunque Emily consideraba a Serena una buena amiga, no hubiese podido revelarles lo que había pasado ni admitir que su mundo se estaba desmoronando a su alrededor. Por primera vez desde que había abierto el hostel, lo que Emily ansiaba era la soledad.

De repente sintió el impulso de subir las escaleras hasta el tercer piso y buscar el balcón de su recuerdo. Quería sentirse cerca de su padre, volver a experimentar aquella sensación de protección de cuando habían mirado los fuegos artificiales juntos tantos años atrás. Corrió escalones arriba como un huracán.

Siguió el pasillo hasta el final de éste, cegada por las lágrimas, pero al llegar se encontró únicamente papel de pared, y no una puerta como había visto en su recuerdo del balcón. La frustración se adueñó de su razón y extendió la mano con las uñas por delante, arañando el papel y dejando salir todo su enfado e ira. El papel se rasgó bajo sus uñas, dejando tras de sí marcas parecidas a las de unas garras.

Emily notó entonces qué era lo que había bajo el papel. No se trataba de ladrillos ni de yeso, sino madera. Empezó a rasgarlo con más fervor, arrancando grandes franjas y lanzándolas en el aire, apartando el papel hasta que tuvo delante una pequeña puerta. Otra puerta oculta, como la que había llevado al salón de baile.

Ahora comprendía por qué el recuerdo del balcón se había desvanecido de manera tan absoluta de su memoria; su padre había borrado todas las pruebas de su existencia. ¿Pero por qué? ¿Qué demonios había llevado a su padre a esconder partes de la casa?

Cogió el pequeño pomo de latón y lo giró. A pesar de haber estado escondida durante tantos años, el pomo giró y la puerta se abrió con un pequeño crujido.

La escalera de espiral que había detrás era la misma que la de su recuerdo: oscura y sinuosa. Entró con cuidado, como si estuviera entrando en un museo. Vio en la pared la huella característica de una mano infantil y colocó la suya encima, preguntándose si de verdad era su propia mano proveniente del pasado. Después ascendió las escaleras poco a poco, notando la brisa que descendía desde lo alto.

Por fin llegó a la puerta que había arriba del todo y la abrió con el hombro. De repente se encontró entre las copas de los pinos, viendo entre las ramas las luces titilantes del pueblo y los mástiles de los barcos que había en el puerto. Estaba en el tejado, a un costado de la casa que sólo era visible desde la calle pero que quedaba oculta por los pinos. El balcón había quedado completamente fuera de la vista, casi como si hubiese sido borrado de la historia. Emily se preguntó si aquella sería otra pieza del rompecabezas que era el misterio de la desaparición de su padre.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—¿Qué les sirvo a las damas? —preguntó Gordon, inclinándose desde el otro lado de la barra hacia donde Cynthia y Emily estaban de pie.

—Creo que esta noche exige un Tom Collins, ¿no crees? —dijo Cynthia, dándole un pequeño codazo a Emily.

Ésta gruñó su acuerdo y Gordon se alejó para preparar los cócteles. En cuanto se hubo ido, Cynthia le hizo un gesto a uno de los taburetes.

—Cariño, tienes pinta de necesita sentarte —comentó—. ¡Y entonces quizás puedas explicarme por qué has decidido que querías salir con una vieja excéntrica como yo!

Era cierto que Cynthia Jones no habría sido normalmente su primera elección en cuanto compañera de copas, pero Emily había necesitado salir de la casa y a alguien en quien confiar, otra mujer con la que poder hablar abiertamente de sus problemas. Amy y Jayne vivían a kilómetros de distancia en Nueva York, Serena estaba ocupada en el hostel, Vanessa no había tenido suficiente energía para pasar una noche fuera desde el nacimiento de Katy, Sunita siempre acudía en tándem con Raj, y Karen tenía que irse a dormir temprano entre semana para poder despertarse escandalosamente temprano y hornear pan fresco para la tienda. Así que Emily se había encontrado marcando el teléfono de Cynthia tras bajar del balcón. Se habían reunido en *Gordon's Bar*, junto al puerto deportivo, Emily todavía vestida con la ropa que había escogido para su cita y Cynthia con un vestido corto de cuerpo ajustado y falda con vuelo amarillo chillón y una rebeca verde lima.

Emily acercó un taburete y se dejó caer en él con pesadez.

—Es Daniel —dijo con un suspiro.

—¿Oh? —contestó Cynthia, arqueando una ceja.

En aquel momento Gordon dejó los dos cócteles frente a ambas mujeres. Emily recogió el suyo al instante y tomó un buen trago.

—¿Qué ha pasado? —la animó Cynthia—. ¿Os habéis peleado?

Emily negó con la cabeza.

—Más bien que tiene otra novia. Y tienen una niña juntos —añadió con un entusiasmo sarcástico.

Cynthia se quedó con la boca abierta.

—¿Cuánto de lo que acabas de decir es una broma? —tartamudeó.

—Nada, por desgracia —replicó Emily.

—Sencillamente no me lo creo —musitó Cynthia—. ¿Te lo estaba escondiendo?

Emily se encogió de hombros.

—No lo sé —admitió—. Ha dicho que no sabía nada de la niña. Y la mujer tenía acento sureño, así que me parece que es la novia que tuvo cuando vivió en Tennessee, lo cual queda muy lejos para serle infiel a nadie. —Tragó saliva con dificultad, atragantándose con la palabra «infel»—. Pero no sé qué pensar.

Cynthia le dio una palmadita en el brazo.

—Puedes quedarte en mi casa si crees que necesitas algo de espacio.

Emily sonrió, algo reconfortada por sus amables palabras, pero sabía que no podía aceptar su oferta. Tenía huéspedes a los que atender, un hostel que llevar, y eso sin mencionar que quedarse con Cynthia y su hijo adolescente no era lo que quería hacer. Lo que quería hacer era ir a su hostel, al hogar que tanto quería, y que no éste no estuviera manchado por la horrible escena de

aquella tarde. Quería volver atrás en el tiempo, volver a cuando había sido feliz, volver al momento previo de encontrarse a Sheila en su porche.

—Oh —dijo Cynthia de repente con un tono que hizo que Emily se irguiese bruscamente.

Miró tras de sí para ver qué le había llamado la atención a Cynthia, y vio a Daniel de pie en la puerta del bar, mirando frenéticamente alrededor. Su rostro reflejó su alivio en cuanto sus miradas se cruzaron.

—Emily —jadeó Daniel, acercándose a toda prisa—. Te he estado buscando por todas partes.

—¿Y eso no te ha hecho pensar que quizás no quería que me encontrases? —espetó ella.

Daniel parecía destrozado; su expresión estaba llena de dolor.

—¿Podrías dejar que te explique mi lado de la historia al menos, por favor?

Lo que Emily quería era que se fuera. En el pasado ya la habían herido otros hombres; él no era más un nombre más en una creciente lista de idiotas a los que les había cogido cariño en una enorme muestra de mal gusto. Pero algo la hizo ceder.

—De acuerdo —contestó con frialdad, cruzándose de brazos—. Explícate.

Daniel se sentó a su lado y Cynthia se bajó de su taburete, con su Tom Collins en la mano, y los dejó a los dos solos.

—Sheila fue mi novia cuando vivía en Tennessee —empezó Daniel.

—¿La que estaba casada?

Daniel asintió.

—Pero dejamos de estar juntos hace seis años. No es mi novia.

—¿Entonces por qué parecías tan aterrorizado al verla? —lo interrogó Emily con serenamente—. ¿O se debía eso a que sabías que estaba a punto de desvelar tu secreto?

Daniel se frotó el cuello.

—No tenía ni idea de que había una niña. Tienes que creerme.

Emily le dirigió una mirada fulminante.

—Por favor —continuó él—. Estoy tan sorprendido como tú. Sheila y yo salimos juntos hace seis años, y después rompimos y yo me marché. No tenía ni idea de que estaba embarazada; nunca me lo dijo.

—¿Le diste oportunidad de hacerlo? —preguntó Emily—. ¿O desapareciste un día sin más?

Daniel pareció desinflarse ante sus palabras y Emily supo que había dado en el clavo.

—Mira, no me siento orgulloso de las cosas que he hecho —dijo Daniel—. Ya lo sabes. Ya te he hablado de algunas de ellas antes. Pero esto se sale de la gráfica. No tenía ni idea, ni la más mínima. No es mi culpa que Sheila no me lo dijese. Quiero decir, ¿cómo iba a enterarme? De hecho estoy más enfadado que tú. Piénsalo por un segundo: estamos hablando de mi hija. Tengo una hija en algún lugar del mundo, y nunca se me ha dado la oportunidad de criarla. ¿Cómo crees que me siento?

Emily pudo oír la angustia en su voz, y supo que estaba siendo sincero. Respiró profundamente.

—De acuerdo. Ya has dicho tu parte. ¿Puedo volver ahora a mi copa y Cynthia? Supongo... Supongo que te llamaré cuando me haga a la idea de todo esto.

Daniel pareció todavía más inquieto.

—De eso quería hablarte —empezó a decir. Nada más oír su tono de voz, Emily supo que no le iba a gustar lo que dijese a continuación—. Puede que no haya tiempo.

Frunció el ceño, confundida.

Daniel continuó.

—Sheila no es estable. Ha dejado a la niña, a mi hija, con una especie de tío de la familia.

—Sacó algo del bolsillo y lo deslizó por encima de la mesa en dirección a Emily. Ésta bajó la mirada hacia la fotografía arrugada y hacia la niña de aspecto dulce que sonreía de oreja a oreja desde ella. Su parecido con Daniel era innegable—. No puedo dejar que arruinen la vida de esa pequeña.

Emily alzó los ojos hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Daniel guardó silencio durante un largo momento.

—Tengo que irme. Con Sheila. De vuelta a Tennessee.

Emily se lo quedó mirando, casi incapaz de comprender o procesar sus palabras. Aquella era su peor pesadilla hecha realidad. Daniel la estaba abandonando, aunque no por otra mujer, como siempre había temido, sino por una hija que Emily nunca había pensado que pudiese existir.

—¿Por qué? —tartamudeó.

—Tengo que ayudar a Sheila a enderezar su vida —contestó él—. Ayudarle a encontrar un apartamento adecuado. Ver si consigo convencerla para que entre en algún programa de tratamiento. Si no lo hago, estaré exponiendo a mi hija a la misma infancia caótica que tuve yo. No puedo hacerle algo así.

—¿Cuánto tiempo te llevará?

—No lo sé —dijo Daniel, suspirando con pesadez—. Una semana, dos. Puede que más. Lo único que puedo prometerte es que volveré antes de que acabe el verano, en cuanto haya inscrito a la niña en una escuela decente.

Emily tragó con dificultad al imaginarse las siguientes seis semanas sin Daniel a su lado. Había sido tan estúpida al imaginarse pasando el verano con él, al soñar despierta con más citas en la playa y mañanas relajadas pasadas en la cama. Ahora era posible que nada de todo eso sucediera jamás.

Las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas.

—¿Y si no quieres volver? Cuando le hayas encontrado una escuela a la que asistir y un lugar al que llamar hogar, ¿qué te impedirá caer en una rutina de familia feliz?

Daniel negó con la cabeza y le cogió las manos.

—No pasará, te lo prometo. Volveré contigo. Sólo necesito conocerla, pasar algo de tiempo con ella, devolverle algo de estabilidad a su vida. Pero te prometo que volveré antes de que acabe el verano.

Las lágrimas se habían convertido en todo un torrente.

—No puedes hacer eso —dijo Emily, sintiendo una enorme oleada de dolor al comprenderlo—. No puedes dejar que esa pobre niña crea que su padre ha vuelto y después marcharte sin más. —No pudo evitar recordar su propia experiencia llena de amargura y pensar en cómo se había ido su padre—. No puedes hacerle eso —añadió; el enfado hizo que alzara la voz.

Sabía que Daniel estaba intentando hacer lo correcto, pero de un modo u otro siempre habría alguien que acabaría herido, ya fuese la mujer con la que nunca volvería, o la niña a la que dejaría atrás. Puede que amase a Daniel con todo su corazón, pero nunca sería tan egoísta como para separar a un padre de su hija.

—Si la dejas —dijo Emily entre las lágrimas amargas—, ya no serás la clase de hombre con el que quiero estar.

Daniel se quedó con la boca abierta al comprender lo que Emily estaba diciendo en realidad.

—¿Me estás dando un ultimátum? ¿O tú o ella?

Emily negó con la cabeza.

—Te estoy ofreciendo una salida, Daniel. Te estoy dando permiso. No quiero que elijas entre nosotras; quiero que la elijas a ella. Tienes que hacerlo. No hay otra opción.

Daniel se quedó mirándola un momento más, dudando, como si quisiera decir algo. Emily no podía seguir mirándolo. Desvió la vista hacia la mesa y, cuando volvió a levantarla, Daniel ya no estaba.

CAPÍTULO VEINTIRÉS

La luz del sol la cegaba. Emily estaba mirando por la ventana de su dormitorio cómo Daniel cargaba su camioneta bien temprano a la mañana siguiente. No podía evitar sentirse culpable por las palabras enfurecidas que le había dirigido en el bar. En realidad no quería que se marchase, quería ser egoísta y poner sus necesidades ante todo, pero una parte de ella, la niña herida y exigente que vivía en su interior y que era absolutamente real, quería que Daniel hiciese lo correcto con esa pobre niña inocente. Aquello no era su culpa, al igual que no había sido culpa de Emily. Jamás le desearía a nadie el perder a su padre, ni siquiera a su peor enemigo.

Llamaron con suavidad a la puerta y Emily dejó que la cortina se cerrase, ocultando la imagen de Daniel, para quitar el cerrojo y abrirla. Al otro lado se encontró a Serena, acompañada por los sonidos de diversión que llegaban desde la reunión que había en el primer piso.

—Se marchan ya —dijo Serena—. Gus quería darte las gracias personalmente.

Emily se secó a toda prisa las lágrimas.

—Ya voy —contestó, adoptando una expresión más profesional.

Ya en el pasillo, la claridad y la calidez del hostel la rodearon. Podía oír las conversaciones felices flotando por el hueco de la escalera y, a pesar de todo lo que estaba pasando, sintió cómo se le dibujaba una sonrisa en los labios a sabiendas de que había hecho un buen trabajo. Al menos en aquello había triunfado.

Siguió a Serena escaleras abajo, hasta donde el grupo de huéspedes se había congregado con sus maletas en el vestíbulo en espera de los taxis. Gus la saludó con la mano.

—Emily, quería darte las gracias por salvar nuestro fin de semana. De no haber sido por ti, no nos lo habríamos pasado ni la mitad de bien. Creo que volveremos el año viene, si te parece bien.

Emily dudó. ¿El año siguiente? De repente fue consciente de que quizás no habría año siguiente. No sólo porque el hostel estuviese luchando por mantenerse a flote, sino porque ella misma no estaba segura de ir a querer seguir allí sin Daniel.

Serena debió de notar que estaba distraída, porque se acercó para intervenir.

—Todavía no tenemos preparado un calendario para el año que viene, pero en cuanto lo abramos nos pondremos en contacto.

Gus asintió, al parecer satisfecho con su respuesta.

—Lo esperaré ansioso.

Georgia Walters se acercó a Emily.

—Le he dado tu información de contacto a mi nieta. Va a casarse a finales de agosto y tiene a treinta invitados que necesitarán alojamiento.

Emily calculó mentalmente si sería capaz de tener listas las siguientes diez habitaciones en seis semanas y concluyó que, si podía arreglar todo el tercer piso en veinticuatro horas, entonces podría con diez habitaciones en seis semanas.

—Eso es genial —contestó. Sabía que debería sentirse aliviada de no tener que esperar demasiado hasta su siguiente fuente de ingresos, pero en su lugar se sentía allanada y robótica por dentro. Entumecida.

Vio a Serena al otro lado del pasillo, levantando los pulgares en señal de victoria. El optimismo y entusiasmo de su joven amiga ayudó a animarla, aunque sólo un poco.

Oyó cómo llegaban los taxis por el camino de entrada y fue hacia la puerta para despedirse de los huéspedes. Una vez allí, se percató de que la camioneta de Daniel había desaparecido y la casa de la cochera estaba a oscuras.

Se despidió de todos los huéspedes usando sus nombres, sintiéndose aturdida. Se sentía

incapaz de conectar de verdad con ninguno de ellos aun a pesar de sus cumplidos, de los besos en las mejillas y los apretones de manos. Era como si la hubiesen vaciado por dentro. Estaba vacía, no tenía nada que dar; lo único que podía hacer era interpretar su papel de anfitriona feliz y esperar que nadie se diese cuenta.

Aunque, por supuesto, aquello no iba a funcionar con su querida amiga.

Serena se acercó a ella, despidiéndose con la mano de los huéspedes a su lado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó sin casi mover los labios.

—No puedo decírtelo ahora mismo —contestó Emily—. Porque, si lo hago, me echaré a llorar.

Siguieron agitando la mano en el aire hasta que los taxis desaparecieron de la vista, pero al instante siguiente otro coche empezó a acercarse a la casa. Emily frunció el ceño, sin saber de quién podría tratarse. Se quedó mirando cómo salía una mujer mayor del coche, saludándola.

—¿Estabas esperando a otra huésped? —preguntó Serena.

Emily negó con la cabeza.

La mujer se acercó con paso tranquilo.

—Hola. ¿Emily? —dijo, tendiéndole la mano—. Soy Anne Maroney.

De repente todo encajó. ¡Era la mujer del diamante! Emily se había olvidado por completo de la reunión que habían acordado antes de que el grupo se invitados ocupasen toda la capacidad de atención que poseía.

—Serena, ¿te importaría preparar un poco de café?

—Ahora mismo —contestó ésta.

Emily notó que estaba desesperada por saber qué estaba pasando, pero iba a tener que esperar. Al igual que las lágrimas que ella misma estaba desesperada por derramar, que también tendría que esperar un poco más.

—¿Le importa si hablamos en el porche? —dijo—. Me temo que acabo de tener una función y el hostel estaba completamente lleno. No tiene su mejor aspecto.

—El terreno es de lo más espléndido —repuso Anne—, será un placer que nos sentemos aquí fuera.

—Maravilloso. Siéntese; iré a por el diamante.

Subió a toda prisa las escaleras y entró en el dormitorio, sacando la caja de caoba de la cómoda. Al bajar se encontró a Serena en el vestíbulo con una jarra de café en las manos.

—Emily —le dijo—, ¿qué está pasando?

Emily sacudió la cabeza.

—No puedo hablar de ello ahora mismo, ¿vale? Tengo que ocuparme de esta reunión con la compradora de diamantes, después te lo diré todo.

Salieron juntas fuera y se sentaron en el banco del porche junto a Anne. Emily dejó la caja sobre la mesa y Anne la abrió. Jadeó al ver el diamante.

—Dios, es mucho más grande de lo que me dijiste por teléfono.

—¿Lo es? —preguntó Emily—. Sólo leí lo que ponía en el certificado.

Dejó el certificado junto a la caja, con cuidado de no exponer el faro que había en el dorso; en aquel momento no podría soportar preguntas sobre su padre.

Anne lo examinó y negó con la cabeza.

—Este certificado no pertenece al diamante.

Emily se tensó al instante. Ya había gastado todo el dinero de la venta del diamante en el tejado. ¡El certificado no podía ser erróneo!

—No será una falsificación, ¿verdad? —preguntó, mordiéndose el labio.

—No por lo que veo —contestó Anne, mirándolo más de cerca—. Simplemente es de un diamante distinto. —Miró a Emily—. El diamante que me describiste parecía más apropiado para un anillo de boda.

Emily se preguntó en aquel momento si su padre había guardado el certificado equivocado con el diamante equivocado, si los había mezclado por accidente. O quizás sólo lo había guardado por el dibujo que había en el dorso y el hecho de haberlo puesto junto a un diamante era pura casualidad. Los pensamientos giraron como un remolino en su mente, y por encima de todos los demás se alzó el miedo de que quizás no consiguiera ni un centavo por el diamante.

—¿Y bien? —Siguió mordiéndose el labio—. ¿Vale algo?

Anne abrió muchos los ojos.

—¿Que si vale algo? Emily, ¡este diamante vale treinta mil dólares!

Serena se quedó muy quieta junto a Emily. A ella también le pareció que se había convertido en una estatua.

—¿Perdone? —tartamudeó.

Anne asintió.

—No tiene ni una sola mácula. Es una gema perfecta. Quien fuese que la comprase debía de ser gemólogo, o bien tenía muy buen ojo para estas cosas. Aunque también podría haber sido pura suerte o una herencia transmitida durante generaciones. ¿Sabe si es una herencia?

Emily negó con la cabeza, demasiado sobrecogida para hablar. No podía creer lo que estaba oyendo. Averiguar que el dinero valía tanto dinero después de toda la mala suerte que había sufrido era como un sueño hecho realidad.

—Bueno —añadió Anne—, sinceramente, estoy entusiasmada de estar aquí. Es decir, si todavía me dejas comprártelo.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Emily, eufórica.

Serena le tocó a Emily la mano mientras Anne sacaba la chequera.

—¿No quieres buscar una segunda opinión? —preguntó en voz baja—. Ahora que sabes lo que vale.

Emily sacudió la cabeza. Confiaba completamente en Anne y, además, obtendría tres veces lo que había estado esperando. Aquello era más importante que buscar un trato mejor.

Anne le tendió el cheque. Treinta mil dólares. Emily estaba tan emocionada.

—Muchísimas gracias —dijo, apretándole la mano a Anne.

—¡Gracias a ti! —contestó ésta.

Anne se marchó con el diamante y Emily soltó un suspiro de alivio al saber que, por fin, volvía a estar en números verdes.

—Y ahora, ¿puedes por favor explicarme qué está pasando? —preguntó Serena, alcanzándola al fin.

Emily la miró y dijo simplemente:

—Se ha ido. Daniel.

—¿Qué? —exclamó Serena—. ¿Qué quieres decir con que se ha ido? ¿Ido a dónde?

—A Tennessee. Con su hija. —Emily entró en el hostel, dejando a Serena con la boca abierta en la puerta.

—No lo comprendo —dijo, siguiéndola al interior—. ¿Tiene una hija?

—Sí —dijo Emily, empezando a ordenar el vestíbulo tras la marcha de los huéspedes.

Serena jadeó.

—¿Pero cómo?

—Estoy segura de que no necesitas que te dé una clase de biología —contestó Emily, sin

dejar de mantenerse ocupada organizando el vestíbulo.

Serena se acercó a toda prisa y le sujetó las manos, evitando que siguiera cambiando cosas de sitio.

—Emily, para por un segundo, ¿quieres?

Emily por fin la miró a los ojos.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Emily apretó los dientes con decisión.

—Lo único que puedo hacer —replicó—. Preparar mi hostel para treinta invitados de una boda.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

SEIS SEMANAS MÁS TARDE

Emily no recordaba ningún verano que se le hubiera pasado tan deprisa ni que la hubiese dejado con una sensación tan heladora. La vida sin Daniel parecía apagada y monótona. Se despertaba todas las mañanas con otro día de sol glorioso y una luz incongruente con su oscuro estado de ánimo, salía al balcón y miraba la cochera que se alzaba al otro lado del terreno, y todas las mañanas le daba la bienvenida la misma imagen: el camino de entrada vacío y la cochera a oscuras. Era como si el verano se estuviese burlando de ella, lanzando sombras y malos augurios todavía más oscuros en la cochera vacía con su luz.

A medida que iba pasando el verano, Emily se dedicó en cuerpo y alma al trabajo, intentando mantenerse ocupada y distraer a su mente con cualquier cosa que no fuera Daniel. Había preparado las últimas diez habitaciones del hostel, listas para los invitados de la boda que se alojarían a finales de agosto, y había hospedado a una encantadora familia canadiense, a Anne Maroney y a su pareja, a la mujer de la tienda de ropa de cama de Maine, y a algunos turistas que habían ido de visita durante el verano. Había celebrado comidas de domingo para la gente de la zona, torneos de pelota en el terreno para los niños e incluso algunas sesiones de cine al aire libre.

Pero todas las noches se iba a la cama con la misma sensación de soledad. Era una soledad mucho peor que la que había experimentado las primeras noches en la casa abandonada y polvorienta, llorando la pérdida de su vida en Nueva York, de su trabajo y de los siete años que había pasado con Ben. Comprendía que esta vez había perdido algo que amaba mucho más que todas aquellas cosas, algo que para ella significaba más de lo que nunca había significado su trabajo, su apartamento y su exnovio. De no haber sido por el grupo nupcial que había hecho la reserva, Emily estaba segura de que ya habría hecho las maletas y habría salido huyendo.

Se paseó por el hostel, admirando las preciosas decoraciones. Serena y ella habían pasado muchas horas colocando los brillantes lazos blancos para los invitados de la boda que llegarían al día siguiente, y la casa se había transformado en un palacio. En una de las paredes Serena había colocado un precioso árbol genealógico hecho de madera, con ramas retorcidas y los nombres de todos los miembros de ambas familias grabados en las hojas.

Emily intentó no pensar en el significado de aquella fecha, el último día de agosto, pero no logró evitarlo. Había estado echando a Daniel tanto de menos que era imposible no llevar la cuenta atrás de los días, pero si volvía a ella como le había prometido, entonces significaría que había abandonado a su hija y, al hacerlo, se convertiría en un hombre al que Emily no podría seguir amando. Sería agrídulce.

En aquel momento llamaron a la puerta y a Emily el corazón le dio un salto en el pecho. Se recordó que Daniel no llamaría así, sino que simplemente entraría sin más en la casa, así que tranquilizó a su corazón y abrió la puerta.

Frente a ella había una montaña de sillas de un blanco perla.

—Entrega de sillas —dijo una voz aburrida detrás de éstas—. ¿Dónde las pongo?

Emily abrió la puerta de par en par.

—En el salón de baile.

—¿Salón de baile? —contestó la voz mientras las sillas empezaban a rotar en la carretilla, dejando por fin al descubierto al repartidor, un tipo delgado con aire de pájaro.

—Sí, por aquí.

Emily lo acompañó al salón de baile, donde tendría lugar la fiesta de interior.

—Vaya —comentó el repartidor, haciendo entrar la carretilla en el salón—. ¡Esto es increíble!

En un día soleado como aquel, las vidrieras reflejaban pequeños arcoíris por todo el salón, dándole un aspecto mágico. Emily no pudo evitar recordar, llena de dolor, el tiempo que Daniel y ella habían pasado en aquella sala, hablando entusiasmados sobre la posibilidad de usarlo como salón de bodas. Ahora el sueño se había hecho realidad, pero Daniel no estaba allí para compartirlo con ella y sentía su ausencia con fuerza, como si fuera un agujero en su corazón. No importaba lo mucho que se concentrase en el trabajo, aquel anhelo nunca parecía disminuir.

Emily ayudó a colocar las sillas y acompañó al repartidor a la puerta, momento en el que su teléfono empezó a sonar. Era Karen.

—Emily —dijo ésta, algo falta de aire—. Por fin lo he conseguido.

—¿Conseguido el qué? —preguntó Emily.

—Que se celebre la reunión. Por tu cartel.

—¡Oh! —exclamó Emily. Casi se le había olvidado que Karen había accedido hacía semanas a ayudarla a resolver la disputa que había en marcha por su cartel. Trevor había sido tan meticuloso bloqueando el proceso de su solicitud que Emily simplemente se había acostumbrado a los retrasos y a los secos mensajes de voz que Marcella le dejaba explicando que había habido un cambio de planes «debido a la presentación de otra queja formal». Y, con la ausencia de Daniel, tampoco había notado la falta del cartel.

—Es mañana —continuó Karen.

—¡Mañana! —se sorprendió Emily. Menuda suerte la suya que organizaran la reunión para un sábado, justo el día en que ya tendría muchísimo trabajo—. ¿A qué hora?

—Las nueve de la mañana. Sé que te aviso con poco margen. ¿Podrás venir?

—Por supuesto —contestó Emily, aunque se sentía algo exasperada. Al menos no coincidía con la hora de la fiesta nupcial; podría ocuparse de ambos compromisos. Y, de todas formas, le vendría bien tener tantas distracciones como le fuera posible en aquel día en concreto.

—Genial —dijo Karen, sonando más entusiasmada de lo que se sentía Emily—. Vamos a recuperar tu cartel, te lo prometo. Te veo mañana.

Colgó y Emily se quedó mirando el auricular que tenía en la mano, sintiéndose algo desanimada y agobiada. Se preguntó si Trevor había conseguido a propósito que la reunión se celebrase en un momento tan poco oportuno, asegurándose así de que Emily tenía el menor tiempo posible para prepararse. Lo creía capaz de todo.

Volvió a centrarse en el trabajo que tenía entre manos y le echó un vistazo a la larga lista de preparativos. Todo debía ser perfecto para el día siguiente. Sabía que, de haber sido su boda, así lo habría querido.

Todavía esperaba varias entregas para el día siguiente, como por ejemplo la tarta, la escultura de hielo y todas las flores, pero por hoy ya se había ocupado de todo lo necesario. Y aquello significaba que tenía la noche libre para prepararse para la reunión.

Su teléfono volvió a sonar, esta vez con una llamada de Amy. Emily contestó, aliviada al tener una voz amistosa con la que hablar.

—Tengo un secreto —dijo Amy en cuanto respondió a la llamada.

—De acuerdo... —repuso Emily con algo de desconfianza.

—Dejaré que Jayne te lo explique —continuó Amy.

Más confusa que nunca, Emily frunció el ceño mientras oía los ruidos del teléfono intercambiando manos. Después se oyó la voz de Jayne al otro lado.

—¡Adivina! —exclamó ésta.

—¿Puedo pedir una pista?

—Um, vale, espera.

Emily oyó la bocina de un coche, seguida de la voz de Amy.

—¡Ey! ¡No hagas eso! ¡Nos parará la policía!

Jayne volvió a ponerse al teléfono.

—¿Lo has adivinado ya?

Emily se frotó la cara con la mano; estaba estresada y no tenía ni el tiempo ni la energía para Jayne en aquel momento.

—No lo sé. Estáis en un coche.

—¡Sí! —exclamó Jayne—. ¿Y por qué podríamos estar en un coche?

—Porque estáis haciendo un viaje por carretera —contestó Emily, todavía luchando por reunir el más mínimo entusiasmo.

—¿Y a dónde podemos estar yendo? —le preguntó Jayne.

—No lo sé. —Emily soltó un largo suspiro—. ¿Filadelfia?

—No —contestó Jayne—. ¡Sunset Harbor!

Chilló la última parte tan alto que Emily estuvo a punto de soltar el teléfono. Se hizo una larga pausa mientras organizaba sus pensamientos.

—oh. —Intentó decirlo con tono animado, pero su mente iba a mil por hora. No podía invitar a Jayne y Amy a pasar la noche, no con la boda, la reunión y todo lo que estaba pasando con Daniel.

—No pareces muy feliz —comentó Jayne, sonando decepcionada.

—No es eso —se defendió Emily—. Os quiero, chicas, ya lo sabéis. Es que ahora mismo estoy hasta arriba.

—Oh, venga ya —respondió Jayne con una voz que dejaba claro el modo en que estaba poniendo los ojos en blanco—. Te dedicas a pasearte por esa gran casa completamente sola. Lo que necesitas es algo de compañía.

Era verdad que a Emily le vendría bien algo de compañía humana. Mogsy y Lluvia eran encantadores, pero no estaban del todo a la altura. Simplemente le hubiese gustado que se hubiesen comportado como adultas y hubiesen ido a visitarla en algún momento de las últimas seis semanas, ¡cuando había tenido tiempo de sobra y había necesitado desesperadamente un hombro sobre el que llorar! Parecía tan típico, pensó, que todo pasase a la vez.

—¿Dónde estáis ahora? —preguntó. Esperaba que no hubiesen avanzado demasiado y de poder convencerla de que ir aquella noche no sería una buena idea.

—Estamos en la costa —contestó Jayne—. Ames, ¿dónde estamos?

—Portland —oyó a Amy a través del teléfono.

Emily suspiró con pesadez. Ya casi habían llegado.

—Bueno, no tengo mucha elección, ¿verdad? —dijo—. Vais a tener que aceptar que estaré ocupada. ¿Cuánto tiempo os quedáis?

—Sólo una noche —dijo Jayne—. Vaya, ¿podrías sonar menos feliz?

A Emily se le acababa la paciencia. Quiso responderle con brusquedad a Jayne, descargar todas las preocupaciones y agobios que estaban nadando en su mente, pero sabía que no era culpa de su amiga. Si acaso, tener a Amy y a Jayne en la casa quizás lograrse que todo fuese un poco más fácil. Le vendría bien distraerse.

—Lo siento —dijo al fin—. Es sólo que ahora mismo la situación es un poco extraña. Ya os lo contaré cuando lleguéis.

—Genial —contestó Jayne—. No tardaremos mucho, creo que una hora o así. Ames está asintiendo con la cabeza, así que una hora. Nos vemos.
Colgó antes de que Emily pudiese decir nada más.

*

A medida que fue pasando aquella hora, Emily empezó a sentirse cada vez mejor ante la perspectiva de ver a Amy y a Jayne. Reconocía la sensación en su interior, y se percató que sentía entusiasmo por primera vez en mucho tiempo. A pesar de la reticencia por lo ocupada que iba a estar, supo que necesitaba su compañía más que la de ningún otro. Amaba a sus amigos de Sunset Harbor, pero estaban demasiado cerca de la situación. Sus amigas de Nueva York contaban con la distancia suficiente para que no tiñera todas las conversaciones. Emily empezaba a cansarse de toda la simpatía y las caras tristes que todo el mundo le dirigía continuamente, como si fuese un animal herido o algo parecido.

A mediodía oyó el sonido de un coche conduciendo de manera descuidada por el camino de grava. Corrió hacia la puerta y vio a sus dos amigas saliendo de un salto del coche, llenas de energía. Jayne iba de punta en blanco, con el cabello negro brillante y las uñas pintadas de rojo. Emily bajó las escaleras del porche para recibirlas y notó de reojo cómo se movían las cortinas de la habitación superior de Trevor Mann, la que sospechaba que usaba para espiarla en secreto cada vez que hacía demasiado ruido para su gusto. Seguramente estaba allí arriba escribiendo sus argumentos para la reunión del día siguiente.

—¡Em! —exclamó Jayne, casi lanzándose sobre ella. El olor de su perfume la golpeó en una oleada.

Emily aceptó de buen gusto el abrazo; había pasado demasiado tiempo desde que había recibido uno. Pensar en aquello le hizo saltar las lágrimas.

Jayne la soltó y Amy se acercó. No se habían visto desde la última reunión del pueblo, cuando el alcalde Hansen le había dado permiso para abrir el hostel. Y, aunque habían hablado un poco desde entonces, Emily no estaba muy segura de en qué estado estaba su amistad.

—Te has cortado el pelo —dijo para romper el hielo.

Amy asintió, haciendo que el cabello que ahora llevaba cortado por la barbilla se agitase con el gesto. Después dibujó una sonrisa y acercó a su antigua amiga para darle un buen abrazo.

—Te he echado de menos, Emily.

—Y yo a ti —contestó ésta, soltando un suspiro de alivio.

—Y ahora —intervino Jayne, dirigiéndose a Amy—, ya no hay nada más que hacer excepto sentarnos en el porche y emborracharnos. ¿Verdad, Em?

Emily se encogió de hombros.

—Básicamente. Pero tenéis que tener cuidado; mañana por la tarde se celebra una fiesta nupcial en el hostel. No husmeéis ni rompáis nada.

Jayne le dirigió una mirada.

—¿Qué te hace pensar que romperemos algo?

Amy fue más diplomática.

—Sólo hemos venido para celebrar una noche de chicas con nuestra mejor amiga en su casa ridículamente encantadora.

Emily sonrió al oír aquello.

—Supongo que en ese caso será mejor que prepare una jarra de mojitos.

Sus dos amigas la siguieron a la cocina, donde Lluvia y Mogsy empezaron a ladrar y a correr

de un lado al otro de puro entusiasmo. Jayne y Amy se mostraron encantadas de conocerlos y repartieron besos y abrazos entre los dos.

—Oh, Dios mío —chilló Jayne—. Ojalá tuviera un apartamento lo bastante grande para un perrito.

—Nunca podrías tener uno —argumentó Amy—. Trabajas demasiado. No es que tú no trabajes, Emily —añadió a toda prisa—. Sólo quiero decir que si quieres tener perros, tienes que estar en casa todo el tiempo.

Emily asintió.

—Desde luego no era algo que planease —dijo—, pero está bastante bien tenerlos aquí. Así no me siento sola. —Hizo una pausa nada más decir aquello y tragó saliva. No había pensado en lanzarse de cabeza hacia la situación de abandono con Daniel; aquella era una conversación más adecuada para cuando ya llevasen dos mojitos en el cuerpo.

Por suerte, no pareció que ninguna de sus amigas se percatase de su desliz.

—Ames, ¿por qué no le cuentas a Emily lo de tu nuevo novio? —dijo Jayne con ojos traviosos.

—¿Novio? —preguntó Emily, abriendo los ojos de par en par por la sorpresa. Amy era demasiado sensata como para tener novios. Sólo tenías citas casuales y ninguna de sus relaciones había durado demasiado; si aquel hombre había llegado a la categoría de novio, entonces debían de ir bastante en serio.

Amy se agitó incómoda antes de sacar la cartera del bolso y tenderle una fotografía a Emily en la que aparecían ella y un hombre increíblemente atractivo cogiéndola del brazo en una playa soleada.

—¿Dónde os la sacasteis? —exclamó Emily.

—En Hawái —contestó Amy, sonrojándose—. Me llevó para celebrar nuestros tres meses juntos.

Emily no podía creérselo. Se quedó mirando la fotografía y el rostro de Amy en ella. Su amiga parecía más feliz de lo que la había visto nunca.

—¿Cómo se llama? —tartamudeó.

—Frasier —contestó Amy—. Tiene treinta y ocho años.

—¡Y es riquísimo! —intervino Jayne—. Se dedica a las inversiones bancarias y dentro del negocio familiar, ¿sabes?

Emily miró al feliz y saludable Frasier, con sus perfectos dientes blancos y rectos y su cabello brillante; Amy y él parecían el señor y la señora Perfección. No pudo evitar sentir un pinchazo de celos. ¿Había cometido un terrible error al prendarse tanto de Daniel? Ambos tenían un pasado, y su relación ya había pasado por muchos baches. Quizás estuviese siendo una estúpida por querer sentar la cabeza con él, por estar esperándolo. ¿Y si había un señor Perfecto esperando para llevarla a Hawái?

—¿Por qué no me habías dicho que tienes novio? —preguntó.

Amy se encogió de brazos.

—Supongo que perdí un poco la noción de las cosas. Quiero decir, ¡tú de entre toda la gente deberías saber cómo es todo cuando empiezas con una relación magnífica!

Emily sintió cómo la golpeaban las emociones bajo la forma de una inmensa ola de pena. Empezó a llorar antes de poder controlarse.

Amy y Jayne intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Qué pasa? —le preguntó Amy con suavidad—. ¿Ha pasado algo con Daniel?

—Se ha ido —consiguió decir entre sollozos.

—¿Ido? —repitió Amy, tendiéndole a Emily un pañuelo—. ¿A dónde?

Emily se secó las lágrimas.

—Se ha ido a Tennessee para estar con su hija.

—¿Tiene una hija? —espetó Jayne, con la boca abierta de par en par por la sorpresa—. Y deja que lo adivine, ¿no tuvo la decencia de hablarte de ella?

Emily sacudió la cabeza.

—Él tampoco sabía que existiese —musitó, sin poder mirar a sus amigas a los ojos. No debería estar defendiéndolo.

—Oh, cariño —dijo Amy—. ¿Cuándo ha pasado?

—Hace seis semanas —admitió—. Estaba demasiado avergonzada como para contároslo.

—No me sorprende —replicó Jayne—. Quiero decir, yo estaría mortificada si me ocurriese a mí. Quiero decir, completamente muerta de vergüenza.

Amy la fulminó con la mirada.

—Pero eso soy sólo yo —tartamudeó Jayne—. Tú no tienes razones para avergonzarte. Es Daniel el que ha sido un capullo supremo. ¿Qué clase de idiota deja embarazada a su novia y después ni siquiera se queda para conocer a su hija?

—¿Se ha puesto en contacto contigo? —preguntó Amy.

Emily sintió cómo le subía el sonrojo a las mejillas. Se mantuvo ocupada machacando hielo.

—No. Pero no tiene teléfono móvil, así que tampoco esperaba que lo hiciese. —Sabía que sonaba a excusa barata, pero así era Daniel, y era algo que había aceptado de él—. Pero me prometió que volvería antes de acabase el verano.

—Está apurando demasiado, ¿no te parece? —dijo Jayne.

Emily asintió, manteniendo la mirada apartada.

—¿No crees que vaya a volver? —preguntó Amy con suavidad.

Emily se encogió de hombros.

—No lo sé. Incluso si vuelve, nada podrá ser igual, ¿verdad? Ahora es padre, y eso lo cambia todo. Si vuelve conmigo, significará que me ha elegido a mí antes que a su hija, y eso lo convertirá en un hombre con el que no quiero estar. De un modo u otro, salgo perdiendo.

Amy le frotó el brazo con amabilidad.

Jayne fue algo más brusca con todo el tema de lo que lo estaba siendo Amy.

—Bueno, no fue más que el rebote después de Ben, ¿no? Quiero decir, era una leñador. No podíais tener mucho en común.

—Teníamos mucho en común —le espetó Emily.

—No pasa nada, Em —añadió Jayne—. Estar con un tío porque es bueno en la cama es de lo más normal. Todas lo hemos hecho.

—Lo amaba —protestó Emily.

—¿Amaba? —intervino Amy—. ¿En pasado? ¿Y ya no?

—No lo sé —repuso Emily con un fuerte suspiro—. Todo es demasiado confuso. Supongo que tendré que esperar a ver qué pasa.

Intentó ignorar la mirada llena de dudas que se intercambiaron sus amigas.

—Bueno, ¿y cuánta gente viene mañana a la boda? —preguntó Amy en lo que Emily reconoció como un intento de desviar la conversación de un tema espinoso.

—Treinta —contestó—. Todo el hostel está reservado.

—Eso está bastante bien —dijo Amy—. ¿Has tenido muchas reservas entonces?

Emily acabó de preparar los mojitos y salieron a beberlos al porche.

—No demasiadas, en realidad. Tuve una quincuagésima reunión de instituto durante el puente

del cuatro de julio con veinte huéspedes. Sorprendentemente alborotadores para tener setenta años. Y después he tenido algunas reservas aquí y allá, pero no muchas hasta ahora.

—¿Suficientes para que salgan las cuentas? —preguntó Jayne.

Emily se mordió el labio.

—Siendo sincera, no. Quiero decir, ha habido tantos gastos. El conseguir que la casa sea habitable ya ha sido bastante caro, eso sin mencionar que el tejado tenía goteras y destrozó muchas antigüedades. Y después está el coste del personal y, bueno, ya os hacéis la idea.

Amy y Jayne se miraron y Emily supo que le estaban ocultando algo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Fue Amy quien habló.

—Es mi empresa de velas —dijo—. Ahora mismo va muy bien. Me estoy expandiendo y tengo una oficina en un edificio, en lugar de llevarlo todo desde mi apartamento. —Sonrió con timidez.

Emily no estaba segura de por qué se mostraba tan reacia a mencionar su éxito. Quizás le preocupase que fuese un territorio poco delicado del que conversar, considerando que el negocio de Emily siempre estaba al borde de la ruina.

—Eso es fenomenal —dijo—. Me alegro mucho por ti.

—Bueno —continuó Amy, y Emily comprendió que todavía no había acabado—. Esperaba que te interesase volver a casa y ocupar el puesto de jefa de marketing. Jayne ya ha accedido a liderar el equipo de ventas. No sé si hay alguien en todo el mundo en quien confíe más para ser parte del equipo de gerentes senior que vosotras dos.

Emily se quedó boquiabierta. Había pasado años trabajando en el mundo del marketing cuando estaba en Nueva York, pero nunca había alcanzado exactamente la posición que había querido. Siempre había soñado con ir subiendo de puesto, pero nunca había llegado a pasar, algo por lo que siempre se había culpado a sí misma, aunque tras mudarse a Sunset Harbor había empezado a preguntarse si había sido Ben quien la había estado frenando en realidad, y no una falta general de confianza en sí misma.

Pero ahora todo era distinto. Ella era distinta. La idea de trabajar en Nueva York de nuevo la llenó de terror; la simple idea del viaje de ida y vuelta al trabajo la desalentaba.

—No sé —dijo—. Tengo que pensar en este sitio.

—¿Quieres decir que tienes que pensar en Daniel? —dijo Jayne, arqueando una ceja.

—No puedo marcharme así sin más —protestó Emily.

—¿Por qué no? —la retó Jayne—. Él lo ha hecho.

—No se trata de Daniel —espetó Emily con tono más cortante—. Se trata de mi vida. De mi negocio. De en quién me estoy convirtiendo, o al menos de en quién me quiero convertir.

Jayne negó con la cabeza; la situación empezaba a caldearse.

—¿Quieres hospedar fiestas de viejos en un hostel con pérdidas en un pueblo muerto y aburrido? ¿De verdad? ¿Eso es lo que quieres?

A Emily se le aflojó la mandíbula. No podía creer lo cortante que estaba siendo Jayne. Amy, la eterna pacificadora, intervino.

—No tienes por qué decidir enseguida —dijo con suavidad—. Creo que lo que Jayne está intentando decir es que te echamos de menos y queremos que vuelvas a casa.

Emily resopló.

—Pues tiene una manera muy curiosa de decirlo —refunfuñó.

Pero sabía que Amy tenía razón. Jayne sólo quería que volviese a Nueva York, el lugar al que creía que pertenecía. Se preguntó si todavía pertenecería a la gran ciudad después de todo, si

quizás la vida le sería más fácil si simplemente hiciese las maletas y volviese con ellas. Podría hacerlo el domingo, tan pronto como se marchasen los invitados de la boda. Podía coger sus cosas y marcharse sin decírselo a nadie, sin dar ninguna dirección de contacto. Si dejaba atrás su teléfono móvil, nadie podría llamarla siquiera ni tampoco rastrearla. Pero, si lo hacía, se preguntaría eternamente si Daniel había vuelto a ella o no, si había alguna oportunidad de futuro para los dos.

—Has pasado unos meses bastante buenos aquí —dijo Amy—. Pero el verano se acaba. Deberías volver.

Emily no consiguió mirar a los ojos a ninguna de las dos.

—Me lo pensaré —dijo.

Y, para su sorpresa, descubrió que lo decía en serio. Estaba considerando seriamente volver a Nueva York. A pesar de lo poco que quería que aquello tuviese que ver con Daniel, sabía que seguía tratándose de eso. Era el último fin de semana de agosto, y si Daniel no aparecía durante el domingo, entonces sabría de una vez por todas que lo que había entre ellos se había acabado, de que había elegido la vida familiar en Tennessee, tal y como ella había temido. Y sin la presencia de Daniel en Sunset Harbor, quizás a ella tampoco le quedasen razones para quedarse.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Ya en su dormitorio, Emily sacó la maleta del fondo del armario. La mayoría de sus objetos personales ya estaban guardados, por si necesitaba hacer una huida rápida.

La habitación era en aquel momento un caos. Después de renovar las últimas habitaciones del tercer piso, se había encontrado sin ningún lugar en el que guardar las cajas de su padre, así que de momento las había metido todas allí. Tampoco era que tuviese que mantener la habitación ordenada para nadie, ya no. Las cajas habían pertenecido inicialmente a la montaña de cosas que acabarían a la basura, pero tras oír tanto hablar de Barcelona, Emily se preguntaba si había alguna prueba que hubiese pasado por alto la primera vez.

Se sentó y empezó a rebuscar en una de ellas. No había nada interesante dentro, aunque sí que encontró otro esbozo del faso con el que su padre había estado tan obsesionado, esta vez dibujado al óleo. Había encontrado ya tantos que Emily empezó a preguntarse si el artista había sido en realidad su propio padre. Ciertamente, nunca le había visto mostrar ningún interés en el arte, pero tampoco lo había oído hablar nunca de Barcelona, así que, ¿por qué no? Le vinieron a la mente toda clase de ideas inverosímiles, como que quizás tenía una vida doble como creativo, frecuentando galerías de arte por la noche mientras fumaba puros y vestía una boina negra. O quizás el artista fuese un hijo secreto; si Daniel podía tener uno, ¿por qué no su padre? O quizás hubiese tenido una amante. Después de todo, Anne Maroney había dicho que el certificado del diamante era para un anillo de boda, así que quizás su padre había cometido bigamia con la artista. Eran pensamientos paranoides y enloquecedores, pero Emily empezaba a sospechar de todo y empezaba a preguntarse si alguna vez había llegado a conocer a su padre.

A medida que revisaba los papeles de la caja, empezó a sentirse cada vez más triste y confundida. Pero también la invadió una especie de nostalgia, nostalgia por el hombre que recordaba como su padre.

En aquel momento llamaron al timbre. A Emily el corazón le dio un salto en el pecho. ¿Podría ser Daniel?

Corrió hacia la ventana, asomándose a través de la cortina de gasa para ver si había luz en la cochera o si había señal alguna de su camioneta en la entrada. Todo estaba sumido en la oscuridad, pero distinguió la silueta de un coche aparcado en el camino de entrada. Era elegante y de aspecto caro, desde luego nada que Daniel condujera habitualmente, pero a saber.

Emily se apresuró escaleras abajo haciendo el más mínimo ruido posible y asegurándose de no despertar a sus dos amigas, que dormían en dos de las habitaciones más grandes del segundo piso. El corazón le iba a mil por hora cuando por fin llegó a la puerta y la abrió.

Pareció dejar de latirle por completo cuando vio quién estaba allí de pie. Estaba más guapo de lo que lo recordaba, con el cabello oscuro peinado con esmero y una sonrisa deslumbrante.

De pie frente a su puerta estaba Ben.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—Oh, Dios —consiguió decir.

Había pasado casi un año desde que lo había dejado. Verlo allí, en su porche, parecía un error, como si aquel no fuera su lugar.

—Hola, Emily —dijo Ben—. ¿Puedo pasar?

La mente de Emily era un torbellino de pensamientos. Hacía tan solo un instante había creído que Daniel había vuelto a ella, y ahora se encontraba cara a cara con Ben de entre todas las posibilidades. No sabía qué pensar ni qué decir ni qué hacer.

—¿Cómo me has encontrado? —tartamudeó—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Ben se encogió de hombros con gesto de disculpa.

—Me lo ha dicho Jayne. Pero no la mates —añadió—. Sabía que iba a venir a verte hoy, y la he obligado a decirme dónde te estabas quedando.

Emily exhaló, frustrada. Qué típico de Jayne el meter la nariz en los negocios de los demás. ¡Debía de haberle enviado su dirección a Ben en un mensaje nada más enterarse que Daniel se había ido! Conducir hasta Sunset Harbor desde Nueva York llevaba ocho horas, así que el tiempo encajaba. Sintió cómo se enfadaba cada vez más; gracias a Jayne, ahora la falta de Daniel le dolía todavía más. Había tenido la enorme esperanza de que fuera él quien estuviese al otro lado de la puerta, y el tener que hacer frente en su lugar al fantasma de su pasado había sido un golpe doble.

Emily se frotó la frente, intentando hacer desaparecer el ceño que parecía tener grabado en la cara de manera permanente.

—¿Qué haces aquí, Ben? —preguntó con un enorme suspiro—. Es tarde y mañana tengo que madrugar.

—Quería hablar contigo —contestó éste—. Eso es lo único que he querido hacer desde el principio. Entiendo por qué te fuiste, ¿pero no contestar a ninguna de mis llamadas? ¿No darme siquiera la oportunidad de hablarlo contigo?

Emily se sintió repentinamente culpable. Abandonar a Ben de aquel modo había sido un comportamiento inexcusable, la clase de cosa que hacía la vieja Emily, pero no algo que la nueva Emily pudiese hacer jamás. Había cambiado demasiado desde su marcha de Nueva York, y herir a la gente de aquel modo ya no estaba en su naturaleza.

Se apartó de la puerta.

—Tienes razón. Será mejor que entres.

Ben sonrió y entró en el pasillo, silbando nada más hacerlo.

—Guau. ¿Has hecho todo esto? Es increíble.

En aquel momento Emily necesitaba mucho el cumplido.

—Gracias. Bueno, ¿quieres algo de beber? ¿Vino? ¿Cerveza?

Ben sacudió la cabeza.

—No, tengo que conducir. ¿A menos que me dejes reservar una de tus habitaciones? —Sonrió con aire tímido, como para demostrar que no era más que una broma.

—Te serviré un zumo —repuso Emily—. Es orgánico. Recién exprimido.

Ben pareció impresionado mientras la seguía por el pasillo en dirección a la cocina. Emily notó mientras caminaban que Ben no dejaba de mirar de reojo a su alrededor, maravillado, casi como si no pudiese creerse que Emily hubiese creado algo tan hermoso. Aquello hizo que la conocida burbuja de enfado se alzara en su interior; Ben nunca había visto su potencial, nunca había animado su talento. Era de esperar que ahora lo sorprendiese el que hubiese logrado todo

aquello ella sola.

Entraron en la cocina y Ben silbó con aprobación. Emily se sirvió una copa de vino, necesitando algo que le calmase un poco los nervios, tras lo cual sacó de la nevera un poco de zumo para Ben y se sentaron juntos a la mesa de la cocina. No pudo evitar pensar en Daniel y en el modo en que se habían sentado juntos allí mismo para beber café por las mañanas. Era como si Ben se abriese abierto camino a la fuerza en el territorio de Daniel, como si estuviese ocupando el hueco que éste había dejado. Emily se volvió todavía más consciente de lo mucho que echaba de menos a Daniel, de lo sola que había pasado a estar sin él a lo largo de las últimas semanas.

—He estado pensando mucho —dijo Ben—. Sobre nuestra relación y sobre cómo se torció. Emily arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? —Durante su relación siempre había sido ella la que se había dedicado a pensar, y en cuanto ésta se había acabado se había lavado las manos de todo ello y se había dedicado por completo al hostel con Daniel—. No es que te guste dedicar mucho tiempo a pensar —añadió con sequedad.

Ben se frotó el cuello, repentinamente incómodo.

—Lo sé. Pero eras importante para mí, Emily, y... bueno, te di por hecho, ¿no? Dejé que te convirtieras en algo secundario. Nunca prestaba atención a qué era lo que querías tú. La casa estaba decorada según mi estilo, íbamos a mis restaurantes favoritos, salíamos con mis amigos y con mi familia. Todo giraba a mi alrededor.

—Oh —musitó Emily, algo sorprendida. No había esperado que Ben fuese tan perspicaz—. ¿Es ahora cuando llega la disculpa?

Ben asintió.

—Sí. Lo siento, de verdad. Fui un capullo, y no me di cuenta de lo que tenía hasta que lo perdí.

Emily tomó un sorbo de vino.

—Nos puede pasar a todos, por eso hay tantos proverbios al respecto. —Alzó la vista y sonrió—. Pero gracias, aprecio oírlo. Y yo también lamento el modo en que me fui. Fue brusco y maleducado, y completamente innecesario.

Ben asintió, aceptando su disculpa.

—No me puedo creer lo que has logrado aquí —dijo—. Me he quedado con la boca abierta.

—Gracias —repitió Emily—. No puedo adjudicarme todo el crédito; he recibido mucha ayuda.

Ben pareció volverse más callado.

—¿Te refieres a Daniel?

—Sí que voy a matar a Jayne —murmuró Emily para sí mismo. Le contestó a Ben—. Entre otra gente. He hecho muchos amigos por aquí.

—Pero Daniel era especial, ¿verdad? —preguntó Ben con expresión de pesar—. Era más que un amigo. Jayne ha dicho que lo amabas.

Emily respiró profundamente.

—Sí, lo amaba. Lo amo. Es complicado.

—A mí no me parece demasiado complicado —le rebatió él—. No está aquí cuando debería estar. Si te amase, estaría aquí.

Emily bajó la mirada hacia la mesa; puede que Ben tuviese razón. Si Daniel la amase no le habría hecho pasar por todo aquel dolor y angustia. Al menos la habría llamado. Pero había sido Emily quien había puesto fin a su relación, ¿no? Habían sido sus palabras sobre cómo no sería un hombre al que ella pudiese respetar las que habían sellado su destino.

—Estaría aquí como estoy yo —dijo Ben, sacándola de sus pensamientos con aquella frase. Emily levantó la vista bruscamente.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Estoy aquí porque te amo, Emily —dijo él.

Emily sacudió la cabeza.

—No, no me amas.

—Sí que te amo —insistió—. Siempre te he amado, por eso he estado llamándote. Nunca debería haber dejado que salieras de aquel restaurante. Debería haberme dado cuenta de lo que significabas para mí. No me di cuenta de lo mucho que te amo hasta que te hubiste ido.

—Ahora soy una persona distinta —replicó Emily sin dejar de negar con la cabeza mientras sentía cómo el corazón le martilleaba de manera alocada contra el pecho—. Han pasado meses. He cambiado. ¿Cómo puedes saberlo?

Pero Ben contestó, porque de repente se estaba arrodillando.

—¿Qué haces? —tartamudeó Emily. El corazón le subió a la garganta.

Ben sacó una pequeña caja negra del bolsillo y la abrió. Dentro había un anillo de plata con un diamante grande y precioso; gracias a lo mucho que había investigado Emily sobre diamantes, supo al instante que era uno muy, muy caro. Jadeó.

—Debería haberlo hecho hace años —dijo Ben—. Emily Mitchell, ¿quieres casarte conmigo?

CAPÍTULO VEINTISIETE

Emily se quedó mirando el anillo destellante con las palabras de Ben repitiéndose en su mente. ¿La amaba? ¿Quería casarse con ella? En una ocasión habría dado cualquier cosa por oírle decir aquellas palabras.

—Esto no está pasando —jadeó.

Ben sonrió, con los ojos muy abiertos y expresión ingenua.

—Sí que está pasando, Emily. Por favor, perdóname. Seré un hombre mejor para ti. Seré el marido que siempre debería haber sido.

Emily a duras penas podía respirar. Ben le estaba ofreciendo la estabilidad y el compromiso que siempre había ansiado. Parecía que el destino había vuelto al ataque, enviándole a Ben en un momento en el que se sentía vulnerable e indecisa sobre Daniel y sobre el futuro, justo cuando estaba empezando a considerar hacer las maletas y marcharse de allí. Era el hombre con el que había pasado siete años construyendo una vida, y le estaba diciendo que haría todos sus sueños realidad.

Sólo había una tara: él no era Daniel.

Emily negó al fin con la cabeza.

—Lo siento, Ben. No puedo casarme contigo.

Ben alzó la vista hacia ella, estupefacto.

—Pero creía que eso era lo que querías.

—Y lo era, en su momento. Pero ya no. Lo siento.

Ben cerró la cajita. Parecía completamente derrotado; Emily nunca lo había visto tan hundido.

—¿Es por Daniel? —preguntó Ben—. ¿Es porque lo amas más de lo que me amas a mí?

Emily se miró el regazo, con toda una hueste de emociones asaltándola. Una parte de ella tenía la impresión de que estaba cometiendo un terrible error al no aceptar la oferta de Ben, pero otra parte más fuerte sabía que, de aceptar, se estaría conformando con la segunda mejor opción. Puede que Ben tuviese dinero y estabilidad, pero Daniel le ofrecía compañía. Los pocos meses que habían pasado desde que lo conocía le habían cambiado la vida más de lo que lo habían hecho siete años con Ben.

—Ahora soy una persona distinta —explicó.

Los ojos de Ben brillaron por las lágrimas.

—No, no lo eres, Emily. Eres la misma persona de la que me enamoré; lo he visto en tus ojos en cuanto me has visto de pie en tu porche.

Emily intentó hablar, pero Ben todavía no había acabado. Le cogió la mano mientras las palabras surgían de sus labios llenas de pasión.

—No tenemos por qué casarnos —continuó a toda prisa—. Si estoy yendo demasiado rápido para ti, podemos reconsiderarlo. Volver sencillamente a Nueva York y pasar algo de tiempo juntos, tú y yo. Haré lo que sea necesario para que veas que quiero esto, que te amo. Iré tan lento o tan rápido como quieras.

Emily respiró profundamente. Ver a Ben así la estaba afectando en lo más profundo de su ser. Nunca había esperado ver una muestra tan grande de emoción en él, tanta sinceridad y vulnerabilidad. Su pasión por ella pareció eclipsar de repente lo que Emily había sentido por Daniel. No lograba imaginarse a Daniel proponiéndole jamás matrimonio de aquel modo; era demasiado comedido y pragmático.

Pero su mente continuaba volviendo una y otra vez a él.

Ben se puso en pie de golpe.

—Voy a irme y a dejar que pienses las cosas, ¿vale? Si quieres casarte conmigo, sólo tienes que decirlo, y si alguna vez quieres volver a Nueva York, mi puerta siempre estará abierta para ti. Esperaré durante todo el tiempo que sea necesario.

Emily había perdido por completo la voz; ni siquiera logró decirle que no, no pudo decirle que esperarla era inútil porque ahora su corazón pertenecía a otra persona. Lo único que pudo hacer fue quedarse allí como una tonta mientras Ben le daba un abrazo de despedida, inhalando el conocido olor de su colonia.

—Piénsalo —fue lo último que dijo Ben.

Y después salió de la cocina y desapareció.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Emily se despertó temprano a la mañana siguiente, todavía algo afectada por los mojitos, y se vistió. La reunión del pueblo estaba programada para las nueve, y no pudo evitar preguntarse si hacerla tan temprano era un truco cruel de Marcella o si simplemente se debía a alguna estúpida norma sobre los horarios que estaba siguiendo.

Eligió un estilo elegante con uno de sus conjuntos de anfitriona del hostel, y después se acercó al espejo del tocador para ponerse los pendientes. Desde allí podía ver claramente toda la parte delantera del terreno del hostel, incluida la casa cochera de Daniel, que encajaba perfectamente tras algunos árboles. Seguía sin haber señal alguna de su camioneta en la entrada.

«Todavía», pensó.

Una vez vestida, Emily bajó al primer piso y preparó una jarra de café lo bastante grande como para que Amy y Jayne pudieran servirse cuando se levantasen. Todavía estaba enfadada con Jayne por habérselo contado todo a Ben, y la cabeza todavía le daba vueltas por aquel encuentro. Ver a Ben arrodillándose era una imagen que le quedaría grabada a fuego para siempre. Había soñado con ella muchas veces, pero la realidad no había sido para nada como había esperado, y tampoco se había parecido en nada a lo que había querido. La sorprendía lo mucho que habían cambiado sus prioridades y necesidades desde su llegada a Sunset Harbor.

Se acabó su café y les escribió una nota rápida a sus amigas diciendo que podían coger lo que quisieran de la nevera siempre y cuando no estuviera en una gran bandeja de plata. Parker había estado trabajando en algunas recetas nuevas de crudités que quería probar en la celebración nupcial, y había creado el equivalente de cinco servicios.

Por fin lista para hacer frente al comité de zonificación, adoptó una expresión seria y marchó hacia la puerta, abriéndola y chocando de lleno contra alguien.

«Daniel», pensó al instante con el corazón dándole un salto.

Pero se vio amargamente decepcionada cuando se apartó y no vio al tan ansiado Daniel de pie frente a su puerta, sino al retorcido de Trevor.

—Trevor —dijo con un largo suspiro—. ¿A qué debo el horror?

—Estaba pensando que nos podríamos ahorrar el viaje —dijo éste con su habitual tono arrogante y altivo.

—¿Es que quieres compartir coche para ir a la reunión? —preguntó Emily arqueando una ceja.

—En realidad —escupió él con desprecio—, estaba pensando en que podríamos ahorrarnos la reunión en sí. —Continuó hablando cuando Emily le dedicó una expresión confundida—: Si dejas que te compre la casa, ni siquiera tendrás que asistir a una reunión tan inoportuna.

Emily se cruzó de brazos, comprendiendo al instante de qué había ido en realidad toda la campaña de Trevor para quitarle el cartel. Debería haberse dado cuenta antes de que Trevor intentaría una treta como aquella. En realidad lo importante nunca había sido que el cartel afectase a sus vistas del océano, ni que quisiera cerrar el hostel por el aumento de tráfico que había frente a su propiedad. No, Trevor tan solo había estado intentando llevar a Emily hasta el límite de su paciencia. Su única motivación desde que ella había puesto los pies en Sunset Harbor había sido arrebatarle la propiedad. Debía de roerle por dentro el haberla visto vacía durante veinticinco años, y cuando Emily había aparecido se había acercado a ella y le había ofrecido una suma irrisoria para quitársela de las manos. Y cuando Emily se había negado, Trevor había iniciado su campaña. Debía de haber pensado que si seguía molestándola, pinchándola y provocándola, tarde o temprano Emily se rendiría y comprendería que nada de

todo aquello valía la pena. Debía de creer que Emily sólo buscaba conseguir un beneficio rápido con la casa, y no se había esperado que estuviera tan decidida en tener éxito y en mantenerla dentro de la familia.

—Eso no va a pasar, Trevor —le dijo—. No te voy a vender la casa por cincuenta mil tristes dólares. Y ahora, ¿podrías quitarte de en medio?

Trevor no se movió.

—La última vez que te hice una oferta, este sitio era poco más que un cobertizo abandonado. Ahora lo has restaurado y tiene bastante buen aspecto, así que voy a aumentar mi oferta para igualar el precio del mercado. Te daré quinientos mil dólares por ella, diez veces la cantidad que te ofrecí la última vez. Podría ser la venta más fácil y rápida de la historia inmobiliaria.

Emily arqueó una ceja. Oír el total la había dejado estupefacta. Era una cantidad capaz de cambiarle la vida, y era muchísimo más dinero del que había tenido nunca. Podría comprarse un apartamento pequeño y cuco y vivir cómodamente de lo que le quedase durante al menos unos años, pero el hecho de que no confiaba en Trevor en absoluto se veía sobrepasado por el de que aquel hombre era la última persona en el mundo en cuyas manos quería que cayese aquella preciosa casa. Aquel lugar tenía para ella más valor que el monetario; contenía recuerdos, recuerdos que no había hecho más que empezar a recuperar. De ningún modo iba a entregarla.

—Léeme los labios, Trevor —dijo con firmeza—. No.

Lo apartó de un empujón, agotada su paciencia, y se dirigió a su coche.

—En ese caso —gritó Trevor a su espalda—, te veré en la reunión. Y evitaré que recuperes ese cartel. ¡Espera y verás!

Emily se metió en el coche, superada por la furia. Parecía otro cruel truco con el que el destino estaba jugando e intentando obligarla a ceder. Sería tan fácil vender el hostel, marcharse de Sunset Harbor y dirigirse a su nuevo trabajo en Nueva York sin saber siquiera si Daniel volvía o no. «Pero ahí está la palabra clave», pensó Emily. «Fácil». Lo fácil era parecido a huir, y eso era algo que no quería volver a hacer. No quería ser una escapista como había sido su padre; no quería huir cuando las cosas se ponían difíciles.

Así que condujo hasta la reunión del pueblo, echando humo por los oídos durante todo el camino. Si lograba seguir aferrándose a su ira contra Trevor, no se hundiría.

Al llegar al ayuntamiento vio que éste estaba lleno de sus amistades del pueblo: Birk y Bertha, Jason y Vanessa, Charles y Barbara, Raj y Sunita, Cynthia, Parker, y Serena. No había esperado verlos a todos allí. De hecho, ¡no había esperado ver a ninguno! Aquello le recordó por qué se había enamorado de Sunset Harbor: los amigos que había hecho eran personas maravillosas, llenas de amor y generosidad. ¿De verdad sería huir a Nueva York una opción tan fácil, teniendo en cuenta que estaría dejando atrás todo aquello?

La única persona ausente era Daniel. El estómago se le tensó al pensar en él; se le estaba dando fatal mantenerlo alejado de sus pensamientos.

Karen se acercó y le dio un abrazo.

—Lo tenemos controlado, cariño. No te preocupes por nada.

Emily le devolvió el abrazo con fuerza. Siempre había visto a Karen como alguien maternal, y se preguntó si ser querida por tu madre transmitía aquella misma sensación.

El alcalde Hansen llamó al orden en la reunión.

—Estamos aquí para discutir el permiso para el cartel de la Posada de Sunset Harbor —dijo—. Empezaré cediendo la palabra a Trevor Mann, quien ha presentado... *varias*... objeciones al cartel.

Trevor pareció un sapo horrible cuando se subió al estrado. Emily puso los ojos en blanco; por

supuesto que había preparado un discurso.

—La posada está en una tranquila calle residencial. El ruido y el aumento de tráfico me molestan constantemente, ¡y lo último que necesito es tener que soportar ese antiestético cartel!

Emily sacudió la cabeza mientras escuchaba todas las excusas que había preparado Trevor; ninguna de ellas era más que una simple farsa para que vendiese la propiedad.

—¿Algo más? —dijo el alcalde Hansen con una voz que sonaba agotada.

—En realidad, sí —añadió Trevor con un gesto de desprecio—. Presento una objeción legal al cartel a través de la Ley de Contaminación y Basuras.

—¿Basura? —resopló Karen, poniéndose en pie de un salto—. ¿Cómo demonios puedes categorizarlo como basura?

El público empezó a hablar entre sí y a mirarse los unos a los otros. Emily cruzó una mirada con Karen y le dirigió una expresión de preocupación. Karen le había asegurado que Trevor ya había recurrido a todos los recursos legales, pero aun así había logrado dar de algún modo con otro vacío legal y sacarle provecho.

Marcella se puso en pie enseguida, con su libro de normas del gobierno local en la mano.

—Creo que el señor Mann se refiere al Artículo 19 de la Ley de Contaminación y Basura de 1997 —afirmó—. En ella se dice que el consejo puede prohibir carteles, estandartes y señales a su discreción si esos anuncios se consideran basura en la calle.

El alcalde suspiró y puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, ¿y cuánto le llevará a la señorita Mitchell refutar ese vacío legal?

Esta vez fue el turno de Emily de levantarse.

—¿Qué tal nada en absoluto? —dijo. Metió la mano en el bolso y sacó un formulario—. Creo que ésta es la documentación necesaria para declarar que el cartel no está en una propiedad pública y que por lo tanto no queda sujeto a la normativa de la Ley de Contaminación y Basuras de 1997, la cual se usa principalmente para evitar que los candidatos electorales coloquen estandartes fuera de la época de campaña electoral.

Se hizo el silencio entre el público. Todo el mundo parecía haberse quedado boquiabierto de que Emily hubiese llegado tan preparada, pero había contado con seis semanas de soledad para prepararse para todas las posibilidades de aquella reunión, y había estado segura de que Trevor intentaría algún truco como aquel.

Éste la miró, enfurecido. Marcella empezó a repasar su libro.

—Emily tiene bastante razón —dijo al fin, alzando la vista—. Siempre y cuando la documentación esté cumplimentada de manera correcta, el alcalde puede sellarla ahora mismo y su cartel quedará exento de la Ley de Contaminación y Basuras.

Emily se cruzó de brazos y sonrió a Trevor con aire triunfante. El rostro de éste se había vuelto de un rojo chillón de pura ira.

Marcella se acercó rápidamente y cogió el formulario de las manos de Emily, tendiéndoselo al alcalde. Éste se ajustó las gafas, se aclaró la garganta y después leyó el papel en voz baja. Todo el público contuvo la respiración.

—Marcella —dijo el alcalde—. Por favor, pásame el sello de aprobación.

Marcella ya estaba lista; se lo dio y el alcalde selló el documento con una floritura. Después se levantó de su silla.

—De acuerdo, ya nos hemos ocupado de eso. Y creo que ya hemos oído todas las objeciones legales de Trevor. ¿Ya están todas? ¿No quedan más vacíos de los que aprovecharte?

Miró a Marcella en busca de afirmación, y la mujer asintió.

El alcalde continuó.

—Maravilloso. Ahora lo presentaremos a votación. ¿Alguien está de acuerdo con esas razones? —El público siguió sumido en un silencio absoluto—. ¿Y puedo ver las manos a favor de restablecer el cartel? —Todas las manos se alzaron en el aire—. Fabuloso —dijo el alcalde, dando una palmada—. En ese caso, no veo por qué seguir bloqueando el restablecimiento del cartel. La señorita Mitchell ha rellenado completamente el papeleo, el señor Mann a estas alturas creo que se ha quejado de todo de lo que podía quejarse legalmente, y hay un acuerdo unánime entre los residentes de que se puede conceder el permiso. —Volvió a mirar a Marcella—. ¿Eso es todo? ¿Hemos marcado cada una de tus ridículas casillas?

Marcella apretó los labios y asintió.

—En ese caso, el cartel de Emily queda restablecido —exclamó el alcalde Hansen, golpeando con el mazo el estrado—. ¡Fin de la reunión!

Una enorme ovación se alzó desde el público. Trevor se había quedado con la boca abierta de ira, pero no había nada más que decir. Se marchó a zancadas de la reunión, con los puños apretados con fuerza a los lados.

Emily se sintió eufórica por primera vez en mucho tiempo. Estaba segura de que, con el cartel de nuevo en su sitio, recibiría a más huéspedes. Su futuro con el hostel ya no sería precario. Había encontrado tierra firme y había echado raíces.

Karen se acercó y la abrazó.

—Sabía que ganarías —exclamó—. Creo que Marcella y Trevor han acabado pegándose un tiro en el pie con ese embrollo legal, ¿no te parece?

—Sí que lo parece —repuso Emily, devolviéndole el abrazo—. Gracias por toda tu ayuda.

Karen se apartó.

—Simplemente lamento que haya llevado tanto tiempo, pero supongo que ya no importa. Has mantenido el hostel a flote aun a pesar de ello, y ahora podrás esperar reservas regulares.

Emily notó cómo su felicidad empezaba a menguar ante aquellas palabras. Durante todo aquel tiempo lo que había deseado más que nada en el mundo había sido salvar el hostel, pero todo había ocurrido demasiado tarde. Su entusiasmo había sido carcomido por las semanas de dificultades, y su motivación y fuerza de voluntad habían ido menguando día tras día. Y entonces Amy y Jayne habían aparecido cuando ella estaba en su momento más bajo, y le habían ofrecido una salida fácil. ¿Sería una locura rechazar su oferta? Y, si la aceptaba, ¿qué significaría aquello en relación a Daniel? Emily sabía que no debía volver con él si es que llegaba a aparecer, pero al mismo tiempo no sabía si llegaría a poder decidir al respecto. Si Daniel volvía a ella, ¿le exigiría su corazón que se reconciliaran incluso si su cerebro sabía que no era buena idea? Y si esa posibilidad existía, ¿debía marcharse de Sunset Harbor antes de verlo y de perder la capacidad de pensar racionalmente?

*

Condujo de vuelta a casa con el corazón acelerado por la anticipación durante todo el camino, preguntándose si al volver habría señales de Daniel, pero cuando giró por el camino de entrada la casa de la cochera seguía sumida en la oscuridad y no había ninguna camioneta aparcada.

Emily entró en la casa y se encontró a Amy y a Jayne en la cocina, vestidas con unos pijamas y comiendo huevos con tostadas.

—¿Cómo ha ido tu reunión? —preguntó Amy.

—Genial —contestó Emily—. He recuperado mi cartel.

Jayne arqueó una ceja.

—¿Has ido a reunión sobre un cartel?

Emily la fulminó con la mirada.

—Sí, lo he hecho. Y me han concedido el permiso.

—Nos alegramos mucho por ti —intervino Amy, dándole una patada a Jayne por debajo de la barra del desayuno.

—¡Claro que nos alegramos por ella! —exclamó Jayne—. Sólo digo que levantarse un sábado por la mañana para asistir a una reunión sobre un cartel no es exactamente una actividad apasionando. Dios.

—¿A qué hora llegará la gente? —preguntó Amy, claramente tratando de llevar la conversación a un terreno más seguro.

—A las siete de la tarde —dijo Emily—. La ceremonia se celebra junto al mar, y después subirán aquí para celebrarlo y para dormir.

—Estás sorprendentemente tranquila —señaló Amy.

Emily pensó en por qué podía ser por un segundo. ¿Era que la anticipación por el regreso de Daniel, o por su falta de regreso, evitaba que se preocupase por el grupo nupcial, como si su cerebro tuviera un espacio limitado para las preocupaciones? ¿O era que ya lo había hecho antes y esta vez se sentía más confiada y capaz?

—Supongo —dijo—. Ya nos hemos ocupado de todo el trabajo duro: las habitaciones están listas y tengo a una limpiadora, a una recepcionista y a un cocinero. No me queda mucho que hacer.

Sus propias palabras se repitieron en su mente. ¿Había llevado al hostel todo lo lejos que éste podía llegar? Ya casi no quedaba nada que restaurar, ninguna tarea que tuviese que completar. Se preguntó si era posible que existiese la posibilidad de que el hostel siguiese abierto sin que ella estuviese allí.

—Deberíamos salir a dar una vuelta —dijo Amy—. Salir al pueblo a almorzar.

—Acabamos de desayunar —señaló Jayne, haciendo un gesto hacia los platos vacíos.

—Pero Emily no, y yo mataría por un Bloody Mary.

—No creo que Joe sepa lo que es un Bloody Mary —dijo Emily—, pero sí, hagámoslo. Será mejor que quedarnos aquí sentadas durante todo el día.

Salieron y se metieron en el coche de Emily, y ésta no pudo evitar mirar hacia la cochera vacía de Daniel al pasar junto a ella. Todavía era temprano, pero el día parecía estar escapándosele de entre los dedos como si fuese arena. Con cada segundo que pasaba, su fe en el regreso de Daniel se debilitaba un poco más.

Condujo por las calles de Sunset Harbor, notando los coches elegantes y los carruajes tirados por caballos que debían pertenecer al grupo nupcial. Estaba claro que iba a ser un asunto bastante lujoso, y se sintió entusiasmada al saber que su pequeño hostel iba a convertirse en parte de ello, aunque también sintió un pinchazo de celos en el pecho. Los demás parecían tener vidas tan felices, llenas de dicha y alegría mientras que la suya parecía estar llena de angustia.

—Ey, mira —dijo Jayne—. ¿Eso de la playa es la boda?

Emily miró y vio sillas dispuestas en filas y lazos blancos agitándose bajo la suave brisa. Era precioso. Parecía perfecto. No pudo evitar imaginarse allí de pie junto a Daniel, aun a sabiendas de que un escenario como aquel seguramente no tuviese nunca lugar. No con Daniel, al menos; bien podría ser con Ben.

Las tres amigas observaron la ceremonia que se celebraba en la playa mientras tomaban gofres y café.

Ninguna dijo nada cuando las lágrimas de Emily empezaron a caer; simplemente extendieron

los brazos y le apretaron las manos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Después del almuerzo, Emily, Amy y Jayne condujeron de vuelta a la casa. Una vez más, la ya conocida imagen del camino de entrada de Daniel vacío le dio la bienvenida a Emily.

Sólo quedaban unas pocas horas antes de que el grupo nupcial empezase a llegar y el hostel volviese a convertirse en un avispero lleno de actividad.

—¡Parker! —llamó al joven chef cuando lo vio en la parte de atrás—. Éstas son mis amigas Amy y Jayne.

—Eso está muy bien, Emily, pero tengo que aliñar un montón de ensaladas. —Y se marchó a toda prisa.

—¡Ooh, Serena! —la llamó después Emily, arrastrando a su joven amiga por el brazo para que saliera al pasillo—. Ésta es Jayne y ésta es Amy.

—Hola —contestó Serena agitando la mano—. Es un placer conoceros, pero dejáis ya las habitaciones, ¿verdad? ¿En los próximos diez minutos? Esta noche estamos al completo y tenemos que preparar las vuestras.

Amy y Jayne miraron a Emily.

—Creo que eso es señal de que mejor nos vamos —dijo Amy.

—Sí, las cosas están empezando a ser un poco frenéticas —repuso Emily—. Lamento no haber dispuesto de tiempo para que os quedaseis más.

—No pasa nada —contestó Jayne—. Una noche en Sunset Harbor es más que suficiente para mí. Estoy lista para volver a la ciudad.

Emily le dirigió una mirada y Jayne levantó las manos.

—Sólo bromeaba —dijo con una amplia sonrisa.

Recogieron sus maletas y Emily las acompañó hasta el coche.

—¿Te pensarás lo del trabajo? —le preguntó Amy una vez que estuvo detrás del volante.

Emily miró la cochera de reojo.

—Me lo pensaré —dijo. Se inclinó para darle un beso en la mejilla a Amy—. Gracias por venir. Ha sido genial veros; no me había dado cuenta de lo mucho que os echaba de menos.

Amy le dio una palmadita en la mano.

—Lo mismo digo, cariño. Esta vez mantengamos el contacto, ¿vale?

Emily asintió y fue hacia el otro lado del coche, abrazando a Jayne en el asiento del copiloto.

—Perdona si he sido algo brusca —dijo Jayne—. Es que te quiero, y me resulta tan raro verte en un lugar así.

—Es parte de quién soy —replicó Emily—. Siempre lo ha sido, desde que era niña.

—Lo sé. Simplemente es raro. Pero lo siento; no pretendía ofenderte. —Mostró una sonrisa dolorida. A Jayne siempre le costaba mucho disculparse, seguramente la razón por la que dijo la frase siguiente a toda prisa—. Y lamento todo lo de Ben. ¡Estaba siendo tan patético, y cuando le dije que había venido a verte me obligó a decirle dónde estabas! No sabía que iba a conducir hasta aquí.

Emily la miró, arqueando una ceja.

—Puede que algún día aprendas a mantener la boca cerrada, Jayne —dijo.

—Me alegro mucho de que hayas recuperado tu cartel, o lo que fuese de lo que iba era reunión —añadió Jayne.

Emily no pudo evitar echarse a reír, conmovida de que al menos se estuviese esforzando.

—Gracias —contestó, cerrando la puerta del copiloto.

Se quedó mirando cómo Amy encendía el motor y las despidió con la mano cuando se

alejaron por el camino de entrada.

Después volvió dentro del hostel e hizo una comprobación final de todos los detalles. Ver el lugar lleno de vida, con gente entrando y saliendo, siempre hacía que se sintiera orgullosa. El momento de mayor felicidad de Emily era cuando la casa estaba llena de risas y dicha.

Los primeros coches de la boda llegaron poco después de que Amy y Jayne se hubiesen ido. Emily dio la bienvenida personalmente a cada uno de los huéspedes y, con la ayuda de Serena, todo el mundo recibió su habitación y se reunió en el salón, donde la banda de swing ya estaba tocando.

Todos parecían estar pasándose en grande mientras esperaban la llegada de los novios, pero Emily se encontró teniendo que luchar por contener sus emociones. Decidió salir por la pequeña puerta que conectaba el salón de baile con el comedor, lugar en el que estaban las copas de champán para los invitados. Nadie había empezado a beber al ser todavía pronto, pero Emily se encontró con una persona que ya tenía una de las copas en la mano. La novia.

—Oh, ya habéis acabado con las fotografías de la boda —comentó Emily—. ¿Ha ido bien?

Al principio la novia no contestó y Emily no estuvo segura de si la había oído; parecía hipnotizada por el cuadro de la pared, y Emily se percató de que la mujer estaba llorando.

—¿Va todo bien? —preguntó, repasando mentalmente un millar de escenarios posibles, desde el más inocente en el que la novia estaba un poco borracha y superada por la emoción, hasta el más horrible en el que ya estaba queriendo el divorcio—. ¿Puedo ayudarte en algo?

La novia se sorbió la nariz y negó con la cabeza. Por fin giró el rostro machando por las lágrimas hacia Emily.

—Ese cuadro... —dijo, pero no acabó la frase, demasiado consumido de nuevo por el llanto.

Emily se acercó a ella y miró el cuadro del faro. Era la pintura nocturna que le había dicho a Serena que podía colgar.

—Supongo que es un poco sombrío —dijo con suavidad.

La novia se echó a reír.

—No es eso —rectificó. Tragó saliva y pareció encontrar por fin las palabras—. Quizás no te lo creas, pero lo pintó mi madre.

Emily abrió los ojos de par en par. Aquella noticia la sobresaltó tanto que tuvo que morderse la lengua para no gritar. Un millón de preguntas le llenaron la cabeza. ¿Y si aquella mujer sabía algo que pudiera resolver el misterio de la desaparición de su padre? Ansiaba desesperadamente interrogar a la novia, pero debía aceptar que aquel no era el momento.

—¿De verdad? —contestó, manteniendo un tono comedido y tranquilo—. Mi padre era un gran fan. Tenía muchos de esos cuadros. He encontrado al menos tres en esta casa, y cuando era niña teníamos otro en el pasillo.

La novia la escuchó hablar con los ojos vidriosos por las lágrimas.

—Mi madre murió hace muchos años.

—Lamento oír eso —dijo Emily, tocándole ligeramente el brazo—. Yo también perdí a uno de mis padres.

No mencionó que, técnicamente, su padre era una persona desaparecida; no parecía apropiado sacarlo a colación, pero su mente siguió yendo a mil por hora ante la posibilidad de encontrar una parte del rompecabezas que era su vida. Quizás la muerte de la artista estuviera relacionada de algún modo con la desaparición de su padre. Si habían sido amantes, aquello podía explicar la razón por la que se había ido. Emily misma comprendía la agonía que conllevaba perder a la persona que amabas; era algo que dividía tu vida en dos, en el antes y el después, y resultaba tan agotador emocionalmente que el simple hecho de levantarse por las mañanas se convertía en una

batalla.

La novia se secó las lágrimas.

—Perdona el ataque —le dijo a Emily—. Es que me ha sorprendido tanto verlo.

—No pasa nada —contestó ésta—. Es tu boda, puedes llorar si quieres. —Sonrió con amabilidad—. ¿Te gustaría que quitase el cuadro?

—¿Quitarlo? —exclamó la novia—. ¡Dios, no! Es como una señal. Como si me estuviera viendo desde el cielo. Hace que sienta que está aquí conmigo.

Emily notó un nudo en la garganta. Asintió, volviendo a centrar su atención en la pintura, y ambas se quedaron allí de pie, mirándola en silencio.

—¿Te gustaría quedarte con uno de los cuadros? —preguntó Emily.

La novia pareció estupefacta.

—Perdona, ¿qué?

Emily se encogió de hombros.

—Está claro que significaría más para ti que para mí. Espera, dame un minuto.

Salió del comedor y subió a su dormitorio. Todavía tenía el certificado del diamante con el faro esbozado en el revés sobre la mesita de noche, doblado por la mitad. Nunca sabía si era un dibujo dedicado especialmente a su padre o si éste sencillamente lo había encontrado en un mercado de segunda mano, como tantas otras antigüedades, pero ya no importaba. Para la novia sería algo importante, y le ofrecería muchísima más felicidad de la que podría ofrecerle nunca a Emily si se quedaba en el cajón.

—Ten —dijo, dándole el pedazo de papel a la novia.

La mujer miró el dibujo con una pequeña sonrisa triste.

—Éste no lo había visto nunca. No está incluido en su catálogo. —Después giró la hoja y abrió los ojos como platos de la sorpresa—. Esto es... Oh, Dios.

—Ah, sí —dijo Emily—. Encontré el dibujo junto a un diamante de la familia y asumí que era su certificado, pero debió de traspapelarse con otro porque las especificaciones no casan.

—Eso es porque el certificado pertenece a este diamante —dijo la novia alzando su anillo—. Mi madre murió de cáncer —explicó, fallándole la voz—. Fue una batalla muy larga, tuvo mucho tiempo para pensar en su muerte. Así que pidió que me montaran este anillo para cuando me casara. Se suponía que debía de haber un certificado, pero nadie logró dar con él, así que asumí que se había perdido con los años. —Tenía los ojos muy abiertos y expresión agradecida.

A Emily le costaba creerlo.

—No sé qué decir. No tengo ni idea de cómo se hizo mi padre con el certificado. ¿Crees que quizás se envió por error a un mercadillo de segunda mano o a una tienda de antigüedades? A mi padre le encantaba ir a esos sitios y, de haber visto el dibujo, está claro que lo habría comprado con lo fan que era.

—Quizás —dijo la novia. Sujetó el papel con fuerza—. Gracias, muchísimas gracias —susurró—. Lo atesoraré para siempre.

—¿Cómo se llamaba tu madre, si no te importa que pregunte? —dijo Emily al fin—. No he logrado leer su firma.

—Antonia Westerly —repuso la novia—. Yo soy Catherine Westerly. —Después alzó el dedo en el que llevaba el anillo, haciendo brillar el diamante engarzado—. Bueno, en realidad ahora soy Catherine Jameson —sonrió.

Emily le devolvió la sonrisa y apretó los labios. No le preguntaría nada más a la novia; se limitaría a sentirse agradecida por aquel pedazo de información. Quizás estuviese buscando en la dirección equivocada, pero cada retazo que descubría la acercaba más a la comprensión. Ahora

tenía un nombre, Antonia Westerly, una pista que podría rastrear para ver a dónde la llevaba. Un centenar de preguntas le resonaban en la cabeza, pero se mordió la lengua. No quería interrogar a la novia, especialmente no aquel día en concreto, y no cuando la mujer ya estaba bastante afectada. Iba a tener que aceptar la posibilidad de que el misterio de su padre no se resolviese en ningún futuro cercano. Si había respuestas que encontrar, debería tener paciencia y esperar a que el destino entregase sus pistas.

La novia por fin se giró hacia ella, secándose las lágrimas de los ojos.

—Creo que ya estoy lista para el baile. ¿Qué pinta tengo?

Emily la miró de arriba abajo, desde la preciosa cabellera rubia recogida en lo alto de la cabeza y fijada con alfileres con perlas hasta el vestido de seda y encaje blanco. Estaba resplandeciente.

—Estás preciosa —dijo con una sonrisa—. El salón de baile está por aquí.

CAPÍTULO TREINTA

La fiesta nupcial se alargó hasta bien entrada la noche. Emily observó, encantada, cómo Catherine se pasó la noche bailando. Estaba claro que estaba viviendo la mejor noche de su vida, y Emily no pudo evitar preguntarse si había cometido un error al responderle a Ben con un rotundo no. Aquella boda era todo lo que ella siempre había soñado, pero cuando cerraba los ojos e intentaba imaginarse en su propia boda, sólo lograba ver a un hombre en concreto en el puesto del novio. Pensar así le resultaba demasiado doloroso, así que se esforzó por apartar aquellos pensamientos de su mente.

Pero, a medida que el reloj fue acercándose a medianoche, no pudo evitar pensar en la falta de regreso de Daniel. Debería haberse sentido aliviada al saber que no le había dado la espalda a su hija por ella, pero no era así. De manera egoísta y secreta, se sentía devastada.

Se mantuvo despierta para supervisar la fiesta hasta que todos los invitados se fueron a la cama, momento en el que la quietud descendió sobre la casa. El hostel nunca había estado tan lleno, y aun así ella jamás se había sentido tan sola.

Se paseó por la casa, examinando todas las habitaciones por las que pasaba, cada una de ellas llena de recuerdos de momentos más felices junto a Daniel. A pesar de todo la casa seguía poseyendo la habilidad de tranquilizarla y reconfortarla. Era como una amiga, alguien en quien se podía confiar.

Abrió la puerta principal y alzó la mirada hacia el cielo oscuro y plagado de estrellas. Los primeros soplos de aire frío la rodearon; dentro de poco las hojas se volverían anaranjadas y rojas y transformarían el paisaje en algo nuevo. Emily tembló y recogió una manta del vestíbulo, rodeándose los hombros con ella. Allí, de pie en el porche, sintió el impulso de dar un paseo por la playa. Había algo en la frescura del aire que le recordaba a su llegada a Sunset Harbor y al modo en que se había sentido atraída por el océano. Le apetecía verlo de nuevo y sentir su efecto calmante sobre ella.

Recorrió en silencio el camino de grava, iluminado por charcos de luz provenientes de los pocos dormitorios que todavía tenían las luces encendidas. Después cruzó la calle y apartó los arbustos allí donde el sendero marcado por cientos de pisadas descendía hasta la playa. Lo siguió, percatándose del frío del aire.

Cuando llegó al océano éste parecía una masa de petróleo negro, reflejando el cielo inmenso y oscuro como la tinta. Las olas eran muy suaves y rítmicas, como si el océano mismo estuviese durmiendo e inhalase y exhalase lentamente.

Emily se quitó los zapatos y sintió el frío de la arena bajo los pies. Podría haberse quedado en aquel momento para siempre, en aquel lugar lleno de nada, atrapada entre el antes y el después, pero sabía que no podía hacerlo. Sabía que, en algún momento, tendría que hacer algo, poner algo en marcha.

Sacó el teléfono móvil y le envió un mensaje rápido a Amy preguntándole si seguía despierta. El teléfono empezó a sonar al instante, con el nombre de Amy parpadeando en la pantalla.

Emily contestó.

—Ey.

—Hola, cariño —dijo Amy—. ¿Va todo bien?

—Sí —repuso Emily, sintiendo cómo se extendía el calor por su interior ante la voz de Amy y cómo su soledad empezaba a desaparecer—. He estado pensando en la oferta de trabajo.

—¿Sí? —dijo Amy con un tono que resultaba evidente que intentaba mostrar despreocupación pero que no lo lograba en lo más mínimo.

Emily respiró profundamente.

—Voy a aceptarlo —dijo con decisión.

—¿De verdad? —exclamó Amy con voz chillona.

—Sí, de verdad —repitió Emily—. No creo que me quede nada aquí arriba. Me parece que ya le he sacado a este lugar todo lo que quería.

—Me alegro tanto —dijo Amy. La felicidad en su voz era más que audible.

—Y yo también —coincidió Emily—. Y, Amy, gracias por no rendirte conmigo en ningún momento durante los últimos meses. Sé que no he sido precisamente una buena amiga.

—No pasa nada. Eres genial comparada con Jayne. Ahora podemos dejar todo eso atrás. ¿Cuándo vuelves?

Emily suspiró.

—Tan pronto como encontré comprado para el hostel, supongo. Porque no pienso vendérselo a Trevor. Quiero que se lo quede alguien de por aquí, alguien que lo ame como yo lo amo.

—Bueno, el trabajo te estará esperando hasta que estés lista, ¿vale? —dijo Amy.

—De acuerdo —contestó Emily.

Colgaron y Emily se estremeció. El viento otoñal era fresco. Decidió volver a la casa y descansar un poco; se lo había ganado.

Volvió sobre sus pasos por la playa y subió el sendero hasta la carretera, notando los granos de arena dentro de los zapatos. Al llegar al camino de entrada de la posada, se percató de que uno de los invitados estaba en el porche. No lograba distinguir qué estaban haciendo en la oscuridad, pero parecían estar jugueteando con las cestas de plantas colgantes. Emily suspiró; seguramente era uno de los padrinos de la boda al que robar unos arbustos debía parecerle lo más divertido del mundo en su borrachera.

Se acercó, lista para regañarlo, pero se detuvo en seco. No se trataba de ninguno de los invitados a la boda, se percató sorprendida. Era Daniel. El corazón empezó a latirle más rápido, la garganta pareció cerrársele y todo el aire desapareció de sus pulmones.

—¿Qué estás haciendo? —logró tartamudear.

Daniel dejó lo que estaba haciendo y giró la cabeza para mirarla por encima del hombro. Emily vio que había estado colgando el cartel del hostel. Éste estaba ahora en su sitio, colgando con orgullo sobre la puerta, el lugar al que pertenecía.

—Te dije que volvería antes de que se acabase el verano —contestó Daniel.

Se bajó de la pequeña escalera hasta estar delante de Emily. A ella el corazón le latía de manera salvaje y fue acercándose poco a poco. Era como si se estuviese acercando a una aparición. Se detuvo a unos centímetros de distancia, algo más lejos de lo que había solido hacer antes. Entre ellos regía ahora un aire forzado. Emily se sintió dividida; una parte de ella ansiaba abrazarlo, pero otra parte le decía que se contuviese, que Daniel había cambiado y que bien podía no ser ahora un hombre en el que pudiese confiar.

—¿Vas a contármelo? —preguntó. La pregunta le pareció horriblemente inadecuada; no existía ningún modo con el que Daniel pudiese resumir las últimas seis semanas de su vida en su nuevo papel de padre.

—Claro —contestó éste—. Pero primero quiero enseñarte algo.

Emily frunció el ceño. Su mente racional le decía que entrase en la casa, pero su corazón parecía creer que, si seguía a Daniel, todavía habría algo que él pudiese hacer o decir para arreglarlo todo entre ambos. Discutir con su corazón se le antojó imposible, así que siguió a Daniel.

Éste la llevó por el camino de entrada, y la escena que Emily se había pasado seis semanas

esperando apareció de repente frente a sus ojos: la casa de la cochera con la camioneta de Daniel aparcada delante, llenando aquel detestable vacío que se había estado burlando de ella.

—Echa un vistazo —dijo Daniel, indicando la camioneta.

Emily volvió a fruncir el ceño, más confundida que nunca. No lograba imaginar qué demonios podía haber dentro que fuese a arreglarlo todo, pero a juzgar por la expresión entusiasmada de Daniel, él creía que, fuese lo que fuese, era la solución perfecta.

Emily se asomó por la ventanilla trasera y soltó un jadeo. Se apartó, tapándose la boca con la mano.

—No quería despertarla —dijo Daniel.

La niña que había dormida en el asiento trasero era la pequeña más bonita que Emily había visto jamás. Parecía tan frágil, tan inocente. El corazón se le derritió con sólo verla.

—¿Es...?

—Mi hija —contestó Daniel—. Charlie.

Emily por fin volvió a mirarlo. De entre todas las posibilidades que había imaginado, aquella era una que nunca había llegado a visualizar. Había creído que sólo había dos finales posibles, y ninguno de ellos tenía un final feliz, pero aquel nuevo final que Daniel había logrado invocar... ¿Qué final podía ofrecerles? ¿Existía la posibilidad de salvar su relación?

—¿Cómo? —susurró. La voz le falló, ahogada por las lágrimas—. ¿Cómo la has traído contigo a casa?

—No podía dejarla allí —dijo Daniel—. Tenías razón. En cuanto estuve allí, marcharme y darle la espalda a esa niña pasó a ser imposible.

Emily asintió. Aquello era lo que había querido. No podría amar a una versión de Daniel que rechazase a su hija, sin importar lo inconveniente que fuese la existencia de la pequeña.

—Pero, ¿y Sheila? —preguntó—. ¿No quiere quedársela su madre?

Daniel negó con la cabeza.

—Sheila no estaba nunca por allí, Emily. La vi sólo una o dos veces en todo ese tiempo. Sabe que no puede cuidar de Emily como es debido, no ahora mismo. Ha dejado que me la lleve.

Emily respiró profundamente. Todo empezaba a parecer muy irreal. Se preguntó si acaso lo estaba soñando todo.

—¿Y dónde va a vivir? —preguntó, señalando con la cabeza—. ¿En Sunset Harbor?

No le hizo falta que Daniel le ofreciese una respuesta. Era tan evidente, tan claro, que tenía la misma transparencia que un diamante. Aquel era el final que no se había atrevido a considerar. Su subconsciente la había saboteado, ocultándole precisamente el final feliz que había estado ansiando. No se había permitido albergar ni durante un instante la idea de que Daniel podía volver con la niña que ella tanto ansiaba tener.

Pero Daniel contestó de todas formas.

—Sí.

Emily no pudo contenerse más. Seis semanas de dolor desaparecieron en un segundo. Sujetó a Daniel, aferrándose a él, y en un momento sus cuerpos se apretaron con fuerza el uno contra el otro. Daniel separó los labios de buena gana ante su boca, tan dispuesto como si la hubiese echado tanto de menos durante aquel tiempo como lo había hecho Emily.

Cuando por fin se separaron, Emily pudo sentir cómo le resbalan las lágrimas por la cara. Los ojos de Daniel destellaron bajo la luz de las estrellas.

—No me lo puedo creer —dijo Emily con una amplia sonrisa—. Has vuelto de verdad.

—Nunca podría abandonarte, Emily —dijo Daniel.

Justo entonces la pequeña se despertó, con la cara hinchada por el sueño y los ojos nublados y

enrojecidos. Bien fuera por su edad o por el cabello rubio y ondulado, Emily no pudo evitar pensar que se parecía muchísimo a Charlotte. No por primera vez desde su llegada a Sunset Harbor, sintió que estaba recibiendo una señal de su hermana muerta desde hacía tanto, una señal de que su espíritu estaba allí.

Charlie se asomó por la ventanilla, y se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja al ver a Daniel. Emily nunca había visto una expresión llena de tanto amor.

Daniel abrió la puerta trasera de la camioneta.

—Ey, cariño. No quería despertarte. —Extendió los brazos y sacó a la niña de un modo tan tierno y cuidadoso que a Emily se derritió por dentro.

La pequeña le rodeó a Daniel la cintura con las piernas y dejó caer la cabeza sobre su hombro. Emily recordó cómo su propio padre la había sostenido en brazos de la misma manera y notó cómo la llenaba una sensación cálida ante aquel recuerdo.

—Ésta es Emily —dijo Daniel, girándose para que la niña pudiera verla.

—Hola —la saludó Emily con una voz baja y amable.

—Hola —contestó Charlie con timidez antes de esconder la cara contra el cuello de Daniel.

—Creo que todavía está algo cansada —dijo éste—. Debería meterla en la cama.

Emily asintió. Daniel dio unos pasos hacia la casa de la cochera antes de volver a girarse hacia Emily.

—¿No vienes?

Emily se quedó allí de pie, momentáneamente paralizada. No era efecto del miedo ni de la preocupación, sino de la pura incredulidad de que aquel instante fuese real. De que todo en su vida se hubiese alineado para llegar a aquella configuración perfecta.

—Claro —contestó.

Volvió a echar una ojeada al hostel, con su cartel ahora colgando orgullosamente sobre la puerta y todas las luces apagadas. Se veía fantástico, asombroso, un logro en toda regla. Emily había llevado a cabo algo de lo que se sentía profundamente orgullosa. Después volvió a mirar a través de la puerta abierta de la cochera, que había dejado de estar sumida en la oscuridad para pasar a estar iluminada con el cálido brillo de la lámpara. Vio cómo Daniel se movía dentro mientras llevaba a la preciosa niña con la que cargaba en brazos al dormitorio.

Emily sacó el teléfono y le envió un mensaje rápido a Amy.

Lo siento, pero he cambiado de idea. Me quedo en Maine.

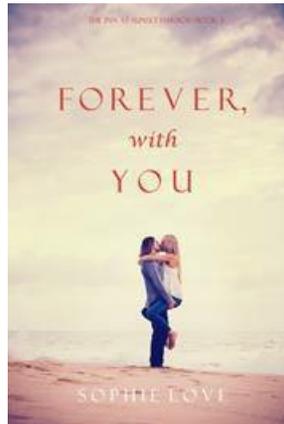
Avanzó poco a poco, a sabiendas de que cruzar aquel umbral significaría mucho más que el simple hecho de cruzar una puerta. Significaría iniciar una vida nueva, una vida más rica y más aterradora de lo que jamás se había imaginado. Una vida llena de una cantidad de amor y factores desconocidos de la que jamás podría haber imaginado. Una vida que, una vez que se adentrara en ella, ya no podría dejar atrás nunca.

Los siguió y se detuvo en el hueco de la puerta, incitada por la cálida luz del interior.

Inspiró el fresco aire de la noche veraniega, sintiendo ya el otoño que se acercaba, sintiendo un cambio que nadie podría detener.

Y, con una última bocanada de aire, entró en la cochera.

¡YA DISPONIBLE!



CONTIGO PARA SIEMPRE
(La Posada de Sunset Harbor — Libro 3)

«La capacidad de Sophie Love de insuflar magia en sus lectores aparece de manera exquisita en frases y descripciones evocativas y llenas de fuerza... Es un romance perfecto para leerlo en la playa, pero con una distinción: su entusiasmo y hermosas descripciones ofrecen una atención inesperada a la complejidad que acarrea no únicamente un amor en crecimiento, sino las psiques que evolucionan con él. Es una recomendación encantadora para los lectores del género romántico que busquen un toque de mayor complejidad en sus lecturas románticas».

--*Midwest Book Review* (Diane Donovan sobre *Por ahora y siempre*)

«Una novela muy bien escrita que describe la lucha de una mujer (Emily) para encontrar su verdadera identidad. La autora ha llevado a cabo un trabajo magnífico en la creación de los personajes y en sus descripciones del entorno. El romance está ahí, pero no es una sobredosis. Le otorgamos puntos a la autora por este sorprendente comienzo para una serie que promete ser muy entretenida».

--*Books and Movies Reviews*, Roberto Mattos (sobre *Por ahora y siempre*)

CONTIGO PARA SIEMPRE es la #3 novela en la serie romántica LA POSADA DE SUNSET HARBOR, que empieza con la novela #1 POR AHORA Y SIEMPRE, ¡con descarga gratuita!

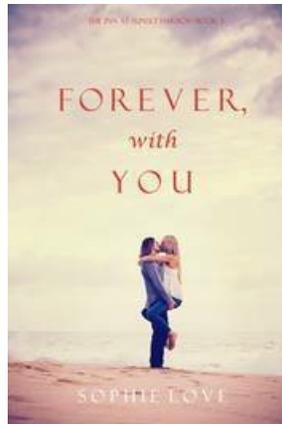
Emily Mitchell, de 35 años, acaba de dejar su trabajo, su apartamento y su exnovio en Nueva York y, necesitada de un cambio en su vida, se ha marcado a la casa abandonada de su padre en la costa de Maine. Tras invertir los ahorros de su vida en restaurar el viejo hogar histórico, y con una relación naciente con el cuidador del edificio, Daniel, Emily se está preparando para abrir la Posada de Sunset Harbor con la llegada del Día de los Caídos.

Pero no todo va según lo planeado. Emily aprende muy pronto que no tiene ni idea de cómo gestionar un hostel, y la casa, aún a pesar de sus esfuerzos, sigue necesitando arreglos nuevos y urgentes que no se puede permitir. Su codicioso vecino sigue decidido a darle problemas, y lo que es peor: justo cuando su relación con Daniel empieza a florecer, Emily descubre que éste oculta un secreto, uno que lo cambiará todo.

Con sus amigos urgiéndole para que vuelva a Nueva York y su expareja intentando volver a ganarse su corazón, Emily tiene que tomar una decisión que cambiará su vida. ¿Intentará resistir y aceptar una vida en un pueblo pequeño en la vieja casa de su padre? ¿O le dará la espalda a sus nuevas amistades, a sus amigos, a su vida y al hombre del que se ha enamorado?

CONTIGO PARA SIEMPRE es la tercera novela de una deslumbrante nueva serie romántica que te hará reír, llorar, y te hará que no puedas soltar el libro hasta altas horas de la madrugada, y al mismo tiempo logrará que vuelvas a enamorarte del romance.

La cuarta novela está disponible dentro de poco.



CONTIGO PARA SIEMPRE
(La Posada de Sunset Harbor— Libro 3)

Sophie Love

Como apasionada de toda la vida del género romántico, Sophie Love se enorgullece de presentar su primera serie romántica: POR AHORA Y SIEMPRE (LA POSADA DE SUNSET HARBOR – LIBRO 1).

¡A Sophie le encantaría oír tu opinión, así que por favor visita www.sophieloveauthor.com para escribir un correo electrónico, para unirte a su lista de contactos, recibir ebooks gratis, enterarte de las últimas noticias y seguir en contacto!

NOVELAS DE SOPHIE LOVE

LA POSADA DE SUNSET HARBOR

POR AHORA Y SIEMPRE (Libro #1)

POR Y PARA SIEMPRE (Libro #2)

CONTIGO PARA SIEMPRE (Libro #3)